

El grito oculto de Berta Lennox

J. L. Domínguez

DESTINO

Índice

Sinopsis

Cuando Berta enviuda del diplomático inglés Geoffrey Lennox, regresa a su vida en Barcelona tras pasar muchos años en diversos consulados y embajadas internacionales. Se instala en un piso del barrio de Sarrià y no tarda en conocer a su vecino de abajo, Leopoldo Sabaté, un anciano que toca el chelo por las noches. Un día Berta deja de escuchar la relajante melodía, se adentra en el apartamento de su vecino y lo halla muerto supuestamente por un golpe al caer. Dispuesta a llamar a la policía, sus ojos se posan en una B grabada en el instrumento. Sabaté le ha dejado un mensaje. ¿Y si no fue un accidente? A partir de este momento se verá involucrada en una trama de asesinatos que se extiende por parte de la geografía europea, y Berta pondrá todo su empeño en descubrir quién se esconde detrás.

El grito oculto de Berta Lennox

J. L. Domínguez

Ediciones Destino

A los personajes que nacieron
en mis notas y habitan en el papel.
Gracias por traerme hasta aquí

Pasaban unos minutos de la una de la madrugada cuando cerró la puerta y bajó los cuarenta y dos escalones de mármol que lo separaban de la calle Monterols, en el barrio barcelonés de Sarrià. Como cada día, en la oscuridad de la noche, encendió un cigarrillo Rothmans mientras se acercaba a la esquina de la calle del Trinquet, donde lo solían recoger.

No había ni un alma. De repente, el solitario sonido de las caladas que daba al fumar quedó interrumpido por los acelerados pasos de dos personas que se dirigían hacia él. Sin dudarlo, tiró el cigarrillo a un lado y echó a correr tratando de alejarse de ellas. Aquella reacción desencadenó una persecución muda. Bajó todo Trinquet en dirección a la Riera Blanca y, en lugar de adentrarse en los callejones del barrio, sin disminuir la carrera giró a la derecha hacia el convento de los Capuchinos. Dejó atrás la puerta principal y siguió corriendo hasta la entrada del huerto y, justo cuando su jadeo empezaba a ser más rápido que sus pies, sintió un golpe en la espalda que lo derribó al suelo. Sin poder levantarse, miró aterrorizado a sus perseguidores y balbuceó con voz muy débil algunas palabras que no se entendieron a causa del pánico, o quizá del idioma. Pero no dio tiempo a más. Uno de los hombres se abalanzó sobre él, lo inmovilizó con sus fuertes brazos, le tapó la boca con una mano y esperó hasta que el otro le asestó siete profundas puñaladas en el pecho.

Ese fue el final de aquel hombre, con su cuerpo arrojado de cualquier manera en las tierras del convento sin haber podido dar una última calada y con el alzacuellos teñido de rojo.

Era el 17 de marzo de 1981.

1

Barcelona, 19 de abril, 2022

Una profunda angustia y una sensación de ahogo, eso es lo primero que siento cuando pienso en aquel martes 19 de abril. Nunca antes me había sentido tan mal, ni siquiera cuando a él le diagnosticaron la enfermedad o el día que todo acabó.

Me había costado tres meses. Lo había intentado con anterioridad y cada vez, a última hora, lo cancelaba, no tenía fuerzas para regresar a Barcelona. Aunque lo habíamos acordado, me resultaba imposible, y aún sigo sin saber exactamente qué es lo que me hizo dar el paso; sin embargo, allí estaba, después de veintitrés años había vuelto.

El vuelo aterrizó alrededor de mediodía. Había mucha luz, en contraste con la oscuridad que había dejado en Londres. Recuerdo subir a pie los escalones de mi nueva casa mientras el equipaje ocupaba la cabina del pequeño ascensor. Mi cabeza no quería abrir aquella puerta, pero mis manos actuaban como las de un autómata, sin poder de decisión. Entré, me quedé inmóvil unos segundos y acto seguido me arrodillé en el suelo, me dejé caer y lloré amargamente. Ya estaba, la etapa más feliz de mi vida había concluido y ahora empezaba otra desconocida, otra en la que yo no había pedido participar.

Unos cuatro meses atrás había estado en aquel apartamento con Geoffrey. Él ya estaba muy mal, pero seguía sin perder su bonita sonrisa y ese bendito carácter, y quiso acompañarme, como en cada una de las visitas desde que lo compramos hasta que acabaron la reforma. Habían terminado las obras y estaban colocando los muebles que habíamos enviado desde Londres. Pasamos cinco maravillosos días en Barcelona, la ciudad que nos había presentado. Mientras equipábamos y decorábamos el que sería mi nuevo hogar cuando él ya no estuviese, rememoramos nuestra historia juntos, cada día, cada momento, aunque yo ya lo sabía. Estaba convencida de que se estaba

acabando, de que le quedaba muy poco. Y él también debía de saberlo, porque me miraba más detenidamente, sin prisa. Imagino que era una manera de sobreponerse al dolor sin llamar mi atención.

Cuando me levanté del suelo me escocían los ojos: esas lágrimas no limpiaban, eran puro veneno. Pasé las maletas, levanté las persianas, abrí algunas ventanas y la enorme y arqueada puerta corredera de la terraza, y recorrí cada una de las estancias de la vivienda de aquel viejo edificio de finales del siglo XIX.

La mayoría de mis pertenencias, incluidas todas las cajas con los libros, trabajos y documentos de Geoffrey, habían llegado pocos días antes. Una de las escasas y ligeras amistades que había conservado de mi época en la universidad me había facilitado el contacto de una conocida suya que me ayudó con la mudanza, la limpieza y la puesta a punto del piso; además, tuvo el bonito detalle de dejar en medio del salón, esperando mi llegada, una aspidistra, mi planta favorita, y algunos refrescos y cervezas en el frigorífico.

A mi marido le diagnosticaron el cáncer en enero de 2021 e inmediatamente regresamos al Reino Unido. El Foreign Office se portó bien con nosotros. Geoffrey llevaba un año como agregado comercial en el consulado de Chicago y, dadas las circunstancias, en poco más de cuarenta y ocho horas lo trasladaron a un puesto en King Charles Street, en el propio ministerio. En principio debía ser algo temporal, de transición, hasta que le hiciesen todas las pruebas y le pusiesen el tratamiento pertinente. Pero no, nunca volvimos a Chicago.

Lo tengo grabado en mi alma como si me lo hubiese tatuado un rayo. Aquel día lloviznaba. Geoffrey me citó después del trabajo en Saint James's Park, íbamos a cenar fuera. Aparentemente le seguían realizando pruebas y aún no habían terminado de ratificar su estado, pero no era así. Durante el paseo, protegidos por un enorme paraguas negro, me confirmó el peor de los augurios: no había remedio, me iba a dejar. Fruto de la impotencia y de la rabia, le golpeé el pecho, como si él fuese el culpable de su propio fin, hasta que me frenó, me rodeó con sus brazos y, como solía, utilizó su sonrisa, su gesto y su talante como medicina para aquella crisis. Lo sabía desde hacía dos días, pero necesitaba tiempo para pensar y tomar algunas decisiones antes de decírmelo.

Dejó de llover, se encendieron las farolas del parque y nos sentamos en un banco.

—¿Lo sabe Jeff? —le pregunté en referencia a nuestro hijo.

—Sí, lo llamé ayer.

—¿Cómo reaccionó?

—Quería venir de Estocolmo y estar a tu lado cuando te lo contase, ya lo conoces. Incluso me propuso volver y quedarse el tiempo que hiciera falta, pero lo disuadí. Él tiene que seguir construyendo su propia vida y nosotros no debemos ser un impedimento. ¿Sabes?, parece feliz, trabaja en lo que le gusta y tiene muchas cosas en común con su chica, creo que tienen futuro y que algún día serás abuela, ya verás.

—¿Y tú?, ¿cómo estás tú? Perdona por lo de antes, es lo último que quería escuchar. Sabía que podía llegar, pero cada vez que aparecía la idea la torpedeaba para borrarla de mi cabeza.

—Bien, sí, estoy bien. No pienso morirme hasta que llegue el momento, y hasta entonces quiero estar a tu lado cada segundo.

—¿Cómo tenemos que actuar?, ¿qué te gustaría hacer?

—Antes deberíamos hablar de otras cosas.

—¿A qué te refieres?

—A ti, Berta, me refiero a ti. Lo más importante para mí en estos momentos es que estés bien, ahora y… después. Quiero dejarlo todo arreglado, y no creo que Londres sea el mejor lugar en el que reanudar tu vida cuando yo no esté.

—¿Cuánto te queda? Por favor, Geoffrey, dímelo, te lo suplico, necesito saberlo todo.

—No es eso, Berta. Dicen que pueden ser meses o incluso un año, pero depende de mí, y ya me conoces. Hazme caso, no deberías quedarte aquí. Jeff no está, nuestros amigos están repartidos por el mundo y vienen muy poco, y en Inglaterra tendrás demasiados recuerdos.

—No quiero olvidarte.

—Eso no va a pasar, estoy seguro. Pero aún eres joven y has de rehacer tu vida, debes seguir viviendo y esta ciudad es dura.

—Podría marcharme a Dover y arreglar la casa de tus padres. Tus tíos, Alfred y Anna, son felices allí.

—Por favor, Berta, no tenemos relación con ellos y yo no tengo más familia. Sabes que adoro mi ciudad, pero allí te acabarías

marchitando.

—¿Entonces?

—Pensaba en Barcelona. La conoces bien, es una ciudad fácil, podrías retomar amistades de la universidad, y además eres española.

—¿Tú crees?, ¿no sería mejor regresar a Galicia?

—¿A Baiona? No, Berta, nooo. ¿Hace cuánto que te marchaste?, ¿treinta años?

—Sí, treinta. Tal vez podría reformar y abrir el bar que me dejaron mis padres, algo tendré que hacer.

—Si tuvieses a alguien allí lo entendería, pero no te espera nadie. Alguna vez hemos hablado de Barcelona como el lugar adonde retirarnos, por eso pensaba que era una buena idea. Y de lo otro no tienes que preocuparte ahora. Además, deberías seguir escribiendo, no te imagino regentando un bar, tú, la única gallega que no soporta la empanada —concluyó Geoffrey con la sana ironía que lo había convertido en uno de los diplomáticos más queridos y divertidos del cuerpo—. He hecho algunos números, y entre las pensiones del ministerio y del fondo tendrás para vivir bien. También podemos vender las casas de Londres y de Dover y tu local de Baiona y comprar un apartamento en Barcelona, aún te quedaría lo suficiente para estar tranquila.

—Supongo que tienes razón, pero me da vértigo pensarlo, Geoffrey. Por favor, no te mueras, por favor… —le dije mientras me atragantaba de dolor y mis ojos volvían a escupir lágrimas. No podía ser. ¿Por qué?, ¿por qué él? No, mi vida sin Geoffrey ya no sería mi vida.

Mi marido dejó de trabajar aquel día y pasamos todo el tiempo que pudimos juntos. Vendimos nuestras propiedades y compramos un bonito piso en Sarrià, el barrio de Barcelona en el que vivimos al poco de conocernos. El proyecto de restauración de la vivienda nos ilusionó, a veces hasta llegaba a pensar que lo íbamos a habitar los dos, pero no era así, era su forma de ser, cómo me hacía sentir, todo por y para mí.

De techos muy altos, mantenía el carácter y la elegancia de los materiales con los que había sido construido ciento cuarenta años atrás. Quisimos respetar su estilo clásico, la distribución, las maderas y los arcos. Conseguimos cambiarle las entrañas sin tirar un solo tabique y restauramos todos los elementos vistos. Lo acabamos con

una decoración y un mobiliario contemporáneos y colgamos en las paredes nuestra colección de fotografía, logrando la transformación que teníamos en mente incluso antes de comprarlo.

Además de la luminosa cocina, dos aseos, un salón cuadrado perfecto y una inmensa terraza, la vivienda contaba con tres dormitorios. Uno de ellos lo arreglamos para mí; otro lo reformamos pensando en las visitas de nuestro hijo, su novia y, quién sabe, tal vez algún niño; y el tercero, como tributo a la casa y a todos los habitantes que la habían ocupado anteriormente, lo dejamos en su estado original, no cambiamos nada, se quedó tal y como lo encontramos, con su suelo, las paredes forradas de un papel pintado que debía de ser de los años setenta u ochenta y el color marfil original de sus puertas acristaladas. Pensaba convertir aquel cuarto en biblioteca y lugar de trabajo.

Pasé el resto de mi primer día en Barcelona sin Geoffrey deshaciendo el equipaje y abriendo y organizando el contenido de algunas cajas. Aquello ayudaba, aunque solo fuera a ratos, a bloquear los recuerdos y la añoranza. La amarga angustia que había conquistado mi garganta fue la causante de que el estómago y el resto de mi cuerpo se olvidaran de demandar bocado alguno, y me limité a paliar la sequedad con dos cortos tragos de agua fría. Cerca de la medianoche terminé de amontonar las cajas de libros y documentos de mi marido en la habitación del papel pintado. Aunque las estanterías para colocarlos ya estaban montadas, era tarde y no me quedaba más energía, así que lo dejé para otro día. Antes de salir de la estancia, mirando sus paredes recordé a mi marido y sus jocosos comentarios: aquel grabado le parecía la mezcla más imperfecta e imposible. Los dueños originales habían sido capaces de conjuntar el estampado de los vestidos de la hija pequeña de *La casa de la pradera* con el de los nocturnos asistentes a Studio 54. Era lo más alucinante que había visto nunca. Aquel recuerdo me hizo sonreír durante un instante, confirmando que dejar el papel había sido una buena decisión.

Tumbada en la cama, sin poder dormir, repasé una y otra vez nuestra despedida, hacía poco más de tres meses. Era enero. En esa época del año el viento de los acantilados blancos de Dover sopla con mucha fuerza y es frío, pero así lo quería Geoffrey: nosotros dos, nadie

más. De pie, al borde del precipicio, lancé al aire sus cenizas en su Dover natal, donde quería terminar, entre el mar y la tierra, entre él y yo.

Miré la hora; habían dado ya las dos de la mañana y seguía sin poder pegar ojo. Pensé en tomarme una de las pastillas que me había recetado el médico precisamente para noches como aquella, y cuyo frasco me había negado a estrenar. Pero entonces oí algo.

2

El chelo

El sonido oscuro y mágico de un violonchelo penetraba en mi dormitorio. Me levanté para averiguar su procedencia. Recorrí la casa, salí a la terraza y a los balcones hasta llegar a la conclusión de que alguien en el piso de abajo lo estaba tocando. Y no venía de una radio o cualquier otro aparato, la melodía salía directamente de un chelo, sabía distinguir las notas con acento electrónico de las que llegaban directamente de la caja de resonancia de mi instrumento favorito.

Aquello, que para cualquier otra persona hubiese supuesto el golpe definitivo para una completa noche de insomnio, tuvo en mí el efecto contrario: me relajó de tal manera que entre suites y sonatas conseguí conciliar el sueño.

La música de mi vecino tuvo las mismas consecuencias que un Valium, por eso no tomé pastillas. Abrí los ojos a las nueve de la mañana, muy tarde teniendo en cuenta que acostumbro a levantarme entre las seis y las seis y media todos los días, incluso los fines de semana. Durante nuestros años fuera, Geoffrey y yo tuvimos que desarrollar ciertas habilidades nocturnas. Éramos una de esas parejas que caen bien: él era muy divertido y yo tenía buena conversación, así que era extraña la semana en la que no acudíamos a dos o tres eventos de los que se prolongan hasta más allá de la medianoche. Sin embargo, a pesar de ese ritmo de salidas y de las pocas horas de sueño, daba igual, mi reloj biológico mandaba. Me despertaba y sin pereza alguna saltaba de la cama. Aquellos madrugones y el silencio para no despertar a mi marido son los que promovieron mis crónicas, que más tarde se convertirían en artículos y, sin pretenderlo, en mi trabajo. Bueno, eso y nuestra vida social.

Aproveché que la angustia había sacado una timorata bandera

blanca para cumplir con algunas obligaciones, y la primera, sin lugar a duda, era comer algo. Aquel miércoles primaveral me pilló por sorpresa. La temperatura era desconcertante, hacía mucho calor para ser abril. Estrené la ducha con agua tibia, me aseé y me vestí como pude para aquel imprevisto. Pantalones verdes de lino, una camiseta blanca de algodón ceñida, una cazadora estilo crucero del mismo tejido en azul marino y unos mocasines oscuros de piel blanda. Me miré al espejo y no necesité demasiado tiempo para sincerarme: pretendía desayunar en Sarrià, no tomar el té en un club de regatas inglés. Obvié el análisis y lo ridículo de mi vestimenta y salí del apartamento. Eran solo dos pisos, así que decidí bajar por la angosta escalera.

Tras recorrer el tramo que me separaba de la primera planta, y justo cuando estaba a punto de comenzar con el siguiente, que terminaba en la planta baja, escuché como tras de mí se abría la puerta del vecino. Inmediatamente me volví y me encontré de frente con un hombre larguirucho de facciones gastadas y semblante triste. Era mayor, tal vez más de ochenta.

—Buenos días —exclamé tan pronto cruzamos nuestras miradas.

—¿Eh? —respondió el hombre, extrañado y con semblante de desconfianza.

—Perdone, no me he presentado. Soy Berta, Berta Lennox, su vecina de arriba.

—Ah, ya veo. ¿Se va a instalar pronto? —quiso saber el octogenario.

—Llegué ayer, hoy he pasado mi primera noche en el piso.

—¿Ha dicho Lennox?, no parece extranjera —continuó curioseando mi vecino, con un tono no demasiado afable y diría que hasta impertinente.

—Soy española, gallega, Lennox era el apellido de mi marido, el mío es Gómez. —Al terminar la frase me di cuenta de lo que acababa de decir y decidí contraatacar con alguna pregunta para poner fin a su interrogatorio—: Y usted ¿cómo se llama?

—Disculpe, no acostumbro a hablar con demasiada gente, y eso y la edad terminan oxidando los modales. Soy Leopoldo Sabaté, pero mejor puede llamarme Leo. Decía de su marido…

—¿Era usted el que tocaba el chelo anoche? —lo interrumpí antes de que continuase fisgoneando en mi vida.

—Sí, era yo. ¿La desperté? ¡Ay!, lo siento mucho. Ese apartamento lleva vacío desde hace muchos años y no sabía que usted estuviese.

—No se preocupe, no me molestó, todo lo contrario, consiguió que durmiese plácidamente, en realidad se lo agradezco. ¿Y abajo?, ¿no tiene vecinos en la planta baja?

—Lo convirtieron en un gran despacho, no hay nadie por la noche. Bueno, alguna vez imagino que algún jefe lo usa como..., ya sabe.

—¿Toca todas las noches?, ¿tan tarde?

—Sí, soy como un búho, un búho de setenta y seis años. Pero si le molesta, no se preocupe, cambiaré mis hábitos.

—No, ya le he dicho que ha tenido suerte, me apasionan las melodías que construyen los violonchelos, así que, ya sabe, a partir de ahora tendrá público en el piso de arriba —terminé diciendo antes de despedirme y continuar mi camino hacia el deseado desayuno.

Leo, Leopoldo Sabaté, me pareció un hombre extraño, triste y con apariencia de ermitaño, por no hablar de su edad. Aparentaba muchos más años de los que en realidad tenía. Era una de esas personas que a primera vista te dan la impresión de no haber tenido una buena vida.

Al pisar la calle, la puerta de hierro forjado que daba acceso al viejo edificio se cerró con un enorme estruendo, y en aquel instante tuve una sensación extraña. No sabría describirla, pero fue algo nuevo para mí. No parecía tener nada que ver con mi estado emocional, ni con la ansiedad que podían generarme los cambios y el futuro, era otra cosa. Aquello hizo que me mantuviese inmóvil durante algunos segundos, hasta que la mirada al cielo y la tranquilidad que se respiraba en el ambiente pusieron en marcha mis piernas. Bajé la calle del Trinquet en dirección a los jardines de Santa Amèlia, donde se encontraba Villa Cecilia, una antigua casa de indiano que pertenecía al ayuntamiento y a cuyo bar aún le debo los resultados de mi carrera universitaria. En aquella época vivía no muy lejos de allí, y acompañada de una taza de café con leche pasaba largas horas estudiando en alguna de las mesas que había junto a los grandes ventanales. Aquel lugar me ayudaba a concentrarme. Y su dueño, Pelayo, un asturiano tranquilo, prudente y poco hablador, jamás me pidió que aumentase mi consumo o que

dejase espacio para otros clientes. Sabía que mis padres regentaban un bar en Baiona y también el esfuerzo económico que hacían para que yo estudiase Filología Inglesa en Barcelona, así que imagino que aquello lo enternecía y «la gallega», como él decía, tenía un buen sitio en su bar. Durante las visitas para supervisar la reforma de la casa, acompañada de Geoffrey, habíamos intentado un par de tardes tomar algo allí, pero siempre lo encontrábamos cerrado.

Esta vez tuve más suerte. Eran las diez de la mañana; subí la noble escalinata de la villa, recorrí el pasillo principal y al fondo, tal y como lo recordaba, estaba la puerta del bar invitándome a entrar. Parecía como si no hubiese pasado el tiempo, no había cambiado prácticamente nada. Le pregunté por Pelayo a la simpática mujer de la barra, que luego supe que era la dueña del negocio. Me confirmó algo que podía imaginar: hacía ya ocho años que se lo había traspasado. Le conté algunas cosas sobre mí y me dio algo más de información. El asturiano se había jubilado pero seguía en Barcelona, no había vuelto a su tierra, algo que hacen algunos inmigrantes que llegaron a la ciudad en busca de trabajo.

Me senté en un taburete junto a la barra y me sirvió. No tenía muy claro cómo respondería mi estómago después de tantas horas sin comer.

Observé detenidamente a los clientes de las cinco mesas que estaban ocupadas, aquel ejercicio bloqueaba los pensamientos del pasado, también los recuerdos que tenía de aquel lugar.

Supuse que el motivo de que todos los clientes menos uno fuesen de cierta edad se debía a que era un día laborable. Una pareja jugaba al dominó, en otras dos mesas un grupo de mujeres y de hombres parecían debatir sobre la evolución de la guerra en Ucrania, un solitario anciano leía *El hombre rebelde*, de Albert Camus, y el que estaba sentado junto a uno de los ventanales, que debía de tener poco más de cincuenta años, leía la versión en papel de *The New Yorker*. Era difícil no detenerse en aquel hombre. En su engominado pelo oscuro no parecía acechar ninguna cana, y la marcada raya a la derecha, muy parecida a la de Cary Grant, lo obligaba cada poco tiempo a repasarse con la mano los costados y el flequillo barrido hacia la izquierda en forma de tupé para evitar que ningún pelo se escapase libertinamente de su lugar. Su forma de vestir no desentonaba tanto como la mía, pero podría decirse que tampoco pasaba desapercibida. Las marcas en

su camisa blanca y las rayas del pantalón beige de pinzas parecían ser perennes o haber sido planchadas con algún truco de magia: eran perfectas. Llevaba unos mocasines de serraje muy finos sin calcetines, algo poco o nada habitual en un español, y la muñeca derecha dejaba ver un reloj antiguo de apariencia militar que debía de tener alguna historia. Sobre la mesa, acompañando a una copa de vino, unas gafas redondas de sol y un portaminas de bolsillo. El aspecto y el porte, además de la lectura en inglés, anunciaban que aquel distinguido y puede que hasta remilgado hombre no fuese español. Especulé un rato sobre su procedencia hasta que la mujer de la barra me interrumpió. Había estado buscando el teléfono del anterior propietario y lo había encontrado. Me lo escribió en una servilleta por si me apetecía volver a verlo.

Dejé el bar y empecé a caminar sin rumbo por las calles y callejuelas del barrio intentando acelerar el transcurso de mi nueva situación. Proyectaba mi propia película imaginando que ya había pasado un año desde que llegué. Me veía saludando a los transeúntes, charlando con los comerciantes y con un nuevo propósito en mi vida. Poco después cambié la cinta por otra más irreal, como si nunca me hubiese marchado de Barcelona, como si Geoffrey nunca hubiese existido. El sonido del móvil me devolvió a la realidad, y antes de descolgar la llamada tuve tiempo de reflexionar sobre la necesidad de visitar a un psicólogo.

—¿Mamá? —preguntó expectante mi hijo Jeff.

—Sí, Jeff, aún no he hecho nada extraño —contesté cínica.

—No empieces, mamá, ¿de qué quieres culparme? No te llamé ayer para no agobiarte. Entiendo cómo te sientes, pero yo no te he hecho nada. Dímelo y cogeré el primer vuelo, te lo he dicho mil veces.

—Perdón, perdón, de verdad, hijo, no sé cómo he podido haberte contestado así, no tienes la culpa de nada, por supuesto. Supongo que quiero gritar y a veces hasta morirme, me recuerdas mucho a tu padre y seguramente esas respuestas son para él, no para ti. Lo sé, soy injusta y a veces lo culpo por haberse ido.

—Mañana mismo estoy ahí, mamá.

—¡Jeff, no!, por favor, no vengas. Se lo prometí a tu padre, los dos estábamos de acuerdo. Tú tienes que vivir tu vida y yo tengo que

acostumbrarme a la mía, y lo tengo que conseguir. Es mejor no vernos de momento. Y no es que no quiera que estemos juntos, pero sería peor. Dame tiempo, Jeff, por favor, te lo suplico. Cuando me llames, esperaré un buen rato antes de descolgar el teléfono, eso me dará tiempo para pensar y no contestarte de malas maneras.

—¿Estás segura?

—Tanto como de que te adoro, cariño —respondí mucho más calmada—. ¿Cómo está Greta?

—Muy bien, la tengo justo a mi lado. Te manda muchos besos y dice que tiene ganas de verte. ¿Nos dejarás visitarte este verano?

—Seguro. Creo que después de un tiempo aquí estaré mejor. Te quiero, hijo.

—Yo también te quiero, mamá. Llámame siempre que lo necesites.

—Eso haré, gracias. Hablamos en unos días.

Geoffrey y yo fuimos padres siendo muy jóvenes: él tenía veintisiete años, y yo, veinticinco. No fue premeditado, pero al amor le pasa lo mismo que a los ríos con la lluvia, un exceso de pasión puede desbordarlos, y así era nuestra relación. Hubiésemos querido tener otro hijo, o incluso dos más, pero ya no pudo ser. Los médicos que nos trataron estaban realmente sorprendidos, veían del todo imposible que hubiésemos podido ser padres, no había explicación alguna desde el punto de vista científico, pero ellos no creían como nosotros en la fuerza del cariño, y de ahí venía Jeff, seguramente. Nació en Londres, al poco de marcharnos de Barcelona. Nos acompañó por el mundo hasta los dieciséis años, y entonces se fue a vivir primero a la capital inglesa y más tarde a Cambridge. Lo hicimos por su educación y por su libertad, queríamos que fuese él quien construyese su vida, sin que sus padres supusiésemos un condicionante en el camino. Terminó la carrera pocos meses antes de que a Geoffrey le diagnosticasen el cáncer y se marchó a Estocolmo, la ciudad de su novia, Greta. Allí han montado una empresa dedicada a algo de inteligencia artificial, pero por mucho que intentan explicármelo no llego a comprenderlo del todo.

Tras la llamada de mi hijo no quise volver a casa, me aterrorizaba sentir la soledad, y tampoco me veía con fuerzas para llamar y

retomar el contacto con viejos conocidos, no me apetecía o no me veía preparada, o las dos cosas, así que subí al metro y me fui al centro. Pasé el resto del día dando vueltas por Barcelona, entrando y saliendo de edificios, museos y tiendas, observando todo lo que podía para dar trabajo a mis neuronas y que de esa forma no tirasen de la nostalgia, y creo que funcionó.

A las ocho y media, después de haber hecho un enorme encargo en el supermercado y de haber comprado algunas verduras para la cena en un colmado del barrio, regresé a casa. Me volvió a ocurrir lo mismo. Delante de la enorme puerta de hierro forjado volví a tener la misma sensación extraña que había tenido por la mañana. Mientras subía los cuarenta y dos escalones de mármol intenté buscarle una explicación, pero no la encontré.

Me di una ducha, esta vez algo más fría, cociné las verduras y cené en la terraza acompañada por la lectura de un libro.

Mi segunda noche en el nuevo apartamento pintaba mejor que la anterior. La angustia no apretaba tanto, había dado mis primeros e imprevisibles pasos fuera de allí y, aunque me había acordado de él, todos los recuerdos habían sido buenos. No sé dónde leí alguna reflexión relacionada con ese tipo de sentimientos. Venía a decir algo así como que una de las mejores curas ante la pérdida es recordar siempre lo bueno de la persona que se ha ido.

Me acosté a las doce de la noche, y cometí un error. De las paredes, repartida por toda la vivienda, colgaba la colección de cuarenta y siete fotografías contemporáneas de distintos autores que habíamos adquirido mi marido y yo. Esas fotos y un par de mi hijo Jeff eran las únicas que estaban a la vista. No quise poner ninguna de Geoffrey para evitar aumentar la añoranza, pero repentinamente tuve la necesidad de verlo. Sabía que no debía hacerlo y aun así no pude resistirme. Rebusqué en un armario, saqué la caja que contenía los recuerdos prohibidos y tumbada en la cama empecé a mirarlos. Las lágrimas no tardaron en brotar y la angustia volvió a robarme el aliento. Me contraje sobre mí misma y esperé a que ocurriera algo: volver a verlo o morirme de pena.

No ocurrió ninguna de las dos cosas. Como la noche anterior, a las dos de la madrugada el violonchelo de mi vecino me rescató, y

tuvo el mismo efecto, me apaciguó y me acompañó en el sueño.

Los siguientes cuatro días, incluido el domingo, fueron parecidos. Desayuné en el bar de Villa Cecilia, donde el remilgado extranjero estaba allí siempre a la misma hora y sentado en la misma mesa. Era extranjero, seguro, sus lecturas lo delataban. Me divertí elucubrando sobre su procedencia y su vida, hasta estuve a punto de abordarlo, pero no fui tan atrevida. Me di cuenta de que él también se había fijado en mí. Pese a sus fatales intentos de disimulo, lo pesqué con algunas miradas directas.

El resto de aquellos días los pasé entre arreglos y compras de lo que faltaba en el apartamento, especialmente plantas. Llené la terraza, los balcones, el salón y hasta la cocina con todo tipo de plantas; su compañía me hacía sentir mejor. Y por las noches esperaba despierta hasta que sonaba el violonchelo de mi vecino Leo. Durante aquellos días me lo encontré en más ocasiones, en las escaleras y en la portería, e intenté ganármelo alabando las piezas que tocaba. Terminé sintiendo algo de lástima por él, pues parecía estar muy solo, se notaba, y en cada encuentro intentaba prolongar nuestra conversación, necesitaba hablar con alguien.

El lunes 25 de abril me desperté con un objetivo, por fin aparecía uno en mi nueva vida: iba a ser atrevida. Si me encontraba al lector de *The New Yorker* en Villa Cecilia, intentaría conversar con él. Estaba recuperando el apetito de la crónica, y aquello me hacía sentir mejor.

A punto de que dieran las diez, y vestida para el encuentro, aunque sin ánimo de llamar la atención, entré en el bar. Había más gente que el fin de semana, y el del peinado a lo Cary Grant ocupaba su mesa de siempre. No dudé lo más mínimo. Vi que aún no había comenzado su lectura matutina, así que le pedí a la mujer de la barra que me preparara un café con leche y me dirigí hacia él.

—Buenos días, espero no molestarlo. Sé que puede parecerle una osadía, pero ¿le importaría que me sentase con usted? —le dije con mucha amabilidad y con un tono, herencia del cuerpo diplomático,

que dejaba ver mis intenciones, muy alejadas de lo que podría parecer un intento de seducción.

—Sí, supongo que sí, claro, siéntese —respondió con un nítido acento de Nueva Inglaterra.

¡Bingo! Lo sabía, era extranjero, norteamericano, pero su español era casi perfecto. Las dos épocas que el trabajo de Geoffrey nos llevó a los Estados Unidos y los años vividos en Inglaterra me permitían identificar con cierta facilidad la procedencia de las personas de habla inglesa en función de su acento.

—Soy Berta Lennox, vivo muy cerca de aquí —me presenté tendiéndole una mano mientras me sentaba enfrente de él.

—Christopher Madison. Si nos tuteamos, puedes llamarme Chris. También vivo en el barrio —contestó mientras dejaban mi café sobre la mesa.

Mantuvimos una larga charla, resultado de algunos intereses y aficiones en común, con la única intención, algo que quedó claro por ambas partes, de distraer la compartida soledad de la mañana.

Nos despedimos con la voluntad de volver a vernos en el bar en alguna otra ocasión o, por qué no, al día siguiente, pues él siempre desayunaba allí.

En el camino de vuelta a casa, con la faceta de cronista en modo *on*, reconstruí lo que Chris me había contado. Era originario de Providence, Rhode Island, y mayor de lo que yo imaginaba, cincuenta y seis años. Por sus comentarios, entendí su estilo remilgado y su actitud distante. Provenía de una adinerada e influyente familia norteamericana. Nunca había estado casado ni tenía hijos, algo que achacó a su trabajo y a su alma libre. Era periodista y trabajaba para distintas agencias internacionales de su país. Había llegado a Europa a finales de 1994, con tan solo veintiocho años. Lo enviaron a Cahors, un pequeño pueblo del sur de Francia. Le dijeron que aquella ubicación era perfecta para moverse con rapidez entre el país galo, Italia y España. Duró tres meses allí. En febrero del 95 abandonó lo que él mismo bautizó como «el peor apartamento de Francia», literalmente pegado a un paso a nivel con unas barreras cuyo chirriar hacía más ruido que el propio tren, y decidió establecerse en Barcelona. Contaba con el «apoyo familiar», así lo dijo, y entre eso y

lo que le pagaban por las noticias podía permitirse residir en la Ciudad Condal. Desde entonces había vivido allí, siempre en el barrio de Sarrià, pero después de casi treinta años en Europa empezaba a tener ganas de regresar a los Estados Unidos, ya que aquí lo había visto prácticamente todo y necesitaba un cambio.

Debía de estar absorta repasando la vida del americano, porque no me percaté de que tenía delante a mi vecino Leo ni de que lo adelantaba por la derecha sin dirigirle palabra alguna. Pero él se encargó de frenarme, sus necesidades sociales vencían una vez más su carácter solitario. En aquel momento confirmé mi pretensión: me lo había ganado.

Le propuse quedar para verlo tocar el chelo y conocernos un poco más. Su primera reacción fue un ademán de rechazo —dio un paso atrás y frunció su ya arrugado ceño—, pero tras un incómodo silencio accedió con la condición de que fuera en mi casa. Tal vez no quería enseñarme su apartamento, aunque no creo que estuviese en malas condiciones, ya que Leopoldo Sabaté parecía un hombre ordenado y pulcro, hasta un poco fino, seguramente algo inherente a las personas con la habilidad y sensibilidad para fabricar música.

A las cinco en punto de la tarde de ese mismo lunes, tal y como habíamos acordado, Leo llamó con los nudillos a mi puerta. Entró con un reluciente violonchelo en una mano y el arco en la otra, no le acompañaba ninguna partitura.

—Buenas tardes, Leo. Pasa, pasa.

—Buenas tardes, Berta.

—Acompáñame al salón. ¿Habías estado en esta casa antes? —le pregunté.

—No, es la primera vez.

—Me dijiste que llevabas muchos años viviendo en el edificio, ¿no conociste a ninguno de los inquilinos que han pasado por aquí?

—No exactamente. Hubo una época, hace ya muchos años, en la que tu casa siempre estaba ocupada. Pero por entonces era mejor no conocerme, no había nada bueno en mí, ni mi música. Después pasó mucho tiempo vacía. Cuando hicisteis la reforma, les pregunté a los

albañiles si iba a venir alguien, pero no sabían mucho, solo que la habían comprado unos extranjeros. Pensé que alguien la ocuparía tan pronto terminase el ruido de la obra, pero siguió vacía unos meses, hasta que llegaste tú.

—¿Qué quieres tomar? Puedo ofrecerte un café, un refresco o podemos abrir una botella de vino si lo prefieres.

—Nada, nada, prefiero tocar ahora y cuando termine te agradeceré un café —respondió tartamudeando y algo nervioso. Pasados unos días entendí su actitud.

Así que, sin más, le di la silla con respaldo que me pidió para acomodarse, colocó el instrumento entre sus rodillas y tocó de memoria la *Suite para violonchelo n.º 1* de Bach y la *Suite para violonchelo n.º 2* de Britten.

Observé que la actitud de mi vecino había cambiado radicalmente tras su actuación, la música debía de provocar en él un efecto positivo. Se volvió mucho más amable y abandonó cualquier tipo de desconfianza. Quizá sea cierto eso de que la música amansa a las fieras.

El encuentro se prolongó una hora más. Quisimos saber el uno del otro y hablamos como si fuésemos libros abiertos, aunque premeditadamente nos saltamos algunas páginas. Lo que más le interesó fueron los distintos lugares en los que yo había vivido, aquello fue para él como descubrir el mundo casi en primera persona.

Durante las siguientes semanas continué estrechando mi relación con Chris por las mañanas y con Leo algunas tardes. Me pareció que empezaba a construir unas prometedoras amistades.

Con Chris compartía una buena conversación, eso es lo que más nos atraía a los dos. Él era uno de esos hombres que se gustan a sí mismos, que necesitan que los adulen y que son incapaces de comprometerse con nadie. Llegó a confesármelo. Era egoísta, y eso terminaba rompiendo todas sus relaciones. Prefería estar solo a estar, como él decía, atado. En un par de ocasiones rompimos la rutina del desayuno con una comida y una cena, la primera en su casa, y la segunda, en la mía, puesto que no había posibilidad de malinterpretar una relación basada en las afinidades mutuas.

Leo Sabaté era otro caso. Yo sentía la necesidad de ayudarlo y

liberarlo de su soledad, pero le costó decidirse a aceptar mi cercanía, hasta que por fin una tarde me confesó algo que yo ya había percibido de alguna forma. Se consideraba un despojo humano. El alcohol había arruinado su vida, esa había sido la única causa de su fracaso. La bebida lo había separado de sus padres y de sus hermanas, había roto todos sus idilios y le había impedido hacer lo que más deseaba: tocar delante del público. Había nacido en la misma Barcelona, en el barrio de Sants. Empezó a tocar el violonchelo porque adoraba la música de Pau Casals, a quien llegó a conocer, y terminó convirtiéndose en músico de profesión, pero le sirvió de poco. Por sus problemas con la bebida, terminaban echándolo de todas las orquestas que confiaban en él. Ahora hacía ya muchos años que había dejado de beber, y desde entonces no había entrado en ningún bar por miedo a una recaída. Eso hacía que saliese poco de casa y que no se relacionase con nadie; excepto conmigo, claro. Me contó que, a pesar de haber roto la relación con su familia, sus padres le habían dejado una pequeña herencia y que vivía de eso, porque el alquiler del piso era barato y él necesitaba bien poco.

A finales de mayo Chris terminó convenciéndome para que preparase un libro recopilatorio de las crónicas y artículos relacionados con la vida social de las embajadas y consulados por los que había pasado. A mí aquello no me interesaba. Me aterrorizaba pensar en el sufrimiento que podía provocarme recordar con detalle mi vida con Geoffrey, pero el americano insistió mucho a pesar de conocer mis temores.

—No puedes decirme eso, Berta. Tienes que intentarlo. Tu trabajo es muy bueno, y estar ocupada te ayudará a sentirte mejor. ¿No dices que es eso precisamente lo que quería tu marido? —reiteró Chris una vez más. Era la tercera vez en cinco minutos que me decía que tenía que preparar un libro.

—Tal vez lo haga dentro de un tiempo. Ya te lo he dicho, es buena idea y seguro que me ayudará, pero no ahora. Además, también había pensado escribir sobre algo diferente, sobre personas que he conocido en mi nueva vida, como tú o incluso Leopoldo, mi vecino.

—Deja esa idea, por favor. Sobre mí podría entenderlo, pero sobre el músico... Cada vez que nos ve juntos no quiero ni imaginarme

lo que debe de pensar. Tú harás lo que quieras, pero yo te lo he advertido más de una vez: relacionarte con ese hombre no te conviene, es un alma en pena. En fin, prométeme que lo intentarás, que al llegar a casa escribirás algo.

—Leo es violonchelista, y ya te he contado de dónde viene su tristeza... Y claro que podría escribir sobre él. Pero te haré caso y así me dejarás terminar el café tranquila —le contesté con una simpática ironía.

No entendí el motivo de su interés, no parecía estar pensando en mí, y se suponía que a esas alturas ya había entre nosotros una considerable amistad. Lo dejé estar. Seguramente su insistencia era fruto de su carácter egoísta, que lo empujaba a salirse siempre con la suya aunque fuera un buen tipo. Quizá nadie le había llevado nunca la contraria.

La tarde del lunes día 30 de mayo me senté delante del cuaderno que había dejado en el escritorio colonial de bambú que tenía en el dormitorio con la intención de redactar las primeras líneas de aquel proyecto, pero no pude. Me levanté cansada transcurridos veinte minutos. Solo había sido capaz de escribir en orden los lugares en los que habíamos vivido: Nueva Delhi, Tokio, Washington, Shanghái, París, Chicago y Londres.

El intento tuvo el resultado que me temía. Cada lugar guardaba un recuerdo especial de Geoffrey, y la desazón por su perdida resurgió con fuerza.

Necesitaba despistar a mis neuronas para frenar la pena que sentía, así que decidí, por fin, seis semanas después de mi aterrizaje en Barcelona, poner orden en la habitación de papel pintado.

3

La nota

Eran las siete de la tarde pasadas y aún entraba luz natural por el balcón de la habitación. Las vacías estanterías de aluminio de una conocida marca suiza descansaban sobre las paredes forradas de aquel papel pintado con un quimérico grabado, y en el suelo, amontonadas unas sobre otras, reposaban un montón de cajas repletas de libros y de documentos de Geoffrey.

Empecé sacando los libros y apilándolos sobre el pavimento de manera que pudiesen leerse los títulos en los lomos, y después los fui colocando en las estanterías. Un total de setecientas diecisiete obras ordenadas por temática y autor.

A continuación llegó el momento de los papeles de mi marido. Entre todo su material encontré un grueso bloc cuyas tapas parecían bastante nuevas. Me senté en el suelo, apoyé la espalda contra la pared y lo abrí. Era su letra, no cabía ninguna duda, y la primera página empezaba así:

> Londres, 25 de agosto de 2021
>
> Querida Berta, este es mi último regalo. Voy a imaginarme el futuro juntos, como si no me hubiese marchado. He pensado escribirte tantos relatos como el tiempo me permita. En cada uno de ellos nos iremos haciendo mayores, como ocurrirá en realidad con tu vida, y como hubiese ocurrido con la mía. De esta manera, la ficción y la literatura nos mantendrán siempre unidos.

Al acabar aquella breve lectura, el llanto mojó el papel. Iba a pasar la página, pero, antes de hacerlo, observé algo escrito con lápiz al pie. La letra ya no parecía la de Geoffrey, el trazo era suave y el grafito casi no se veía.

Pude distinguir una fecha, el 3 de enero de 2022, y una firma como la de mi marido pero menos trabajada. No había duda de que

aquello también lo había escrito Geoffrey, pero casi al final, cuando sus fuerzas ya escaseaban y su pulso era incontrolable. Me costó entender lo que decía.

> He decidido no entregarte los relatos. No sería justo. No puedo pedirte que rehagas tu vida y, por otro lado, fingir que no he muerto. Si alguna vez los encuentras, por favor, no los leas. Déjaselos a Jeff; será un bonito recuerdo para nuestro hijo y, quién sabe, tal vez algún día para nuestros nietos.
>
> Berta, sabes que no creo en el más allá, pero quiero pensar que la misma fuerza del cariño que nos permitió ser padres nos volverá a reunir algún día. Eso sería maravilloso.
>
> Con todo mi amor.
>
> GEOFFREY

Le hice caso y dejé de leer, me levanté del suelo y lancé el bloc. Como un animal enjaulado, empecé a dar vueltas alrededor de la habitación. Estaba desolada, querría haber desaparecido en aquel mismo instante, haber muerto para poder encontrarme con él. Seguía echándolo de menos, seguía necesitándolo a mi lado. De pronto algo llamó mi atención, así que me detuve y me quedé mirando la pared. ¿Cuánta gente habría vivido en mi apartamento? Una de las juntas del papel estaba despegada, poco, pero lo suficiente para dejar ver detrás otro papel con un estampado diferente. Me acerqué y con la mano derecha empecé a tirar de él con cuidado. Se despegó con facilidad. El paso de los años debía de haber acabado con las propiedades de la cola. El papel de detrás era más claro y tenía más vida que el que dominaba la habitación. Seguí tirando hasta que apareció algo escrito a mano y me detuve. Primero letras, luego palabras, pero sin ningún orden ni sentido. Me apresuré a destapar un gran trozo hasta que descubrí la siguiente frase escrita de arriba abajo:

> la mataron, estoy seguro,
> fueron ellos, intentó delatarlos,
> a mí podrían hacerme lo mismo.
> PWW 1981

Sin quererlo, Geoffrey quedó en un segundo plano. Mi corazón parecía querer salirse del pecho y mis manos temblaban. Salí corriendo del cuarto y me dirigí a la terraza para tomar aire. Respiré profundamente para cortocircuitar el miedo y, con un trapo húmedo, regresé a la habitación. Aprovechando los huecos entre los estantes

empecé a frotar sobre el papel que aún no estaba del todo suelto y me dediqué a pelar las paredes en busca de algún otro escrito. No encontré nada más.

No lo dudé. Descalza, bajé hasta el piso de Leo y aporreé su puerta. Me abrió al cabo de un momento.

—¿Te pasa algo, Berta?, ¿estás bien? —preguntó con tono de preocupación al verme sin zapatos y jadeando.

—Déjame pasar, Leo —respondí. Y antes de que me contestase me colé en su recibidor. De inmediato, él cerró la puerta que comunicaba con el resto de la casa.

—Dime, dime.

—¿Recuerdas el nombre de algún inquilino de mi casa?, ¿alguno cuyo nombre empezase por P o el apellido por W?

—No. Creo que ya te dije que nunca me relacioné con los vecinos.

—Y ¿hubo algún muerto?, ¿mataron a alguien en mi piso?

—¿Qué estás diciendo, Berta? —replicó Leo con una lenta reacción. Noté algo extraño en él cuando terminé de formularle la pregunta. Se le dilataron las pupilas, la mandíbula se le inclinó hacia abajo y tardó en contestarme. Esa respuesta no era la primera que se le había pasado por la cabeza, estoy convencida.

—Acompáñame, ven —le ordené agarrándolo del brazo.

Subimos hasta mi casa, entramos en la habitación del papel pintado y nos plantamos delante de la pared.

—Esto es lo que digo, Leo, aquí pasó algo —afirmé señalándole el texto.

—No puedo ayudarte, Berta —declaró mi vecino tras un prolongado silencio—. Yo llegué más tarde. Me mudé en 1986.

—Pero podrías preguntárselo a alguien, no lo sé, tal vez el dueño de tu apartamento sepa algo. No es muy agradable vivir en un piso pensando que quizá en él mataran a una persona —supliqué—. Ojalá hubiese alguien más a quien acudir. A Geoffrey y a mí nos lo vendió un fondo. Se lo había comprado a los sobrinos de una señora que al parecer tenía muchos inmuebles en Barcelona pero que nunca había vivido aquí. Ellos lo heredaron y no deben de saber nada.

—Preguntaré, aunque no creo que sepa nada.

—¿Cómo estás tan seguro? —repliqué de manera impertinente ante tanta negativa y tan poca predisposición.

—Bueno, me lo imagino. Yo que tú estaría tranquila. Lo poco que sé es que, antes de venir yo, en este edificio entraba y salía mucha gente. Será eso.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que los inquilinos cambiaban con frecuencia y seguro que se organizaban juergas. Vete a saber, la gente dice y hace muchas tonterías.

—¿De verdad piensas eso? No está escrito como una tontería, Leo.

—Nunca se sabe. Te lo digo por mi propia experiencia, pero si me entero de algo, te lo diré —concluyó Leo de manera tajante, como si quisiese dejar el tema y salir corriendo de mi casa.

—Gracias, Leo.

Tras la conversación con mi vecino llamé a Chris, necesitaba contarle lo sucedido. Se ofreció a recogerme y a dar un paseo juntos. Pensaba que con la ayuda de la actividad física me tranquilizaría. Acepté agradecida. No le iba a llevar la contraria.

Caminamos una hora seguida, desde las nueve hasta las diez de la noche, de mi casa al Palacio Real. Después subimos a la plaza del monasterio de Santa María de Pedralbes, donde nos sentamos cinco minutos, y regresamos.

Mi amigo no le dio ninguna importancia al escrito de la pared. Según me contó, durante los años setenta y ochenta muchos ilustres y no tan ilustres de la literatura latinoamericana aterrizaron en Barcelona, y en su mayoría eligieron el barrio de Sarrià para vivir y para llevar a cabo su creación literaria. Se juntaban con frecuencia en pisos en los que organizaban charlas, presentaciones y todo tipo de actividades relacionadas con las letras, así como otras más libertinas y divertidas. Chris quiso imaginar que mi descubrimiento bien podía provenir de aquella época, y seguramente de un literato que tal vez terminara incluyendo la frase en una de sus obras. Una vez más me convenció y consiguió disuadirme de proseguir con una búsqueda que posiblemente no tendría resultado. Aunque alguna vez era insistente y algo narcisista, en general estar con él me relajaba.

Aquella noche limité la cena a un vaso de gazpacho sin pepino y me sumí en la lectura a la espera de que a las dos de la mañana el chelo de mi vecino empezase a sonar y me condujese, como cada madrugada, a un tranquilo sueño, como así ocurrió.

El martes 31 de mayo lo pasé sola. Tenían que hacerme un chequeo en una clínica del centro de la ciudad y no pude desayunar con Chris en Villa Cecilia. Durante el día recibí llamadas de mi hijo, del banco y de un par de amigos ingleses que querían saber cómo me encontraba. Por la tarde compré cola y una brocha en una ferretería del barrio y me dediqué a fijar todo el papel que había despegado el día anterior. Después terminé de colocar los documentos y trabajos de Geoffrey en las estanterías, tiré las cajas de cartón, guardé el bloc con los relatos en el cajón del escritorio y me di por satisfecha.

Me acosté tarde esperando la función de Leo, con quien no me había encontrado en todo el día, pero dieron las dos y su chelo no sonó. Llevaba algo más de un mes en aquella casa y era el primer día que el concierto de mi vecino sufría un retraso. Pasaron los minutos y la melodía seguía sin aparecer. Empecé a sentirme intranquila porque necesitaba la música para dormir y porque me extrañaba la demora. La frecuencia con la que miraba la hora iba en aumento y mis nervios circulaban en espiral. Seguí así hasta que no pude más y, pasadas las tres, me levanté y, como el día anterior, bajé descalza a su casa. En la parte de arriba de la puerta, igual que en mi apartamento, había un vidrio traslúcido protegido con unos barrotes de hierro. Supuse que Leo estaría despierto porque se veía luz dentro. Llamé al timbre, pero no respondió. Lo volví a pulsar con el mismo resultado, y así hasta cuatro veces. Me asusté, quizá le había pasado algo. Subí a mi apartamento con la intención de llamar al servicio de urgencias, pero me frené en seco. Sentía la misma extraña sensación que en algunas ocasiones tenía cuando se cerraba la puerta principal del edificio. Me calcé y cogí de la cartera la tarjeta de acceso al gimnasio al que solía acudir en Londres, la misma que hacía dos semanas le había dejado a mi vecino el día que se olvidó las llaves dentro de casa. Él abrió la puerta con mucha facilidad, yo al menos podía intentarlo.

Introduje la tarjeta de plástico entre la puerta y el marco a la altura de la cerradura y se abrió sin ningún esfuerzo ni especial

destreza. Mientras recorría la vivienda buscando a Leo, lo llamaba sin recibir respuesta, hasta que al entrar en el salón vi su cuerpo en el suelo. Estaba boca arriba junto a una mesa auxiliar baja, y su cabeza descansaba sobre un enorme charco de sangre que parecía haber brotado de su frente. Le grité y me abalancé sobre él pensando que podría reanimarlo, que seguiría vivo, pero no era así. Me di cuenta nada más tocarlo: su cuerpo estaba como el de Geoffrey el día que todo terminó.

La reacción normal hubiera sido salir corriendo y gritar pidiendo ayuda o bien llamar a la policía, pero no lo hice. Esta vez sin correr, pero a buen ritmo, caminé por la casa en busca de algo o de alguien. No sé bien a qué se debió aquella actitud que ahora considero irresponsable. Sería el instinto lo que me empujó a ser la primera en inspeccionar el escenario de la muerte de Leo. No quería que me lo contasen, tenía que verlo con mis propios ojos.

La vivienda estaba aparentemente impecable. Era tal y como me la había imaginado, ordenada y limpia, con mobiliario antiguo y sin apenas decoración. Parecía que allí no hubiera pasado nada.

Volví al salón y me quedé de pie mirando el cuerpo de Leo. Tenía una brecha importante en la frente y la mesa junto a la que yacía estaba manchada de sangre en una de sus esquinas. Enseguida saqué mi propia conclusión: se había abierto la cabeza con aquel canto.

A punto de darme la vuelta para salir del apartamento y avisar a la policía, detuve la mirada en el violonchelo. Estaba muy cerca del músico, apoyado en una silla sobre la que descansaba el arco, como si estuviese preparado para que su dueño lo tocara, algo que ya no ocurriría nunca más. Me acerqué y, contemplándolo detenidamente, vi una marca en la parte baja de la tapa armónica. Era un rasguño que parecía hecho adrede, puesto que tenía una forma singular. Podía ser un ocho, la letra B mayúscula o hasta el símbolo de infinito. Sin dudarlo un segundo, me arrodillé junto a Leo y cogí sus manos. La uña del dedo índice de su mano izquierda estaba sutilmente quebrada y bajo ella se apreciaban minúsculas partículas del mismo color que el instrumento. Mi primera reacción fue preguntarme qué le había pasado realmente a Leopoldo Sabaté.

Dejé el cuerpo, me puse en pie y cogí el chelo en busca de una explicación. Tardé poco tiempo en encontrarla. En la parte del diapasón que queda en voladizo sobre la caja de resonancia, por

detrás, totalmente oculto, había pegado un sobre alargado que llevaba mi nombre y mi apellido de soltera, Berta Gómez. Leo lo había escondido de la vista de alguien, pero sin duda pretendía que yo lo encontrara, y por eso había grabado con la uña la inicial de mi nombre en su chelo. Discurrí todo esto sin acabar de comprender por qué no me lo había dado en persona.

Regresé a mi apartamento con la cabeza a punto de estallar, escondí el sobre y llamé a la policía para avisar de la muerte de mi vecino.

Un par de agentes llegaron en cinco minutos. Normal, a poco más de trescientos metros de mi casa hay una comisaría. Poco después la sirena de una ambulancia paró junto al edificio.

Los vecinos de arriba intentaron averiguar qué ocurría, pero los agentes los mandaron de vuelta a sus casas. A mí me tocó quedarme con ellos.

Les conté que el motivo de mi entrada en la casa se debía a que pensé que se encontraba mal o que le había pasado algo al no oír su música diaria y comprobar que la luz estaba encendida. Obviamente no dije nada de la marca en el chelo ni del sobre a mi nombre que había encontrado, y menos aún del mensaje escrito en la pared de mi apartamento. Me hicieron esperar hasta la llegada de una inspectora y de un médico forense, pero ella no habló conmigo hasta media hora después de entrar por la puerta.

—Buenas noches, señora Lennox, o Gómez, como usted me diga. Soy la inspectora Pons. Disculpe que la tengamos aquí, imagino que la situación debe de haber sido traumática para usted, pero he leído la declaración que ha hecho a mis compañeros y querría hacerle algunas preguntas más —me explicó la mujer, que debía de rondar mi edad y que, a tenor de su apresurada vestimenta, la habían despertado por la muerte del músico.

—No se preocupe, lo entiendo. Puede llamarme Berta —le contesté sentada en la única silla del recibidor de mi vecino.

Tras detallarle la relación que tenía con Leo, se ausentó y regresó pasados unos diez minutos.

—¿Sabía usted qué el señor Sabaté bebía?

—¿Qué?

—Sí, que consumía alcohol. Han encontrado dos botellas de aguardiente vacías en la nevera y el médico, aunque lo confirmará con la autopsia, dice que le parece que iba bien cargado.

—Pensaba que lo había dejado. Me contó que había sido alcohólico, pero hace mucho tiempo.

—Pues ya ve, parece que no es así. Mire, no quiero molestarla más. Era un hombre mayor y según el forense todo apunta a un desvanecimiento, quién sabe, tal vez por el exceso de aguardiente, y a una caída desafortunada. Se golpeó en la cabeza y terminó perdiendo demasiada sangre. Por la coagulación, dice el forense que debe de haber ocurrido hace ya unas cuatro o cinco horas. Aunque hubiésemos llegado antes, no hubiéramos podido hacer nada, pero todo esto se confirmará entre hoy y mañana. Mientras tanto, tengo que pedirle que no se ausente de Barcelona y que esté disponible por si la necesitamos.

—No tenía a nadie, estaba muy solo.

—Lo sabemos. Sabemos que no mantenía ninguna relación con su familia, pero han localizado a una hermana que está dispuesta a hacerse cargo de todo. Por cierto, señora Lennox, bueno, Berta, no termino de entender por qué no nos llamó a nosotros antes de entrar usted sola. Además forzó la puerta. ¿Sabe el problema en el que se podría haber metido?

—Lo imagino. Yo tampoco lo entiendo, hasta a mí misma me resulta extraño lo que he hecho. Me daba mucha lástima mi vecino y quería ayudarlo. No hablaba con nadie más que conmigo porque la música nos unía. Supongo que eso y la reciente pérdida de mi marido me confundieron y he actuado de manera inconsciente. Sé que no ha estado bien.

—No se preocupe, nos hacemos cargo. Por procedimiento tenemos que esperar a que el forense confirme la causa de la muerte, pero parece estar claro. Ahora márchese a casa, que necesitará descansar. Tenemos su número de teléfono por si necesitamos algo y en esta tarjeta tiene el mío. Nunca se sabe en estos casos.

—Muchas gracias, inspectora. Si puede, llámeme cuando sepan lo que le ha pasado. Adiós.

—Descuide, la llamaré.

Al llegar a mi apartamento seguí escuchando el trasiego en el piso de

abajo. Aquella incómoda situación me mantuvo inmóvil y despierta en la cama durante mucho tiempo. No quería cerrar los ojos y tampoco abrir el sobre, pensar en ello me sobresaltaba. No sé cómo ocurrió, seguramente fue por puro agotamiento, pero acabé dormida.

Me desperté a las seis y media de la mañana del 1 de junio, como en los viejos tiempos. Había dormido poco, y supuse que la falta de las melodías del chelo devolvía su desorden a mi reloj biológico. Ya no se escuchaba nada en el apartamento de Leo, pero quise cerciorarme. Abrí la puerta y, para no hacer ruido, bajé de puntillas los escalones de mármol. No se veía luz a través del vidrio de la entrada y la policía había colocado, de cualquier manera, una cinta de plástico blanco con rayas amarillas que cruzaba la entrada.

Ya en casa puse al fuego la cafetera más grande que tenía, para cuatro personas. Me temía que el día podía ser largo y necesitaría estar despierta. Me duché con agua muy fría, me vestí con ropa cómoda y veraniega, me serví una taza bien llena de café y me senté junto a la mesa del salón. Aún no estaba preparada para leer la carta de mi vecino. Ya no sentía tanta aprensión, pero necesitaba unas horas sin sobresaltos, así que empecé a escribir lo que me había ocurrido desde mi llegada a Barcelona. Tal vez recordarlo me ayudaría a darme cuenta de algo que se me hubiera pasado por alto, y mientras tanto ganaría sosiego para enfrentarme al contenido del sobre. Quería descubrir quién era en realidad mi vecino, por qué de pronto había vuelto a beber y si todo aquello tenía algo que ver con el mensaje que había encontrado en la habitación de papel pintado o si por el contrario eran imaginaciones mías.

Chris me llamó desde el bar. Le extrañó que no acudiera. Me inventé una excusa y le dije que nos veríamos al día siguiente. Sabía que, con lo insistente que era él, si le contaba lo que había sucedido y que quería averiguar algo que no me cuadraba, intentaría convencerme para que lo dejase estar.

Me pasé toda la mañana escribiendo, como antaño. Hice algunas paradas para estirar las piernas y refrescar las neuronas, di vueltas alrededor del apartamento, quité las hojas secas de las plantas con las que convivía y estuve tentada en varias ocasiones de abrir la carta, pero no pude, cada vez que decidía hacerlo sentía reparo o temor y un

ligero tembleque en las manos.

Cerca del mediodía recibí la llamada de la clínica donde el día anterior me habían realizado el control, informándome de que tenían los resultados. Intenté que me los enviasen por mail o al menos que me leyeran el último párrafo, pero no lo conseguí, solo podían entregarlos en mano. La respuesta me alarmó sin motivo.

—Perdone que le insista, mi marido falleció de cáncer en enero y, como comprenderá, tanto secretismo no consigue otra cosa que asustarme. No se lo pido como paciente, sé que es su trabajo y que es el protocolo, se lo pido como persona, por favor.

—Lo siento muchísimo, no puedo hacerlo. Si quiere, puede venir ahora, no cerramos a mediodía.

—Intentaré estar ahí en una hora, gracias. —Me di por vencida y colgué. Qué pena, conforme pasaban los días constataba que mi país estaba perdiendo la espontaneidad y la soltura, y por contra adoptaba la rigidez innecesaria de otros lugares. ¿Dónde terminaría esto?

Acababa de empezar junio y ya parecía que estuviésemos en pleno verano, así que, sin más, me calcé las sandalias bío de tira gris y cogí el *tote bag* de la National Gallery que utilizaba como bolso. Antes de cerrar con llave, volví a abrir la puerta, cogí del cajón del armario en el que guardaba la ropa interior el sobre de Leo, cerré y salí disparada hacia la estación de ferrocarril de Sarrià, a cinco minutos andando de mi casa.

Sentada en el vagón que me llevaría hasta el centro de la ciudad, estuve a punto de leer el mensaje de mi vecino, pero el olor que allí se respiraba me trajo a la memoria los viajes en metro con Geoffrey. Cuando llegábamos a un nuevo destino, lo primero que hacíamos una o dos veces a la semana era bajar al metropolitano, sacarnos un pasaje de larga duración y recorrer poco a poco toda la ciudad. Y si podíamos, intentando conocerla en todas sus facetas, nos apeábamos y volvíamos a subir en la mayoría de las estaciones, desde las que salen en las revistas de viajes hasta las que jamás lo harán, y que suelen ser aquellas donde viven la mayoría de sus habitantes.

Al llegar a la clínica me dieron los resultados. Los abrí sin dilación al

lado del mostrador de recepción temiendo llevarme una sorpresa desagradable, pero no fue así, más bien todo lo contrario. Me encontraba perfectamente, nada de nada. Todo funcionaba como lo debe hacer en el cuerpo de una mujer de cuarenta y ocho años. ¿Había sido necesario hacerme pasar aquel mal trago? Entendía su trabajo y sus procedimientos, pero también hubieran podido pensar en los pacientes. ¿Por qué no dar por teléfono el resultado a los que están bien y así acortar esperas y evitar dramas innecesarios? Ya empiezo a pensar que antes todo era mejor, me debo de estar haciendo mayor, será eso.

Tras confirmar mi buen estado de salud, se lo comuniqué en silencio a Geoffrey, como si me pudiese escuchar, como si estuviese en algún lado, y al imaginar su respuesta, una caricia en la mejilla y un beso en los labios, decidí hacer un paréntesis, lo necesitaba. Iba a celebrarlo como lo hacía con mi marido cuando sacábamos buenas notas en los chequeos médicos: tarde de compras y una buena cena. Estaba sola, pero qué importaba, me lo merecía, y estoy segura de que es lo que él hubiese querido que hiciera.

Intenté olvidarme de todo y centrarme en mi armario, urgía un cambio. Lo tuve claro desde el día de mi primer desayuno en Villa Cecilia, vestida como si acudiese a un evento matinal del estirado y protocolario cuerpo diplomático. Durante la enfermedad de Geoffrey mi cabeza no me dejó pensar en mí, y, aunque no lo recuerdo con exactitud, seguramente hacía ya más de un año que no me compraba ni una sola prenda.

No soy de consumir mucho, ni tampoco me siento mejor llevando marcas que intentan hacerte parecer en muchas ocasiones lo que no eres. Valoro la moda sencilla pero auténtica, la que me hace ser yo misma, sin caretas ni prejuicios. Eso sí, necesito un calzado que disimule mi número 40, algo grande para mi altura.

Terminé cargada con bolsas de cartón repletas de tops, bermudas, un vestido, ropa interior cómoda de algodón japonés, un par de bikinis y unas *sneakers vintage* muy parecidas a otras que tuve de adolescente justo antes de irme de Galicia.

Estaba preparada para coger un taxi de vuelta a casa, a punto de dar las ocho, pero me paré delante del escaparate de un, digamos —no

sabría bien cómo calificarlo—, centro de cosmética china, peluquería, supermercado o, más bien, antro con un poco de todo. Entré decidida en busca de algo concreto y lo encontré. Un amable señor originario de Suzhou machacó mis pies en una sesión de reflexología. Al terminar estaba planchada de cuerpo y enérgica de mente. Le pagué con un billete de veinte euros y a cambio el hombre me regaló una botellita de *baijiu*, un licor de arroz muy común en China. Aquella fuerza abrió de sopetón el archivo de mi cabeza que guardaba los hechos de la pasada noche: la muerte de Leo, su aparente recaída en la bebida y, en especial, la carta. Tenía que dejarme de excusas y abrirla ya. No podía demorarlo más.

Al llegar al viejo edificio de Sarrià y entrar en mi casa, descargué las bolsas, me serví un diminuto vaso de la bebida que me habían regalado —conocía sus efectos— y me senté en la terraza. Con una lima para uñas abrí muy despacio el sobre que llevaba mi nombre y saqué el folio doblado que contenía.

> Te lo dije, Berta, soy un desecho humano, lo he sido siempre, y ni tan siquiera los años de abstemia lo han podido cambiar.
>
> A pesar de ser la única persona que se ha acercado a mí desde hace mucho tiempo, la única con la que me he sentido bien y la única que me ha permitido olvidar muchos males, te he mentido. Estaba en mis manos, quería hacerlo y era muy fácil protegerte, pero no lo he hecho. No puedo pedirte perdón porque no lo merezco. Soy la peor persona que he conocido.
>
> Ayer por la tarde, cuando bajaste a mi piso a contarme lo del mensaje que habías encontrado en la pared y me preguntaste insistentemente si yo sabía algo, debería habértelo dicho todo. Por un momento pensé hacerlo, pero no me atreví. No obstante, ahora necesito advertirte, te lo debo.
>
> Yo no llegué a este edificio por casualidad. Pasaba una época muy mala, la peor de mis rachas. En mi cabeza solo estaba la necesidad de más alcohol, aunque explotase. Me daba igual todo, la música, mi vida, la familia de la que me había alejado..., no me importaba nada. Malvivía gracias a la caridad de algunas exnovias a las que amenazaba cruelmente si no me ayudaban, incluso me presté a hacer algunos trabajos que no quiero ni mentar porque mi cuerpo no era mi cuerpo y mi mente destilaba la graduación más alta posible. Una tarde me echaron a palos de un bar, necesitaba beber pero no tenía un duro. En la calle, con la cara ensangrentada por los golpes, se me acercó un joven. Nunca he sabido su nombre ni su profesión. Cada vez que se lo pregunté me los negó con cualquier excusa poco creíble. Aquella persona se prestó a ayudarme, pagó el ingreso y el tratamiento de cuatro meses en una clínica de desintoxicación; y funcionó, pero nunca volví a ser el mismo, me aterraba volver a caer. Cuando terminó la cura me recogió él mismo. Llevaba un coche negro muy grande, parecido al de un ministro. Condujo hasta lo más alto de Montjuïc, y yo no solté palabra durante el trayecto, pensaba lo peor. Tal vez

tuviera que pagarle con mi cuerpo lo que había hecho por mí, y en cierta manera estaba dispuesto a ello: callaría y esperaría a que terminase lo antes posible. Una vez aparcado el coche junto al castillo, totalmente a oscuras y sin nadie a nuestro alrededor, me hizo una oferta. Debía mudarme a un piso en un edificio de Sarrià. El trabajo era lo más sencillo que nunca había escuchado. El alquiler estaría a mi nombre, pero él se encargaría de pagarlo, y además todos los meses me ingresaría una pequeña cantidad que me permitiría mantenerme, justa pero suficiente. ¿Lo ves, Berta?, te mentí cuando te dije que vivía de la herencia de mis padres. No volví a saber de ellos desde que me marché por última vez de casa. A pesar de no abandonar jamás Barcelona, la casualidad no quiso que me cruzase en la calle con nadie de mi familia.

El trato con aquel hombre, a quien con los años he llegado a considerar mi salvador, me exigía dos condiciones: no volver a beber y ser sus ojos y sus oídos en el edificio. Si alguien, inquilino, propietario, visitante o cualquier otra persona, hacía preguntas sobre el pasado de aquel edificio, debía llamarlo de inmediato. Y acepté.

Así fue como, en 1986, conseguí este techo y me mudé acompañado únicamente de mi violonchelo y su música, abandonando para siempre, hasta hoy, el alcohol.

En los treinta y seis años que han pasado desde que llegué aquí nunca había tenido que informar de nada al hombre con el que hice ese trato, ni lo volví a ver. Él me ha estado llamando desde entonces tres o cuatro veces al año para cerciorarse de que todo iba bien, de que seguía sobrio y de que no había aparecido ningún fisgón. ¿Te das cuenta?, un tercio de siglo esperando.

Y ayer lo hice. Cometí un gran error. Ayer os puse en una balanza a él y a ti, y justo cuando colgué el teléfono fui consciente de mi equivocación. Lo llamé, Berta. Llamé a ese hombre y le conté lo que habías encontrado en una pared de tu casa. Me preguntó muchas cosas, quería saber quién eras, y le conté todo lo que sé de ti. Antes de colgar me dijo que hoy se pasaría por mi casa porque quería agradecerme personalmente el trabajo y darme una gratificación. Me temo lo peor, soy un imbécil. Me siento como la persona que escribió el texto en tu casa. Algo malo me va a suceder, y lo peor es que puede que a ti también. Y todo por mi mala cabeza.

Si encuentras esta carta será porque yo habré muerto, y tal vez tú deberías marcharte de esa casa y volver a Inglaterra, o ir a la policía, no lo sé. He intentado recordar cualquier cosa relacionada con ese hombre, algo que te sirva para rehuir el peligro. Estoy seguro de que es de aquí. Su acento es inconfundible. Cuando lo conocí era joven, y ahora tendrá algo más de sesenta años. Es muy educado y habla en un tono muy pausado y extremadamente bajo. No sé nada más, pero recuerdo haber visto su foto en la prensa hace ya años, junto a otras personas, aunque no consigo recordar el motivo ni la noticia. Estoy confundido y asustado.

Ojalá no leas nunca esto, significará que solo han sido imaginaciones mías, y por eso he preferido no contártelo en persona. Tampoco me atrevería a hacerlo.

LEOPOLDO SABATÉ

Al llegar a la firma de Leo cerré los ojos. Como si alguien estuviese a punto de agarrarme del brazo, me levanté y entré en casa. Dejé caer la carta en el salón y me refugié en mi dormitorio.

Acurrucada en una esquina, con la cara tapada con una almohada para no ver el rostro de la sombra que me acechaba —y empuñando la lima de uñas con la mano derecha como la espada de san Jorge—, esperé lo peor.

Permanecí inmóvil veinte minutos, bombardeada por todo tipo de sentimientos y por un proyectil atómico llamado pánico, hasta que conseguí que mi juicio venciese a mi subconsciente.

Miedo, eso es lo que se debe sentir cuando te das cuenta de que han matado a una persona relacionada contigo, y que quien lo ha hecho sabe quién eres. Y más aún en mi caso, sola y emocionalmente tocada por la reciente pérdida de Geoffrey. Pero inexplicablemente logré retener el temor en la cuneta y sentí la necesidad de averiguar lo que había ocurrido: el posible asesinato de Leopoldo, la identidad del hombre que lo había ayudado, el mensaje en la pared de papel pintado, la historia del viejo edificio de Sarrià y la extraña sensación que sentía cuando se cerraba su pesada puerta.

Regresé a la terraza y, mientras reflexionaba sobre lo que acababa de leer, sonó mi móvil. Era Chris.

—Berta, no te he despertado, ¿verdad?

—Qué va, sigo despierta. Estoy en la terraza leyendo.

—¿Qué lees?

—Algunas de mis crónicas —respondí con la boca pequeña. No me gustaba mentir, pero tampoco quería contarle a Chris lo ocurrido. Aún no. Posiblemente lo haría, pero no me apetecía arriesgarme a recibir un sermón y a chocar con su carácter obstinado.

—Oye, te llamaba porque esta tarde me he enterado de que anoche pasó algo en tu edificio, me han dicho que murió un vecino.

—Sí, el músico. Al parecer se cayó y se dio un golpe fatal en la cabeza. Era mayor, pobre hombre.

—Si no estás bien, puedes venir y quedarte en mi casa.

—Gracias, Chris, pero estoy perfectamente. Ya sabes que me caía bien, pero nada más.

—Me alegro. Menudo recibimiento te ha dado la ciudad: primero lo del mensaje en la pared y ahora el músico. ¿Has empezado a escribir?

—Lo estoy intentando, pero no es fácil. No te prometo nada.

—Mañana por la mañana no podré verte en el bar, estará por aquí un jefazo de una de las agencias para las que escribo y me han

pedido que le haga de guía, pero si quieres podríamos cenar juntos.

—Sí, claro. Nos llamamos a media tarde y quedamos.

—*Okey*. Procura descansar.

—Gracias. Suerte con tu jefe.

El resto de la noche, hasta que conseguí dormirme, que no fue pronto, estuve dándole vueltas a las incógnitas que flotaban en mi cabeza y a la manera de empezar a ponerlas en orden. Había decidido que de momento no iba a hablar con la policía. Acababa de aparecer una oportunidad inesperada en mi nueva vida e iba a intentar aprovecharla. Quizá ordenando todo lo sucedido encontrase algo interesante sobre lo que escribir. No todo tenía que ser crónica social en mi actividad.

4

2 de junio de 2022

A las siete de la mañana del 2 de junio decidí modificar mis hábitos. Después de lavarme la cara y los dientes a conciencia me fui a caminar. Pensé que ya era hora de empezar el día haciendo ejercicio. Además, no corría el riesgo de despertar a nadie y tampoco me esperaban a la vuelta. Aquello sería más sano y distraído que la tabla de ejercicios de cuarenta minutos que había practicado diariamente los últimos quince años. Recuerdo el consejo que nos dio en Nueva Delhi un militar indio durante una cena. Era nuestro primer destino y aún éramos jóvenes. Nos dijo que si buscábamos resultados distintos, no hiciésemos siempre lo mismo. Había llegado el momento de hacerle caso, me sentía bien y sabía que si Geoffrey me viese estaría satisfecho.

Subiendo la calle de lo que había sido una antigua rambla llegué hasta la carretera de les Aigües, un camino metido en la montaña que empuja, desde el otro lado, la ciudad contra el mar. Durante el recorrido, de más de una hora, estuve pensando por dónde empezar a investigar. Desde luego, no iba a preguntarles a otros vecinos, y, de momento, hacerlo por el barrio podía ser poco oportuno y peligroso. La sola idea de que pudieran existir otros Leo en la zona me paralizaba. Así que llegué a la conclusión de que lo más prudente sería empezar buscando en alguna hemeroteca información de 1981, la fecha del mensaje de la pared y, si existía la posibilidad, centrar la búsqueda en el barrio de Sarrià y hasta más concretamente en la calle donde vivo. Tal vez encontrase algo que me sirviese de ayuda.

Al regresar a mi apartamento me di una larga y saludable ducha y me preparé un frugal desayuno. Me lo había ganado. Aquel cambio de rutina parecía haber funcionado, me sentía mejor y estaba totalmente

despejada.

Me disponía a meter el portátil en una bolsa para irme a la terraza del bar del parque de Santa Amèlia y desde allí consultar tranquilamente la hemeroteca digital de *La Vanguardia*, el diario de más tirada en Barcelona, cuando me llamaron por teléfono.

—¿Dígame? —pregunté.

—¿Señora Lennox? Perdone, ¿Berta? Soy la inspectora Pons. ¿Puede hablar un momento?

—Sí, claro. ¿Qué ocurre?

—Nada especial. La llamo porque usted me lo pidió, es solo eso. Ya tenemos el informe de la autopsia.

—¿Qué le pasó? —la interrumpí antes de que continuase.

—Se lo iba a contar. Puede estar tranquila. Ha sido una muerte accidental, así que ese error suyo de forzar la puerta podemos olvidarlo. Es más, si hubiese llegado antes, hasta lo podría haber salvado. El forense no opina lo mismo, pero nunca se sabe.

—Pero...

—Había bebido mucho aguardiente, prácticamente dos botellas, eso no lo aguanta ni una persona joven. Se debió de marear, perdería el equilibrio y se golpeó contra la mesa. Estaba vivo cuando cayó al suelo, a pesar del traumatismo, pero perdió demasiada sangre.

—¿Y ahora?

—Ya se lo dije, una hermana del señor Sabaté se hará cargo de todo. Según me han dicho mis compañeros, la propiedad del piso le ha dado una semana para vaciarlo y, si no quiere nada, ya se encargarán ellos de tirarlo —aclaró la inspectora—. Si me lo permite, déjeme darle un consejo. La próxima vez, en cualquier otra situación, llámenos primero. Es nuestro trabajo, y así se evitará problemas.

—Lo haré, muchas gracias por la llamada.

Qué injusta puede llegar a ser la dictadura de la edad y qué difícil es evitar que te persiga tu propio pasado. Ese fue el primer pensamiento que tuve al despedirme de la inspectora. Un exalcohólico solitario de setenta y seis años muere en su casa de un golpe en la cabeza y concluyen que ha ocurrido porque era mayor y bebía demasiado. Nadie se pregunta si había alguien con él en aquel momento, si lo empujaron, qué sé yo.

Leopoldo Sabaté murió el día que esperaba la visita de ese hombre, del que solo sabía que lo había ayudado y que le pagaba el

alquiler y una manutención a cambio de una información insólita, por no decir chocante. El mismo día en que me escribió la carta y volvió a caer en la bebida. Era obvio que tenía miedo y pensaba que le podía suceder algo. Todo eso me hacía pensar que su muerte no había sido accidental. Algo más había tenido que pasar en el piso de mi vecino.

Por otro lado, el temor que me asfixiaba de manera recurrente volvía a estar en modo *off*, lo cual tenía sentido. Leo había hablado de mí, había contado todo lo que sabía, pero ya había pasado un día y medio desde su muerte y mi vida seguía sin ningún tipo de interferencia, y mucho menos violenta. Tal vez, como incógnita de la fórmula yo fuese un cero, ni sumaba ni restaba, por tanto no suponía un peligro; en cambio él debía de saber demasiado. ¿Y si la persona que lo había ayudado era alguien conocido públicamente y necesitaba deshacerse de Leo para evitar complicaciones? Eso no tenía sentido. La carta de mi vecino parecía franca.

De pronto recordé algo que dijo la inspectora Pons. Le habían dado a la hermana de mi vecino una semana para vaciar la casa, y eso quería decir que lo podía hacer en cualquier momento, incluso hoy mismo. Tenía que volver a entrar antes de que ella llegase.

Provista de la misma tarjeta de plástico del gimnasio londinense que hizo de llave la noche que entré por primera vez, bajé al apartamento de Leo y repetí la maniobra. Fue igual de sencillo. Además la policía ya había retirado la cinta que prohibía el paso. Aún era pronto, entre las nueve y media y las diez de la mañana, pero ya se escuchaban las voces de los empleados del despacho que había en el piso de abajo de Leo, así que debía moverme con cautela. Mi intención era buscar entre las pertenencias del músico para ver si encontraba algo que me condujese al hombre que lo había visitado el día de su muerte, o tal vez de su asesinato.

La policía se había dejado las ruidosas persianas de madera de la casa levantadas. Menos mal, así la luz natural que entraba era suficiente y no necesité la eléctrica.

Mi primer instinto me llevó al salón. Habían limpiado la mancha de sangre del suelo y la mesa ya no estaba. Pensé que se la habrían llevado para confirmar que el traumatismo de Leo procedía de su esquina. El violonchelo con la raspadura que parecía ser la inicial de

mi nombre seguía en el mismo lugar que lo encontré, acompañado del arco. Qué lástima, pensé contemplándolo, seguramente tirarían aquel instrumento que tan buenas noches me había hecho pasar, pero no debía llevármelo, aunque estuve tentada por un instante. En la cocina tampoco descubrí nada. Se notaba que mi vecino vivía con poco. La nevera estaba prácticamente vacía y los cajones parecían un desierto. Me sorprendí al desvelar su intimidad. Tenía tan solo tres vasos y un juego de dos tenedores, dos cuchillos y dos cucharas. La constancia de la tremenda escasez me hizo sentir mucha lástima. Leopoldo Sabaté vivía en la más absoluta penuria y sin duda se había conformado con esa situación.

Había poca cosa en los dos aseos y en el cuarto que se diría de invitados, aunque no invitaba a nada por la ausencia de mobiliario. Dejé para el final su dormitorio, un lugar donde me lo imaginé recluido esperando a que pasase el tiempo para salir al salón y dar su función nocturna, como si se tratase de una sala de conciertos.

La cama era sencilla y muy incómoda. El larguirucho de Leo debía de tener la espalda destrozada. El somier tenía los muelles oxidados y el colchón parecía de plastilina, pura penitencia. En la mesita que acompañaba al camastro se apilaban desordenadamente un montón de partituras y una de esas linternas rectangulares que ya no se ven, de las que llevan una enorme pila de petaca. Además de aquellos dos muebles había una silla, parecida a las que había antiguamente en las consultas de los médicos, y un enorme y tétrico armario que ocupaba de lado a lado toda una pared. Al abrirlo me emocioné. La primera prenda que vi era un antiguo frac, el que seguramente le hubiese gustado vestir más de lo que pudo, pero ahí estaba, lo había conservado. La poca ropa y calzado que ocupaban aquel enorme ropero eran antiguos pero hacían su papel. Las camisas y los pantalones limpios y planchados y bien pulidos los zapatos. En la parte derecha había una cajonera en la que se encontraban su ropa interior y los pijamas en el primer cajón. En los de más abajo había partituras en blanco y lápices, y en el último lo que entendí que era la poca documentación que conservaba. Facturas de teléfono, de agua, luz y gas, papeles de un único banco junto a una cartilla recientemente actualizada que mostraba un exiguo saldo y una pequeña carpeta de tapas azules y gomas que contenía los recibos del pago del alquiler.

Cogí uno de los recibos, me senté en la silla del dormitorio y lo examiné. La emisora debía de ser la propietaria, una mujer. La renta era baja, estaba desactualizada considerando el tamaño y la ubicación del apartamento, pero tampoco era un regalo. Pagaba setecientos euros al mes. Al pie del documento aparecía la cuenta en la que se domiciliaba el pago. En aquel instante recordé que el hombre a quien llamó Leo para darle información sobre mí le pagaba el alquiler y le ingresaba una cantidad a cambio de vivir allí y estar al tanto de lo que pasaba. Me levanté, volví a la cajonera del armario y cogí la cartilla del banco. Efectivamente, todos los meses le transferían seiscientos cincuenta euros. En el concepto no aparecía ni quién la realizaba ni el motivo, únicamente el número de una cuenta bancaria, y comprobé que era la misma en la que estaba domiciliado el pago del alquiler. No lo dudé un segundo, saqué el móvil del bolsillo del pantalón e hice fotos de aquellos documentos.

Seguí buscando por los rincones de la casa, debajo del sofá, del colchón, en los bolsillos de sus chaquetas, pero no encontré nada que interesase a mi propósito, así que, con el mismo sigilo con el que había entrado, salí de allí y regresé a mi casa.

Antes de guardar el portátil en la bolsa y marcharme a Santa Amèlia para consultar allí con tranquilidad la hemeroteca digital, lo encendí y busqué en internet el nombre de la propietaria del apartamento de Leo. Pensaba que sería difícil de encontrar, pero todo lo contrario. Aparecía como administradora y socia en una notable cantidad de sociedades, todas relacionadas con el llamado *real estate*. Debía de ser, pues, una persona con un importante patrimonio inmobiliario, algo que constaté en las siguientes noticias. Se trataba de una mujer que, de seguir viva, tendría una cierta edad. Su apellido estaba ligado a una conocida familia de la ciudad, y sus hermanos, como ella, se dedicaban a comprar propiedades por todo el país para después arrendarlas. Por un momento pensé que podía ser la misma que había sido propietaria de mi piso y lo había dejado en herencia a sus sobrinos, pero no. Busqué la escritura en la habitación de papel pintado, di con ella y la consulté. Era otra.

Con la fotografía del recibo de alquiler de mi vecino ocupando la pantalla del móvil, se me ocurrió enviársela por mensaje a un buen

amigo de Geoffrey y mío que además se encargaba de gestionar nuestra contabilidad y nuestras inversiones. Tras pulsar el botón de envío, localicé su número en la agenda y lo llamé.

—¿Berta? —preguntó al descolgar.

—Sí, James, ¿tienes cinco minutos ahora?

—Los que necesites. Me pillas en casa, me he tomado el día libre. Vamos a hacer unas reformas y el arquitecto no llegará hasta dentro de una hora. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. ¿Y vosotros?

—Como siempre, ya nos conoces, si no es una cosa es otra, siempre liados. Quería haberte llamado la semana pasada porque llegaron unos papeles de Hacienda que tenías que firmar, pero al final lo resolví por otra vía. Por cierto, te lo puse en un mail, acuérdate de que Jeff y tú tenéis que constituir la sociedad con los bienes de la herencia. Lo podemos hacer en Londres, pero si os supone un problema, dímelo e intentaré arreglarlo para hacerlo digitalmente.

—Se lo consultaré a Jeff, igual es mejor que nos encontremos en Londres. Te llamaré antes y lo organizamos.

—Genial. Pero me has llamado por algo, ¿verdad?

—Un favor. Quiero pedirte un favor.

—Dime.

—Te acabo de enviar una foto al móvil. Es un recibo de alquiler. Olvídate de los nombres que aparecen, me interesa la cuenta en la que se hace el cargo.

—Espera, no cuelgues, voy a verlo —contestó dejándome unos segundos en espera—. Es una cuenta española, eso seguro, empieza por «ES».

—Es lo que suponía, pero ¿tú podrías averiguar algo más?

—El banco lo identifican los dos dígitos del inicio.

—¿Y a quién pertenece?

—No, eso no. Esa información pertenece al banco, es privada.

—Lo sé, pero alguna vez Geoffrey me contó que tenías tus propios medios..., me dijo algo de Washington —le dejé caer. Mi marido y James se conocieron cuando nos enviaron a la Embajada Británica en la capital norteamericana. Los dos trabajaban en asuntos de comercio, pero Geoffrey estaba convencido de que James tonteaba con el personal de Inteligencia de la embajada y que de vez en cuando hacía algún trabajito. Nunca se lo confirmó. Es de esas cosas que no se

deben decir.

—Estaba convencido de que Geoffrey lo sabía, aunque de eso ya hace mucho tiempo, Berta —le hizo gracia mi salida y se rio divertido.

—Algún contacto te quedará, imagino.

—Sí, sí, de hecho dos de mis clientes están dentro. Pero ¿es tan importante para ti? ¿Ocurre algo?, ¿de verdad estás bien?

—Es una tontería, James. Estoy detrás de una idea para escribir una novela que ya te contaré. Saber a quién pertenece esa cuenta me vendría muy bien.

—Bueno, no me lo cuentes, tú verás. Supongo que para ellos no será muy complicado localizar la información, y si con eso te ayudo... Déjame unos días, a ver qué consigo.

—Gracias, James. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Oye, ¿no será de algún político? No nos vayamos a meter en problemas tú y yo.

—No, tranquilo, qué va. Es mucho más trivial de lo que puedas imaginar.

—Eso espero. A veces se empieza tirando de un hilo y detrás, no se sabe muy bien cómo, aparece un tiburón.

—Siempre con tus analogías con la pesca. Por cierto, acuérdate de que me debes una salida.

—Me acuerdo, lo tengo anotado. En octubre te voy a llevar a Chesil Beach, es la mejor época para la caballa.

—No faltaré, James. Avísame cuando sepas algo. Un beso.

—Cuídate mucho, Berta, y no te olvides de lo de la sociedad. Te llamaré.

Finalmente, a las doce del mediodía abandoné mi apartamento en dirección al parque de Santa Amèlia con la intención de comer algo en el bar y después sentarme en una de las mesas que hay en la terraza, justo debajo del pinar, para consultar la hemeroteca en busca de información.

Era pronto para el menú que cocinan a diario, aún lo estaban preparando, pero me propusieron hacerme una ensalada de tomate con anchoas y aguacate. A veces lo más sencillo es lo más delicioso. Comí sentada en una de las mesas junto a los grandes ventanales, observando a los distintos grupos de personas que se reunían allí a

aquella hora, imaginando cómo serían sus vidas lejos de aquel bar.

Al terminar de comer me sirvieron un café doble con hielo y salí a la terraza. Estaba vacía y oscura. La sombra de los pinos parecía querer engullir todas las mesas. Me acomodé en la que había en un extremo, entre dos árboles, así, si alguien más se sentaba en la terraza, no podría ver lo que hacía.

Encendí mi pequeño portátil y lo conecté a la red wifi de Villa Cecilia. Tecleé en el buscador estas tres palabras: «hemeroteca *La Vanguardia*», y accedí directamente al *site* que necesitaba. Podía buscar por palabras o por fechas. Empecé por la primera opción, escribiendo el nombre del barrio, «Sarrià», y encontré un largo listado de noticias. Resaltados en azul aparecían el día, mes y año de la edición. Me centré visualmente en el año, dos noticias de 1976, una de 1979, otra de 1980 y la siguiente de 1981. Pinché inmediatamente sobre el texto de la última fecha y se abrió una nueva ventana con la página del periódico que contenía la noticia digitalizada. Ahí estaba.

Barcelona, 18 de marzo de 1981

> Ayer martes 17 de marzo se encontró en los alrededores del convento de los Capuchinos de Sarrià el cuerpo sin vida del sacerdote benedictino William Wright. Según fuentes de la policía, el religioso sufrió en la madrugada un intento de robo que terminó de manera violenta con su vida.
>
> William Wright, de 27 años y nacionalidad británica, estaba al servicio directo de la archidiócesis de Westminster y había sido trasladado temporalmente a Barcelona para colaborar con la de la Ciudad Condal.
>
> La policía ha comunicado que va a incrementar su presencia nocturna en el barrio de Sarrià con el fin de evitar los delitos que vienen sucediéndose en los últimos meses.

La lectura de la inesperada noticia me sorprendió con brusquedad y se me hizo un nudo en la garganta. No tardé ni cinco segundos en darme cuenta. El mensaje que encontré escrito en el papel pintado de la pared decía: «la mataron, estoy seguro, fueron ellos, intentó delatarlos, a mí podrían hacerme lo mismo. PWW 1981». No era posible tanta casualidad. Sin duda, las iniciales a modo de firma eran las del religioso benedictino. Era inglés, y PWW debía de significar «Sacerdote William Wright» escrito en su idioma, «*Priest* William Wright».

Hacía cuarenta y un años un joven clérigo inglés había estado en mi casa, había escrito una nota en la pared y lo habían matado. Eso

era. Levanté la mirada del ordenador y sin moverme me perdí en el parque no sé cuánto tiempo.

Después, controlado el sobresalto, empezaron las preguntas. ¿A qué mujer asesinada se refería en la nota? ¿Quiénes la habían matado?, ¿los mismos que luego lo mataron a él y, hace un par de días, habían acabado con Leo? ¿Qué diablos pasó en Monterols, 29?

Mientras el interior de mi cabeza imitaba la explosión de magma de un volcán, fui abriendo las noticias anteriores. La de 1980 informaba de otra muerte que podía tener conexión con la anterior.

Barcelona, 14 de diciembre de 1980

> La tranquila comunidad del barrio de Sarrià no está acostumbrada a estas noticias. En las inmediaciones del palacio de Can Ponsic ha sido encontrado el cuerpo sin vida de la religiosa francesa Anne-Sophie Chevalier. La mujer, de treinta años, mostraba signos de haber sido víctima de un robo forzoso.
>
> La archidiócesis francesa de Ruan, a la que pertenecía, se encuentra consternada por la pérdida de la religiosa, que trabajaba directamente al servicio de su arzobispado y que hacía tres años había sido enviada al de Barcelona para llevar a cabo labores de traducción de antiguos documentos eclesiásticos.

Me sentí satisfecha por lo fácil que estaba resultando atar los primeros cabos. William Wright, en el escrito de la habitación de papel pintado, debía de referirse a Anne-Sophie Chevalier. Pero, bien pensado, esas dos escuetas informaciones significaban poco o nada. Continué abriendo noticias sobre el barrio, todas las que aparecían después de 1981, pero no encontré nada más.

Apagué el ordenador y miré a mi alrededor, seguramente por el impacto de las dos noticias. De regreso a casa cambié la ruta habitual y me dirigí hacia el convento de los Capuchinos, solo tenía que cruzar la calle al salir del parque. Era un edificio frío y triste. Anduve por la acera que lo rodea imaginándolo todo menos urbanizado, rodeado de campos, y al clérigo inglés William Wright, cuarenta y un años atrás, siendo asesinado por la noche. En ese momento me sorprendió una de las debilidades humanas que más detesto, el morbo. ¿Cómo lo habían matado? ¿De un disparo?, ¿estrangulándolo?, ¿o tal vez le habían clavado un cuchillo? Alejé de inmediato aquellos perniciosos interrogantes de mi cabeza y continué caminando en dirección a Can Ponsic, a poco más de doscientos cincuenta metros del convento,

subiendo lo que había sido la antigua Riera Blanca. Una vez alcanzado el palacio, Anne-Sophie Chevalier, como yo la imaginaba, apareció en mi pensamiento. Esta vez no di rienda suelta al morbo y me quedé con la imagen de una valiente joven normanda, como la Juana de Arco que dejó su vida en Ruan.

Pocos minutos después de las tres de la tarde entraba en el viejo portal de mi casa y, como en otras ocasiones, tuve la misma rara sensación al cerrarse la puerta principal de hierro forjado. Subí andando los escalones de mármol hasta mi apartamento, y al pasar frente a la puerta del violonchelista que tranquilizaba mi ánimo por las noches no pude evitar un par de suspiros y confirmar con la mirada que estaba cerrada y que no había luz detrás de ella.

Dejé las sandalias en la entrada y bebí dos vasos de agua apoyada en el borde del friegaplatos de la cocina. Después coloqué el portátil en la mesa del salón, lo encendí y, antes de sentarme, fui a la habitación de papel pintado y me quedé inmóvil delante del lugar, ya tapado, donde William Wright quiso advertir a alguien del peligro que corría su vida.

Antes de volver a bucear en la hemeroteca digital, preparé una cafetera de dos tazas y apunté en un pequeño papel adhesivo que debía llamar a Chris. Habíamos quedado para cenar juntos. Esta vez sí que iba a contarle lo que había descubierto. Necesitaba compartirlo con otra persona y en Barcelona estaba sola. Únicamente tenía a Christopher Madison.

Tecleé el nombre de mi calle, «Monterols». Las primeras noticias que aparecían eran de 1964, pero estaban relacionadas con una vía del mismo nombre en otra población. Así hasta que al llegar al año 1979 encontré que el 7 de marzo se publicó en la sección de «Sociedad» una noticia con fotografía incluida que llamó mi atención:

> Ayer se presentó el libro de poemas *Desde dentro*, obra de un poeta francés que escribe bajo pseudónimo. El acto, de carácter privado, tuvo lugar en un apartamento de la calle Monterols, donde se reunieron diplomáticos extranjeros y conocidos escritores afincados en Barcelona.

La noticia no hacía referencia al número de la calle, pero la fotografía, en la que se veían cinco hombres junto al que debía de ser

el anfitrión, dejaba ver una ventana de arco de medio punto muy característica del edificio donde vivo y única en toda la calle. Estaba claro. Aquella imagen fue tomada el 6 de marzo de 1979 en uno de los apartamentos de la calle Monterols, número 29.

Al pie de la foto no aparecían los nombres de los fotografiados, pero por su aspecto, como decía el periódico, no debían de ser de aquí.

En internet encontré algunos libros con el mismo título que se mencionaba en la noticia, pero ninguno de poesía, y además eran bastante actuales. Después descargué en el ordenador el documento que contenía la fotografía, la amplié y la pude observar con mayor detalle. Las seis personas que aparecían estaban de pie y sonrientes. Tres de ellas rondaban los cuarenta años y el resto no llegaba a los treinta. En la escena, además de la ventana arqueada, se veían detrás de los protagonistas un escritorio y una mesa alargada. Tanto su manera de vestir como su peinado eran de la época, aunque mucho más modernos de lo que entonces era habitual en España. Esos hombres en realidad podían ser de cualquier país europeo al norte de la frontera española.

Seguí consultando en la red durante buena parte de la tarde. Visité otras hemerotecas digitales, hice búsquedas de los religiosos fallecidos, leí noticias relacionadas con mi barrio y sucesos ocurridos en la ciudad a finales de los setenta y principios de los ochenta, pero al no encontrar nada salté sin querer a mi pasado y a mis recuerdos. Geoffrey, por su trabajo, y yo, por mis crónicas y artículos, éramos fáciles de encontrar en internet. Aparecía información en formato texto, pero también muchas imágenes en actos de todo tipo y con personajes variopintos.

Estaba embelesada observando parte de los pasajes de nuestra vida cuando sonó el teléfono.

—Berta, ya he terminado por hoy.

—Chris, perdona, tendría que haberte llamado antes, se me ha pasado, y eso que me lo había anotado —respondí mientras constataba en la pantalla que eran las siete y media.

—No te preocupes, aún es pronto. Me han dicho que han convertido en restaurante una casa de Pedralbes, que se come bien y

que su terraza es increíble. ¿Te parece bien que lo probemos?

—Perfecto, pero yo aún tengo que arreglarme.

—A ver, aún no son las ocho. Puedo intentar reservar para las nueve y media. Podemos ir andando. Está a poco más de quince minutos de tu casa. ¿Te va bien?

—Mejor a las diez si puede ser. Ya sé que es un poco tarde, pero así me da tiempo a lavarme el pelo.

—Lo intento. Voy a llamar ahora. Si no vuelves a tener noticias mías, a las diez menos cuarto te recojo en casa, ¿*okey*?

—Genial, Chris.

—Hasta luego.

Con el portátil aún encendido me fui al cuarto de baño para meterme en la ducha, y cuando me había quitado la camiseta y me disponía a desabrochar el sujetador, oí la melodía del móvil. Salí, lo cogí de la mesa del comedor y respondí sin mirar la pantalla y sin escuchar quién era.

—¿No tienen mesa? —pregunté, pensando que era Chris.

—¿Berta?, soy Violet —contestaron al otro lado.

—¡Violet!, lo siento, pensaba que eras otra persona —dije con un sentimiento de cercanía y hasta de felicidad.

Violet había sido la asistente de Geoffrey en el Foreign Office cuando regresamos a Londres tras el primer diagnóstico. Aunque mi marido dejó su trabajo un par de meses después, cuando se confirmó la enfermedad ella siguió dedicada a él desde las oficinas de King Charles Street. El ministerio quiso darle todo el soporte necesario a Geoffrey y también, de vez en cuando, le hacía consultas y trataba algunos asuntos con él. Siempre era ella la encargada de la relación entre ambas partes. Sin duda por eso, a pesar del corto periodo de tiempo durante el que mantuvimos el vínculo y la relación con la simpática colaboradora, construimos una interesante amistad, como si nos conociésemos desde hacía años.

—¡Qué alegría escucharte! ¿Cómo estás?

—Acostumbrándome, pero bien. Soy una dejada, Violet, tendría que haberte llamado. Recibí tus mensajes de apoyo, pero aún no estaba preparada para responderte.

—Te entiendo, necesitas tiempo, no te preocupes —me dijo a

modo de consuelo—. ¿Sabes que Sterling ha sido padre? Si quieres a uno de sus hijos, te lo puedo conseguir. —Sterling era su gato; bueno, para ella era algo más que un gato, y Violet era muy hábil y tenía la capacidad de convertir cualquier conversación en otra más alegre.

—Gracias, me gustaría, aunque mejor me espero a la siguiente camada. Pero, por favor, envíame fotos de los gatitos y de su padre —le dije mientras en aquel preciso instante, supongo que al pronunciar la palabra *fotos*, se me ocurrió una idea.

—Tan pronto colguemos te las envío…

—Perdona que te interrumpa, Violet. Igual podrías hacerme un favor.

—Lo que esté en mis manos, ya lo sabes.

—Vas a pensar que estoy loca, pero nunca se sabe. Mira, he conseguido una fotografía tomada en Barcelona en 1979. En ella aparecen seis hombres que, al parecer, eran extranjeros y algunos de ellos diplomáticos. Sé que es casi imposible, porque no tengo ni idea de sus nacionalidades, pero imagino que trabajaban en los consulados de Barcelona o incluso en las embajadas de Madrid. Si te la envío, ¿crees que podrías preguntar en la oficina si los reconocen?

—Mándamela. Quieres que intente averiguar sus nombres, ¿es eso?

—Sí. Ya te digo que lo veo muy difícil, pero creo que, como en tus oficinas hay muchos diplomáticos de vuelta, igual podrías enseñársela —añadí al tiempo que me sentaba nuevamente frente al ordenador, me conectaba al servidor de correo electrónico y le enviaba un mail con la fotografía adjunta.

—Dinosaurios de vuelta, querrás decir. Menos Geoffrey, casi todos podrían ser mis abuelos. Igual no es tan imposible, no creas. Déjame al menos intentarlo. Que haya estado en misión en España ahora no me suena ninguno, pero, vete tú a saber, podrían haber coincidido en otros destinos. ¿Es muy urgente, Berta?

—No. La verdad es que no. Es una tontería, en principio. Estoy investigando un tema que podría servirme para desarrollar un artículo o puede que algo más, y esa foto me interesa.

—Te lo digo porque mañana me he tomado el día libre y hoy ya es tarde. Empezaré a averiguarlo el próximo lunes. Tampoco ellos vienen todos los días. Algunos están yendo y viniendo continuamente y aparecen muy poco por la oficina. A ver qué puedo conseguir, dame

un poco de tiempo.

—Siempre tan gentil y servicial, Violet. Te lo agradezco mucho. Lo he pensado muchas veces: lo único bueno que nos trajo la enfermedad de Geoffrey fue haberte conocido.

—No me digas eso, Berta. Te llamo la semana que viene, y ahora mismo te envío la foto de Sterling y los gatitos. Cuídate.

—Adiós, Violet.

Dejé el teléfono, acabé de desvestirme y me adentré en el largo y estrecho plato de ducha de mi baño.

La noche prometía ser calurosa, así que decidí no secarme el pelo ni recogérmelo en una coleta como de costumbre. Mi cabello ondulado iba a desafiar la humedad de Barcelona.

Me puse el vestido que había comprado el día anterior y, cuando me calzaba las sandalias, me llamó Chris. Estaba esperándome abajo.

—*Boas noites*, así se dice en gallego, ¿verdad? —me saludó tan pronto abrí la puerta principal del edificio.

—Así lo decía mi padre, Chris —le respondí con una sonrisa.

—Hoy te veo mejor.

—¿Tú crees?

—Sí, al menos te has liberado de la coleta. Eso se puede considerar un primer paso.

Durante el paseo que nos llevó hasta el restaurante, el norteamericano interpretó un monólogo y me contó hasta el último detalle de la visita del jefe de la agencia de noticias con el que había pasado el día. En cierta medida me vino bien. Mientras él hablaba, yo me debatía entre contarle lo que había ocurrido, porque necesitaba compartirlo con alguien, o no decirle nada.

La casa de estilo racionalista adonde íbamos a cenar era magnífica, al menos para mi gusto. De líneas sencillas, se organizaba en cubos de hormigón y vidrio que se superponían entre sí soportados por las aristas. Aquella ligereza te hacía pensar que la menor ráfaga de viento la podía desmontar. La propietaria, una chilena afincada en la ciudad, la había comprado y transformado en restaurante, permitiéndose el gusto de darle su impronta. Una bellísima terraza repleta de todo tipo de plantas de diferentes lugares parecía acechar al edificio con la intención de engullirlo.

Justo cuando nos trajeron los aperitivos, un bíter para mí y una copa de vino tinto para él, y pedimos la cena pareció llegar mi turno.

—Ahora cuéntame tú, Berta, yo ya he hablado demasiado. ¿Qué has hecho estos días? No nos veíamos desde el lunes —me preguntó mi amigo. Era cierto, habíamos creado una especie de rutina. Nos veíamos todos los días para desayunar, y llevábamos tres días sin hacerlo.

—No hay mucha novedad, Chris. —Mentí con la mayor naturalidad porque sentí que debía protegerme y preservar mi intimidad.

—¿Y esa reserva? ¿Estás bien? Me dijiste que te ibas a hacer un chequeo, ¿ya tienes los resultados? —insistió amable.

—Todo en su sitio, ordenado y funcionando bien. Creo que es la primera vez que después de una revisión no me entregan una receta aconsejándome un listado de vitaminas de precios desorbitados.

—¿No estarás afectada por lo de tu vecino? —volvió a la carga después de tomar un sorbo de su copa. Él sabía que Leo me caía bien y que yo sentía la necesidad de ayudarlo.

—Escúchame, y, por favor, no digas nada hasta que termine —le dije muy seria. Acababa de tomar de nuevo el control de mis actos y en aquel momento me urgía que alguien supiera lo que había ocurrido los dos últimos días, tenía que liberarme de todo eso.

Como si de una revancha se tratase, estuve diez minutos seguidos sin parar de hablar. Estaba tan concentrada en no pasar por alto nada de lo que quería decir, en sacarlo todo afuera, que no tuve en consideración los gestos de Chris. No sé si le interesaron los hechos o si por el contrario me tomó por una perturbada. Lo cierto es que cuando terminé me sentí bien, descansada y más ligera.

Los siguientes sesenta segundos fueron de pleno silencio pero de mucha actividad. Mi amigo no paró de moverse. Inclinaba el torso hacia la mesa, volvía a erguirlo, juntaba las manos y las apoyaba en los labios, se tocaba la frente y sus piernas cruzadas se iban alternando inquietas.

—Dime algo, Chris.

—No sé qué decirte.

—Lo primero que se te ocurra. Suele ser lo más sincero.

—Siento lástima por ti. Eso es lo que pienso.

—Pero ¿por qué?

—Hacía tiempo que no encontraba a una persona como tú, y no me malinterpretes, me refiero a la afinidad intelectual que tengo contigo. Entiendo perfectamente lo de tu marido y el tiempo que puedas necesitar para superarlo, pero no llego a comprender que, con el talento que tienes, no lo utilices para volver a escribir y en cambio te enredes en una historia del pasado de la que no conoces nada y con la que no tienes nada que ver.

—Son muertes, Chris. No es una historia del pasado, son muertes.

—Berta, tú eres española, y en aquella época tu país era como era, lo sabes mejor que yo —argumentó muy formal y sereno mientras enderezaba su cuerpo.

—¿Y Leo?, ¿qué me dices de Leo y de su carta?

—Alcohólico, solitario, extraño y la policía no ha encontrado nada sospechoso. ¿Qué más, Berta? Todo apunta a que se lo inventó, ¿no crees?

—No, no se lo inventó, estoy segura —protesté muy enojada a pesar de que Chris era un amigo y estaba en su derecho de decirme lo que pensaba. Además, se lo había pedido.

—¿Y qué puedo hacer yo?, ¿para qué me lo cuentas?

—Necesitaba hacerlo —le respondí, y dejé que pasaran unos segundos antes de sincerarme con él—: Estoy sola, Chris, aquí no tengo a nadie. Bueno, estás tú. No nos conocemos mucho pero confío en ti. Igual tienes razón y todo esto es en parte una invención de Leo con la que estoy queriendo crear una historia. Pero ¿y si no fuera así? No pierdo nada por intentar averiguarlo. Necesito estar ocupada, necesito que pase algo en mi vida.

—¿Y tus crónicas? Sabes que te ayudarían a ocupar ese vacío.

—Imposible, Chris, no puedo enfrentarme a ellas aún. Geoffrey está presente en todas, cada palabra es un recuerdo. Créeme, es muy doloroso para mí.

—Bueno, si tú lo ves así, qué te voy a decir.

—Gracias. Me siento mejor habiéndotelo contado.

—Y ahora que ya lo sé, ¿qué vas a hacer?

—Seguiré indagando. Quiero averiguar lo que sucedió en mi edificio aquellos años de finales del siglo pasado, y si mataron a Leo o murió por accidente, como ha concluido la policía. No te voy a pedir que me ayudes, pero sí que me escuches, si no te importa.

—No me importa. Si, como dices, esto te hace sentir mejor,

puedes contarme tus hallazgos siempre que quieras. Te escucharé —afirmó Chris mientras volvía a rellenar nuestras copas con el vino blanco que nos habían servido y me acercaba la suya para brindar.

—Eres un buen tipo, Christopher Madison.

—No cantes victoria tan pronto, querida gallega. Aunque soy muy escéptico con toda esta historia, más vale que seas prudente. Hay muchos tarados por ahí sueltos, tú estás sola y nunca se sabe. Prométeme que ante cualquier duda, antes de tomar cualquier decisión, me llamarás. Sobre todo, no te vayas a meter en líos.

—Te lo prometo, pero eso te convertirá en mi cómplice.

—Y en tu doctor Watson, Berta, en tu doctor Watson —añadió guiñándome un ojo.

Sentí que el periodista norteamericano acababa de convertirse en lo que llaman un amigo de verdad. Había dejado a un lado su carácter egoísta e insistente y había aflorado una persona que me entendía, en quien podía confiar y que se prestaba a ayudarme cuando lo necesitase.

La conversación del resto de la velada no tuvo nada que ver con el edificio de la calle Monterols y los supuestos asesinatos relacionados con él. Hablamos de nosotros, de cómo fuimos en la infancia y la adolescencia, de los momentos que más nos marcaron, de nuestros miedos y, sobre todo, de nuestras alegrías. Descubrí a un Chris muy devoto de su país, a pesar de todos los años vividos en Europa. Educado en la disciplina y el rigor, preparado desde niño para no llorar y para reír bajo la aprobación de otros. Yo me abrí ante él con la célebre frase de Castelao: «Los gallegos no protestan, emigran». Así fui yo, una rebelde de papel que esperó hasta los dieciocho años para abandonar Baiona y no regresar jamás. Hui de Galicia, de mis padres, de su bar y de todo lo que aquello representaba para una joven que anhelaba otros horizontes más amplios para descubrir el mundo. Solo hay una cosa que sigo echando en falta, mi mar, mi Atlántico y ese olor suyo que entraba a todas horas por mi ventana.

Regresamos andando hasta mi casa. A las doce y media de la noche, en la esquina de la calle del Trinquet con la calle Monterols nos

despedimos. Yo subí a mi casa, me desvestí rápidamente y, sin ponerme el pijama, me tumbé en la cama esperando, como era habitual, a que pasasen algunas horas antes de poder conciliar el sueño, aunque una vez más no acerté y caí rendida al instante.

5
Hedor

Era viernes 3 de junio y, tal como me había propuesto, empecé el día con un paseo de casi dos horas por la carretera de les Aigües.

Al volver a casa, subiendo en el ascensor, me percaté a través del cristal de la cabina de que la puerta de mi vecino estaba abierta y la luz encendida. Cuando llegué a mi planta, salí aprisa y, en vez de entrar en mi apartamento, bajé las escaleras hasta el piso de Leo. Desde la puerta, sin atreverme a entrar, levanté la voz.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

—¡Voy! —se escuchó desde lo lejos—. ¿La puedo ayudar? —me preguntó una mujer que debía de rondar los setenta años.

—Perdone, he visto la puerta abierta y... Soy la vecina de arriba —le indiqué levantando el índice de la mano derecha.

—Agnès, la hermana de Leopoldo Sabaté —se presentó tendiéndome la mano—. He venido a vaciar el piso. Ayer la policía me dio las llaves. ¿Conocía a mi hermano?

—Soy Berta Lennox, encantada. Sí que conocía a Leo.

—¿Quiere pasar? —me ofreció.

—Claro —respondí.

Nada más cruzar el umbral, la afable hermana de Leo cerró la puerta. Aquel acto provocó un terremoto de temor dentro de mí. Si la había dejado abierta, ¿por qué la cerraba ahora? Enseguida me di cuenta de que mi sensación de peligro no tenía sentido, Agnès era una buena mujer.

Nos sentamos en el sofá del salón y se interesó en conocer lo poco que yo sabía de su hermano. Hacía muchísimos años que no tenían contacto y, al ver la pobreza del mobiliario y la falta de enseres, la había embargado una tremenda pena.

Mantuvimos una conversación de algo más de una hora. Me contó todo lo que recordaba de su hermano, especialmente de su

infancia y adolescencia. Leo se marchó de casa siendo ella muy joven y no volvieron a verse.

Al despedirnos nos intercambiamos los números de teléfono y, cuando me disponía a salir del apartamento, a aquella mujer se le ocurrió algo.

—Berta, no sé qué voy a hacer con el violonchelo de mi hermano. No me cabe en casa y no conozco a ningún músico a quien podérselo regalar. Me has dicho que Leo tocó algunas veces para ti. ¿Te gustaría quedártelo? —me ofreció y, como si de una varita mágica se tratase, mis ojos se iluminaron.

—¿Seguro?, ¿de verdad no lo quieres?

—Quédatelo, hazme caso.

—Gracias, Agnès, lo cuidaré con mucho cariño.

Entré en mi piso cargada con el chelo, el arco y una carpeta llena de partituras. Me fui directamente al salón y le busqué un rincón vistoso entre dos paredes, allí lo dejé reposar bien erguido sobre un ligero pie.

Una vez duchada y vestida salí de casa a buen ritmo en dirección al bar de Villa Cecilia. Eran ya las diez y cuarto, Chris solía marcharse a esa hora. Llegué cinco minutos más tarde, pero él seguía sentado en nuestra mesa habitual, junto a uno de los grandes ventanales.

—Buenos días, creía que hoy tampoco vendrías.

—Buenos días. Ahora te cuento. He salido corriendo de casa esperando que siguieses aquí.

—Puedo quedarme media hora más. Te he visto venir a través de la ventana y te he pedido lo de siempre. ¿No habrás cambiado de idea hoy?

—¿Café con leche y tostada con aceite?

—Exacto.

Mientras desayunaba le conté mi encuentro con Agnès y cómo había terminado adoptando el violonchelo de Leo. Él me puso al día, como en todos nuestros encuentros matutinos, de las noticias internacionales de última hora, y terminamos debatiendo un par de ellas hasta que tuvo que marcharse.

—¿Nos vemos mañana, Berta?

—Sí, en principio sí, como siempre.

—Acuérdate de lo que te dije anoche. Ten cuidado y, por favor,

ante cualquier duda o problema, llámame.

—Lo haré, descuida. Gracias, Chris.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Me quedé un rato más en el bar, observando a través del ventanal y pensando en mis cosas. En realidad pensaba en mí. Sin saber por qué, sonreí, o tal vez le sonriese a él, a Geoffrey. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que yo era la protagonista de mis pensamientos, y eso era precisamente lo que mi marido me había pedido que hiciera cuando él ya no estuviese.

Encargué un segundo café solo con un hielo, y cuando la mujer de la barra se acercó a la mesa para dejarlo tuve una ocurrencia.

—Perdona, ¿me podrías dar de nuevo el teléfono de Pelayo?

—Sí, claro. Te lo traigo enseguida.

—Gracias, seguro que al final encuentro la servilleta en la que me lo escribiste, pero ahora no sé exactamente dónde está.

—No te preocupes, no me cuesta nada. Ahora vuelvo.

Con el número en la mano, salí a la terraza del bar para hacer la llamada. Me senté en una de las mesas y pulsé los nueve números. Tardó algunos segundos en contestar.

—¿Dígame?

—¿El señor Pelayo?

—Así me bautizó mi madre.

—Igual no se acuerda de mí. Soy Berta Gómez, la gallega que estudiaba en su bar de Villa Cecilia.

—¿Berta?

—Sí. Durante algunos años después de las Olimpiadas estudiaba allí habitualmente. Siempre en la misma mesa al lado de la ventana.

—Claro, la del café con leche. De Baiona. ¿Tus padres siguen con el bar?

—No. Fallecieron los dos hace ya algunos años.

—Lo siento mucho, gallega —respondió con el mismo apelativo con el que me recibía en su establecimiento. No estuvo mal escucharlo de nuevo con mis cuarenta y ocho años a cuestas.

—Gracias. He vuelto a Barcelona y desayuno prácticamente todas las mañanas en Villa Cecilia. La chica nueva me ha dado su teléfono

—le expliqué hablándole de «usted». Suelo hacerlo con las personas mayores, es una manera de mostrarles mi respeto. Lo aprendí en casa de pequeña y nunca he dejado de hacerlo.

—Me han dicho algunos de los clientes con los que hablo de vez en cuando que está bien, pero que no han vuelto a probar una tortilla como la mía. Dime, ¿necesitas algo?

—Si no le importa, me gustaría verlo. Querría hacerle algunas preguntas sobre el barrio en la época en que usted trabajó allí.

—No hay ningún problema. Justo antes de comer salgo a dar un paseo. Me obliga el médico, y mi mujer me persigue si no salgo de casa. Si quieres acompañarme...

—Es el mejor plan que me han propuesto hoy, y además me hace ilusión verlo.

—Te espero a la una en la rambla del Raval, en uno de los bancos que hay junto al gato.

—¿Gato?

—Sí. El gato gigante ese del... No me acuerdo de su nombre. Es de un pintor de fuera. Tú cuando llegues pregunta por el gato y te lo indicarán. Es muy grande.

—A la una en punto estaré allí. Hasta luego.

—Hasta luego.

A pesar de que me quedaba hora y media para la cita, me dirigí a la estación del ferrocarril y en treinta minutos me planté en el centro. Callejeé hasta el paseo en que habíamos quedado y no necesité preguntar por el felino. Lo localicé a distancia.

Aproveché para dar una vuelta por ese ajetreado barrio hasta la hora de la cita. Había gente de todos los lugares, variopintos comercios y mucha vitalidad en la calle. Era una Barcelona muy diferente a la de la zona donde yo vivía.

A la una en punto, mientras acariciaba los bigotes de la escultura, un bastón tocó mi hombro por la espalda.

—¿Gallega?

—¡Pelayo! —exclamé con una alegría incontenida.

—De Botero, el gato es de Botero. Le he preguntado a mi mujer y me lo ha recordado. Estoy empezando a perder un poco la memoria, pero dicen que no es alzhéimer.

—Gracias —respondí. Yo ya había encontrado la autoría en internet, pero evité decírselo. Imaginé que él pretendía demostrarme

que su memoria aún estaba en forma y yo no iba a aguarle la fiesta.

Anduvimos sin parar los cuarenta y cinco minutos exactos que le había prescrito el médico, ni uno más. Durante el paseo le pregunté por mi barrio entre finales de los años setenta y principios de los ochenta. No pudo contarme prácticamente nada. Él llegó al bar como camarero en 1988 y no recordaba que entonces lo frecuentasen personas extrañas, ni religiosos, ni extranjeros.

—Pero sé de alguien que tal vez te pueda ayudar.

—¿Quién?

—¿Conoces Los López, el bar de las famosas empanadillas y patatas?

—Sí. Está al final de mi calle.

—¿Sigue abierto?

—Sí, y está siempre lleno. A veces hasta hay cola.

—Ese bar tiene muchos años. Yo diría que puede que hasta cien, y no creo que haya ninguno más antiguo en Sarrià. Antes tenía otro nombre, pero en los cincuenta se lo traspasaron a unos hermanos que habían llegado de Segovia, los López. Unos cuantos años después se trajeron a un sobrino muy joven. Los clientes lo llamaban cariñosamente Cochinillo, por ser de Segovia. Él era quien me contaba todos estos chismes. Como suele ocurrir en este negocio, le prometieron que se lo dejarían en traspaso por muy poco y, después de trabajar allí la mitad de su vida, nada, se lo dieron a la hija de uno de sus tíos. En 2000 creo que fue, y si no en 2001, vino a mi bar a pedirme trabajo y se lo di. Estuvo conmigo hasta poco antes de jubilarme, y diría que trabajó en Los López treinta buenos años, desde principios de los años setenta hasta que se vino a mi barra.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—Lo sé, gallega, lo sé. Vive en el barrio. Lo veo de vez en cuando. Las tardes que mi mujer va a cuidar de los nietos me escapo y voy a un bar de otro asturiano. El Cochinillo está allí todas las tardes a partir de las cinco.

—¿Podría decirme el bar?

—Si vas sola no te hará caso. Está un poco... Vamos a hacer una cosa: te vienes a comer a casa y luego iremos juntos, pero pronto, porque si tardamos un poco él ya llevará un par y no servirá de nada.

—No quiero molestar; se lo agradezco, pero igual es mejor que quedemos después del almuerzo.

—¿Molestar?, mi mujer estará encantada. Además, asturianos y gallegos, casi hermanos, y tan hospitalarios los unos como los otros.

Accedí no muy convencida, pero no podía hacerle un desaire a Pelayo. Su mujer resultó ser encantadora y me recibió con los brazos abiertos. Y en el mes de junio, con un calor que iba batiendo récords cada día que pasaba, me comí unas fabes asturianas con todos sus ingredientes. Estaban templadas y deliciosas, hasta tal punto que repetí. Lo que podía parecer una comida excepcional por la complejidad para elaborarla resultó ser el plato principal de aquella pareja prácticamente todos los días del año, incluso en agosto. Decían que el calor que provocaba aquella comida mataba todo el colesterol que producía.

A las cinco menos cuarto, la mujer de Pelayo lo dejó que me acompañase al bar, no sin antes hacerle prometer varias veces que no tomaría más de una copa. Él le había explicado que quería presentarme a una persona.

Era el típico sitio al que yo no hubiese entrado jamás. Geoffrey me contagió su aprensión a los espacios oscuros y de techos bajos.

—¡Pelayo!, ¿qué, la nieta tiene hoy baloncesto? —le gritó al asturiano un hombre de mirada torcida y flaco como una raspa de pescado. Pensé que no podía ser otro que el Cochinillo.

—No, hoy la mujer está en casa, pero me ha dejado venir con esta amiga.

—¿Ahora se las llama así?, ¿«amigas»?

—¡Ve con cuidado, hombre! Es una amistad de verdad. Fue clienta de mi bar antes de que tú vinieras —lo apaciguó Pelayo, que antes de dejarnos y acomodarse en la barra le explicó al Cochinillo mi interés. Le contó lo mismo que había escuchado de mí, que quería escribir un artículo sobre la gente nueva que fue a vivir al barrio de Sarrià en los años setenta y ochenta.

—Siéntese conmigo —me ordenó el segoviano—. Antón, tráete la botella —le gritó al hombre que estaba detrás de la barra.

—Y un café americano —añadí casi sin respirar para huir del desagradable olor que emanaba de sus axilas.

—Sí que había, unos cuantos —respondió a mi pregunta sobre si vivían extranjeros en aquella época en el barrio—. Y venían a Los

López, aunque no se atrevían con las patatas. Eran unos finos, pero las empanadillas las devoraban.

—¿Vivían por todo el barrio o se concentraban en calles concretas?

—¿Usted conoce Sarrià? —me preguntó con cierto tono de superioridad. Acababa de dar el primer sorbo a su segunda copa desde que nos habíamos sentado.

—Sí, vivo allí.

—¿Dónde?

—En la calle Monterols, en la esquina con la calle del Trinquet.

—¿En la casa de los arcos?

—Exacto, allí mismo —le confirmé, en referencia a los arcos de las ventanas y de las puertas del edificio.

—Pues ese edificio estaba lleno de curas y finolis. Todos extranjeros.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya le digo. Yo pasaba por delante cuando iba a trabajar y cuando acababa, porque la parada del autobús la tenía cerca de allí. Por la mañana no se veía gente, pero por la noche, con el buen tiempo, a las nueve o a las diez había sobre todo hombres, pero también alguna mujer fumando en la calle, junto a la puerta. A muchos los conocía del bar. Los de su edificio eran más raros que el resto de los extranjeros que venían.

—¿Qué quiere decir?

—Más estirados. Y los curas y las monjas que entraban y salían de allí eran algo estúpidos. Ni te miraban. Perdone si la molesto, pero es que con la Iglesia me peleé hace ya mucho tiempo.

—Y ¿sabría de qué nacionalidad eran?

—Oiga, ¿no será de la pasma?

—No, ¿a qué viene eso? —le respondí con una mirada incrédula.

—Tanta preguntita rara. No olvide que he sido camarero muchos años, y los de mi gremio y los taxistas terminamos teniendo mejor olfato que cualquier madero.

—Ya se lo ha dicho Pelayo: quiero escribir un artículo, nada más. ¿Acaso tengo cara de policía?

—¿Y yo de cochinillo?

—Je, je —deslicé irónicamente.

—¿Esa sonrisa? Soy de Segovia, de ahí el mote.

—Lo sé, lo siento —me disculpé al darme cuenta de que se sentía atacado. Dejó de hacer aspavientos y apretó sus brazos contra el cuerpo. Seguramente lo había descubierto, su apodo no venía del plato típico de su tierra, sino de lo mucho que apestaba aquel hombre.

—Está bien, dejémoslo. De dónde eran, me ha preguntado. Mire, idiomas no sé, y mis tíos menos aún, pero un camarero andaluz que nos ayudaba los fines de semana era listo, y para conseguir más propinas aprendió a decir cuatro palabras en muchos idiomas. Ya le digo que era listo como un zorro, hasta en japonés aprendió. Me las quiso enseñar, pero a mí lo de estudiar no se me dio nunca bien, aunque lo intenté, no crea. A esos de su casa creo que les hablaba en inglés, en francés y no sé si también lo hacía en alemán.

—Interesante —le dije con la intención de dar por terminada la conversación al ver que se estaba sirviendo otra copa y que, si seguía, aquello podía no terminar bien—. Le agradezco mucho la información, seguro que me será muy útil.

—¿Ya se va?, pero si aún no me he tomado la tercera. Pues va a ser verdad que no es de la pasma.

—Tengo algo de prisa —me inventé para escapar de aquel antro. Estaba a punto de perder mi olfato para siempre.

—Oiga, si quiere saber algo más y me acuerdo, suelo pasar las tardes aquí, ya sabe dónde encontrarme. Ahora no haga caso de lo que voy a decir, uno tiene que guardar las apariencias —me susurró—. ¡Pelayo!, la gallega tiene susto y se va. Me gustan más las amigas que te traes los domingos, hablan menos y beben más —gritó y me guiñó un ojo.

—Lo tendré en cuenta —le agradecí tendiéndole la mano para despedirme.

—¿Conoce al herrero de su calle? —me preguntó mientras mantenía sujeta mi mano.

—¿Un herrero?

—Búsquelo, dos o tres números más allá del suyo había una herrería en el bajo. En el mismo edificio vivía el dueño del taller, y allí seguirá si no se ha muerto. Era un chismoso y muy charlatán y parecía el sereno, siempre estaba en la calle —me explicó, y al terminar me soltó la mano.

—Lo haré, gracias.

Eran las seis y media cuando me despedí de Pelayo. Como si

fuera su guardiana, salí del bar con él y lo acompañé hasta su casa.

Decidí quedarme en el centro y pasear. Llegué hasta el mar, hasta la Barceloneta. Me tomé una cerveza muy fría en una terraza mientras observaba a los paseantes y los clasificaba en turistas y locales. A las ocho y media, a pesar del calor, intenté la proeza de regresar a Sarrià andando a ver si de esa manera acababa con la huella de la contundente comida. A paso ligero tardé una hora y cuarto en llegar. Estaba agotada, pero mi estómago me lo agradeció.

Medio tumbada en la cama, sin nada encima y con el ventilador de techo a máxima potencia, intenté escribir para dejar de pensar en el bochorno que hacía. En un documento de Word en blanco resumí mi encuentro con el segoviano, lo copié y se lo envié a Chris por la aplicación de mensajería que tenía en el portátil. Me respondió al instante: «Qué divertido, terminarás escribiendo una novela. Te espero mañana en nuestra mesa con un café y una tostada. *Boas noites*, gallega».

Con el ordenador reposando a mi lado, en el lugar donde debería haber estado Geoffrey, cerré los ojos y mi cuerpo no necesitó nada más. Dormí hasta la mañana siguiente.

El sábado 4 de junio no salí a andar. No porque sucumbiese a la pereza, simplemente la caminata de la tarde anterior ya había valido como ejercicio para todo el fin de semana. Nunca fui una mujer de extremos. En mi época de fumadora no pasé de medio paquete al día, por las noches no podía con más de dos copas y la única finalidad de hacer ejercicio era mantenerme fuerte y sana por dentro y por fuera. Algunas conocidas, a partir de los cuarenta, habían empezado a tontear con sesiones especiales y exigentes de *fitness* dirigidas por ridículos chavales que aprovechaban la menor oportunidad para enseñar sus pectorales. Otras habían llevado a cabo su bautismo en la cirugía estética, con mejores y peores resultados. Yo de momento me encontraba bien como estaba. Además quería verme cambiar de forma natural. Era una tontería, pero a veces imaginaba que cuando dejase este mundo, y, quién sabe, de una u otra manera me encontrase con Geoffrey, quería que me reconociese, tenía que seguir siendo la

misma.

A las nueve y media me reuní con Chris para desayunar. Los sábados aparecía cargado con prensa de muy diversa procedencia y solía dedicar el fin de semana a su lectura.

Después de comentar mi mensaje de la noche anterior, el cual interpretó de manera tan divertida que me hizo reír, me contó que tenía que marcharse en los próximos días.

—El miércoles por la mañana me voy a Providence, mi madre no está muy bien y mi padre cree que debo ir a verla.

—¿Qué le pasa? —me interesé.

—La edad. Su aparato digestivo le ha dado algunos sustos últimamente y es cierto que yo vivo lejos y no los visito muy a menudo.

—Entonces no sabes cuándo volverás —manifesté preocupada, pensando que se acabarían los desayunos con él.

—No, aunque en principio estaré tres o cuatro días. Además, tan pronto regrese a Barcelona tendré que ir cuarenta y ocho horas a Alemania, me han pedido que cubra una cumbre de la OTAN.

—Pero eso no es lo tuyo.

—No me lo recuerdes, Berta, ni es lo mío ni me gusta. El corresponsal de Alemania acaba de ser padre y me ha pedido el favor. Quiere marcharse con su mujer a casa para enseñarles el niño a los abuelos. Es un periodista joven y buen tipo, nos hacemos favores mutuamente.

—Entonces te reservaré el sitio en esta mesa hasta que vuelvas —le dije sonriendo.

—¿Por qué no aprovechas y vuelves a Londres unos días? Me dijiste en la cena que necesitabas encontrarte allí con tu hijo para arreglar algo de la herencia.

—Sí, debería ir, pero se me hace un mundo. En el fondo, Chris, estoy como Saturno, tengo un montón de cosas que no paran de dar vueltas en mi cabeza.

—Por eso mismo, vete de aquí unos días.

—Ya veré.

—¿Tienes planes mañana?

—Desayunar contigo.

—Vamos a cambiarlo por una comida en el centro y te enseño mis lugares favoritos de la ciudad. ¿Te apuntas?

—Sin dudarlo.

—Te recogeré en la puerta de tu casa a las diez de la mañana. No salgas a andar, lo haremos juntos, ya verás, y ponte ropa cómoda.

—Como usted diga, señor Madison.

Regresé a casa con la idea de pedir un taxi y acercarme a un vivero en una población del cinturón de Barcelona. Quería poner un par de limoneros en la terraza y además había leído que era un lugar ideal para pasar una mañana o una tarde de fin de semana, y que incluso se podía comer allí. Antes de entrar al portal observé que la puerta del bajo en el que antaño se encontraba la herrería estaba entreabierta. Me acerqué y asomé la cabeza.

—Buenos días —dije al ver dentro a un hombre algo más joven que yo. El local era una especie de garaje y trastero al mismo tiempo.

—Buenos días. ¿Estás buscando a alguien? —me saludó con la soltura y las maneras de alguien poco convencional mientras se acercaba a la puerta.

—Perdona, ¿hubo aquí una herrería?

—Así es, hasta hace siete años. Mi abuelo la montó y mi padre trabajó en ella hasta jubilarse. A mí ya no me iba el oficio.

—Mira, me llamo Berta y soy vecina del número 29 desde hace poco. Estoy pensando en escribir un artículo sobre la vida en el barrio hace unos años y sobre sus habitantes, y había pensado empezar por los de mi calle. Tu padre... —le dije antes de que me interrumpiera. Una vez más me había visto obligada a pretextar un motivo ficticio, pero era lo único que se me ocurría para conseguir averiguar algo.

—Sí, aún vive, en esta misma finca, en el tercero.

—¿Crees que podría verlo?

—Ahora no es el mejor momento. Vive solo, mi madre murió hace tiempo, y no es de carácter fácil. Cuando está solo tiene mal genio. Pero esta tarde voy a traer a mis hijos para que vean al abuelo, eso lo distrae y ablanda a la vez. Si quieres aprovechar, por mí no hay problema.

—¿Seguro?, ¿no molestaré?

—Qué va, al contrario, así no me torturará a mí solo.

—¿A qué hora quieres que esté aquí?

—Ven a las seis menos cuarto. Yo llegaré con los niños a las cinco

y media y le diré que va a venir una amiga que quiere conocerlo, ¿te parece? Tendrás que disimular —me propuso el simpático y desinhibido hijo del herrero.

—Aquí estaré, muchas gracias. ¿Te llamas?, yo soy Berta, creo que ya te lo he dicho.

—Me llamo Carlos. Acuérdate de que es el tercero y no hay ascensor.

—Perfecto. Nos vemos luego, Carlos, adiós.

Hasta la hora de mi cita con el vecino hice lo que había planeado para aquel sábado. Un taxi me llevó hasta Gavá. El centro de jardinería era tal y como se mencionaba en la reseña del blog que había consultado, parecía un parque de atracciones de la naturaleza. Disfruté como cuando era niña y me llevaban a caminar por los bosques gallegos, acariciaba las hojas de todo lo que estaba al alcance de mi mano y aspiraba con profundidad los aromas que me envolvían. Comí allí mismo: verduras a la plancha, cultivadas en el propio centro, con sal de escamas y aceite de oliva, y para beber un gazpacho muy suave con sabor a tomates de los de verdad. Regresé a casa en la cabina de un pequeño camión, un servicio del vivero en el que transportaron a mis nuevos huéspedes, un par de fuertes limoneros. Hubo que subirlos por las escaleras de casa, al igual que los enormes tiestos, y me los colocaron en dos de los tres ángulos de mi singular terraza.

Una rápida ducha de agua fría y un cambio de ropa me prepararon para visitar al herrero.

A las seis menos cuarto en punto pulsé el timbre y me abrió Carlos. La entrada del piso era angosta y por los pasillos correteaban dos pequeños pelirrojos que parecían mellizos. Entramos a una salita en la que, sentado en un sillón, se encontraba el hombre con quien quería conversar.

—Papá, esta es Berta, la amiga de la que te he hablado. Vive aquí mismo, en el 29 —me presentó Carlos.

—Buenas tardes, señor, encantada —le dije mientras le tendía la mano.

—Buenas tardes. Llámame de tú, llámame Ramón —respondió

sin dejar de observarme de arriba abajo con una ceja levantada y apretándome la mano tan fuerte como seguramente debió de hacer con el martillo—. Me ha contado mi hijo que llevas poco en el barrio y que quieres escribir sobre la gente de Sarrià... Tú dirás.

—Así es, Ramón.

No quería ser demasiado directa y opté por empezar preguntándole por su oficio, por su taller, por otros artesanos del barrio, por gente conocida que había vivido allí.

El herrero se lanzó y parecía que no iba a terminar nunca, hablaba y hablaba sin parar. De vez en cuando lo interrumpían sus nietos, les revolvía el pelo con la mano como gesto de cariño y seguía la narración. Yo lo escuchaba con interés porque sé que esa actitud genera confianza. Así estuvimos, sin exagerar, casi una hora.

Cuando las explicaciones de mi interlocutor decayeron, me adentré en mi interés real.

—¿Y en mi edificio vivió algún personaje interesante del barrio?

—Lo construyó una familia catalana muy rica —empezó a contarme.

Él aún no había nacido, pero se lo oyó a su padre. Entonces no existían los bloques de viviendas que hay a su alrededor, todo eran campos, y desde sus terrazas se veía el mar y toda la ciudad. En esa época la casa no estaba dividida en pisos, y la familia veraneaba en ella.

Conforme pasaron los años, los propietarios fueron vendiendo los campos y se construyeron otras casas junto a ella, configurando las calles y esta parte del barrio. Acabada la guerra civil dejaron de frecuentarla y la dividieron en apartamentos, pero no sabía bien para qué, porque estuvo vacía muchos años. La mantenían, pero en ella no vivía nadie. Hasta que de un día para otro se la donaron a la Iglesia, algo bastante frecuente entre las familias adineradas y sobre todo muy religiosas, y enseguida empezó a llenarse de vecinos. Todos los que vivían allí eran extranjeros que iban y venían. Ramón lo sabía bien porque en esa época ya trabajaba con su padre en la herrería y los veía. Para los pocos apartamentos que albergaba, el edificio estaba muy concurrido, lo que le hacía pensar que vivían bastantes personas en cada piso.

—¿Cuándo ocurrió eso, Ramón?, ¿cuándo se empezó a llenar? —le pregunté con interés, porque necesitaba saberlo. Era importante

para mí.

—Pues... no te lo sabría decir exactamente, me lío mucho con los años, pero debió de ser más o menos cuando murió Franco. Sí, por entonces sería.

—¿Sabes a qué se dedicaban o si trabajaban para la Iglesia? Como el edificio era de ellos...

—No lo sé. Que tenían dinero, seguro, por los coches que llevaban. Y sí que había algún que otro curilla, de esos que mandan, con el alzacuellos bien brillante.

—Y... —Intenté formular otra pregunta, pero me interrumpió antes de hacerlo.

—No te he contado lo más interesante.

—¿Qué es?

—Como si no hubiesen existido nunca, de pronto desaparecieron todos los extranjeros y el edificio volvió a quedarse vacío —puntualizó Ramón. Aquello no me lo había contado el Cochinillo, tal vez las dos copas de alcohol frenaron su memoria.

—¿Qué pasó?

—Ni la más remota idea. Había comentarios por el barrio, pero ninguno era cierto, de eso estoy seguro. Yo pasaba mucho rato en la calle y no era lo que decía la gente, que si se dedicaban a la prostitución, que si dentro había unos quirófanos para abortar. Nada, idioteces, se fueron y ya está. Seguramente se mudaron a otro lugar de Barcelona algo mejor, más acorde con su posición.

—¿Te acuerdas de cuándo se marcharon?

—Yo me suelo guiar por los mundiales de fútbol y creo que fue después del de España, el del 82, el del Naranjito, pero no estoy del todo seguro, en esa época me lío un poco entre el Mundial y cuando dijeron que en Barcelona harían las Olimpiadas, que menuda juerga se montó —concluyó Ramón, que parecía cansado—. Pero si quieres saber algo más, hay una mujer que trabajó aquellos años allí. Bueno, en realidad no trabajó, se encargó de vender los pisos. Lo sé porque cada vez que se vendía uno me pedía que cambiase la cerradura y, aunque no era mi trabajo, lo hacía para ganarme unas pelillas, y a ella le resultaba cómodo. Hace ya muchos años que no la veo. Pregunta en el mercado. Hay un puesto de pollos que se llama Rosita y es de su hija; pregúntale por su madre, ella también se llama... o se llamaba así.

—El lunes mismo iré al mercado. Muchas gracias, Ramón, ha sido un verdadero placer conocerte, me ha encantado todo lo que me has contado.

—Me has pillado de buenas, no suelo ser así, te lo habrá advertido mi hijo, pero hay algo en ti que me gusta. Vente otro día y me cuentas cómo va ese trabajo.

—Descuida, vendré otro día, te lo prometo. Adiós.

Me despedí de Carlos y de los niños, que seguían correteando, y cuando cerré la puerta de mi casa eran casi las nueve de la noche. Me senté en la terraza y me quedé observando a mis recién llegados compañeros. Su fortaleza parecía proteger el apartamento.

A las diez menos cinco de la mañana del domingo bajé a la calle y, apoyado en la pared de la esquina con la calle del Trinquet, vi a Chris tecleando en su móvil.

—Buenos días, Chris, ¿por qué no me has avisado de que ya habías llegado?

—Buenos días. Habíamos quedado a las diez, no quería meterte prisa. Además, acabo de llegar —respondió—. ¿Estás preparada?

—Lista, te sigo.

Nuestra indumentaria no podía disimular mis años fuera de España y el origen norteamericano de mi acompañante. Éramos un híbrido entre guiris de paso por la ciudad y amigos que salen a caminar.

Anduvimos muy despacio hasta el centro buscando siempre las aceras con sombra. El sosegado ritmo y la amena conversación hicieron que prácticamente no me diera cuenta del tiempo ni de los kilómetros recorridos.

Aunque conocía bien los lugares que visitamos, los preferidos de mi amigo, Chris me contaba de cada uno de ellos una anécdota novedosa para mí.

Comimos en el Borne, en un bar entre la calle Comercio y la calle de la Princesa. Era uno de sus favoritos, y, para mi sorpresa, era gallego. Me lo vendió como el mejor pulpo de la ciudad y se atrevió a decir que incluso uno de los mejores del país. El local estaba anticuado y la

barra era metálica, larga y ancha, como la de mis padres en Baiona. Aquello parecía una excursión a mis orígenes: los mismos olores, la misma comida y las mismas sensaciones, todo un detalle por parte de Chris.

Dos platos de pulpo que terminaron siendo tres —fue imposible no repetir—, una gruesa tortilla con patatas traídas de mi tierra y unos boquerones muy bien fritos, todo ello acompañado de una botella de albariño, deleitaron nuestro paladar y levantaron aún más nuestro ánimo. Durante la sobremesa, con los cafés recién servidos, le conté al norteamericano mi encuentro con el herrero y la conversación que habíamos mantenido.

—Sé que este asunto te mantiene ocupada y que en cierto modo te distrae, pero sigo pensando que en estos momentos deberías darte un respiro y pasar unos días en Londres para cambiar de aires, y también podrías aprovechar para encontrarte con tu hijo. Te veo, perdona que sea tan sincero, obsesionada con un tema que ni te va ni te viene, y no creo que sea bueno para tu estado emocional. A veces me confundes cuando me cuentas estas cosas, no sé si lo haces por la distracción que te supone o más bien por miedo a enfrentarte a la realidad de tu nueva vida, porque ingenua no eres.

Me quedé pensativa después de sus palabras, en el fondo algo de razón tenía. Le agradecí que pensase en mí, y, tras dejar el bar, pasamos el resto de la tarde dando vueltas por la ciudad.

La mañana del lunes 6 de junio me encontré de nuevo con Chris, desayunamos juntos como de costumbre y nos despedimos con la idea de volver a vernos al día siguiente, el último encuentro antes de su viaje a los Estados Unidos.

A las once ya había regresado a casa. Estuve tentada de ir al mercado de Sarrià en busca de la señora Rosita, pero me repetía las palabras de Chris para evitarlo. Empecé a dar vueltas por la casa como si me hubiesen encerrado. Me planté delante de la pared de la habitación de papel pintado, cogí y examiné el violonchelo de Leo en busca de no sé qué, leí nuevamente el recibo de alquiler de su piso y terminé con la carta que me escribió. Al finalizar su lectura, no lo dudé, me calcé las

sandalias y salí por la puerta. El encierro había terminado.

La pollería Rosita estaba a mano derecha entrando por la puerta principal del mercado. Era un puesto en el que solo se vendían pollos y huevos, de todas las clases, colores y tamaños, pero solo pollos y huevos.

Esperé quince minutos hasta que se marchó la última clienta y entonces me acerqué.

—Buenos días, ¿qué le pongo? —me preguntó la que supuse que sería Rosita, la hija de la mujer que quería encontrar.

—Pues... trescientos gramos de pechuga fileteada —respondí con lo primero que se me ocurrió.

Mientras trabajaba mi pedido aproveché para hacer averiguaciones sobre su madre.

—Disculpe, ¿es usted Rosita?

—La misma.

—Pensará que soy una entrometida, pero llevo poco tiempo aquí y ayer me hablaron de su madre.

—¿Pasa alguna cosa?

—No, todo lo contrario. Estoy recabando información para escribir un artículo sobre personajes interesantes del barrio y...

—Es por eso... —me interrumpió—. Pues sí, la verdad es que mi madre fue todo un personaje. Mi bisabuela fue la principal promotora del mercado cuando Sarrià aún era un pueblo independiente de Barcelona. Y cuando lo construyeron, este fue el primer puesto. Aquí hemos trabajado todas, mi bisabuela, mi abuela, mi madre y ahora yo, y todas nos llamamos Rosita. Quisieron tirarlo abajo hace cuarenta años para construir viviendas, pero mi madre lio una bien gorda y el barrio la siguió. Llegaron a atarse con cadenas a la puerta. Pero igual mejor se lo puede contar ella.

—Ah, ¿sí? —le dije mostrando mi interés. Aquello había sido más fácil de lo que yo pensaba. Prácticamente no me había presentado y ya sabía que la mujer que buscaba seguía viva y además me ofrecían ir a verla. Mi barrio seguía teniendo algo del carácter de pueblo que tuvo en su día.

—Vive detrás del mercado, en la calle del Padre Miquel. Verá un pasillo que da a un patio con tres casas; es la primera de la derecha, la

de las buganvillas rojas. Llame varias veces al timbre, está un poco sorda. Si va ahora, ¿me podría hacer un favor? ¿Podría llevarle esta caja de huevos? Es que yo hasta mediodía no salgo.

—Por supuesto, démela y se la llevo. ¿Cuánto le debo por la pechuga?

—Son tres con veinte. Son de pollo de corral, ya me contará.

—Tome, muchas gracias, que pase un buen día —me despedí después de pagarle.

—Igualmente, adiós.

Salí por la puerta de atrás y me di de bruces con el pasillo que me había dicho la vendedora. Lo atravesé y, efectivamente, aparecieron ante mi vista tres casas muy antiguas de dos plantas. Una de ellas, la de la derecha, tenía toda la pared principal cubierta por las hermosas flores rojas.

No necesité insistir demasiado con el timbre. A la primera escuché a través del patio la voz de una mujer mayor diciendo: «¡Ya va!».

Rosita tendría más de ochenta años, pero parecía encontrarse en perfecta forma. Se acercó hasta la puerta de barrotes de hierro a buen ritmo. Estaba ágil.

Me presenté y le expliqué el motivo de mi visita, y al momento me invitó a pasar. Después de dejar los huevos en la cocina, nos sentamos junto a la mesa del patio, resguardadas del sol por una parra muy tupida.

—Así que Ramón «el herrero» te ha hablado de mí. Hace ya algunos años que no lo veo, creo que no sale mucho de casa —me comentó Rosita.

—Eso me dijo su hijo. Desde que murió su mujer sale muy poco.

—Era un buen hombre, muy servicial, un poco cotilla, pero muy servicial. Cambió todas las cerraduras de tu edificio.

—Me lo contó, por eso he venido a buscarla. Creo que entre los extranjeros que lo habitaron había un conocido escritor francés, y querría escribir sobre él —le expliqué faltando a la verdad nuevamente.

—No conocí a ninguno de ellos, yo me encargué de vender los pisos cuando se fueron, no creo que pueda ayudarte.

—Tal vez, si me cuenta cómo fue todo aquello, pueda encontrar alguna manera de llegar a él o a otra persona a la que preguntar.

—Puedes ir al arzobispado, es lo que yo haría, el edificio era de ellos.

—¿Al arzobispado? Me dijeron que fue propiedad de la Iglesia, pero pensaba que sería de alguna orden.

—No. Era del arzobispado directamente, se lo donaron a ellos y ellos lo vendieron. Mira, yo tengo, bueno, tenía, una hermana que trabajaba allí. No era religiosa, llevaba temas administrativos y esas cosas. Ella sabía que yo era muy conocida en Sarrià, así que cuando le dijeron que querían vender los pisos me lo propuso a mí. Yo trabajaba en la pollería, pero por las tardes tenía una chica que me ayudaba, así que podía dedicarle un tiempo y sacarme un buen dinero.

—¿Cuándo fue eso?

—A mediados del año 85, y tardé solo seis meses en venderlos. Eran caros para la gente del barrio, pero se corrió la voz y terminaron comprándolos familias ricas de la ciudad. No los querían para vivir allí, los compraron para alquilarlos.

—¿Me podría dar el nombre de alguna persona del arzobispado con la que pueda hablar? ¿Alguien conocido de su hermana?

—Lo siento mucho. Cuando me hicieron el encargo hablé con un hombre, solo una vez, y fue por teléfono, nunca lo vi y no me dio su nombre. Después siempre lo gestioné todo con mi hermana.

—¿Y en la notaría?, ¿quién iba a la notaría?

—También mi hermana, tenía poderes. Pero ve y pregunta, no creo que sea difícil dar con alguien.

—Así lo haré. Me ha servido de mucho todo lo que me ha contado, a ver si puedo dar con el escritor francés —le contesté mientras me acompañaba a la puerta—. Rosita, ¿por casualidad no se acordará de la conversación que tuvo con el hombre del arzobispado que le hizo el encargo? —le pregunté justo antes de salir. Tenía una corazonada. Primero fue Leo quien me escribió sobre un hombre, su salvador, de quien nunca supo el nombre, y ahora Rosita.

—No creo que te sirva, pero sí, sí que me acuerdo. Mi hermana me lo adelantó. El edificio se había quedado vacío, sin inquilinos, y el arzobispado quería venderlo. Ellos no sabían bien cómo gestionar los alquileres, y para hacerlo mal prefirieron deshacerse de él. Un día, antes de la llamada de ese hombre, mi hermana me llevó al edificio. Quedamos en la entrada y me enseñó los seis apartamentos. Yo necesitaba verlos primero para saber de qué se trataba y si me sentía

capaz de colocarlos; no lo había hecho nunca, lo único que había vendido eran pollos y huevos. Los pisos estaban amueblados y de tres de ellos no se sabía bien si eran viviendas o despachos, porque había más escritorios, mesas de reuniones y teléfonos que camas. Y de muy buena calidad, todos los muebles eran buenos y modernos, como los que salían en las películas de Hollywood y que no se encontraban en España en aquella época. Le pregunté a mi hermana por aquello, pero no sabía nada, era la primera vez que los visitaba. La misma tarde me llamó el hombre del arzobispado para acordar mis comisiones, los precios de venta y todo eso. Me ofrecí a vaciar el edificio, conocía a unos hombres que tenían un camión, vaciaban pisos y revendían los muebles, y de aquellos se podía sacar mucho dinero. El hombre me dijo que no, que de eso ya se encargarían ellos. Recuerdo que insistí un poco, traté de hacerle ver que parecían muebles de importación y que tenían su valor. Entonces me dijo que eran propiedad de los inquilinos, que aquellos pisos habían sido alquilados a extranjeros que venían a trabajar a Barcelona y que iban a devolvérselos. No le di más importancia pero no le creí. Mi madre siempre me decía que confiase en nuestro párroco de San Vicente, pero que tuviese cuidado con los curas que no decían misas.

—Muchas gracias. Perdone, una última cosa, ¿cuándo falleció su hermana? —le pregunté ya en la calle, arriesgándome a que se molestase.

—Carmen, qué buena era Carmen. Murió muy joven, no había cumplido los cincuenta. En las Navidades de 1986 la atropelló un coche cuando volvía a casa del trabajo, una desgracia.

—Lo siento mucho, Rosita. Cuídese —me despedí con el corazón en un puño. Demasiadas casualidades.

Durante el corto trayecto de vuelta a casa llamé a Chris y se lo conté todo, estaba un tanto alterada. Él debió de notarlo, porque estaba escribiendo pero iba a dejarlo para reunirse conmigo en mi apartamento.

Llegó al cabo de quince minutos. Lo recibí en la puerta con la carta de Leo en las manos. Volví a recordarle cada uno de los episodios que había descubierto desde que había hallado el escrito en la pared de papel pintado, y le conté mi intención de presentarme

aquella misma tarde en el arzobispado de Barcelona para obtener respuestas.

—No sigas, Berta, por favor, para —me dijo muy serio y en un tono que no le había escuchado hasta ese momento.

—Pero ¿no lo ves, Chris?

—Veo lo mismo que te he dicho esta mañana. ¿Y qué si es cierto? Sí, pudo pasar algo aquí hace ¿cuánto?, ¿cuarenta años? ¿De qué te va a servir descubrirlo?, ¿te van a imponer una medalla?

—No me hables así, Chris. No lo hago por lo que ocurrió, lo hago por lo que le ha pasado a Leo.

—¡Por favor, Berta! Te lo dijo la policía, murió al darse un golpe, era mayor y había bebido. Tú eres la que te empeñas en relacionarlo todo. Y esa carta que te escribió..., perdona, pero más bien parece fruto de la locura, la misma en la que parece que estás cayendo tú —me reprendió, tan molesto y con tanta sinceridad que sentí un tremendo dolor en el pecho y me puse a llorar—. Lo siento, lo siento —se apresuró a decirme—. Me importas, eres una buena amiga, pero te veo mal. Hazme caso, llama a tu hijo y pasa unos días con él. Vete a Estocolmo o a Londres, adonde prefieras, pero lárgate de aquí por unos días, olvídate de toda esta historia.

Le respondí después de un largo silencio cuando controlé el llanto.

—Me voy, Chris, me voy a ir. Tienes razón, necesito marcharme.

—¿Necesitas que te ayude?

—Ya lo has hecho. Una vez más, te agradezco tu sinceridad. Si no te importa, déjame sola, voy a llamar a Jeff y a organizar el viaje.

—¿Seguro? ¿No quieres que me quede un rato? ¿Estarás bien sola?

—Sí, sí.

Aquel mediodía no probé bocado. Abandoné la idea de ir al arzobispado y llamé primero a James con el fin de arreglar lo de la constitución de una sociedad que gestionaría la herencia, y después hablé con mi hijo.

James me confirmó que la firma de los documentos estaría preparada el jueves de esa misma semana, el día 9 a primera hora de la mañana, y quedamos en vernos el miércoles para que les echara un

vistazo y dar el visto bueno.

Jeff no puso ninguna objeción, le pareció una idea genial. Él y Greta tenían disponibilidad, así que quedamos en encontrarnos en Londres el jueves siguiente. Nos veríamos en el notario y luego comeríamos y pasaríamos la tarde juntos.

Por último, saqué para el día siguiente a las cuatro de la tarde el pasaje de ida, solo de ida, a la capital inglesa y reservé, de momento, una semana en la misma casa en la que me había alojado con Geoffrey después de vender nuestro hogar londinense y hasta que me vine a Barcelona.

Al día siguiente, el martes 7, el de mi viaje, desayuné con Chris, pero el ambiente no fue como el de otros días. Creo que a los dos nos pesaba el enfrentamiento y el chorro de sinceridad que habíamos protagonizado el día anterior.

Yo me despedí primero, tenía que regar las plantas antes de marcharme y aún no había hecho la maleta.

—Adiós, Chris, espero que encuentres bien a tu madre —le dije en referencia a su viaje de vuelta a casa.

—Gracias, y tú a tu hijo... ¿Volverás pronto?

—Eso es lo que Geoffrey quería; supongo que sí.

—Por favor, llámame. Y cualquier cosa que necesites, dímelo. Me gustaría volver a verte.

—A mí también. Adiós.

A la una de la tarde, con el teléfono en la mano y justo cuando me disponía a llamar a la central de taxis, descubrí un mensaje de la compañía aérea: mi vuelo había sido cancelado por falta de personal y me habían recolocado en otro que saldría de Barcelona a las diez de la noche.

Aquellas seis horas hasta que me marché al aeropuerto las distraje como pude. Volví a quitar hojas secas de las plantas por enésima vez en la última semana. Intenté sin resultado alguno que el violonchelo de Leo emitiese algún sonido interesante, y por último empecé a ordenar por antigüedad los libros de la biblioteca hasta que me di cuenta del sinsentido del nuevo criterio y volví a dejarlos como

estaban.

Mi vuelo, que partió en dirección a Londres a las diez en punto, tenía prevista su llegada a las once y veinte de la noche, hora de la capital inglesa, o lo que es lo mismo, a las doce y veinte, hora de España.

6

Sombras

Mientras Berta daba cabezadas en el incómodo asiento del avión, un hombre, sentado en el banco del recibidor de un apartamento, se calzaba unas deportivas oscuras, salía del edificio y andando en dirección a una estación de metro se cubría con una gorra elástica negra confeccionada con una especie de tejido técnico.

Durante el trayecto, sentado en el vagón, con la visera inclinada hacia abajo, leía, o parecía leer, un diminuto libro muy viejo encuadernado a la holandesa. El lomo color carmesí se encontraba muy desgastado en sus bordes, y las tapas, de un marino intenso, no dejaban adivinar el título de la obra.

Su cabeza se mantuvo inmóvil a lo largo de los veinte minutos del recorrido, como si no le importase nada ni nadie.

Bajó del metropolitano con la misma tranquilidad con la que se había montado y subió los treinta y seis escalones que lo separaban de Las Ramblas sin alzar la vista.

Anduvo los quinientos cincuenta metros que había hasta la calle del Cardenal Casañas muy despacio, tanto que apenas se diferenciaba de los mimos que habitan el bulevar durante las horas de sol.

Justo antes de llegar a la plaza del Pi entró en el bar más oscuro y lúgubre de la calle, que a la vez era el más concurrido. Se acomodó en la única mesa libre, la que nadie quería, junto a las puertas de los servicios. Pidió un agua con gas y una cerveza sin alcohol, y a pesar del ruido del local realizó un par de llamadas.

En la primera no debió de localizar a su interlocutor, porque colgó a los seis segundos de colocarse el aparato en la oreja.

Con la segunda tuvo más éxito. Diez minutos de conversación con alguien que no consiguió provocar ningún gesto en quien seguía pareciendo una estatua.

Pasadas las once y media salió del bar y caminó hasta la pequeña plaza que se encuentra justo detrás del ábside de la basílica de Santa María del Pi. Se paró y estuvo consultando el móvil hasta la medianoche. Su actitud no se torció un solo milímetro, seguía comportándose como si fuese el único habitante de la ciudad.

Al primer toque de campana que anunciaba las doce se adentró en la corta y angosta calle de Alsina. Allí, en el número 2, un edificio de tres plantas estrecho y antiguo pero bien mantenido, pulsó el botón del tercer piso. El primero y el segundo correspondían a los archivos generales del arzobispado de la ciudad y, por la hora, seguro que estaban cerrados.

—¿Quién es? —preguntó una voz a través del interfono.

—Vengo a hablar de la muerte del músico. Tenemos que arreglarlo —respondió el hombre arrastrando las palabras con la misma lentitud que su paso.

—Suba por las escaleras y encienda la luz desde abajo —le indicó la misma voz tras unos segundos de silencio mientras sonaba el pitido de apertura de la puerta del edificio.

Con las manos enfundadas en unos guantes de piel muy ligera y la visera de la gorra tapándole la cara, el hombre subió despacio los peldaños, confirmando en cada planta lo que suponía, que solo había una vivienda habitada en el edificio.

—¿Quién es usted?, déjeme verle la cara —lo interpeló delante de la puerta abierta la persona que vivía en la casa con gesto serio y tono amenazador tan pronto apareció ante él.

—Hoy las preguntas las haré yo —respondió el hombre mientras sacaba de uno de los bolsillos de la chaqueta de lino verde oscuro un pequeño revolver con el que apuntó a su interlocutor al tiempo que se le acercaba hasta dejar el cañón del arma a escasos centímetros de su cabeza.

—¿Viene a matarme? Estoy preparado, no me da miedo —declaró el otro mientras era conducido a punta de pistola hasta la estancia principal del pequeño apartamento—. Si sabe que maté al borracho de Leopoldo también sabrá por qué lo hice, ¿no es así? —continuó hablando mientras su nerviosismo iba en aumento cada vez que chocaba con el silencio del hombre que lo amenazaba—. Tenemos que arreglarlo, eso ha dicho, por eso ha venido, ¿no? —Su corazón se

aceleraba y le faltaba aire para respirar—. ¡Contésteme! ¡Dígame al menos si sabe quién soy!

—Solo hay una manera de arreglarlo, la misma que has utilizado tú durante todos estos años —le respondió mientras, sin dejar de apuntarlo con la pistola, lo obligaba a andar de espaldas hacia un escueto balcón que daba a un patio interior y cuyas puertas estaban abiertas.

En aquel instante, el acosado intentó abalanzarse sobre el hombre que lo amenazaba. Este, con mucha destreza, como si no fuese la primera vez que lo hacía, se lo quitó de encima asestándole, con la culata del arma, un golpe en la nariz que provocó que cayese de espaldas al suelo.

—Sabía que algún día me traicionaría. ¡Tenga cuidado, no tiene ni idea de cómo es! —murmuró la víctima mientras con una mano se sujetaba el tabique nasal y con la otra se apoyaba en la barandilla para levantarse.

—Tú tampoco —concluyó el de la gorra negra antes de empujarlo con tal violencia que le hizo perder el equilibrio, y su cuerpo, sin otra posibilidad que agarrarse al vacío, sobrepasó la endeble baranda y cayó hasta estrellarse contra el suelo del patio de luces.

No se movía, y un enorme charco de sangre lo rodeaba. El asesino, después de pasar unos largos minutos observando fijamente el cadáver desde el balcón, se cercioró de que todo quedase en perfecto estado, como si nunca hubiese estado allí, cerró la puerta de la vivienda y se marchó.

Regresó a su apartamento pasando por los mismos lugares y haciendo transcurrir el mismo tiempo.

Se sentó en el banco del recibidor, se descalzó las deportivas oscuras y dejó sobre una mesa auxiliar de mármol la pistola, la gorra, los guantes y el pequeño libro viejo encuadernado a la holandesa.

7

Mentiras

Cansada y algo dolorida por haber volado en una incómoda lata de sardinas, cogí un taxi en Heathrow y me dirigí al número 62 de Glebe Place, una calle del barrio de Chelsea conocida por los artistas que tienen allí sus estudios. La casa, la misma en la que vivimos de alquiler después de vender la nuestra y hasta que Geoffrey se fue, era la más pequeña de la calle. En contraste con su estrecha fachada gris, su único ventanal y sus poco más de cien metros cuadrados, tenía un espacioso patio trasero con un enorme roble centenario. Mi marido solía sentarse en el suelo apoyando la espalda en el tronco, aquello lo hacía sentirse bien. Además, estaba muy cerca del Royal Brompton Hospital, donde le administraron la quimioterapia.

Nada más llegar abrí la puerta con el código que me había facilitado la agencia, dejé el equipaje en la entrada, comprobé que lo habían dejado todo preparado y limpio para mi estancia y me fui corriendo, a pesar de que el reloj ya marcaba la una y media de la madrugada, al encuentro del árbol. Me senté en el mismo lugar en el que solía hacerlo él y una vez más la angustia se apoderó de mí. La angustia y esas lágrimas ácidas que aparecían en los peores momentos.

El viaje trastocó mi sueño y abrí los ojos a las cinco y media. Había dormido poco más de tres horas. Me duché con la esperanza de despejarme, pero conseguí el efecto contrario. De vuelta al dormitorio, antes de vestirme, me senté en la cama y dejé caer la cabeza en la almohada. Como por arte de un hechizo, me quedé dormida durante un par de horas más.

A punto de dar las nueve puse lo pies en la calle y, como James no me esperaba hasta las once, decidí acudir andando hasta su despacho. Habíamos quedado para revisar la documentación que

teníamos que firmar mi hijo y yo al día siguiente en la notaría. Tenía tiempo de sobra para pasear con tranquilidad y pararme a desayunar sin la necesidad de mirar el reloj.

De camino al número 17 de Willow Place, una tímida lluvia me obligó a hacer un par de paradas, que aproveché para tomar un café en la primera y un zumo acompañado de una *french toast* en la segunda. Me terminé la tostada por pura educación, porque, después de un mes y medio empezando el día con el sabor del aceite de oliva enriqueciendo el pan, el de la mantequilla no alegraba mi paladar.

A dos calles de la oficina de James, y media hora antes de nuestra reunión, me encontré en Vauxhall Bridge Road, una señal que indicaba la cercana localización de la catedral de Westminster. Aquel cartel me paró en seco y mis neuronas devolvieron a Leo al listado de prioridades. En vez de cruzar la calle y seguir mi ruta cambié de dirección y me dirigí hacia la catedral. A pesar de mis años en Londres, nunca la había visitado. La archiconocida es la abadía anglicana de Westminster, no el templo católico. Tardé menos de cinco minutos en llegar a la entrada principal. La había visto en varias ocasiones paseando por Victoria Street, pero su arquitectura neobizantina no me atraía lo más mínimo, es más, hasta diría que me generaba un cierto rechazo. Dentro localicé a una mujer que, por su vestimenta, supuse que o bien trabajaba allí o bien debía de estar, de alguna manera, relacionada con el templo.

—Buenos días, disculpe, ¿trabaja usted en la catedral? —le pregunté.

—Sí, así es. ¿La puedo ayudar? —respondió la mujer en un tono extremadamente bajo.

—Me haría un favor, gracias. Estoy buscando información sobre el clérigo William Wright. Trabajó en la sede de la archidiócesis.

—¿William Wright? No me suena.

—Estuvo aquí en los años setenta, hace ya tiempo.

—Ah, será eso, yo llevo solo veinticinco años. ¿Sabe si pertenecía a alguna orden o solo era sacerdote?

—Era benedictino, pero ya murió.

—Mire, sé de alguien que posiblemente la podrá ayudar más que yo. Justo detrás de la catedral, en el 46 de Francis Street, está la Vaughan House, justo al lado de la residencia del cardenal. Allí se encargan de toda la administración de la archidiócesis y seguro que

sabrán decirle algo. En la recepción pregunte por el hermano Paul, dígale que la envía la hermana Eleonor. Verá qué amable es —me explicó la religiosa con el mismo tono bajo, pero esta vez con una sonrisa alegre.

—Muchas gracias, hermana, muchas gracias —me despedí, haciendo una especie de gesto reverencial más propio de una cultura oriental que de la mía.

Miré la hora, y como no quería llegar tarde a mi cita con James decidí dirigirme primero a su oficina y dejar para después las pesquisas sobre el religioso que escribió en la pared de papel pintado de mi apartamento.

—¡Berta, qué alegría verte! —dijo James tan pronto crucé la puerta del despacho acompañada por su asistente.

Inmediatamente se levantó, vino hacia mí y me abrazó. Aquello me hizo recordar nuestra etapa en Washington, donde lo conocimos. Geoffrey y él trabajaban juntos, trabajaban y se divertían. Sus abrazos eran célebres, y siempre que podía, en las despedidas, se saltaba el protocolo diplomático. Los prefería a dar la mano y, por extraño que pueda parecer, le funcionaban. Se rumoreaba que en más de una ocasión llegó a despedirse de aquella manera del príncipe Carlos en alguna de sus visitas institucionales, aunque siempre fuera del alcance de los *flashes*.

—Te veo bien —añadió—. Siéntate, siéntate.

—Gracias, James. Ahí voy, poco a poco.

—¿Qué quieres tomar?

—Un vaso de agua muy fría, si tienes, por favor.

—Claro, espera —respondió mientras descolgaba el teléfono y pedía que nos trajesen el agua y un té con hielo.

—He visto mucho movimiento en la oficina, ¿has contratado a más gente?

—No quería hacerlo, pero no me ha quedado más remedio, las cosas van bien —me explicó James.

Hacía ya diez años que había abandonado el cuerpo diplomático y había montado un despacho en el que gestionaban un poco de todo

relacionado con el mundo financiero. Trabajaba mucho fuera del Reino Unido. A nosotros, por nuestra amistad, nos asesoraba para saber qué hacer con los ahorros y las inversiones, y en mi caso no tuve que pedírselo, un mes antes de marcharse Geoffrey me escribió un mail diciéndome que no me preocupase de nada, que él se encargaría de todas las gestiones por mí.

—¿Cuándo llega Jeff? —preguntó.

—Esta noche, pero tarde. He quedado con él en que nos veremos en la notaría directamente, y luego pasaremos el día juntos. Viene con Greta y regresarán a Estocolmo a última hora.

—Recuérdale que el notario nos espera a las diez. La dirección ya te la envié.

—Sí, sí, no te preocupes, lo sabe y esta tarde se lo volveré a recordar.

—Bueno, trabajemos un poco y luego nos vamos a comer, el hindú de la esquina te encantará.

—Solo si me dejas invitarte.

—Me lo pensaré. Por cierto, se me olvidaba: pregunté por la cuenta que me enviaste. Aún no sé nada, pero seguro que algo me dirán.

—Gracias, es una tontería. Ya te dije que estoy detrás de la idea de escribir...

—No sigas, ya me lo contarás cuando lo hagas, pero no te metas en líos —zanjó la cuestión James antes de empezar a revisar los documentos.

Todo estaba perfecto, tal y como lo quería Geoffrey. Mi hijo y yo íbamos a constituir una sociedad para gestionar los bienes financieros de la herencia. Era un asunto del que yo entendía poco y no estaba interesada en empezar a entenderlo ahora, pero mi marido y James lo habían planeado así, de tal forma que Jeff y yo saliéramos beneficiados.

Me costó, no voy a negarlo, pero finalmente conseguí pagar el almuerzo con James. Pasamos una hora y media recordando viejos tiempos, los pasajes divertidos, solo esos, era una de las habilidades de mi amigo. Si no hubiese sido un experto en finanzas y comercio internacional, se podría haber ganado muy bien la vida como

psicólogo, de eso estoy segura.

Durante los pocos minutos andando que separaban el local de comida hindú de la Vaughan House llamé a Jeff para recordarle la cita con el notario y pedirle que fuese puntual. Se despidió de una manera que recuerdo bien por lo poco habitual en él: «Tengo ganas de verte. Te quiero, mamá». Habíamos educado a nuestro hijo para que fuera independiente desde muy joven, aunque no sé si fue un acierto o un tremendo error; seguramente lo segundo. Eso hizo que desde muy temprana edad nos tratase como si él fuese un adulto más, provocando de aquella manera que le faltasen parte de las muestras y el lenguaje de cariño que necesita un niño. Fuimos padres demasiado jóvenes, nuestra vida estaba en continuo movimiento y no pudimos darle el hermano que hubiésemos querido que tuviese.

En la recepción del edificio del 46 de Francis Street pregunté por el hermano Paul, tal y como me había indicado la hermana Eleonor, pero aún no había vuelto del almuerzo, así que esperé sentada en una silla junto a la puerta hasta que pasados quince minutos más o menos se me acercó un hombre de unos sesenta años.

—¿Es usted la mujer que ha estado esta mañana con la hermana Eleonor? —me preguntó.

—Sí. ¿El hermano Paul?

—Sí, soy yo. La hermana me llamó esta mañana para decirme que me acababa de enviar a una amable mujer que necesitaba información, pero como no llegaba he salido a comer. ¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Muy poco, y discúlpeme, tenía una reunión y un almuerzo. De haber sabido que la hermana lo iba a avisar, le hubiese advertido de que me pasaría a verlo más tarde.

—No se preocupe, ya estamos aquí, usted dirá —me animó con la misma sonrisa risueña que la mujer de la catedral.

—Estoy buscando información sobre el religioso William Wright. Sé que trabajó aquí en los años setenta y que después lo enviaron a España.

—No lo recuerdo, pero no es extraño, yo llegué a este lugar en

2001, y aunque me encargo de todos los registros de personal, ni se imagina la de gente que ha pasado por aquí. Perdone que le pregunte: ¿cuál es la finalidad de su búsqueda?

—Soy española, de Barcelona; bueno, gallega, pero vivo en Barcelona, aunque eso es lo de menos. Estoy recabando información sobre personajes extranjeros que vivieron en un barrio de la ciudad durante una época determinada y sobre su influencia allí. William Wright fue uno de ellos —respondí, odiándome a mí misma por la falacia que escondían las palabras que acababa de pronunciar mientras aquel hombre me miraba fijamente como si se tratase de un detector de mentiras.

—Acompáñeme a mi oficina. No es lo habitual, pero si el Señor la mandó hasta la hermana Eleonor, sus razones tendrá.

El hermano Paul trabajaba en una pequeña habitación sin ventanas, y su mesa, ocupada por tres monitores, parecía más la de un controlador de la NASA que la de un administrativo de la Iglesia católica. Me estuvo contando que había estudiado Ingeniería Informática y que había conseguido digitalizar y clasificar gran parte de los documentos de la archidiócesis.

—Lo tengo, aquí está. William Wright. Era benedictino.

—Sí, eso lo sabía.

—A ver, nació en 1954 en Folkestone...

—Al lado de Dover, qué casualidad —lo interrumpí, invadida por los recuerdos de la ciudad natal de Geoffrey.

—¿Lo conoce?

—Mi marido es de allí. Era, mejor dicho.

—¿Perdón? —me susurró agachando la mirada.

—Mi marido era inglés, de Dover, falleció en enero.

—Lo siento mucho. No quiero entrometerme, pero, si necesita ayuda, dígamelo, esta es la casa de Dios.

—Se lo agradezco, hermano. Estoy bien, pero lo tendré en cuenta.

—Como le decía, nació en Folkestone. Mire qué casualidad, estuvo en la abadía de Ampleforth y se licenció en Teología en Saint Benet's Hall, en la Universidad de Oxford, igual que monseñor Hoover. Espere, no es una casualidad. El cardenal Hoover también era benedictino y fue quien lo trajo a Londres en 1978. Lo hizo venir el propio cardenal, y aquí se ordenó sacerdote.

—¿A qué se dedicaba? —le pregunté.

—No lo pone, pero voy a buscar en otro archivo, seguramente habrá más información —respondió, y al cabo de pocos minutos continuó—. Aquí hay algo más. Mire, cantaba en el coro. ¿Conoce nuestro coro?

—He oído hablar de él, pero nunca lo he escuchado —le contesté.

—Tiene que hacerlo, es de los mejores del mundo, su interpretación del gregoriano es única.

—¿Dice algo del trabajo del clérigo Wright?

—Eso, que cantaba en el coro.

—¿Nada más? Un licenciado en Teología por Oxford, sacerdote, ¿y solo cantaba en el coro?

—Eso pone aquí. Debía de cantar muy bien, o igual enseñaba en la escuela coral, que está justo en el edificio de al lado, pero es extraño, porque solo estuvo dos años, se marchó en 1980.

—¿Pone a dónde se fue? ¿Dice si se marchó a Barcelona?

—No, es como si faltase algo. Hay más casos como este. En aquella época los archivos de personal se guardaban en un sótano con mucha humedad y cuando empecé a digitalizarlos me encontré carpetas podridas de las que no pude recuperar nada.

—Qué lástima. Según tengo entendido, fue a Barcelona a colaborar con el arzobispado de la ciudad y murió allí en 1981.

—¿Tan joven?, ¿qué le pasó?

—Le intentaron robar y lo mataron. En aquella época España era otra cosa. Al ser extranjero pensarían que llevaba algo de valor.

—Qué horror. ¿Tiene prisa?

—No, hasta mañana a las diez de la mañana no tengo nada que hacer.

—Tanto no voy a necesitar. Hace un par de años creé un documento con los datos del personal de la archidiócesis que había fallecido. Lo hice a partir de unos tomos en los que estaba registrada a mano la información relativa a los familiares. Se consignaban sus datos para de esa forma poder avisarlos cuando se realizaban determinados actos importantes en la catedral o cuando enfermaban y fallecían los suyos. No lo hemos utilizado mucho, pero lo tengo por algún lado, a ver si lo puedo encontrar. Si murió fuera, en el extranjero, tal vez no conste, pero nunca se sabe.

—Si quiere, espero fuera.

—Estará mejor que en esta ratonera. La aviso cuando lo

encuentre.

El hermano Paul salió de sus cuatro paredes al cabo de poco. Yo lo esperaba mirando la calle a través de una ventana.

—Hoy me estoy saltando casi todas las normas y hasta alguna ley de este país, pero mirándola a la cara sé que estoy obrando correctamente. Lo he encontrado: efectivamente, murió en 1981, a los veintisiete años. El registro del fallecimiento lo firmó el propio cardenal Hoover, imagino que se conocían bien. Al principio aparecen los datos de sus padres, con una dirección de Folkestone y un número de teléfono, pero en 1996 la tachan y se añade el nombre de la que, supongo, era su hermana y otro número de teléfono. Tome, se lo he escrito en este papel, intente llamar.

—Lo haré, hermano Paul. No sé cómo agradecérselo.

—Ya lo ha hecho, viniendo aquí ya lo ha hecho. Vaya con Dios.

Aún en la puerta de la Vaughan House, antes de echar a andar de regreso a Chelsea, marqué el número de teléfono que me acababa de dar el hermano Paul pensando que probablemente no me contestarían; al fin y al cabo habían pasado veinticinco años desde que lo registraron y tal vez ya no estuviera activo. Pero no fue así.

—¿Quién es? —preguntó una mujer al otro lado de la línea.

—¿Hablo con Lily Wright?

—Sí, soy yo, ¿quién me llama?

—Disculpe el atrevimiento. Me llamo Berta Lennox. Me han dado su teléfono en la archidiócesis de Westminster.

—Entonces me llama por mi hermano. ¿Me invitan a algún acto litúrgico?

—No es eso, déjeme explicarle. Vengo de Barcelona, tengo entendido que su hermano estuvo trabajando en el arzobispado de la ciudad y que desgraciadamente también perdió la vida allí. Estoy recopilando información sobre personajes extranjeros que tuvieron una influencia notable en la sociedad barcelonesa de aquel momento, y su hermano parece ser que la tuvo —le expliqué perfeccionando la mentira, que cada vez era más creíble—. Me gustaría hablar con usted.

—¿Es periodista?

—Cronista, soy cronista. Este es mi primer trabajo de

investigación, y en función de la información que consiga escribiré un artículo u otro tipo de trabajo más extenso.

—Bien, si le puede ser útil hablar conmigo, intentaré ayudarla. Imagino que querrá que nos veamos.

—Sería lo ideal —respondí, sin saber dónde se encontraba la mujer y seguramente dando por sentado que estaría en la capital.

—Mañana y pasado no podrá ser porque tengo varias visitas médicas y además colaboro como voluntaria en el Centro de Caridad de Folkestone, pero el sábado y el domingo podríamos vernos cuando usted me diga —me ofreció Lily Wright.

En aquel momento fui consciente de que la hermana del sacerdote no se encontraba en Londres, pero mi engaño perdería credibilidad si intentaba disuadirla del encuentro y pretendía hacer la entrevista por teléfono.

—¿Podría ser el sábado por la mañana, a las diez, por ejemplo? —le propuse sin dudarlo.

—¿Dónde está usted?

—En Londres.

—¿No será demasiado pronto a las diez?

—No, qué va, no se preocupe, soy madrugadora y el tren no tarda más de hora y media. Además, conozco bien su ciudad; mi marido era de Dover.

—¿De Dover, dice? Igual lo conocí. Pues veámonos el sábado a esa hora. ¿Tiene mi dirección?

—No. Si es tan amable de indicármela, la anotaré en el móvil.

—Apunte: es el 17 de Wear Bay Crescent. Está cerca del mar. Tendrá que coger un taxi en la estación.

—Ya está. El sábado a las diez estaré allí.

—Muy bien, yo le hablaré de mi hermano y ya me contará usted cosas sobre su marido.

—Por supuesto, hasta el sábado y muchas gracias —me despedí, sin querer dar ningún detalle de mi reciente viudedad.

Regresé a pie a la añorada casa de Glebe Place sin dejar de pensar en la conversación con el hermano Paul y organizando mi agenda de los próximos días. Al día siguiente, jueves, me encontraría con mi hijo en el notario, después comería y pasaría la tarde con él y con Greta. El

viernes había quedado a almorzar con Violet, y acababa de acordar una cita para el sábado por la mañana en Folkestone, una buena excusa que me permitiría ir después a los acantilados de Dover, donde dejé a Geoffrey.

Pasé el resto de la tarde y las primeras horas de la noche leyendo, y justo cuando decidí que debía acostarme sonó el teléfono. Eran las once.

—Mamá, acabamos de aterrizar, ya estamos aquí.

—¿Seguro que os podéis quedar en casa de Louis? Sabes que aquí tenéis sitio.

—Seguro. Tenemos que hablar de un tema de trabajo —me explicó Jeff. Louis era uno de sus mejores amigos, y además colaboraba con la empresa de mi hijo—. ¿Estabas despierta?, ya es tarde.

—Estoy leyendo apoyada en el árbol de tu padre, pero ya me iba a la cama.

—Te veo mañana, mamá. Buenas noches, descansa.

—Buenas noches, Jeff.

El 9 de junio mi cuerpo no se distrajo con el cambio horario e hizo honor al origen británico de mi apellido de casada. Me desperté a la hora habitual, a las seis y media.

Aquella primaveral mañana, fronteriza con el verano, el cielo estaba claro, no se veía ni tan siquiera el resto desdibujado de las peculiares nubes londinenses. Me vestí para la ocasión, no por el notario, sino por mi hijo y su pareja. Hacía más de tres meses que no nos veíamos y quería celebrar el encuentro de todas las maneras posibles. Me olvidé de la ropa cómoda e informal que había estado vistiendo en Barcelona y recuperé un traje de chaqueta cruzada de lino color mostaza, de patrón ancho, y unas sandalias planas de tiras muy finas con tachuelas doradas a juego con los botones de la americana. Me miré en el espejo del dormitorio y la volví a ver. Allí estaba la Berta Lennox de pasaporte diplomático, la conocida cronista de embajadas y consulados, la mujer del siempre divertido Geoffrey. Qué fácil resulta a veces engañar a la mente. Aquella visión me dio un

chute de energía y me sentí exultante como hacía tiempo que no me sentía.

A las diez menos veinte un taxi me dejaba junto a la puerta roja del 46 de Bloomsbury Street. James me estaba esperando allí, y a lo lejos vi acercarse la que enseguida identifiqué como la silueta de Jeff.

—Buenos días, Berta, te veo radiante —me piropeó mi amigo.

—Gracias. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Acabo de llegar ahora mismo. ¿Aquel de allí es Jeff? —me preguntó, señalando con el dedo.

—Sí, es él.

—¿Por qué no se ha quedado contigo?

—Él y Greta se han quedado en casa de un amigo que colabora con él en su empresa; tenían que verse.

Antes de llegar junto a nosotros, a unos diez metros de la puerta roja, la silueta aceleró el paso, levantó la mano y gritó: «¡Mamá!».

—¡Estás increíble! —me dijo Jeff al tiempo que extendía los brazos, me rodeaba con ellos y me daba un abrazo, levantando mis pies en el aire. Al dejarme de nuevo en el suelo nos besamos en las mejillas.

—Cada vez te veo más alto, Jeff —le dijo James a mi hijo mientras le ofrecía uno de sus célebres saludos.

—Hola, James. Gracias por todo, de verdad, no sé qué haríamos sin ti —le agradeció Jeff.

—Como decía tu padre, los corremundos somos familia aunque no llevemos la misma sangre.

—Vendrás luego a comer con nosotros, ¿verdad? —dio por sentado mi hijo.

—Mejor os dejaré solos, imagino que querréis hablar de vuestras cosas.

—No te vas a escapar tan fácilmente, James. Por favor, come con nosotros —insistí—. Geoffrey te consideraba un hermano, me haría mucha ilusión pasar un rato distraído contigo y con Jeff. Además, así podremos contarle a Greta nuestras batallitas.

—Luego lo hablamos. Ahora vamos a firmar.

El proceso de constitución de la sociedad nos llevó prácticamente una hora. Íbamos pasando de una sala a la siguiente como si fuésemos

fichas de un juego. Nos sentábamos, nos leían una serie de documentos y firmábamos; así hasta cuatro veces antes de terminar.

A las once, de nuevo frente a la puerta roja, nos despedimos de James y quedamos en vernos para comer a la una en el Wong, el restaurante chino favorito de mi hijo, que se encontraba muy cerca de la oficina de nuestro amigo.

—¿Dónde has quedado con Greta? —le pregunté a Jeff.

—Aquí al lado, literalmente a la vuelta de la esquina, en Russell Street. Se ha quedado esperando en la entrada del Museo Británico. Junto a la escalinata han puesto mesas, sillas y parasoles grandes, y desde unas furgonetas sirven desayunos y almuerzos. No está mal. Se ha quedado tranquila leyendo.

Efectivamente, allí estaba la joven sueca, absorta entre dos páginas de un libro.

—¡Greta! —la llamó mi hijo para anunciar nuestra llegada.

—¿Ya estáis aquí? Qué pronto. Pensaba que os llevaría más tiempo. Hola, Berta —exclamó la joven al descubrir que me acercaba detrás de Jeff. Se puso de pie y nos dimos un par de besos.

Teníamos dos horas hasta la comida, así que decidimos tomar algo en aquel mismo lugar y después dar un paseo hasta el restaurante.

—Le encanta andar, Greta. Si fuera por ella y por mi padre no existirían los coches —le explicó mi hijo a su novia.

—Ni el metro, Jeff, ni siquiera el metro —añadí divertida.

—Pero papá adoraba el metro, ¿no es así?

—No exactamente. Lo utilizábamos para descubrir las ciudades, aunque solo al principio, cuando aterrizábamos en un nuevo destino. A tu padre, las líneas le servían para orientarse. Era increíble, como si fuese un topo, andábamos por la calle y era capaz de decirte la ruta del metro que estábamos siguiendo, parecía que viese los túneles desde la calzada. Pero después, una vez que conocíamos la ciudad, siempre prefería andar, le encantaba observar y no se quería perder nada por culpa de la oscuridad —le aclaré a Jeff—. Pero, bueno, ahora que estamos los tres juntos y que ya hemos terminado con las obligaciones financieras familiares, contadme cosas, seguro que vuestra vida es más interesante que la mía. ¿Cómo estáis?, ¿qué tal el negocio?, ¿habéis terminado de amueblar el apartamento?

—¿Quién empieza, Jeff? —le preguntó Greta a su novio.

—Mamá, nos mudamos, dejamos Estocolmo.

—¿Adónde vais?

—A Tailandia, trasladamos la empresa a Bangkok —respondió la joven sueca.

—Muy bien, me parece muy bien, os gustará —manifesté.

—¿Nada más, mamá?, ¿no vas a decir nada más?

—¿Qué quieres que diga, Jeff?

—No sé, tal vez podrías dar tu opinión. Igual piensas que me estoy alejando demasiado de ti.

—Ya vivimos alejados, hijo. Además, de verdad, os gustará, y tenéis la edad perfecta para hacerlo, estoy segura de que eso es lo que te habría dicho tu padre —afirmé mientras Greta permanecía muda en medio de la conversación madre-hijo.

—Por eso me preocupo, mamá, porque papá ya no está y no termino de saber cómo te encuentras. Greta y yo hemos pensado incluso en la posibilidad de que vengas con nosotros.

—¡Ni hablar! —respondí alterada—. Perdonad por el pronto —me disculpé antes de seguir—. Jeff, cariño, tengo cuarenta y ocho años, he sido muy independiente toda mi vida y pretendo seguir siéndolo. Y así es como quisimos educarte a ti. Os lo agradezco, pero en Barcelona estoy bien. Tu padre tenía razón, es el mejor lugar en el que podría estar, al menos en estos momentos.

—Hay algo más, Berta —añadió Greta.

—No me lo digáis: vais a tener un hijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó intrigada.

—Porque a los veinticinco años me fui a Baiona a decirles a mis padres que dejaba Barcelona y me marchaba con Geoffrey a Londres. Lo recuerdo perfectamente: cuando llegué acababan de cerrar el bar, mi madre estaba fregando el suelo y mi padre la barra, y después de anunciarles mi mudanza les dije exactamente lo mismo que has dicho tú: «Hay algo más...». Estaba embarazada —les expliqué—. Pero ¿cómo te encuentras, Greta?, ¿de cuánto estás?

—Mamá, entonces, ¿te parece bien? —interrumpió mi hijo.

—Por supuesto, solo puedo felicitaros. Geoffrey se lo esperaba desde que os marchasteis a Estocolmo. En más de una ocasión me dijo que pronto seríamos abuelos; bueno, abuela.

—¿No crees que somos muy jóvenes? —me preguntó Greta—. Mis padres lo piensan.

—Yo no voy a juzgar la opinión de tus padres, cada uno tiene una manera de pensar y seguro que ellos tienen sus razones. Mi caso es otro, Greta. Mira, Jeff va a cumplir veinticuatro años y tú veinticinco, la misma edad a la que yo fui madre. No lo buscamos, vino de improviso, creo que alguna vez te lo contamos. Al principio pensé lo mismo que tú, que era muy joven, y además estaba asustada. Pero si no hubiese sido en aquel momento, sin pensarlo, sin buscarlo, seguramente nunca habría nacido él —dije mirando a mi hijo—, y Geoffrey y yo jamás hubiésemos sido padres. Ser madre es maravilloso, ya lo verás.

—Gracias, Berta —agradeció mis palabras mientras sujetaba fuertemente una de mis manos—. Entonces, nos ves en Tailandia con un bebé a cuestas.

—En cualquier lugar del mundo. Mientras os queráis, ese bebé no os pesará y crecerá con vuestras experiencias.

—Eso mismo le he dicho yo, mamá, y le he contado la historia esa que me repetíais papá y tú de que yo soy hijo de la fuerza de vuestro cariño.

—Ni más ni menos, y ni los médicos pudieron convencer a tu padre de lo contrario —convine mientras una lágrima se escapaba y caía directa en la comisura de mis labios.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de ejercitar el deporte favorito de la gran Berta Lennox. Mamá, ¿empezamos a andar? —decidió Jeff para alejar mi melancolía y devolverme al momento de felicidad que me había causado la noticia del embarazo—. Y tenemos que celebrar que un nuevo o nueva Lennox-Lindberg-Gómez pronto estará con nosotros.

De camino al número 60 de Wilton Road, donde se encontraba el restaurante, cruzamos paseando Saint James's Park, mi parque favorito de Londres, y rodeamos Buckingham Palace hasta llegar a Victoria Street. Debían de pasar algunos minutos de las doce cuando en la acera opuesta vi que se abría la plaza de la catedral de Westminster, con la puerta principal del templo a sus espaldas.

—¿Os importa que entre un momento en la catedral? —pregunté a mi hijo y a su pareja.

—¿De verdad? —respondió atónito Jeff.

—No es lo que piensas, quiero ver si está una persona para darle las gracias. Luego os lo cuento —les tuve que explicar, porque ellos sabían que Geoffrey y yo, aunque católicos, no éramos practicantes y ni tan siquiera habíamos bautizado a nuestro hijo.

Atravesamos la calle y la plaza y entramos en la iglesia, cuyo verdadero nombre sorprendió, como podía esperarse, a mis acompañantes: catedral de la Preciosísima Sangre de Cristo de Westminster. El hermano Paul tenía razón: el coro estaba cantando en aquel momento y, aunque el gregoriano no era lo mío, sabía apreciar la buena música, y aquellas voces tenían algo tan especial como la caja de resonancia de un buen violonchelo. Mientras Jeff y Greta observaban y escuchaban asombrados como si hubiesen descubierto algo totalmente desconocido para ellos, recorrí con sigilo el templo hasta encontrar a la hermana Eleonor. Nada más verme construyó una honesta sonrisa y en silencio me indicó una puerta. La abrió, pasamos a una estancia llena de indumentaria eclesiástica y cerró tras de mí.

—Aquí no molestaremos al coro. ¿Cómo está? El hermano Paul me habló de su visita —me dijo con la misma sonrisa risueña del día anterior.

—Pasaba por aquí y he decidido entrar para darle las gracias. El hermano Paul fue tan amable como usted.

—Es un buen siervo del Señor y usted lo cautivó. Me dijo que Dios la iba a proteger. También me contó lo de su marido, lo siento mucho. Esta es su casa, venga siempre que lo necesite, el calor cristiano reconforta.

—Volveré, hermana, muchas gracias, volveré a verla —me despedí mientras salía de la sacristía, que fue como ella denominó la cámara que abandonábamos.

Nuevamente en Victoria Street, de camino al restaurante, Jeff me preguntó por aquella extraña visita. No entré en detalles, no era el momento y tampoco creí que fuese lo acertado. Me limité a contarles que estaba intentando averiguar el origen de algunos de los antiguos inquilinos de mi edificio de Barcelona, y que cierta información me había llevado hasta la catedral católica.

—¿Eso te distrae, mamá? —preguntó extrañado mi hijo.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé —respondí sin querer añadir

ni una sola palabra más, pues a mi hijo era incapaz de mentirle.

—Tal vez podrías reunir tus crónicas en un libro. Estoy convencido de que se vendería muy bien y seguro que disfrutarías haciéndolo —me propuso Jeff muy convencido.

—Estaría bien, Berta, a la gente le encanta cómo escribes —añadió Greta para darme ánimos.

—Eso mismo me repite una y otra vez un conocido de Barcelona —les respondí.

—¿Una y otra vez? ¿Un conocido? Eso no me lo habías contado —dijo Jeff bromeando.

—No es nada. Se trata de un periodista norteamericano. Solemos desayunar juntos al lado de casa, pero no es más que un amigo, alguien con quien conversar.

—Me alegro de que conozcas a gente nueva, mamá —comentó mientras me rodeaba los hombros con su brazo y me atraía hacia sí.

James nos esperaba en la puerta del Wong. Saludó con su peculiar estilo a Greta, aunque solo era la segunda o quizá tercera vez que se veían, una de ellas en el funeral de Geoffrey, y entramos en el restaurante.

Jeff fue designado para elegir la comida que íbamos a compartir, la auténtica comida china era su favorita. Desde que vino al mundo había vivido primero en Londres, luego en Nueva Delhi, Tokio y Washington, y su última residencia antes de regresar él solo a Inglaterra había sido Shanghái. Llegamos a China cuando ya tenía catorce años, era un adolescente, y, como a su padre, le encantaba descubrir todo lo que podía. Los dos años que pasó con nosotros allí viajamos juntos por gran parte del país y probó y degustó su completa, variada y sabrosa gastronomía. Le encantaba, hasta tal punto que aprendió a cocinar bien algunos de sus platos.

Durante la comida ocurrió exactamente lo que me imaginaba: James empezó a contar sus historias, dio pie para que yo contara las mías y terminamos contando las nuestras, las de nuestro periodo en la embajada de Washington, donde nos conocimos.

A las cuatro de la tarde nos despedimos de mi amigo y les pedí a Greta

y a mi hijo que me acompañasen a Harrods, ya que su vuelo de regreso salía a las nueve de la noche y aún podíamos pasar algunas horas más juntos. En los grandes almacenes compré un peluche y algunas prendas de bebé que tanto valían para una niña como para un niño. El embarazo de Greta me hacía tremendamente feliz, y, aunque aún desconocía su alcance, inauguraba una nueva etapa en mi vida cuyo objetivo era ser una buena abuela. Greta esperaba la criatura, que nacería en Estocolmo, para noviembre. Se quedarían tres meses más y después se mudarían a Bangkok.

Nos despedimos con un par de promesas de por medio. Antes de septiembre vendrían a visitarme a Barcelona y yo viajaría en noviembre a Suecia para estar presente el día del nacimiento de mi nieta o de mi nieto. Jeff quería que yo lo acompañase ese día.

Aquella noche fue totalmente diferente. Me senté junto al roble de Geoffrey, pero esta vez con una sensación de alegría recorriéndome el cuerpo. Y en silencio, como si él estuviese a mi lado, como si fuese parte de aquel tronco, le conté que íbamos a ser abuelos, tal y como él predijo aquella tarde lluviosa en Saint James's Park. En algún momento llegué a imaginarme que me respondía y que con el pulgar de su mano izquierda acariciaba mi mejilla, como hacía cada noche cuando, ya acostados, apagábamos la luz.

8

Más mentiras

Al día siguiente me levanté fresca y descansada, con la misma huella de felicidad con la que me había acostado la noche anterior. Era viernes y el único compromiso que tenía por delante era almorzar con Violet, la simpática asistente de Geoffrey.

Antes de entrar en el baño comprobé los mensajes del teléfono. Greta y Jeff habían llegado bien a Estocolmo y mi hijo me agradecía tierna y cariñosamente mi apoyo y compresión.

Salí de casa antes de que dieran las diez con un café de cápsula, de esos que tan poco me gustan, en el estómago y cuatro anotaciones en mi agenda mental. La primera se me había ocurrido mientras me daba una larga ducha de agua templada haciendo coincidir la caída del chorro en mis doloridas cervicales: quería ver nuestra antigua casa de Londres, estaba preparada. Se la habíamos vendido en junio del año anterior a una familia con dos niños pequeños, y desde entonces no había vuelto a pasar por allí; simplemente, no me sentía capaz. Así que decidí pasear, cómo no, hasta el 21 de Chester Square. Después acudiría directamente al almuerzo con Violet, y por la tarde intentaría que me dieran una sesión de masaje en la espalda y, si tenía tiempo, terminaría en la Tate Modern. Había una exhibición sobre el surrealismo con un importante contenido de fotografía que me llamaba la atención.

Mi antiguo hogar se encontraba en la zona de Belgravia, más o menos a dos kilómetros y medio del lugar en el que me alojaba, pero la ruta podía alargarse todo lo que uno quisiera zigzagueando por las bonitas calles y parques del camino. Y a mí, salvo cuando tenía prisa, no me seducían los caminos trazados con tiralíneas.

Aquella casa, que para nada se correspondía con la capacidad financiera de un joven funcionario del Foreign Office, fue producto de la casualidad o el resultado de la fortuna de un joven Geoffrey de

veintiséis años. Por aquel entonces los precios de la vivienda en la capital inglesa eran otros y el que un poco más tarde se convertiría en mi marido tenía la ilusión de llegar a ser algún día alguien importante en el Ministerio de Asuntos Exteriores de su país. Su carácter y jovialidad eran tan singulares que atraían de una manera especial a la gente. Llamaba la atención, así era Geoffrey. Su capacidad seductora natural, nada pretendida, no necesitaba más que de su sonrisa y a veces, como mucho, de un par o tres de palabras. Durante su formación en el Foreign and Commonwealth Office, antes de ser enviado al consulado de Barcelona, que fue su primer destino, asistió en Londres a un alto diplomático. Un hombre ya mayor, casado y sin hijos, que había pasado prácticamente su vida entera entre Oceanía y África dirigiendo un buen número de embajadas. A Geoffrey le cautivó su profesionalidad, y a aquel hombre, la forma de ser de mi marido. Estuvieron juntos un año y medio y construyeron una estrecha y bonita relación, hasta tal punto que, estando Geoffrey ya en Barcelona, el antiguo embajador lo llamó para decirle que su mujer y él habían decidido marcharse de Londres y retirarse en Australia y que querían venderle la casa. El precio real de aquel inmueble hubiese sido imposible para Geoffrey, pero la pareja deseaba tanto que fuese él quien lo habitase que se lo ofrecieron por una cantidad y con unas condiciones que no pudo rechazar a pesar de su juventud y de encontrarse en el inicio de su carrera.

Los nuevos propietarios la habían pintado y seguramente reformado. El blanco de la fachada era el más reluciente de la línea de casas del mismo estilo arquitectónico que conformaban aquel lado de la plaza. En el centro, tan cuidado como siempre, el jardín vecinal que ejercía de pulmón para aquella parte del barrio.

La entrada lucía imponente. Las dos columnas de estilo clásico que la flanqueaban parecían tener más presencia que antaño y el mármol de Carrara del suelo brillaba tanto como los latones de la puerta principal, pintada de negro.

Me senté en el pequeño parque central, en un lugar desde el que divisaba perfectamente el edificio, y recordé planta por planta cómo era y cómo habíamos construido allí nuestro hogar. La cocina familiar se hallaba en el semisótano; la planta baja la ocupaba el gran salón, desde el que se accedía al patio trasero; en las dos plantas siguientes se encontraban los dormitorios y en el tercer piso, la biblioteca,

comunicada con la buhardilla, donde tenía mi escondite para escribir.

Pasé veinte minutos mirando la casa y recordando nuestra vida, hasta que llamó mi atención un todoterreno urbano de color negro que aparcó muy cerca de la puerta. Bajó una mujer muy elegante, abrió el maletero y cargó con un violonchelo enfundado. Al ver el instrumento se me cruzaron los cables, lo reconozco, no sé qué me pudo pasar, pero no actué de manera muy cuerda. Me levanté, salí del jardín y me dirigí apresuradamente hacía la mujer, que acababa de pulsar el timbre de mi antigua casa.

—¡Perdone! ¡Disculpe! —grité para llamar su atención, mientras ella giraba la cabeza y yo llegaba jadeando hasta su lado.

—¿Sí? —se sorprendió.

—Soy la antigua propietaria de esta casa. ¿Vive usted aquí? —intenté averiguar. Seguramente la mujer pensó que era una chiflada.

—No vivo aquí. Soy la profesora de violonchelo, pero… —me respondió mientras se abría la puerta y era interrumpida por una mujer bastante más joven que yo cuya cara me resultaba conocida.

—¿Pasa algo? —preguntó mientras me miraba—. Te conozco, ¿verdad?

—Sí, soy Berta Lennox, viví aquí.

—Claro, Berta, nos conocimos en el notario. ¿Cómo se encuentra tu marido?, ¿está mejor? —me preguntó, sabedora de que Geoffrey padecía cáncer cuando les vendimos la casa.

—Falleció hace cinco meses.

—Cuanto lo siento. ¿Quieres pasar? Emily es mi profesora de chelo, venía a darme clase, pero podemos retrasarlo si quieres.

—No, por favor, no. Pasaba por aquí, ha sido pura casualidad —respondí, faltando a la verdad y sintiéndome realmente mal por dentro. Mi reacción me había sorprendido de tal manera que me repetí varias veces que debía buscar apoyo psicológico. El recuerdo de la muerte de Leo aparecía de manera recurrente y en diferentes circunstancias, y eso no me ayudaba—. Volveré otro día y me enseñas la casa —me despedí apresuradamente mientras me marchaba avergonzada a paso ligero.

—Adiós, Berta —me dijo la nueva propietaria con una mirada similar a la de la profesora de violonchelo, una mirada que dejaba ver un sentimiento de lástima por mi viudedad y, sobre todo, por mi comportamiento.

En media hora tenía que estar en King Charles Street, Violet me esperaba a las doce en punto en la puerta principal del ministerio, así que tuve que acelerar el paso.

Sin pretenderlo, la tranquila, sosegada y feliz mañana había cambiado de naturaleza. La buena noticia del embarazo de Greta había pasado de modo incomprensible y demasiado rápido a un segundo plano, y los episodios e incógnitas del edificio de mi actual vivienda en Barcelona volvían a perturbarme. Era muy consciente de lo que me habría dicho Chris —seguramente lo mismo que Geoffrey—, y eso me lo ponía más difícil aún. Quería dejarlo a un lado, pero no podía.

—¡Berta! —gritó efusivamente Violet nada más verme. Mi serio semblante cambió de inmediato.

—¡Violet, querida! —respondí mientras me daba algo más parecido a un achuchón que a un abrazo.

—Lo llevo todo. Vamos, dispongo de una hora y cuarto y tenemos muchas cosas que contarnos —dijo en referencia al almuerzo. Violet cocinaba a las mil maravillas y había quedado en que traería la comida y almorzaríamos sobre la hierba del Saint James, algo que hacen muchos funcionarios y otros profesionales de la zona en verano, siempre y cuando la lluvia los respete.

Entramos al parque por el Memorial a la Guardia y nos sentamos en la verde explanada que hay junto al sendero de la princesa Diana. Violet desplegó un mantel de rayas anchas azules y otras finas amarillas, y empezó a sacar envases herméticos de cristal. Dos de ellos contenían ensaladas; otro par, su famoso rosbif con salsa de almendras y remolacha, y la última pareja un pedazo para cada una de una tarta de manzana digna de ocupar una sala del Louvre ella sola. Se me despiertan las papilas al recordar aquel sabor.

Le conté cómo había sido mi aterrizaje en Barcelona y la noticia de que iba a ser abuela. Me hizo reír proponiendo nombres absurdos para la criatura, y después me explicó cómo le había sentado a Sterling, su gato, la paternidad.

Mientras recogíamos los avíos de la comida me invitó a pasar el domingo juntas. Quería enseñarme los gatitos, y después pensaría en alguna actividad interesante. A pesar de que no tenía ningún plan,

tampoco quería molestarla ni que se viese obligada a hacerme compañía, pero ella insistió y terminé accediendo.

De vuelta, recorriendo el camino que rodea el lago del parque en dirección a la salida, Violet me dijo:

—Cuando consiga el contacto del holandés te lo envío.

—¿Qué? —respondí sin saber a qué se refería.

—¿No has leído mi mail?

—No, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas la fotografía que me enviaste?

—Sí, claro. ¿Has podido identificar a alguien?

—Así es. El lunes imprimí la foto y saqué unas copias, ya me conoces. La fui enseñando, pero nadie reconocía a ninguno de los seis hombres. Entonces se me ocurrió algo. Aunque ya no vienen al ministerio porque están retirados, algunos diplomáticos de cierta edad se reúnen los martes en un club privado de Mayfair al que mi padre solía acudir. Este martes pasé por allí después del trabajo. No querían dejarme entrar, pero al decirles que trabajaba para el Foreign Office y de quién era hija hicieron una excepción. Ya me ves a mí pasando de mesa en mesa, presentándome, mostrando la foto y recibiendo como respuesta alguna historia que nada tenía que ver con aquello. Hasta que un antiguo agregado cultural creyó reconocer al de la derecha de la imagen, un diplomático holandés que coincidió con él en Berlín diez años después de la fotografía, justo tras la caída del Muro, pero no se acordaba del nombre, así que le dejé una copia y mi número de teléfono por si lo recordaba.

—¿Y? —la interrumpí.

—Me ha llamado esta mañana a primera hora al trabajo, aún no me había sentado. Por eso te he escrito el correo, te lo he enviado después de hablar con él.

—Perdona, Violet, después de confirmar que Jeff y Greta llegaron bien a Estocolmo no he vuelto a abrir ni mensajes ni el correo.

—Bueno, pues resulta que ayer por la tarde el amable agregado quedó a tomar el té con su exmujer, le enseñó la fotografía y esta se acordaba perfectamente del nombre del holandés: Maarten de Vries. Coincidieron en algunos actos en sus respectivas embajadas en Alemania. Lo buscó más tarde en internet y lo encontró. Vive en Ámsterdam, ahora es escritor de bestsellers de botánica y jardinería y, a pesar de su edad, sigue publicando. Me ha dicho que intentó

localizar información de contacto pero no la encontró, así que voy a ver si a través de su editorial te consigo una dirección o un teléfono. Tan pronto tenga algo, te llamaré. Esta vez no usaré el correo —concluyó guiñándome un ojo.

—Eres la mujer más eficiente y servicial que conozco, Violet. Geoffrey siempre decía que con tres o cuatro Violets el ministerio funcionaría como un reloj, y puede que también su vecina, Downing Street.

—Entonces, el domingo a las diez te espero en casa, ya verás qué monada de gatitos —se despidió Violet dándome un abrazo, nuevamente en formato de achuchón—. Te prepararé tarta de manzana para que puedas llevarte.

—Allí estaré, pero no me digas lo de la tarta o no conseguiré dormir recordándola. Adiós, Violet. Gracias, amiga —le dije. Por primera vez me referí a ella como una amiga, pero era lo que de verdad sentía. A pesar de conocernos desde hacía relativamente poco tiempo, y de haber sido la asistente de Geoffrey, había calado en nuestras vidas y ahora seguía haciéndolo en la mía.

A la una y cuarto, desde la misma entrada principal del ministerio donde me había despedido de Violet, llamé al hotel COMO, el de Old Park Lane. Allí tienen un espacio, el Shambhala, donde dan todo tipo de masajes. Es algo caro, la verdad, y hay otros lugares más económicos en la ciudad con un servicio parecido, pero su masaje indio de cabeza es insuperable. Trabajan también el cuello y los hombros, y desde luego eso era lo que necesitaban mis cervicales en aquel momento, pues la tensión y el dolor eran cada vez mayores. No esperaba que me pudiesen atender aquel mismo viernes, pero acababan de tener una cancelación y podían hacerlo a las tres de la tarde.

Esta vez cogí un taxi, ya había andado bastante. Como aún tenía una hora y tres cuartos hasta la sesión de masaje, le pedí que me dejara en la Puerta de la Reina Isabel de Hyde Park, muy cerca del hotel. Una vez allí me adentré en el parque hasta el bar del Serpentine, el lago con forma de serpiente. Cuando Jeff era pequeño y regresábamos a Londres de vacaciones desde cada uno de los destinos en los que vivimos, solíamos ir los tres a desayunar a aquel bar.

A nuestro hijo le encantaba perseguir a los cisnes, a los patos y a los gansos, y más aún remar en bote con su padre. Aquellos días eran mágicos; «la fuerza del cariño en estado puro», así los llamaba Geoffrey.

Un par de americanos descafeinados y algunos recuerdos más tarde abandoné el parque para llegar a la hora al Shambhala. Cubierta con una toalla, me tumbé en la camilla de la relajante sala en la que me iban a dar el masaje. La masajista, que no era la primera vez que me atendía, me saludó amablemente y empezó su labor. Sus manos trabajaron a la par la relajación de mi cuerpo y de mi mente durante los sesenta minutos de la sesión. Al terminar, mis cervicales parecían otras.

La Tate Modern, la última anotación en mi agenda mental, cerraba a las seis. Si cogía nuevamente un taxi llegaría a tiempo para pasar allí por lo menos una hora. Durante el trayecto pensé que tal vez podría haber aprovechado para ver a algunos conocidos o incluso para averiguar si alguna de nuestras amistades estaba en Londres, pero no me apetecía, no terminaba de sentirme del todo preparada para verme con más gente relacionada con Geoffrey y con nuestra pasada vida. Mi hijo, James, Violet y la visita a Chester Square habían sido suficiente, incluso demasiado, para mi primer regreso a Londres.

La exposición presentaba el surrealismo desde los años veinte en Francia hasta los sesenta en los Estados Unidos, pasando por Egipto, Japón y México. Había menos fotografías de lo que esperaba, y además la temática no era la mejor para mi estado de ánimo, así que se convirtió en un tostón de visita, con obras que me parecieron tan desconcertantes como las incógnitas que me había traído de Barcelona.

Esta vez, para volver a Glebe Place crucé el puente del Milenio y me subí al metro en la parada de Mansion House. La línea circular, la amarilla, era la más cómoda, porque, sin hacer transbordos, me dejó en la parada de South Kensington, a veinte minutos andando de casa. De camino me paré en un Tesco y compré para cenar unos *dumplings* de cangrejo ya cocinados y un melón amarillo por fuera y naranja por dentro, que según la etiqueta tenía su origen en uno de estos cuatro países: Costa Rica, Brasil, Honduras o España. Desde luego, de mi país

no venía aquella fruta, de eso estoy segura.

Después de cenar salí al patio con el portátil, me senté una vez más junto al árbol de Geoffrey y tecleé «Maarten de Vries» en el buscador de internet.

Según la biografía que aparecía en sus obras publicadas, lo único que pude encontrar del holandés en la red, nació en Róterdam en 1939 y actualmente residía en Ámsterdam, donde escribía sus libros. Su trabajo para el Gobierno de los Países Bajos lo había llevado a pasar buena parte de su vida viajando y residiendo en diferentes países de los cinco continentes, lo que le había permitido profundizar en sus aficiones favoritas, la botánica y la jardinería. Desde su regresó definitivo a Holanda, el año 2009, había publicado cinco obras sobre la botánica de distintas regiones del mundo que se habían traducido a siete idiomas, y en ese momento se encontraba ultimando otro trabajo que se publicaría a principios de 2023.

Llegar tarde a una cita o perder un avión, un tren o cualquier otro medio de transporte me aterroriza. Esa es una de mis mayores fobias, que terminó afectando también a Geoffrey —y a Jeff mientras vivió con nosotros—. Ese temor nos obligaba a llegar con tanta antelación que, sobre todo al principio, las esperas solían terminar en discusiones. Digo al principio porque con el tiempo mi marido se dio cuenta del estrés que me generaban los horarios fijos y no solo dejó de recriminarme esa manía, sino que se prestó a compartirla conmigo acompañado siempre de un libro.

El sábado 11 de junio tenía una cita a las diez de la mañana con Lily Wright, la hermana del sacerdote que había escrito en la pared de papel pintado de mi casa, y debía ser puntual. Había un tren que llegaba a las 9.21 horas a la Estación Central de Folkestone, pero me dio miedo, cómo no, que pudiera sufrir un retraso, algo habitual en Inglaterra cuando se acerca el verano, así que decidí coger uno anterior, que salía de la Estación Internacional de Saint Pancras a las 7.34 horas y llegaba a Folkestone a las 8.29 de la mañana.

El móvil me despertó con la *Sonata para violonchelo y piano en sol menor* de Rajmáninov a las seis menos cuarto de la mañana. Tenía media hora para arreglarme, pues había pedido un taxi para las 6.15. Una ducha, esta vez tibia y rápida, los tres minutos habituales de

higiene dental matutina y poco maquillaje. Me vestí con ropa cómoda porque pensaba alargar el día y, después de hablar con la señora Wright, aprovecharía el viaje y me acercaría a Dover; total, eran diez minutos en tren, y estando tan cerca no podía dejar de volver a los acantilados donde me separé definitivamente de Geoffrey.

Llegué a Saint Pancras una hora antes de la salida del tren. Con el billete digital en mi teléfono, identifiqué el andén que me correspondía y a partir de ese momento pude relajarme. Me senté en una cafetería y pedí un café americano sin azúcar y un cruasán que disimulaba con nota su origen industrial, supongo que por la mantequilla. Al momento empecé a imaginar cómo sería Lily. Fantaseé sobre la vida de aquella mujer y de sus padres, y terminé haciéndolo con la de su hermano: ¿cómo un joven de Folkestone había terminado en la abadía benedictina de Ampleforth, a casi quinientos kilómetros de su casa?

El tren salió puntual. Distraje los primeros minutos del trayecto mirando aquel paisaje que tanto conocía, hasta que de repente mi móvil vibró. Era un mensaje de James: «¿Estás despierta? ¿Puedes hablar? Llámame cuando te levantes». Marqué su número de inmediato.

—¿James?

—Berta, perdona, ¿no te habré despertado con el mensaje?

—Qué va, ni te imaginas dónde estoy.

—¿Has vuelto a Barcelona?

—No, aún no. Estoy en un vagón de Southeastern, en media hora llegaré a Folkestone.

—¿Folkestone?

—Voy a ver a una persona de la que me han hablado...

—¿Estás bien? —me interrumpió.

—Sí, claro, es un asunto relacionado con la novela que te dije que estoy pensando escribir.

—¿Seguro? Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—Gracias, James, pero estate tranquilo, estoy bien y no voy a hacer ninguna locura —respondí intentando quitar importancia a mi viaje—. Dime el motivo de tu llamada.

—Me acaban de escribir con la información de la cuenta bancaria, la del recibo de alquiler que me enviaste.

—¿Y? —pregunté impaciente.

—Ante todo, quiero que tengas muy presente que esto que hemos hecho es totalmente ilegal; parece una tontería pero no lo es, acuérdate, nos podríamos meter en un lío. No tengo ni idea de para qué quieres la información y tampoco de qué haces ahora yendo a Folkestone, pero ten cuidado, Berta, ten mucho cuidado.

—Está bien, pero ¿de quién es la cuenta? Va, dímelo.

—Ese recibo lo pagó el arzobispado de Barcelona.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda, por eso te estoy advirtiendo.

—¿Te han dicho algo más? —pregunté algo alterada e inquieta.

—No, ni creo que deba pedirlo. ¿Para qué quieres saber el estado de la cuenta?

—No me refiero a eso, James. Es por si habían podido averiguar el nombre de alguna persona vinculada o algo así.

—Es mejor dejarlo, Berta. Hazme caso, no sigas.

—Con lo que me has dicho es suficiente, gracias, James. Geoffrey tenía plena confianza en ti y te apreciaba de una manera especial, es fácil de entender.

—Yo sentía lo mismo, por eso lo he hecho; por ti, pero sobre todo por lo mucho que te quería él. Por favor, ten cuidado, y si tienes problemas, llámame. Acuérdate de que vas a ser abuela. Adiós, Berta —se despidió James, a quien lo había alertado y preocupado mi interés por aquella cuenta.

No lo pude remediar y, después de saber que el mismísimo arzobispado de Barcelona era el que pagaba el alquiler de Leo y le ingresaba una cantidad mensual a cambio de ser sus ojos y sus oídos en mi edificio, necesité contárselo a Chris.

Lo llamé desde el tren sin atender a la hora, a pesar de que en Providence debían de ser las tres de la mañana del sábado, y al cabo de tres pitidos se cortó la llamada, como si la hubiesen rechazado al otro lado. Entonces, de manera impulsiva y poco reflexiva, empecé a teclear un mail en el que le contaba lo que acababa de descubrirme James, así como las sospechas que recaían sobre el máximo organismo de la Iglesia católica en la Ciudad Condal o sobre alguno de sus miembros en particular. Mientras redactaba el correo iba recordando la carta que me había escrito Leo e imaginaba el pasaje del hombre

que lo condujo hasta Montjuïc, y también el pánico que debió de sentir el músico durante el trayecto. Aquel hombre joven, el que conducía un coche negro como el de un ministro, se terminaría convirtiendo en su salvador, y posiblemente en su verdugo.

Antes de llegar a Folkestone, Chris respondió a mi correo. Me pedía disculpas por haber colgado mi llamada, su padre y él se habían quedado dormidos en el salón y no quería despertarlo. Era su último día allí, ese mismo sábado regresaba a Barcelona, y el domingo y el lunes los tendría que pasar cubriendo una noticia en Alemania. Creo que se dio cuenta de mi ansiedad y que fue eso lo que provocó, aunque con menos dureza que la última vez, que censurase mi comportamiento con una reprimenda. Me pedía que dejase de una vez por todas las elucubraciones, porque cada vez más se veían acentuadas por mi imaginación y por el momento emocional en que me encontraba, y no me hacían ningún bien. Había venido a Londres a desconectar y debía hacerlo. Me decía que si no quería acometer la recopilación de mis crónicas, perfecto, pero que por mis circunstancias personales consideraba necesario que dejase de buscar un culpable de la muerte de Leo. Se despedía diciéndome que esperaba volverme a ver muy pronto en Barcelona, que echaba de menos nuestros encuentros matinales en Villa Cecilia.

Mientras el tren reducía la velocidad para entrar en la Estación Central, despisté a mi psique y a los consejos de Chris y pensé que Geoffrey me animaría a seguir buscando al asesino de mi vecino, porque seguía convencida de que lo habían matado.

Eran las ocho y media en punto cuando salí de la estación de Folkestone, aún faltaba una hora y media para el encuentro con la hermana de William Wright. Ella me aconsejó coger un taxi para ir a su casa, pero un conductor, anteponiendo la amabilidad al negocio, me informó de que el trayecto andando no superaba los treinta minutos, así que decidí hacer un poco de ejercicio. Busqué en mi móvil la ruta más interesante, aunque tardase más, y me dirigí a The Leas Promenade, justo delante del mar. Era temprano, pero fin de semana, y ya había bastante gente, la mayoría de cierta edad, ejercitando sus piernas en aquel paseo que terminaba prácticamente en la entrada del puerto de la localidad. El viento del canal de la

Mancha soplaba como yo lo recordaba, como en Dover, con la misma fuerza y el mismo olor, poniendo de manifiesto la bravura de su mar, ese que tantos han temido a lo largo de la historia.

Miré el reloj, calculé el tiempo que necesitaba para llegar al 17 de Wear Bay Crescent y decidí pararme a tomar algo. En un puesto ambulante de marisco que acababa de abrir compré el único líquido que ofrecían, una botella de agua con gas, y me la bebí sentada junto a la escultura de la sirena de Folkestone. Aquella figura de bronce, una reinterpretación de la famosa y bella mujer con cola de Copenhague, me hacía sentir bien. Me veía reflejada en ella, una mujer madura que no se avergüenza de sus formas, de sus pechos caídos y de la pérdida de cintura. Un espíritu libre.

Dos minutos antes de que dieran las diez me encontraba delante de la casa de Lily Wright, una vivienda pequeña de tres alturas, orientada al mar, muy similar a las que la rodeaban y bien cuidada. Subí los seis escalones que me separaban de la puerta principal y llamé al timbre. A los pocos segundos apareció una mujer de corta estatura que debía de rondar los ochenta años.

—Berta, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, la misma. Le agradezco su invitación, Lily.

—Ahora que ya nos hemos conocido podemos tutearnos, tampoco soy tan mayor, ayer mismo cumplí setenta y siete años.

—Felicidades.

—Pero pasa, pasa, no nos vamos a quedar en la puerta.

Antes de acomodarnos junto a la mesa redonda del salón, en la planta baja, justo delante del ventanal que daba a la calle, le entregué una bonita caja llena de diferentes tés para distintos momentos del día que había comprado en Harrods el día que estuve con mi hijo y con Greta.

Ya sentadas, me sirvió un vaso de limonada natural muy fría que había preparado expresamente para mí. Después de decirme que yo no parecía inglesa y de obtener como respuesta un breve resumen de mi vida, no pude escaparme. Aquella mujer parecía quererlo saber todo sobre mí antes de revelarme su historia.

—¿Qué edad me has dicho que tenía tu marido?

—En febrero habría cumplido cincuenta —le respondí. Pensé que se trataba de un despiste y sonreí, porque anteriormente no se lo había comentado.

—Era de una generación distinta a la mía, pero tal vez a sus padres sí que los conozca. ¿A qué se dedicaban?

—Tuvieron a Geoffrey siendo muy mayores. Ahora estarían cerca de los noventa, pero fallecieron hace ya cinco años, con dos meses de diferencia entre ellos. Su padre se llamaba Jeff, como nuestro hijo, y trabajó siempre en los ferris que van de Dover a Calais.

—¿Era capitán? —me interrumpió Lily mientras me rellenaba el vaso de limonada.

—No, qué va, era marinero. El abuelo de Geoffrey también lo había sido. Terminó asistiendo a los oficiales de máquinas, pero no pudo llegar a más, no tenía estudios. Le gustaba mucho su trabajo y cuentan que era de los pocos en Dover que no tenía miedo a atravesar el paso de Calais cuando las olas sobrepasaban el puente del barco.

—Pero tu marido era diplomático —comentó extrañada la mujer, seguramente presa de algún convencionalismo.

—Y buen estudiante. Sus padres lo tenían claro, querían que estudiara, y a Geoffrey se le daba muy bien. Hasta que entró en el cuerpo diplomático, lo hizo prácticamente todo becado.

—Ah, supongo que su madre esperaba en casa al marino.

—Pues no. Mary trabajaba en las taquillas de la terminal, vendía billetes.

—Una familia especial, veo —resumió para sí misma Lily, quien seguramente confundía el término *especial* y debía de ver el mundo desde una óptica muy estrecha—. Alguna vez me los cruzaría, pero no, no creo que los conociera, salvo que fueran a la iglesia. —La hermana del sacerdote insistía en encontrar cualquier tipo de relación con la familia de mi marido.

—Me temo que allí no os pudisteis encontrar —respondí sin querer entrar en detalles.

—Entonces seguro que no; tampoco recuerdo a ningún Lennox, la verdad. Tú no debes de ir a la iglesia, imagino —sentenció Lily en esa especie de interrogatorio personal que parecía estar dirigido a una misión evangelizadora.

—En Baiona fui a un colegio religioso, entonces eran los que daban una formación más completa, al menos en mi pueblo. Mis padres, como te he contado, regentaban un bar y abrían los siete días de la semana, así que no podían estar muy pendientes de mí, y menos aún acompañarme a la iglesia los sábados o los domingos, que era

cuando más trabajo tenían —le contesté sin querer ser grosera y dándole a entender lo que ella quisiera.

—Eso que dices es cierto, la práctica de la fe hay que trabajarla desde joven y necesita un empujoncito de la familia. Te entiendo, Berta. A mi hermano y a mí nos la inculcaron nuestros padres y siempre la compartimos —resolvió el asunto Lily, que efectivamente había interpretado mis palabras con su código personal.

—Así es —le dije con tono de resignación ante una conversación que empezaba a ser insoportable.

Tras mi asentimiento se produjo un silencio que seguramente provocó que la propietaria de la casa se diese cuenta del sentimiento de hastío que me invadía.

—Pero, bueno, tú has venido a trabajar, a conocer a William, y yo no paro de hablar, así que no voy a hacerte perder más tiempo. Déjame que te enseñe la casa y luego te cuento.

Nos levantamos y la seguí mientras me enseñaba cada una de las estancias y sus rincones. Como si de un museo se tratara, las habitaciones y muchos de los objetos de decoración tenían su propia historia para aquella mujer.

El comportamiento de Lily y sus comentarios confirmaron lo que pensaba. Se trataba de una mujer que había vivido mucho tiempo en soledad, sin más familia que la de los feligreses de la iglesia a la que acudía tres veces por semana. Nunca se casó ni tuvo hijos, algo que por otro lado hubiese sido impensable para una católica tan férrea como ella sin matrimonio de por medio.

La casa era sencilla y agradable. Se construyó a principios de la década de los años setenta del siglo pasado y Lily la compró en los ochenta, justo antes de morir su hermano. En la planta baja tenía el salón, la cocina y la salida a un patio trasero en el que cultivaba hortensias de diversos colores, una de sus aficiones. En el primer piso había dos dormitorios y un amplio baño, y la segunda planta estaba llena de cajas, muebles viejos de sus padres y otros recuerdos. En una de las paredes colgaba una solitaria placa que conmemoraba los cuarenta y cinco años trabajando en una empresa. Me quedé mirándola y me lo confirmó. Empezó a trabajar a los diecinueve como administrativa en una compañía de transporte de Folkestone y se retiró a los sesenta y cuatro con esa placa y un ramo de flores bajo el brazo, además de la pensión.

Nos disponíamos a bajar cuando escuché el fino cantar de un pájaro, me giré de inmediato y no lo vi, pero Lily se dio cuenta de mi gesto.

—Perdona, no te lo he presentado, ven —me dijo guiándome hasta un recoveco que quedaba junto a una ventana, en la parte más baja del techo abuhardillado—. Lo llamo Will, su canto me recuerda a mi hermano.

—¿Qué es? —pregunté. La ornitología nunca ha estado presente en mi vida.

—Un jilguero, me lo regaló una amiga. Su melodía me reconforta.

Nos quedamos un instante delante de la jaula escuchando a Will hasta que tomé la iniciativa, me di la vuelta y juntas regresamos a la mesa en la que había comenzado nuestro encuentro.

Aunque el hielo de la limonada había desaparecido, la bebida seguía fría. Lily se ausentó un momento y volvió con un plato conmemorativo del Jubileo de Platino de la reina Isabel II lleno de pastas que ella misma había cocinado. Mano no le faltaba, estaban deliciosas.

—Tú dirás, Berta, ¿qué quieres saber sobre mi hermano? —me preguntó mientras yo deleitaba mi paladar con una de sus galletas.

—Ya te comenté por teléfono que soy cronista, pero estoy metida de lleno en un trabajo de investigación que aún no sé bien cómo terminará, si será un breve artículo, algo de más extensión o incluso podría llegar a ser un ensayo, todo depende de lo que averigüe.

—Es verdad, me dijiste algo así como que mi hermano pudo haber sido una persona influyente en Barcelona, ¿verdad?

—Exacto. Ando detrás de unos personajes extranjeros que a finales de los setenta y principios de los ochenta generaron una corriente positiva de pensamiento en la ciudad —respondí, utilizando el embuste que había estado trabajando y perfeccionando durante el trayecto de camino hasta su casa.

—¿Y viajas a todos los países de origen de esos extranjeros para entrevistar a sus familiares? Te debe de salir carísimo —dijo Lily extrañada. Algo que interpreté como un sarcasmo o un asomo de desconfianza.

—No, qué va. Este es un caso excepcional. He venido a Londres por temas personales. Me he reunido con mi hijo para resolver un asunto relacionado con la muerte de mi marido. Aprovechando el viaje pregunté por tu hermano, casi de casualidad, en la archidiócesis de Westminster y me dieron tus datos. Podría haberte llamado al regresar a Barcelona, pero ya que estaba aquí... Además, cuando terminemos, quiero pasarme por Dover.

—Claro. ¿Por dónde empiezo? —preguntó la hermana del sacerdote anulando cualquier atisbo de desconfianza, si es que realmente la había habido.

—Tengo algunas preguntas, pero, si no te importa, puedes comenzar contándome lo que recuerdes de él —le dije mientras sacaba de la bolsa de la National Gallery una libreta y un portaminas.

Los padres de Lily y William eran de Folkestone, habían estudiado en la misma escuela y todos los domingos sus familias coincidían en la iglesia. Los unía una buena amistad, pero todo quedaba en eso. Al terminar la secundaria, su padre empezó a trabajar en la empresa de transportes donde años más tarde trabajaría Lily. Empezó desde muy abajo y terminó siendo el responsable de operaciones, el que organizaba todas las rutas. Solo dejó la empresa durante la guerra para ayudar en el aeródromo de Hawkinge, que era el más cercano a Francia. Cargaba armamento en los Spitfire de la Royal Air Force que luchaban en el aire contra la aviación alemana. La figura paterna debía de haber sido muy importante para aquella mujer, hablaba de él como si de un prohombre se tratara. Su madre había trabajado en una compañía de seguros marítimos. Parecía que podía llegar lejos, pero quince días antes de casarse con su padre abandonó su ocupación y no volvió a trabajar para nadie; bueno, salvo para Dios y para su familia, tal como lo dijo Lily.

A lo largo del relato dejó entrever que el matrimonio de sus padres pudo haber tenido un origen distinto al amor. A mí aquello no me incumbía, así que no quise interrumpirla y seguí escuchando.

Elizabeth Wright, Lily, nació en 1945, en una casa que se encontraba muy cerca de la suya. Desde bien pequeña fue educada en la práctica del catolicismo, algo que ella mantuvo cuando se emancipó. Durante su juventud tuvo un par de novios, pero no llegué a entender por qué aquellas relaciones no fructificaron, divagaba bastante al hablar de ellas. A los treinta años lo volvió a intentar con

otro hombre. Deseaba casarse, ansiaba tener hijos y formar una familia, pero aquello tampoco funcionó. Ahora ya hacía catorce años que había dejado de trabajar y se dedicaba por completo a las actividades de la parroquia que requerían su colaboración.

Su hermano, William, nueve años menor que ella, nació en el 54. Desde pequeño, su timidez se había confundido con una debilidad de carácter. Aquella manera de ser hizo que Lily adoptase una actitud protectora hacia él. Sin embargo, William era muy listo, más que los otros niños. La inteligencia que demostraba tener y su portentosa voz, casi imposible de olvidar, le sirvieron como herramientas de defensa frente a su personalidad introvertida. Él era un ejemplo en el colegio, en la iglesia y hasta para las madres de muchos de sus compañeros.

Lily, sobre todo cuando era pequeño, sentía lástima de su hermano. Lo veía siempre solo e incapaz de enfrentarse al mundo que lo rodeaba. Se atrevió a decirme que parecía el jilguero enjaulado que moraba en el segundo piso de su casa. Qué triste. Pero al llegar a la adolescencia cambio, se hizo más vital y decidido. Según ella, ese cambio se debió a la edad y a su madurez cristiana. Durante los veranos del 68 y del 69, religiosos de diferentes órdenes acudieron a la parroquia a dar charlas y a dirigir actividades preparadas para los jóvenes. Llegaron franciscanos, jesuitas, benedictinos y creo que también dijo dominicos. William, durante aquellos dos periodos estivales, mantuvo una estrecha relación con un religioso de la orden de San Benito, un monje cinco años mayor que él que venía de la abadía de Ampleforth. Estoy segura de que Lily intuía perfectamente el motivo de aquella amistad, pero no quiso compartirlo conmigo. Al parecer, aquel hombre influyó tanto en William que a finales del verano de 1969, con la complacencia de sus padres, su hermano dejó Folkestone e ingresó en el monasterio benedictino del que por entonces se había convertido en su mentor, en el lejano condado de York. Allí continuó sus estudios y deleitó con su canto al Señor, a quien había entregado la vida. Esas fueron las palabras de Lily en referencia a su hermano. Tiempo después siguió los pasos de un benedictino importante, el que años más tarde fue nombrado cardenal, monseñor Hoover, y dejó el monasterio para estudiar Teología en Oxford. En la época de Ampleforth, Lily y William se vieron muy poco, los separaban casi quinientos kilómetros de distancia. La etapa en la universidad ya fue otra cosa, y en varias ocasiones Lily, que

nunca dejó de tener una actitud protectora hacia su hermano, viajó a Oxford para encontrarse con él. Por su parte —le costó decirlo porque le daba vergüenza—, William la adoraba.

Nada más terminar los estudios pensaba volver al monasterio. En realidad es lo que quería, pero no pudo, lo mandaron a Londres y cambió la túnica por el clériman. En Westminster enseñaba canto, era la mejor voz del coro y asistía al cardenal en cometidos y responsabilidades que nunca quiso compartir con su hermana. Además, allí lo ordenaron sacerdote. Durante los dos años que pasó en la capital inglesa se vieron solo en tres o cuatro ocasiones, pero se escribieron con cierta asiduidad. William parecía resignado, aunque echaba de menos la vida monacal, y su hermana intentó convencerlo para que solicitara el traslado, algo que él siempre rechazó con la misma frase: «Monseñor me necesita». Si tanto lo necesitaba, ¿por qué prescindió de él en Londres y lo mandó a Barcelona a hacer una colaboración menor? Esa era la gran duda de Lily. Cuando terminó de decirme aquello empecé a preguntarle sobre la estancia de William en la Ciudad Condal.

—¿Una colaboración menor? —pregunté.

—Bueno, de no demasiada importancia, creo. Era algo relacionado con unos libros de canto llano desconocidos. Acababan de aparecer y se los habían entregado al arzobispado barcelonés. Necesitaban a un experto para estudiarlos e interpretarlos correctamente. Ya te he dicho que William, además de su portentosa voz, tenía una inteligencia notable, diferente a la del resto, y en gregoriano era el mejor, sin duda, nadie lo discutía.

—Fue una orden, por lo que dices. El cardenal se lo impuso.

—Sí y no. Seguramente lo necesitaban en Barcelona, y ya sabes cómo son las relaciones en los altos estamentos: se hacen favores entre ellos, yo te ayudo y tú me ayudas, te dejo al experto que necesitas y tú me dejas qué sé yo qué. Pero William lo pasó bien en Barcelona, me consta, y tal vez fue uno de los mejores periodos de su corta vida. Era muy joven, un país nuevo, otra lengua y otras costumbres, y el gregoriano que tanto amaba. Supongo que sus conocimientos fueron los que lo convirtieron en el personaje que andas buscando. ¿Es eso?

—Más o menos —respondí de acuerdo con el engaño que escondía mi verdadero interés—. ¿Os visteis en aquella época?

—Vino una vez a Folkestone. Fue la última vez que lo vimos.

Pero seguíamos escribiéndonos y de vez en cuando hablábamos por teléfono.

—Perdona que te lo pregunte de esta manera, pero ¿cómo te enteraste de su muerte?

—Acababa de mudarme a esta casa, pero estaba haciendo algunos arreglos y pasaba bastantes noches en casa de mis padres. Lo recuerdo bien: estábamos desayunando y sonó el teléfono. Lo cogió mi madre y, al cabo de pocos segundos, se desplomó. Mientras mi padre la asistía yo atendí la llamada y volvieron a repetir la noticia: habían asesinado a William.

—Terrible —fue lo que pude articular.

—Peor. No se lo merecía, él no. Siempre he pensado que aquello fue la causa de la muerte de mis padres. Nueve años después, en el 90, mi madre falleció de un derrame cerebral, y en el 96, mi padre, toda mi familia. Me quedé sola.

—¿Alguna vez te contó dónde vivía, con quién se relacionaba o cómo era su día a día en Barcelona?

—No. Además, yo no conozco Barcelona, y si me dijo algo, no lo recuerdo. Relaciones hizo, eso seguro, y debía de trabajar mucho. Siempre que llamaba se escuchaba bastante murmullo de gente a su alrededor, aunque fuera muy tarde, incluso de noche —respondió Lily—. Nuestras charlas solían ser de temas familiares, sobre nuestros padres, sobre nosotros, la parroquia o sucesos del pueblo.

—¿Alguna otra cosa que creas que me podría servir? O quizá sepas de otra persona de aquella época que tuviese amistad con él y con la que yo pudiera hablar.

—Déjame pensar —contestó, abriendo un periodo de silencio de algo más de un minuto que aproveché para saborear otra galleta—. Espera —exclamó de pronto, justo cuando masticaba el último pedazo—. Puede que haya un hombre, pero igual ya lo conoces. Vino con él cuando nos visitó. Era un español, trabajaban juntos en Barcelona y también era sacerdote. Pasó la noche en casa de mis padres.

—En Barcelona aún no he encontrado a nadie que hubiese tenido relación con tu hermano. O ya no están allí o bien eran muy mayores en aquel momento —argumenté, odiándome a mí misma una vez más. Mentir me daba dolor de cabeza.

—Entonces nada.

—Sí, sí, dime quién era, por favor, puedo intentar localizarlo,

igual es justo lo que necesito, nunca se sabe.

—A ver, su nombre no lo recuerdo, pero creo que sé dónde puedo encontrarlo.

Lily se ausentó del salón, subió a la segunda planta y bajó con una caja de zapatos polvorienta repleta de fotografías.

—No te lo he contado. Una de las aficiones de William era la fotografía de acontecimientos personales, sobre todo de la familia, de viajes y de celebraciones. En esas ocasiones siempre tenía su Polaroid a mano —me explicó mientras rebuscaba entre las fotos—. Aquí está, lo sabía, los fotografié yo con su cámara y dejó la foto en casa de mis padres como recuerdo —iba relatando mientras me enseñaba el papel.

—¿Quién...? —intenté terminar la frase antes de ser interrumpida.

—El de la izquierda es William —dijo Lily mientras con la yema del pulgar acariciaba la cara de su hermano y suspiraba tres veces seguidas—, el otro es su compañero. Detrás parece poner algo, mi hermano siempre escribía notas en sus fotos.

Efectivamente, William había escrito la fecha de la fotografía, «mayo 1980», su nombre, «William Wright», y el nombre del otro sacerdote, «Pau Juvé».

—Parecen de la misma edad.

—Eso parece, pero no te lo puedo asegurar. Aquel día acudí a casa de mis padres a comer y sobre todo a darle un beso a mi hermano. Pasé poco tiempo con ellos porque trabajaba, y ellos no estuvieron ni veinticuatro horas en Folkestone. Durante el almuerzo solo hablamos los Wright; su acompañante, imagino que por educación, nos dejó disfrutar del momento en familia.

—¿Te importa si hago una foto con mi móvil?

—Por supuesto, toma —respondió Lily dejándome la instantánea.

Fotografié aquella imagen de los dos jóvenes sacerdotes y después me despedí de Lily. Le agradecí la acogida, la limonada y aquellas increíbles galletas, pero me resultó del todo imposible continuar con la mentira. Lo normal hubiese sido decirle que la mantendría informada o incluso que le enviaría lo que escribiese, pero no lo hice. Había algo en aquella mujer que me transmitía tristeza, tal vez su soledad o los intentos frustrados de formar una familia. No resultaría fácil vivir con aquello, y mi situación me permitía entenderlo muy bien.

Acababan de dar las doce del mediodía cuando salí de casa de Lily Wright. Podría haber llamado a un taxi, pero aún era pronto, así que desanduve el camino hasta la estación con la idea de coger un tren que me llevase hasta Dover. Salían con bastante frecuencia y podía comprar el billete directamente en las taquillas.

Aquel trayecto a pie lo pasé observando detenidamente en mi teléfono la fotografía de los sacerdotes. Los dos tenían una altura similar y vestían igual, un traje de chaqueta y un clériman negro en contraste con los alzacuellos blancos. El inglés era más guapo que el español. Me lo imaginé vestido de otra forma y hubiera podido pasar por un atractivo actor. Sus peinados eran los habituales para el oficio clerical, pero en conjunto los hacía parecer simpáticos. Como si les hubiese cortado el pelo la misma persona, compartían el mismo largo y una perfecta raya, un verdadero cortafuegos, en el lado derecho. La actitud que mostraban hizo volar mi imaginación: sonrisas de complicidad y la mano izquierda de uno y la derecha del otro que, justo en el lugar en el que se juntaban sus cuerpos, parecían rozarse.

9

Al borde del abismo

El tren tardó solo once minutos en llegar a Dover, pero la retahíla de sentimientos que me invadió durante los trece kilómetros del trayecto hizo que me parecieran una eternidad. Emoción y tristeza, tristeza y emoción, daba igual el orden, iban y venían sin previo aviso. Por un lado, el gozo de volver a su ciudad natal, la que tanto significaba para él; por otro, la desdicha de no volverlo a ver, de retornar al lugar en el que había abandonado sus cenizas.

Al llegar a la estación cogí un taxi, esta vez sí, y le pedí al conductor que me llevase hasta el aparcamiento del centro de visitantes de los acantilados. Acordé con él que me recogiera en el mismo sitio dos horas después, a las tres y cuarto de la tarde. Desde aquel lugar anduve la misma corta distancia que en enero, algo menos de dos kilómetros y medio, hasta el lugar en el que le dejé volar llevándose parte de mí. En aquel mes invernal soplaba un viento frío, ahora el aire estaba en calma y el sol se reflejaba en la blanca caliza de los acantilados. Sentada en el borde del precipicio, entre el mar y la tierra, donde mejor se sentía Geoffrey, imaginé que él me acompañaba y conversábamos.

—Te echo de menos, más de lo que pensaba —fue lo primero que le dije.

—Y yo a ti, Berta —respondió el Geoffrey de mi fantasía.

—No estoy bien, cariño, no soy capaz de superarlo.

—Lo harás, de eso estoy seguro, te conozco mejor que nadie. Necesitas tiempo, es solo eso, tiempo.

—Estuve con Jeff. ¡Vamos a ser abuelos!

—Te lo dije, esa criatura te ayudará, ya lo verás.

—Pero se van a Tailandia, no la veré mucho.

—Podrías pasar temporadas allí. España y Tailandia parecen una combinación interesante.

—No quiero molestarlos.

—No lo harás. Tampoco hace falta que te quedes en su casa. Conozco a Jeff, y Greta te respeta y te aprecia, les vendrá bien tu apoyo.

—Encontré tu bloc con los relatos, ¿me dejas leerlos?

—Más adelante.

—Por favor, Geoffrey —me insistí a mí misma.

—Solo si realmente lo necesitas —me respondí. Qué fácil había sido autoengañarme.

Continué con aquella extraña y peligrosa conversación —aunque tiempo más tarde supe que era algo bastante común durante los periodos de duelo—, y le conté a mi marido la necesidad que tenía de descubrir lo que había ocurrido en el edificio en el que vivía en Barcelona, qué le había pasado realmente a mi vecino y quiénes eran todos aquellos personajes que, al parecer, habían habitado el número 29 de la calle Monterols. Y su contestación, elaborada a conciencia por mí, me animó a seguir adelante.

De repente, como si hubiese frenado en seco, mi marido desapareció. Yo intentaba mantener el diálogo, pero no obtenía respuesta, había vuelto a la realidad. Abrí los ojos y empezaron a caer de nuevo esas lágrimas amargas que eran puro veneno. Así estuve un buen rato, llorando e intentando que él volviera, algo que no sucedió. Me levanté y, preocupada por lo que acababa de pasar, volví caminando al aparcamiento, donde me esperaba el taxi.

Cogí el tren de vuelta a Londres a las cuatro y cinco. Tenía por delante una hora y media de viaje y me sentía realmente mal. No conseguía quitarme de la cabeza lo que me acababa de ocurrir en los acantilados blancos, algo que podía significar algún tipo de trastorno o una paranoia. Aún no sabía lo que me explicaron algún tiempo después, que no había sido más que el resultado de la pena y no era nada raro.

Intenté recuperarme, y para recobrar la lucidez decidí buscar en internet a Pau Juvé, el sacerdote que acompañaba en la fotografía a William Wright. El teléfono me devolvió un largo listado de noticias en las que aparecía el religioso, así que supuse que debía de ser alguien conocido. De todas ellas, la primera, la más actual, es la que me impactó. Era del miércoles de la semana en curso y aparecía en la

sección de información local de un diario de Barcelona.

Barcelona, 8 de junio de 2022

> El arzobispado de Barcelona lamenta comunicar la pérdida del sacerdote Pau Juvé. Nuestro hermano falleció ayer martes día 7 de junio a los sesenta y siete años de edad a causa de un accidente después de una vida entera dedicada al Señor. Pau Juvé, sobrino del cardenal, ya fallecido, monseñor Oriol Juvé, estuvo siempre vinculado a la archidiócesis de Barcelona y acababa de ser propuesto por la Santa Sede para ocupar el cargo de canónigo de la catedral de Barcelona y oficial del Tribunal Diocesano. El clero de la archidiócesis y sus doscientas catorce parroquias ruegan una oración por su alma.

Aquella lectura me produjo la misma extraña sensación, esta vez algo más prolongada, que cuando se cerraba la puerta principal de mi edificio. Sin pensarlo, lancé el teléfono al asiento vacío que tenía al lado y apreté las manos con fuerza. Eran demasiadas casualidades.

Lo primero que sentí fue el impulso imparable de llamar a Chris. Quería contárselo, demostrarle que algo pasaba, que nada tenían que ver ni mi estado emocional ni mi imaginación y que necesitaba su ayuda. Pero no lo hice, no podía volver a la carga de manera precipitada e irreflexiva. Me contuve, respiré profundamente un par de veces y seguí leyendo en el teléfono otras noticias sobre Pau Juvé.

Efectivamente, era sobrino del cardenal Oriol Juvé, que había sido arzobispo de Barcelona entre 1971 y 1988 y había muerto en 1995.

No encontré nada especialmente relevante sobre su papel en la Iglesia ni particularidad alguna dentro del máximo organismo eclesiástico de la Ciudad Condal relacionada con él, pero sí varias noticias de distintas épocas en las que simplemente se mencionaba su nombre junto a fotografías en las que aparecía acompañando a altos cargos religiosos en sus visitas a Barcelona. En alguna parecía muy joven.

Al terminar la lista de resultados de Pau Juvé en la red, se me ocurrió buscar los sucesos acaecidos en la capital catalana el martes 7 y el miércoles 8 de junio, y encontré esto:

> Alertada a primera hora de la mañana por los trabajadores de un edificio ubicado en el barrio Gótico, junto a la iglesia de Santa María del Pi, la Policía Municipal ha encontrado hoy miércoles el cuerpo sin vida de un varón que responde a las iniciales P. J. Al parecer, el hombre cayó desde el tercer piso al

> patio interior del edificio donde vivía y falleció en el acto, según certificaron los servicios sanitarios que acudieron al lugar del accidente.
>
> La ciudad de Barcelona ha superado, en lo que va de año, la cifra de suicidios registrados respecto a años anteriores en el mismo periodo de tiempo. Un total de 170 frente a los 110 de 2021.

«P. J.» no podía ser otro que Pau Juvé. Una vez más, los cuerpos de seguridad lo resolvían sin entrar en detalle alguno. Claro, era un hombre de cierta edad, sacerdote, y había aparecido muerto en el patio de su casa. ¿Por qué pensar que lo habían matado? Como a Leo. La conclusión a la que llegué, en parte generada por una de las discriminaciones más silenciosas, la de la edad, me provocó mucha rabia y rechazo.

Otros dos periódicos digitales se hacían eco de la noticia, pero no añadían más información de la que ya tenía.

Entonces, más sosegada, aunque con la misma intención que antes, llamé a Chris.

—Berta, dime.

—Chris, ¿puedes hablar ahora? —le pregunté, consciente de que debían de ser las doce menos cuarto de la mañana en Providence.

—Sí, estoy en Nueva York.

—¿Nueva York?

—Acabo de llegar y mi vuelo a Barcelona no sale hasta las cinco de la tarde. No hay vuelos directos desde Providence. ¿Estás mejor?

—Mucho mejor, por eso te llamo. He estado en Folkestone, y ahora regreso a Londres desde Dover, ya te contaré. Esta vez necesito que me ayudes...

—Tengo buenas referencias de una psicóloga. Yo no la he visitado, pero trató a un conocido mío y te aseguro que le funcionó —me interrumpió Chris.

—No me refiero a eso, no necesito una terapeuta, al menos no para esto, lo tengo muy claro.

—¿Entonces? ¿El mismo asunto?, ¿el músico?

—Sí. Escúchame, por favor.

—No, no quiero escucharte.

—Por favor, Chris, escúchame. Estoy tranquila, y más segura que nunca. Además, tú eres periodista, es lo tuyo, podrías dar una noticia que ni te imaginas.

—Venga, suéltalo —contestó resignado.

Empecé a resumirle punto por punto, una vez más, los sucesos acontecidos y cada una de las piezas del rompecabezas que habían ido apareciendo desde el principio hasta el descubrimiento de la fotografía de Pau Juvé con William Wright y la noticia de su muy reciente y extraña muerte.

—¿Qué te parece? —le pregunté—. Te lo he dicho, esto no tiene nada que ver con mi estado de ánimo por la muerte de Geoffrey. Hay algo, y tú, como periodista, me puedes ayudar a ponerlo todo en orden y a dar con ello.

—Berta, déjame verlo como si no te conociera, como si no hubiese desayunado nunca contigo. Visto así, podría ser, no te digo que no. No creo que sea para un Pulitzer, pero igual da para un artículo por capítulos durante tres o cuatro semanas. Algún medio lo compraría.

—Ya veremos si da o no para un Pulitzer, Chris, aquí puede haber más petróleo del que te imaginas.

—¿Qué más sabes del tal Juvé?

—Lo que te he contado, nada más.

—¿Nada más? —insistió él.

—Así es. Si supiese algo más te lo habría dicho. Pero voy en el tren buscando la información con el móvil. Igual con tiempo puedo conseguir algo más; y en Barcelona, seguro, ahora que tengo un nombre. Entonces, ¿vas a ayudarme?

—Puede. Déjame que termine de convencerme —dijo lacónico, y al poco añadió—: Bueno, sí, de acuerdo. No lo hago por ti, no te creas, lo hago por si cae el Pulitzer —rio por un momento—. Llegaré mañana por la mañana a Barcelona y desde allí volaré directamente a Múnich, pero el lunes por la noche estaré de nuevo en casa, así que el martes podría empezar las averiguaciones. ¿Y tú?

—Volveré la semana que viene, aún no sé qué día, tengo la reserva de la casa hasta el martes pero me dejan ampliarla un par de días más. Te lo diré cuando lo decida. Por cierto, ¿tu madre?

—Mejor, gracias. Ha valido la pena venir, se ha alegrado de verme. Dicen los médicos que en unos días la mandarán a casa. Oye, eso que me decías del cura ese, envíame por mensaje la foto en la que aparece con el inglés.

—En cuanto cuelgue. Igual el martes podrías acercarte a la policía y preguntar por el accidente, o si lo prefieres, espera a que

regrese yo y vamos juntos. También puedes pasarte por el arzobispado.

—Ya veremos. Aunque sea periodista, a la policía no le gusta hablar de los suicidios, son asuntos demasiado delicados. Terminarán diciéndome lo de la noticia, o querrán quitarle hierro y me dirán que era mayor, que se debió de marear y se cayó.

—La noticia no dice nada de que se marease —le dije ante su falta de resolución.

—Lo sé, Berta, por favor, es un decir. Para tu tranquilidad, el martes mismo a primera hora lo preguntaré. Estate tranquila, déjalo en mis manos. Y esperaré a que vuelvas a Barcelona para ir juntos al arzobispado. Por cierto, no me has dicho nada de tu hijo.

—No te lo vas a creer.

—Dime, dime.

—Abuela, voy a ser abuela.

—Imposible, no puede ser —exclamó Chris, y la conversación pareció quedarse en pausa hasta que él mismo, seguramente dándose cuenta de lo que acababa de decir, volvió a darle al *play*—. Te felicito, me alegro mucho por ti, te vendrá muy bien.

—Voy a dejarte, Chris, las baterías no son infinitas y este trasto está a punto de apagarse.

—*Okey*. Avísame cuando tengas claro cuándo vuelves, y cualquier otra cosa que averigües, dímela, yo haré lo mismo. Adiós, gallega.

—Adiós, Chris, buen viaje.

Mi amigo tardó muy poco en ponerse manos a la obra, ya que escasos minutos después de nuestra charla recibí un mensaje confirmando una de mis suposiciones. Decía: «Berta, estás en lo cierto, P. J. era el sacerdote Pau Juvé, lo acabo de comprobar con un colega que trabaja en el diario digital en el que apareció la noticia».

Fue terminar de leer la última palabra y mi teléfono emitió un sonido sordo anunciando que se apagaba.

Pasadas las cinco y media llegué a la estación de Saint Pancras. La conversación con Chris me había dado algo de energía, y saber que me apoyaba y que me iba a ayudar hizo que me sintiese más segura. Pero

estaba sola en Londres, no tenía a nadie con quien hablar y la información que había conseguido no ayudaba, era como si una sombra —o mejor dicho dos—, me persiguiese. Recordaba la cara de Leo, y por primera vez se la había puesto a William Wright y a un tercer hombre que acababa de morir y que había sido amigo suyo.

Le pedí al taxista que me dejase en el Tesco más cercano a Glebe Place. Tenía hambre, había distraído el estómago durante toda la jornada con tonterías de las máquinas de *vending* de las estaciones y con las galletas de Lily. Compré un sobre de trescientos gramos de bacalao ahumado escocés, dos tomates, un manojo de cebolla tierna y un bol con piña ya cortada y me fui a casa.

Nunca lo había hecho, era la primera vez, pero miré a la derecha y a la izquierda mientras abría la puerta, y una vez dentro la cerré rápido con llave. La fotografía, los clériman negros y las sombras del atardecer, reales e imaginadas, tenían mucho que ver con aquel comportamiento.

Cené con el portátil delante del plato buscando algo más, que no encontré, sobre Pau Juvé, e incluso sobre su tío, el cardenal Juvé. Y tras el intento frustrado, con un ligero, muy ligero temor en el cuerpo, salí al encuentro del roble de Geoffrey. Mientras mi móvil, ya resucitado, reproducía el mítico concierto del maestro Rostropóvich en Moscú, el de 1990, cuando volvió a la capital rusa después de dieciséis años de exilio, mi mente se centró en mi hijo, mi nuera y mi futuro nieto, niño o niña, me daba igual. Aquello me ayudó a diluir el recelo que sentía y a relajarme. Cerré los ojos a las once de la noche y creí que iba a dormir plácidamente, o al menos eso prometía el momento.

Pero no fue una noche sosegada. Me desperté en tres ocasiones y en cada una de ellas me costó volver a dormirme. Demasiados cabos sueltos discurrían por mi cabeza y su desorden suponía una barrera para el sueño.

En el reloj, las manecillas marcaban las seis cuando decidí levantarme definitivamente. Violet me esperaba a las diez en su casa, así que pensé que una buena caminata me despejaría y, quién sabe, si andaba rápido, hasta podía dejar atrás y perder de vista aquel par de sombras que me perseguían. Sin dudarlo, una ducha, un café, dos horas de

ejercicio por el interior de Hyde Park, una segunda ducha y otro café más tarde y ya estaba lista para la cita.

Violet vive en Finsbury, un barrio multicultural de Londres. Más concretamente en Finsbury Circus Gardens, una plaza circular con un parque lleno de árboles longevos en el centro. Habita un apartamento en un majestuoso edificio con tantos años como el jardín central. Su padre, un importante diplomático y político inglés, lo compró cuando todo el inmueble era de viviendas, pero con el tiempo, y por su cercanía a la Bolsa de Londres, fueron vendiéndose y convirtiéndose en sedes de bancos y oficinas de inversión. Violet ha resistido y, a pesar de las muchas ofertas que ha recibido, sigue viviendo en el piso heredado de sus padres. Así que sus vecinos no tienen nombre y apellido, sino siglas.

Mi querida y eficaz Circle Line, la línea amarilla circular del metro, me dejó, sin transbordos de por medio, en Moorgate, a doscientos metros de la casa de mi anfitriona. Un servicial conserje la avisó y me acompañó hasta el ascensor. En la segunda planta, delante de la puerta, me esperaban los dueños de aquella vivienda, Violet y su gato Sterling. Ella me abrazó larga y fuertemente, como si no nos hubiésemos visto hacía dos días, en tanto su compañero giraba la cabeza y me miraba sin mover los párpados. Lo interpreté como un desafío y me agaché para acariciarlo y así evitar lo que tenía pinta de terminar en un ataque de celos, pero el felino apartó su cuerpo, se dio la vuelta y entró en la casa.

La antigua asistente de Geoffrey me acompañó directamente a un rincón del amplio salón, donde, protegidos por Sterling, había tres gatitos. Los cogió con ambas manos y, con un gesto para enseñármelos, los apretó contra su pecho. Esta vez no hice el ademán de acariciarlos. Su padre no me quitaba los ojos de encima y yo no tenía ningún interés en recibir un arañazo, así que me limité a pronunciar un gran número de adjetivos cursis propios de una película de Disney de las de antes, del tipo *101 dálmatas*, que eran mucho más lentas que las de ahora y cuyos dobladores al español no habían nacido en ninguna de las cincuenta provincias de mi país.

Después de enseñarme la casa nos sentamos en unas butacas de mimbre de estilo colonial, junto a una mesa del mismo material en la que había dos tazas, una tetera y un plato que contenía el triángulo isósceles perfecto de la magnífica tarta de manzana de Violet.

—Bendita tarta. Eres mi repostera favorita, tendrías que montar una pastelería —le dije, agradeciendo el detalle.

—Te avisé, te dije que la prepararía para ti.

—Se dicen tantas cosas que después se lleva el viento...

—Eso es cierto, pero puedo considerarte una amiga, ¿no? Al menos, eso dijiste, y los amigos cumplen —afirmó mi anfitriona. Me di cuenta enseguida de que Violet se había quedado con mis palabras y sentía lo mismo que yo por ella. Y tal vez, dado además su bondadoso y afable carácter, agradecía mi compañía y poderme ayudar. Sterling, al fin y al cabo, no era más que un gato.

—Por supuesto, así lo siento.

—¿Está como la del otro día? —me preguntó mientras yo degustaba el primer pedazo.

—Mejor, Violet, está soberbia —respondí con la boca aún medio llena.

—Te enviaré la receta por mail, pero hay un truco, no lo cuentes, las manzanas y la miel. Pensándolo bien, podría enviártelas por valija diplomática. De algo me tiene que servir trabajar en el Foreign Office —sonrió mirándome con complicidad.

—Perdona, ¿de dónde has sacado estas butacas? —le pregunté interesada.

—No creo que se puedan encontrar en el mercado de Spitalfields. Eran de mis padres, que estuvieron destinados en Filipinas antes de que yo naciera —me aclaró—. Por cierto, antes de que se me olvide. El viernes por la tarde, después de despedirnos, llamé a la editorial que publica los libros de Maarten de Vries. Por un tema de confidencialidad no querían darme sus datos, pero ya sabes que no me rindo con facilidad. Me gané a la chica que me atendió, y al decirle dónde trabajaba se le ocurrió una manera de conseguirlos. Solicité por escrito algunos ejemplares de sus libros para las bibliotecas de cuatro embajadas del Reino Unido y además su teléfono para poder encargarle alguna charla en el futuro. Así que, si no me engañó, el lunes me contestará con el número del escritor y el albarán de envío.

—Eres increíble.

—En cuanto lo reciba te llamaré para dártelo. Y ahora déjame contarte el plan que tengo para esta mañana.

Cerca de donde vive Violet se encuentra el Barbican, un centro de arte que programa muchas actividades, conciertos, representaciones

teatrales y exhibiciones artísticas de todo tipo. Geoffrey y yo solíamos acudir cuando estábamos en Londres, porque las sinfónicas de la ciudad y de la BBC tienen su sede allí, y a mi marido le gustaba tanto como a mí la música clásica.

Creía conocer bien las salas y la arquitectura brutalista, donde reina el hormigón, del mencionado espacio cultural, pero mi anfitriona me sorprendió una vez más. Resulta que en la tercera planta hay un jardín botánico al que llaman el Conservatorio del Barbican. Había oído hablar de aquel lugar, pero jamás lo había visto. Únicamente se podía acceder los fines de semana, siempre y cuando se hubiese conseguido previamente uno de los necesarios y limitados pases. A Violet le encantaba aquel recinto, no muy grande pero repleto de árboles y plantas tropicales, y había conseguido dos entradas y algo más. De vez en cuando organizaban eventos, y aquel domingo ofrecían en medio del jardín una degustación de platos de Okinawa, la conocida como gastronomía *ryūkyūan*.

A las once de la mañana salimos de su casa y anduvimos los ochocientos metros que nos separaban de nuestro destino. Antes de subir al ascensor que debía llevarnos al conservatorio observé a un grupo de músicos dirigirse hacia una de las salas de conciertos, y entre ellos había un violonchelista cargando con su instrumento. Aquella imagen rompió la armonía de la mañana y me recordó de golpe todas las preguntas que habían flotado en mi cabeza durante la noche anterior, y, lo que es peor, no pude olvidarme de ellas la mayor parte de la jornada.

En el tercer piso entregamos los tiques y accedimos al botánico. Teníamos alrededor de hora y media antes del almuerzo, así que nos tomamos la visita con mucha tranquilidad. Violet hizo de guía, acudía con asiduidad al jardín. Me explicó las plantas y los árboles en función de sus lugares de origen, en muchos de los cuales había vivido de niña y adolescente, así que recibí toda una clase de botánica mezclada con geografía y con algunas pinceladas de narrativa sobre la vida de una familia de expatriados ingleses.

Durante unos minutos de descanso, sentadas en un banco, mi acompañante se atrevió a penetrar en mis pensamientos.

—Berta, perdona si soy entrometida, ¿estás bien?

—¿Por qué lo dices?

—Llevo un rato pensándolo, te veo ausente. ¿Te aburre el sitio?

—Para nada, es perfecto. Te agradezco el plan.

—¿Entonces?

—Si yo te contara, Violet.

—Puedes hacerlo, somos amigas.

—Gracias, pero no quiero involucrarte —le dije con toda la sincerad del mundo. No estaba dispuesta a que las sombras que me perseguían hiciesen lo mismo con ella. Violet era ese tipo de mujer, ella misma lo había dicho, que no se solía dar por vencida. Y, quién sabe, si se lo contaba, podía querer ayudarme.

—Sea lo que sea, no pretendo inmiscuirme en tus asuntos, es tu vida y te respeto.

—Es un poco largo, pero te haré un resumen —terminé accediendo, porque en realidad lo necesitaba, necesitaba una opinión distinta de la de Chris.

Esta vez la síntesis fue aún más breve que la que le había hecho el día anterior al periodista norteamericano. Planteé todos los interrogantes y mis suposiciones, y obvié todo aquello que consideraba superfluo. Violet no pronunció ni una sola palabra durante mi discurso. Me miraba y escuchaba sin gesto alguno que pudiese interferir en la narración.

—Vaya —esa fue la única palabra que soltó cuando terminé.

—¿Piensas que me estoy volviendo loca?

—No, por favor, Berta.

—Ahora ya lo sabes. Esto es lo que no sé si me distrae, me atemoriza o me impide dar el paso y hacer otras cosas que me ayuden a superar la muerte de Geoffrey.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—A un reportero americano. Lo he conocido en Barcelona y ahora somos amigos. Si sigo indagando quiero que me ayude, me vendría bien.

—¿Te has parado a pensar en lo que te diría Geoffrey?

—Hasta me lo he imaginado hablándome, y siempre termina diciendo lo que quiero escuchar: que siga, que intente descubrir quién mató a mi vecino. Pero es mi subconsciente y no quiero engañarme.

—¿No te da miedo? Esas muertes, y tú estás sola, como yo.

—A ratos, pero lo supero.

—Mientras no corras peligro… La verdad es que, si no eres tú, alguien debería hacer indagaciones sobre la muerte de ese pobre

hombre. Pero sé lo que es sentirte sola y pensar que, si te pasa algo, pocas personas te echarán en falta.

—Violet, no digas eso, somos muchos los que te apreciamos.

—Ya, pero la soledad es un enorme vacío... Dejemos el tema. Mira, yo no soy nadie en el ministerio, pero precisamente por eso tengo acceso a más información de la que te imaginas. Si crees que puedo hacer algo...

—Por favor, no, prefiero que nuestra relación se quede donde está. Lo del holandés es lo único, el resto es cosa mía.

—Como tú quieras.

Seguimos caminando juntas por el conservatorio como si la charla que acabábamos de tener no hubiese existido. Incluso mi acompañante se atrevió a hacer algunas bromas en referencia a su gato Sterling como si de un marido gruñón se tratase.

El almuerzo me sorprendió gratamente. No conocía aquella comida, y los pequeños platos que nos sirvieron resultaron un festival para el paladar. Un japonés amenizó la comida contándonos a todos los comensales el secreto de la longevidad de los habitantes de las islas del sur de Japón, la que llaman la «tierra de los inmortales». Los habitantes de Okinawa son los que sufren menos cáncer, demencia y ataques de corazón del mundo, y sus mujeres, las que más años viven. Violet y yo, en tono jocoso, planteamos nuestro retiro en aquella isla, y no dejaríamos que Sterling nos siguiese.

Al salir del Barbican, Violet me acompañó hasta la parada de Moorgate, pero antes nos paramos a tomar un café.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me preguntó.

—Creo que, al final, el martes regresaré a Barcelona.

—Me refería a esta tarde.

—No tengo ningún plan, pero no te preocupes, no quiero quitarte más tiempo.

—Te invitaría a pasar la tarde juntas, pero he quedado para enseñarles los gatitos a los hijos de un primo, aunque puedes venir si quieres.

—Déjalo, gracias, Violet.

—¿Tienes billete de vuelta?

—Una reserva para el mediodía del martes, pero es flexible.

—Si no tienes nada más que hacer en Londres, podrías ir a Ruan. Por lo que dices tienes al menos día y medio.

—¿Qué?

—Sí, a Ruan, no está lejos. Igual que preguntaste en Westminster por el cura benedictino que escribió el aviso en la pared de tu casa, podrías hacerlo allí, en el arzobispado de Ruan. Podrías preguntar por..., ¿cómo has dicho que se llamaba la monja que también apareció muerta?

—Anne-Sophie Chevalier —le aclaré—. Estuve una vez en Ruan con Geoffrey, cuando estábamos destinados en París, pero fuimos en coche. ¿Sabes cuánto tardaría en tren?

—Por eso te lo digo. He pasado algunas vacaciones en Normandía, me encanta la playa de Deauville. Hasta París en tren tienes algo más de dos horas con el Eurostar, y después poco más de una y media hasta Ruan. Yo de ti me iría hoy mismo y dormiría allí.

—¿Sí? ¿Tú crees? —le pregunté poco convencida, a pesar de que la idea me parecía interesante.

—Claro, Berta, venga. Además, ¿sigues teniendo el pasaporte diplomático?

—Aún no me lo han cambiado, imagino que tardarán poco.

—Pues aprovéchate. Si quieres yo te arreglo el viaje y, si no hubiese plaza, con el pasaporte, alegando una urgencia, en la estación te darán un billete.

—No quiero abusar de ti.

—Vente a casa, ya verás, serán solo cinco minutos.

Acompañé a Violet hasta su piso y ella, mientras su felino me vigilaba, lo organizó todo. Había asientos libres en el tren, así que compró los billetes de ida y vuelta entre Londres, París y Ruan y reservó una habitación de hotel en mi destino.

A las tres cogí un taxi para ir a casa. Tenía una hora y media justa hasta la salida del Eurostar desde la estación de Saint Pancras y no quería perder tiempo. Durante el recorrido fui organizando mentalmente el contenido de la bolsa de viaje que me iba a llevar, de tal forma que al llegar a Glebe Place no tardé más de quince minutos en estar preparada. Pasé por el aseo para refrescarme la cara y lavarme los dientes, hice el equipaje y salí a despedirme del roble de

Geoffrey. El taxi que me había traído me esperaba en la puerta, y a las cuatro en punto me dejó en la estación. Localicé el andén de salida, pasé el control de seguridad y, sin detenerme ni un segundo, subí al vagón que indicaba mi billete. Aquel trayecto desde casa de Violet hasta llegar al tren fue todo un reto para una persona como yo, que sufro de estrés ante los horarios fijos. Un reto que necesitó de un paracetamol una vez estuve sentada.

La pastilla, el hecho de que el asiento junto al mío quedase vacío y la puntualidad de la salida del tren, a las 16.31, hora británica, actuaron como una especie de pócima que, no sé muy bien cómo, consiguió que cerrase los ojos y me quedase dormida. Hacía mucho tiempo que aquello no me ocurría.

Me despertó el móvil. Era Violet.

—Berta, ¿estás en el tren?

—Sí, voy camino de París. Lo he cogido a tiempo, sin percance alguno. Gracias de nuevo, Violet.

—El hotel que te he reservado tiene buena pinta y los comentarios son muy buenos, pero, si no te convence cuando llegues, dímelo, aunque sea tarde puedo conseguirte otro.

—Olvídate, seguro que es perfecto.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites..., amiga —pronunció Violet con la boca pequeña.

—Y tú, amiga, Violet —le respondí con el adjetivo que seguramente ella esperaba.

Tras colgar el teléfono cerré los ojos con la intención de reanudar el sueño, pero el aparato volvió a sonar antes de conseguirlo.

—¿Mamá?

—Sí, Jeff, hijo.

—¿Qué haces? ¿Sigues en Londres?

—El martes vuelvo a Barcelona —contesté sin responder a su pregunta y sin decirle dónde me encontraba. No quería entrar en detalles y menos aún mentirle—. ¿Qué quieres? —le pregunté antes de que él intentase averiguar mi ubicación o lo que hacía en aquel momento.

—Greta y yo hemos decidido el nombre del bebé y quería contártelo.

—Dime, dime.

—Ya sabes cómo es ella y lo mucho que te aprecia, y acuérdate

de la relación que tenía con papá.

—Lo sé.

—Se ha empeñado. Yo al principio era algo reticente pero me ha convencido. Si es niña se llamará Baiona, y si es niño, Dover.

—¿Puede llamarse así?

—¿No te gusta, mamá?

—No, no es eso, Jeff, me encanta, de verdad, pero ¿se puede?

—Greta ha llamado hace un rato a un primo suyo que trabaja en el registro civil y dice que no habrá problema. Mientras no le genere confusión a la criatura o la pueda perjudicar, se puede.

—¿Y tus suegros qué dicen? La balanza cae del lado de los Lennox.

—Ni te lo imaginas, están encantados, les ha parecido una idea maravillosa.

—Entonces, a ver cómo suena: Baiona Lennox, Dover Lennox. Me gusta, hijo, me gusta.

—¿Seguro?

—Créeme. Dile a Greta que me ha hecho muy feliz y sé que a tu padre la noticia le habría hecho soltar alguna que otra lágrima.

—Gracias, mamá. Te llamo en unos días, te quiero.

—Y yo, hijo.

Esta vez no intenté dormir, me apoyé en el vidrio de la ventana y miré el paisaje hasta que el tren se sumergió en el Eurotúnel en dirección a Francia.

La oscuridad me devolvió el recuerdo de la noticia de la muerte de la religiosa francesa. Anne-Sophie Chevalier murió el 13 de diciembre de 1980, o al menos dieron con su cuerpo sin vida aquel día. Tenía solo treinta años y pertenecía al arzobispado de Ruan, aunque llevaba tres años en Barcelona traduciendo antiguos documentos eclesiásticos en la sede del arzobispado de esta ciudad. Podía no ser lo mismo, pero desde luego sonaba parecido: William Wright había sido enviado para estudiar unos libros de canto llano. Ella, la normanda, para realizar las traducciones de unos textos. Además a los dos los asesinaron en el barrio de Sarrià, cerca de la calle Monterols, y la causa fue aparentemente idéntica, un intento de robo.

A la hermana Chevalier la debieron de matar posiblemente las mismas personas que tres meses después acabaron con el sacerdote

benedictino, pero ¿qué relación podía haber entre estas dos muertes? Y cuarenta y dos años después de aquellos crímenes le llegó el turno a Leo. Porque no se había caído, de eso estaba segura, solo había que leer la carta que me había dejado para darse cuenta. Lo de Pau Juvé no lo tenía tan claro. Únicamente sabía que él y William Wright se conocían, pero no tenía más información. No obstante, me parecía extraño: era mucha coincidencia que mi vecino y él hubieran muerto con tan poco tiempo de diferencia. Si a Juvé lo habían asesinado, desde luego también podía haber sido la misma persona que había acabado con el músico.

Aquella larga oscuridad del túnel, unida a mis pensamientos, hizo que por un momento el leve temor que había sentido en otras ocasiones se convirtiese en miedo. ¿Estaba intentando entrar adonde no debía? ¿Podía ser yo la siguiente? La desagradable sensación desapareció tan pronto el tren salió del túnel y vi la luz. Acababa de llegar al país galo.

El Eurostar llegó tan puntual como había salido, a las 19.47, hora francesa, a la Gare du Nord, la estación del norte de París.

En la salida cogí un taxi para recorrer los dos kilómetros hasta Saint-Lazare. Esta vez el estrés no se apoderó de mí. Hasta pasadas las nueve no salía el tren a Ruan, y si lo perdía, podía subirme al siguiente, salían con bastante frecuencia.

Creo que era la primera vez que estaba sola en París. Geoffrey y yo habíamos vivido allí tres años, a Jeff ya lo habíamos enviado a estudiar a Londres. Fue nuestro penúltimo destino, antes de Chicago. Él trabajaba en la elegante embajada de Faubourg Saint-Honoré, una de las más importantes del Reino Unido. Aquella época la podría resumir con dos palabras: *felicidad* y *trabajo*. Como pareja, volábamos. Ya no éramos tan jóvenes, la pasión ya no nos perturbaba, pero seguíamos compenetrados y la madurez de ambos nos unía con fuerza. En lo laboral llegué a ir desbordada. La actividad de la embajada era frenética y los eventos sociales a los que estábamos acostumbrados se multiplicaron por dos. Cada vez me solicitaban más crónicas. Incluso llegué a escribir bajo pseudónimo una especie de diario de ficción parisino sobre las noches de la embajada en París en un periódico norteamericano de gran tirada. La verdad es que eran unos relatos un tanto cursis, pero ese era el encargo. No es que no me gustase, y hasta se me da bien, pero prefiero otros estilos.

Envuelta en recuerdos, llegué a la estación con tiempo suficiente para tomar un café con leche y una tostada de salmón con mantequilla. Iba a llegar tarde a Ruan y mi estómago no era el culpable.

Salí de París a las nueve y cuarto y llegué a la estación de Rouen Rive Droite a las once menos diez. La luna llena me invitó a distraerme con el paisaje a lo largo de todo el recorrido. Un taxi me acercó hasta el hotel Bourgtheroulde. Violet había dado en el blanco, no tenía la menor duda. El edificio era del siglo XV, y dicen que durante mucho tiempo se había pensado, equivocadamente, que a Juana de Arco la habían quemado en aquel lugar.

Tras un rápido registro en la recepción, me instalé en la habitación. Lo primero que hice al entrar, a pesar de la hora, fue llamar a Violet. Sabía que se acostaba pasada la medianoche y quería agradecerle su acierto. Después me desvestí y llené la bañera con agua tibia y con el contenido de una de las atractivas botellitas de jabón que habían dejado en el lavabo. Treinta minutos en remojo con un relajante olor a jazmín consiguieron atraer al sueño, así que a punto de dar las doce me acosté.

El lunes 13 de junio me despertó la alarma del teléfono, aún no habían dado las seis. Quería aprovechar la mañana y era mejor no confiar en mi despertar natural. Antes de asearme revisé los horarios de los trenes de regreso a Londres, confirmé la reserva del vuelo para volver a Barcelona al día siguiente y le puse un mensaje a Chris para decirle que volvería el mismo martes. No le conté que estaba en Ruan, no pensé que fuese necesario, ya que él estaba trabajando en Múnich y se lo podía explicar cuando nos viésemos.

Como tampoco tenía demasiado tiempo, pues a las dos debía coger el tren a París, a las siete menos cuarto de la mañana hice el *check-out* y salí del hotel con un café en la mano servido en un vaso de cartón.

Con la ayuda del móvil callejeé hasta el número 2 de la rue des Bonnetiers. Según internet, allí se encontraban las oficinas de la archidiócesis y el arzobispado. Pasé por delante de la plaza de la catedral, recorrí la calle que transcurría por la derecha del templo y, justo donde acababa el ábside, una enorme puerta azul de madera

rematada por un frontón de piedra anunció que había llegado a mi destino. A pesar de la hora, una de sus hojas estaba abierta. Una barrera impedía el paso de vehículos a la plazoleta interior. Al fondo de esa explanada se veían las entradas a las oficinas de los distintos órganos administrativos de la Iglesia de Ruan y, un poco más allá, junto a un pequeño jardín, se encontraba la residencia del arzobispo. Accedí al recinto pasando por debajo de la barrera. No era una osadía, se trataba de instinto y de dejar la vergüenza para otros menesteres. Estaba todo cerrado y no se veía un alma. Anduve con sigilo, como si pudiese despertar a alguien, hasta que en el jardín vi a un hombre algo mayor que yo. Vestía de negro, pantalón y camisa de manga corta, y acariciaba las florecitas blancas y las redondas hojas verdes de un frondoso seto. Me acerqué a él por la espalda.

—Perdone —le dije en francés, dándome cuenta, por su sobresalto, de que no se había percatado de mi presencia.

—¿Quién es usted? —respondió pacíficamente mientras sacaba de su bolsillo una tira blanca y se la colocaba apresuradamente en el cuello.

—Siento haberlo asustado —le dije a modo de disculpa—. ¿Sabe a qué hora abren las oficinas?

—Normalmente a las diez, pero hoy excepcionalmente abrirán solo por la tarde. En aquella puerta hay un cartel que lo explica. Me temo que ha venido demasiado pronto.

—No me diga eso, vengo expresamente desde Londres y tengo el tren de vuelta a las dos.

—Dígame qué desea, igual la puedo ayudar.

Me presenté ante el hombre con una farsa similar a la que había estado utilizando anteriormente. Esta vez dejé a la cronista a un lado y me hice pasar por una periodista española a la que le habían hablado de manera elogiosa de la religiosa Anne-Sophie Chevalier y quería indagar sobre su vida para escribir un artículo.

Aquel hombre, que resultó ser el secretario personal del arzobispo de Ruan, actuó como un ángel, nunca mejor dicho. Me acompañó hasta una de las oficinas, la abrió y subimos al primer piso. Ante tanta amabilidad me sentí fatal, un ángel y una mentirosa, no podía ser, pero no había otra manera de hacerlo, o al menos a mí no se me ocurrió.

Entramos en una sala enorme repleta de estanterías metálicas en

las que se amontonaban cajas de cartón.

—Aquí seguro que encontramos algo —me dijo—. Si trabajó en el arzobispado su ficha debe estar en este archivo.

—No se imagina cómo se lo agradezco.

—Lo veo en su cara, e imagino que debe de ser importante para usted: ha venido a las siete y ha entrado estando la barrera bajada.

—Lo siento.

—No lo sienta, no lo decía por eso. La casa del Señor no debería tener horario, siempre lo digo. Y si me ha encontrado es porque él ha querido que fuese así —argumentó con total convicción—. Mire, en esta estantería están las cajas con las carpetas del personal por orden alfabético y fecha. Y aquí veo la C correspondiente a los años que me indica. Vamos a ver.

Los dos estornudamos a causa del polvo cuando levantó la tapa. Entre las dos docenas de carpetas había una más amarillenta que las otras con el nombre de Anne-Sophie Chevalier.

—Déjeme hacer la vista gorda. Yo no trabajo en los archivos y podría no saber que está prohibido prestar estos documentos sin una solicitud formal. Además esta mañana no debería venir nadie, así que, si le parece bien, quédese un rato sola revisando los papeles, estará más tranquila. ¿Quiere que le traiga un café?

—No quiero abusar, padre.

—Voy a prepararme uno, estaría mal no compartirlo con una periodista tan madrugadora. ¿Con leche?

—Mi preferido, muchas gracias.

—Vuelvo en un cuarto de hora.

La primera hoja del expediente contenía un par de fotos de la religiosa y datos biográficos. En una imagen aparecía siendo aún adolescente, en la otra ya vestía el hábito y era evidente el atractivo de su rostro en forma de diamante, en el que los ojos rasgados resaltaban sobre unos firmes pómulos y los labios se mostraban finos y elegantes.

Anne-Sophie Chevalier había nacido en Étretat el 16 de agosto de 1949. Sus padres y su única hermana murieron de tuberculosis cuando ella tenía dos años. Anne-Sophie también enfermó, pero pudo superarlo. Huérfana, fue acogida y educada directamente, junto a otra niña, Mectilde Rousseau, por la madre superiora en el monasterio benedictino de la Inmaculada Concepción de Ruan, donde tomó el

hábito de la orden religiosa en 1967. Convertida en experta en latín eclesiástico, medieval y clásico, en 1970, con apenas veinte años, dejó el monasterio y se trasladó a la sede del arzobispado en la misma ciudad de Ruan, en el que prestó servicios de traducción e interpretación. Entre 1970 y 1977, la religiosa desarrolló varios trabajos para diferentes archidiócesis, así como para la Santa Sede, residiendo en Roma los años 1973 y 1974. En 1977 es enviada al arzobispado de Barcelona para llevar a cabo una comprobación exhaustiva de las traducciones de sus archivos. La hermana Chevalier fue asesinada de manera fortuita en la Ciudad Condal en 1980.

El resto de los documentos del expediente tenían que ver con su actividad de traductora. Excepto un par de ellos que eran unas cartas de Mectilde Rousseau en las que primero le contaba cómo iba todo y después le daba su opinión sobre algunas cuestiones que le debía de haber planteado Anne-Sophie. Las leí y creí entender el significado de la relación entre las dos mujeres. La hermana Rousseau también era experta en latín, y durante los periodos en que Anne-Sophie estuvo en Roma y en Barcelona la suplió en el arzobispado de Ruan. Eso quería decir que debía de existir en el archivo en el que me encontraba una carpeta de Mectilde. En aquel instante entró mi ángel.

—Aquí está su café con leche. ¿Cómo le va? ¿Ha encontrado algo interesante? —me preguntó mientras se sentaba a mi lado.

—Muchas gracias. Podría ser.

—No la veo muy convencida.

—Es que no sé cómo decírselo…, me sabe mal pedirle algo más —resolví con toda la sinceridad que me quedaba después de haberle mentido.

—Inténtelo, usted pruebe.

—¿Podría ver si hay otra carpeta?

—No lo creo. Sé que el personal del archivo es muy profesional, debería estar todo aquí.

—Me refería a la de otra persona, no a la de la hermana Chevalier. Querría ver si hay algo de Mectilde Rousseau, que trabajó aquí en dos etapas diferentes —le dije indicándole los años.

—A ver… Aquí está la caja con la R… —dijo despacio mientras buscaba en los estantes.

Efectivamente, había un expediente de la hermana Rousseau, y, tal como yo pensaba, también trabajó como traductora de latín. Pero

lo más importante estaba al final de la primera página. Después de la muerte de Anne-Sophie, Mectilde continuó trabajando en el arzobispado hasta 2015. Aquel año regresó al monasterio de la Inmaculada Concepción. Eso quería decir que tal vez siguiera viva.

—Padre, disculpe, ¿usted no conocería a esta hermana? Estuvo trabajando aquí hasta hace siete años.

—Lo siento, yo llegué hace tres, pero además su nombre no me suena de nada. ¿Qué sabe de ella?

—Nació en el 46, por lo tanto ahora debería tener setenta y seis, y, según dice aquí, hace siete años volvió al monasterio de la Inmaculada Concepción.

—No, no me suena, pero piense que con esa edad seguramente cumpla estrictamente la clausura. Pero lo tiene fácil, ese monasterio está muy cerca de aquí, vaya y pregunte, la atenderán bien, ya verá.

—Voy a hacerle caso. Gracias por todo, de verdad, me ha ayudado mucho. Ah, y el café estaba riquísimo, no era de cápsula, ¿cierto?

—Nada como la cafetera italiana de toda la vida. Un poco de agua y tres cucharadas soperas de café espolvoreadas en el embudo, ese es mi truco. Y luego, a esperar a que huela un poco, solo un poco, para retirarla.

—Usted es de lo míos.

Me acompañó hasta la gran puerta azul. Una vez allí, antes de agacharme de nuevo y salvar la barrera para salir, le hice una última pregunta.

—¿Suele haber benedictinos trabajando en los arzobispados?

—Sí, algunos, ¿por qué me lo pregunta?

—La hermana que busco era benedictina, pero no lo sabía, me acabo de enterar. Trabajó aquí, pero también en Barcelona, de ahí mi interés. Y resulta que coincidió en la Ciudad Condal con un religioso inglés, también benedictino. Ella se dedicaba a la traducción y la corrección y él al estudio de unos libros de gregoriano. Tengo la impresión de que había algo que los relacionaba, aunque podría ser una simple casualidad.

—Mire, sí y no. Le cuento. La regla, como ellos la llaman, de Benito de Nursia era *ora et labora*, es decir, oración y trabajo. Los monjes y monjas benedictinos se dedican todos ellos plenamente al rezo, pero además de orar, unos ejercen actividades que contribuyen

al mantenimiento del monasterio y al sustento de su comunidad y otros muchos estudian. Así que es más normal de lo que usted cree encontrar benedictinos en la administración de la Iglesia, especialmente en puestos que requieren de conocimientos profundos en alguna materia, como es el caso de los dos religiosos que me comenta. Conozco a unos cuantos benedictinos prestando su saber fuera de conventos y abadías.

—Gracias de nuevo. Por cierto, ¿usted es...?

—Pertenezco a la Société de Marie. Pero vaya, no pierda tiempo, su tren sale a las dos, y por experiencia le digo que si la hermana que va a buscar está disponible y se encuentra bien, puede necesitarlo. Uno sabe cuándo empieza una cita con una monja de clausura, pero es imposible saber cuándo terminará.

—Adiós, esta mañana he tenido suerte encontrándolo.

—Eso no es suerte, es lo que tenía que ser. Pregúntele a él —me dijo señalando al cielo—. Y si encuentra a la monja, dígale, nada más presentarse, su hora de regreso, acuérdese.

Estaban a punto de dar las ocho cuando empecé a caminar, guiada por una aplicación del móvil, en dirección al monasterio. Quedaban seis horas hasta la salida del tren, pero para atemperar el estrés que me provocaban los horarios fijos me propuse llegar una hora antes a la estación. A la una de la tarde, ese debía ser el límite.

El secretario del arzobispo tenía razón, fue un paseo corto. Corto y agradable, zigzagueando por las calles adoquinadas del viejo Ruan, custodiadas a ambos lados por casas con muros de entramado de madera. Durante el recorrido imaginé la ciudad atacada por las tropas francesas de los Armañac para intentar liberar a Juana, la Doncella de Orleans, de la prisión de los ingleses. Ese lugar, además de su importancia histórica y artística, tiene la fatalidad de haber sido escenario de uno de los juicios políticos más infames de la historia, apoyado por algunos miembros del clero de manera perversa. A Juana de Arco la acusaron de hereje, y, como no era suficiente para ajusticiarla, añadieron la acusación de travestismo, y así fue como consiguieron condenarla. El 30 de mayo de 1431 quemaron en la hoguera a una joven de solo diecinueve años, en aquella época mujer y soldado, que poco después sería declarada inocente y mártir.

Soy una ferviente admiradora de santa Juana de Arco, de modo que aquel paseo recordando su historia consiguió que llegase al monasterio de la Inmaculada Concepción con la sangre a punto de ebullición. Las puertas de hierro de la verja principal que daban acceso al convento estaban abiertas de par en par. Subí una escalinata y, atravesando un pequeño portón de madera, accedí a lo que parecía la antesala de una capilla. Estaba vacía. Encontré un timbre en una de las paredes con una etiqueta pegada a su lado en la que ponía «Information» y una especie de rejilla que parecía hacer de auricular y altavoz al mismo tiempo. Pulsé el timbre.

—Buenos días, Monasterio de la Inmaculada Concepción, ¿en qué puedo ayudaros?

—Buenos días, hermana —supuse que quien me hablaba debía de ser una monja—. Buscaba a la hermana Rousseau, a Mectilde Rousseau —respondí sin tener la certeza de que estuviese viva o que siguiese residiendo en el convento.

—La hermana Rousseau se encuentra en su momento de oración matinal; terminará sobre las ocho y media. Si puede esperar, la avisaré.

—Por supuesto, claro, la espero —le dije. Faltaba solo un cuarto de hora y tenía la oportunidad de encontrarme con alguien que supuestamente había conocido bien a Anne-Sophie Chevalier. Mi visita a Ruan estaba valiendo la pena.

—¿Quién le digo que la busca?

—Dígale que soy Berta Gómez, una periodista española. Estoy trabajando en un artículo sobre una persona que ella conoció —le expliqué. Preferí utilizar mi apellido de nacimiento y no el de casada. Una española con apellido español ofrecería más confianza y evitaría aclaraciones innecesarias.

—De acuerdo. Le voy a abrir una puerta que da acceso a la capilla. Si quiere, acomódese. La hermana Rousseau acudirá cuando acabe.

—Gracias, hermana.

Así fue, se abrió una puerta con algún sistema de apertura en remoto y accedí a un coqueto oratorio. Me senté donde me había indicado la mujer y esperé.

Cuando apareció Mectilde Rousseau, llevaba esperando poco más de veinte minutos. Era una mujer muy alta, para mi sorpresa, y, a pesar de su edad, andaba erguida y a buen ritmo.

—¿Me buscaba? Soy la hermana Rousseau —declaró a modo de presentación al acercarse a mí. El tono de su voz, muy distinto del característico tono cándido que se espera de las religiosas de clausura, indicaba fortaleza.

—Buenos días, hermana Rousseau. Soy Berta Gómez, periodista independiente. Vengo desde Londres, pero resido en Barcelona. Estoy buscando información sobre Anne-Sophie Chevalier. Querría escribir un artículo sobre ella, y creo que usted la conoció —la informé, retomando la mentira que ocultaba mi verdadero interés.

—La conocí, pero ¿por qué quiere escribir sobre ella?

—Por su trabajo —respondí, con la primera idea que me vino a la cabeza.

—¿Su trabajo? ¿Qué tenía de particular su trabajo? —volvió a preguntarme con un tono más recio que antes, y diría que hasta con cierta inquina.

—Mire, le soy sincera, quiero saber cómo fue su vida en Barcelona y si su muerte no fue fortuita —contesté con franqueza y sin pensarlo. Era la primera vez que me veía incapaz de seguir con el engaño, porque me di cuenta al instante de que aquella mujer no me iba a dejar.

—Eso es otra cosa, podría haber empezado por ahí. Ya sé lo que dicen de los periodistas y de sus tretas para sacar información, pero eso no vale conmigo. Y, por si le interesa, el trabajo de Anne-Sophie nunca fue relevante. Sígame —aclaró con una voz más templada.

Mectilde me llevó hasta el jardín interior del monasterio. Una huerta, algunos frutales y plantas aromáticas rodeaban el banco de piedra en el que nos sentamos. Inesperadamente, una sensación de paz y tranquilidad empezó a recorrerme el cuerpo. Me encontraba bien. No tenía que mentir y, quién sabe, igual el espíritu de Geoffrey merodeaba por allí.

—Anne-Sophie y yo éramos como hermanas —empezó a explicarme sor Rousseau—. No teníamos familia y llegamos al monasterio al mismo tiempo, siendo muy pequeñas, ella aún era un bebé. Nos criaron y educaron sin pedirnos nunca nada a cambio. Y supongo que de tanto ver a las hermanas del convento y crecer con

Dios decidimos que nuestro futuro estaría junto a Él. Durante años estudiamos juntas varias versiones del latín, que pusimos al servicio de la Iglesia cuando nos lo requirieron, y ella, ya lo sabe, se fue a Barcelona y allí terminó todo, pero no puedo decirle más.

—Imagino que le escribiría o que la llamaría. Si eran como hermanas, parece lógico.

—No, no lo hizo —respondió a secas, dando pie a que yo intuyese algo extraño en aquella relación.

—Pero...

—Mire, no lo hizo, eso es todo. Creo que no ha sido bueno invitarla a pasar para hablar de Anne-Sophie —me interrumpió.

—Si lo prefiere, me voy —le dije, dándole la oportunidad de despedirme.

Después se produjo un largo silencio. Mectilde agachó la cabeza, se puso las manos a ambos lados de la frente y respiró profundamente con los ojos cerrados y apretando los párpados.

—Quédese, perdone. Está mal que yo le explique esto, ya le he dicho que éramos como hermanas, pero Anne-Sophie no debía de sentir lo mismo, con los años me di cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Anne-Sophie nunca debería haber profesado los votos monásticos. Para ella la religión era un vehículo, era muy ambiciosa. Sabía moverse muy bien y eso le bastaba, ya le he dicho que su trabajo no fue notorio. Yo terminaba resolviendo muchas de las dudas que se le planteaban, incluso hacía buena parte de sus traducciones para ayudarla. En cierta manera se aprovechaba de mí, pero yo me dejaba. La quería, créame.

—Por lo que sé, antes de llegar a Barcelona viajó mucho, incluso pasó una temporada en Roma.

—No paraba, es lo que le digo, sabía moverse y nunca tenía suficiente. No sé bien a qué aspiraba, pero parecía querer siempre más. Tendría que haber elegido otra vida.

—Me ha dicho que no supo nada de ella desde que se fue a Barcelona. ¿Es así?

—Como si hubiese desaparecido. Lo intenté, pero solo tenía una dirección postal, y me devolvían las cartas. Incluso pensé pedir permiso en el arzobispado de Ruan, entonces trabajaba allí, para viajar a España y buscarla, pero no lo hice.

—Por casualidad no sabrá la dirección a la que enviaba las cartas.

—Espere, guardo las que me devolvieron.

La hermana Rousseau se ausentó cinco minutos y volvió con un sobre en la mano.

—Aquí la tiene, calle Monterols, 29, Barcelona. Pero no creo que viviese allí, ya le digo que me devolvían las cartas, incluso alguna que envié al arzobispado de Barcelona también me la devolvieron.

Me mostró la dirección mientras la pronunciaba con su acento francés. En ningún momento me lo había planteado y ahora lo tenía ante mis ojos: Anne-Sophie también había vivido en mi edificio. Leo, el padre Wright y ahora la religiosa de Ruan. Tres homicidios, cuarenta y dos años entre ellos, y todos los asesinados habían residido en el mismo sitio. La idea me inquietaba.

—¿Cree que pudo tener algún enemigo?

—Yo diría lo contrario: más amigos que enemigos. Estaba muy bien relacionada con algunos miembros de las altas esferas de la Iglesia. Cuando trabajó en el arzobispado de Ruan viajaba con frecuencia a la capital, tenía una estrecha relación con el arzobispo de París, y le gustaba alardear de su amistad. Incluso llegó a estar en un par de ocasiones con el Santo Padre.

—¿Hay algo que usted considere relevante sobre ella y quiera contarme? ¿O sabe de alguna persona que la conociera bien y que coincidiese con ella en Barcelona?

—No, ya le digo que perdimos el contacto, se esfumó, como si estuviese escapando de algo. Lo pasé mal, llegué a pensar que yo era la culpable de la ruptura. La única persona que se me ocurre que la podía conocer es monseñor Tarty, antiguo arzobispo de París, pero hace años que murió. Siendo ya cardenal y estando jubilado, sufrió un accidente de coche en un paso a nivel. Un tren arrolló su Renault 5.

—Ha sido muy amable, hermana Rousseau. En esta tarjeta tiene mi teléfono, si recuerda algo relevante y no le importa, por favor, llámeme.

—Le he contado cosas de Anne-Sophie que jamás le había contado a nadie, espero que el Señor perdone mi rabia. La acompaño hasta la puerta.

Eran las diez, había conocido a Mectilde Rousseau y sabía que Anne-Sophie Chevalier había vivido en el mismo edificio de Barcelona

que yo y que, además de relacionarse con las altas esferas de la Iglesia, era ambiciosa y oportunista.

El resto de la mañana lo aproveché para darme una vuelta por la ciudad repitiéndome una y otra vez algunas palabras de la hermana Rousseau e imaginándome a la bella Anne-Sophie con una vida muy diferente fuera de la Iglesia.

Cuando mis pies dijeron basta me dirigí a la estación, me senté en su única cafetería y aproveché para almorzar algo antes de la salida del tren.

Justo cuando iba a levantarme para pagar sonó mi teléfono.

—Berta, me acaba de llegar. Perdona, ¿puedes hablar?

—Sí, Violet, puedo. ¿Qué te ha llegado?

—El teléfono del holandés. Acabo de recibir un mail de la editorial, tengo su teléfono. ¿Puedes anotarlo ahora?

—Dime —respondí mientras sacaba el portaminas y el cuaderno del bolso.

Apunté el número y después le conté a Violet muy por encima mi visita a Ruan y las averiguaciones que había realizado. Seguía sin querer involucrarla, no debía hacerlo.

10

El holandés

A las dos en punto partió el tren en dirección a París. Acomodada en el asiento junto a la ventana, y acompañada por una adolescente que no levantó ni un solo momento la mirada de la pantalla del móvil —y que tecleaba más rápido que cualquiera de las estenotipistas del Congreso de los Diputados—, estuve tentada en varias ocasiones de llamar a Maarten de Vries, pero no lo hice. Eso sí, durante todo el trayecto sostuve en mi regazo la libreta con su número. Tal vez no me decidí por la falta de privacidad, aunque lo más probable es que se debiese a mi decaído estado de ánimo, que me predispuso a sentir una mezcla de miedo y de peligro envueltos en una enorme sensación de vacío. Aquella llamada podía suponer la respuesta a todas mis preguntas, pero y después ¿qué? Volvería a Barcelona a enfrentarme con la soledad y con la utópica ilusión de una realidad en la que Geoffrey siguiese a mi lado.

El paisaje, esta vez iluminado por un sol radiante, atenuó algo mi desánimo, y a las cuatro menos cuarto llegué a la estación parisina de Saint-Lazare. Cuando los ejes del ferrocarril aún no se habían parado completamente recibí un mensaje de Chris respondiendo al que yo le había enviado a primera hora de la mañana. Él regresaba esa misma noche a la Ciudad Condal, y me proponía recogerme el martes en el aeropuerto y, si no estaba cansada del viaje, ir a cenar juntos. Le escribí inmediatamente agradeciéndole su ofrecimiento, pero utilizando su propio argumento me excusé y lo emplacé para encontrarnos el miércoles por la mañana en Villa Cecilia. No se lo dije, evidentemente, no sabía cómo me afectaría emocionalmente el retorno, pero, si no estaba bien, prefería estar sola, eso seguro.

Deshaciendo el camino de ida, cogí un taxi hasta la Gare du Nord. Allí compré una botella de agua mineral, pasé el control del Eurostar y me quedé esperando en un banco del andén, tenía una hora

por delante.

Mientras observaba en una pantalla informativa el movimiento de los trenes que cruzaban el Eurotúnel, di con uno que desde Londres acababa de llegar a Lille y continuaba hacia Ámsterdam. En aquel instante mi subconsciente bloqueó la cobardía que me paralizaba, debido al miedo, y recuperé la iniciativa. Saqué el cuaderno y marqué el número de móvil del holandés.

—De Vries —respondieron al otro lado de la línea con una marcada pronunciación en neerlandés. Yo no lo hablaba, pero algo entendía. Durante nuestra época en Shanghái cultivé una buena amistad con la mujer del cónsul de los Países Bajos, y solo de escucharla hablar en su idioma algo se me había quedado.

—Buenas tardes, señor De Vries —respondí en inglés—. Me llamo Berta Lennox —esta vez sí que utilicé mi nombre de casada. Entre los diplomáticos existe un fuerte corporativismo, y hablarle de mi marido en algún momento podía ayudarme—. Soy periodista.

—¿Me llama por mis libros? —me interrumpió en un perfecto inglés.

—No exactamente. Lo llamo por una fotografía en la que aparece usted.

—¿Una fotografía?

—Sí, disculpe. Es una imagen de 1979 en la que aparece junto con otros hombres en la presentación de un libro.

—Lo siento, pero creo que se confunde, yo en aquella época no escribía.

—Disculpe de nuevo, creo que no me he explicado bien. Sé que usted entonces era diplomático, y esa foto está tomada en Barcelona. Otro hombre presentaba un libro, no era suyo.

—¿Y qué quiere? —preguntó airadamente, como si le hubiese sorprendido.

—Me interesaría saber quiénes eran el resto de las personas de la instantánea. Según tengo entendido está tomada en un edificio del barrio de Sarrià en el que se congregaban extranjeros y se celebraban actividades de cierta relevancia cultural —le respondí dándole forma a la argucia para que pareciese creíble.

—¡Yo no sé nada de aquello! Estuve poco tiempo en la ciudad y no conocí a nadie —contestó enfurecido.

—Pero se le ve amigable, incluso coge por los hombros a los

acompañantes que tiene a ambos lados.

—¡Ya le he dicho que no, que no conozco a nadie! ¡Déjeme en paz! Y, por su bien, olvídese de esa instantánea —me gritó, y de inmediato colgó el teléfono.

No me di por vencida y volví a marcar su número, pero no cogió la llamada. Seguí intentándolo tres veces más, obteniendo la misma respuesta, entonces acepté la derrota.

Hasta llegar a Londres no pude quitarme de la cabeza la última frase de Maarten de Vries. ¿Me había amenazado? A las sombras de los dos sacerdotes, al asesinato de Leo y a la ambición de la hermana Chevalier se acababa de unir el enfurecido holandés. La única diferencia era que él no estaba muerto, y no me cabía la menor duda de que sabía algo sobre lo que yo buscaba. Desde luego, era esencial hablar con él, y la única herramienta que se me ocurrió fue la sinceridad. Geoffrey la utilizaba en su trabajo. Mi marido era agregado comercial, y cuando veía que una negociación se torcía echaba mano de lo que llamaba el cóctel Lennox: empatía mezclada con sinceridad. Así fue como, antes de bajarme del vagón, le envié un mensaje de texto: «Apreciado señor De Vries, siento haberlo incomodado. Es cierto que me llamo Berta Lennox, pero no soy periodista, y el motivo de la llamada tampoco es el que le he contado. No sabía cómo hacerlo, no se me ocurría otra manera de encarar la charla. Soy española y me casé con un inglés, diplomático como usted. He pasado los últimos veinte años saltando de país en país, pero esa vida, desgraciadamente, se ha truncado, pues hace casi medio año que enviudé. Mi marido, del que sigo enamorada como el primer día, me ayudó a preparar la soledad que me esperaba. Compramos un apartamento en Barcelona porque creímos que en España estaría mejor que en Inglaterra. Así que desde hace poco resido en la calle Monterols, 29, en el mismo lugar donde se hizo la fotografía de la que le he hablado. No sé lo que ocurrió en ese edificio alrededor de los años ochenta, pero sí que algunos de sus habitantes, relacionados con la Iglesia, murieron envueltos en extrañas circunstancias, y que existen demasiadas coincidencias entre esas muertes como para deberse únicamente a la casualidad. Aunque lo que realmente me ha conducido hasta usted no son esas muertes, ni tan siquiera lo ocurrido en aquella época, es el

reciente fallecimiento —o, mejor dicho, el asesinato— de mi vecino, un buen hombre que no hacía daño a nadie y a quien le habían encargado alertar en el caso de que alguien preguntase por el pasado del inmueble. Podría olvidarme del asunto, como me ha sugerido usted antes de colgarme, sería lo más fácil, pero no puedo, no sería justo, ¿no lo cree usted así? Sinceramente, Berta Lennox».

Eran las seis y media de la tarde, hora londinense, cuando salí de la estación internacional de Saint Pancras. No me lo pensé dos veces y, a pesar de los ocho kilómetros que me separaban de Glebe Place, de la fina lluvia que caía en la capital inglesa y de la pequeña bolsa de viaje que colgaba de mi hombro, me puse a andar, lo necesitaba. Ya cogería un taxi si no podía más.

Cuando atravesaba Russell Square dejó de llover, y más adelante, más o menos a mitad de camino, en la entrada a Green Park desde Piccadilly, el móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolso y, al ver el número que aparecía en la pantalla, mis piernas, como si la fuerza del núcleo terrestre se concentrase en ellas, se detuvieron al instante.

—¿Señora Lennox? —preguntó Maarten de Vries, esta vez con un tranquilizador tono de voz, aunque con la aspereza de su acento neerlandés.

—Sí, ¿ha leído mi mensaje, señor De Vries?

—Lo he leído. ¿Podría decirme su edad?

—Cuarenta y ocho —respondí sin añadir ningún tipo de objeción, juicio o pregunta al respecto.

—Ah... Siento mucho lo de su marido. Yo también soy viudo. Tenía cincuenta y cuatro años cuando me dejó mi mujer y, como usted, sigo enamorado de ella —me dijo—. Tenemos más cosas en común de las que podría haber imaginado.

—Entonces, ¿me entiende?

—Por supuesto. Ya tengo ochenta y tres años, y algunas noches sigo despertándome sobresaltado, me levanto y abro la puerta de la entrada de mi casa esperando encontrármela —contestó mientras yo me acercaba a un banco y me sentaba a pesar de estar todos sus listones mojados—. Cuando me retiré del cuerpo diplomático necesitaba un objetivo en mi vida y empecé a escribir. Fue por ella, adoro la botánica porque es lo que más le gustaba a mi mujer.

Supongo que usted también necesita encontrar su proyecto de vida.

—Yo era cronista. Bueno, soy cronista. Podría continuar, pero hay algo que no me deja. Creo que aún es pronto, mi marido sigue estando muy presente y cualquier recuerdo me duele.

—No se preocupe, llegará el momento, ya verá.

—Eso espero —asentí con un suspiro—. Señor De Vries, lamento mucho haberle mentido, perdóneme. Si no quiere hablar del tema, lo entenderé, es su vida y yo he intentado entrometerme en ella sin consideración.

—Mire, es un asunto del que nunca he hablado. He estado tentado de hacerlo en dos o tres ocasiones, pero llegado el momento me echaba atrás. Sin embargo, usted tiene razón, no sería justo dejar la muerte de su vecino sin respuesta, como tampoco lo fue silenciar la de los otros. Yo pensaba que aquello estaba olvidado. Ya ha pasado mucho tiempo, pero saber que siguen con ello y que usted está de algún modo implicada lo cambia todo. Soy muy mayor y creo que ha llegado el momento de contarlo.

—¿Quiénes «siguen»? ¿Con qué?

—Preferiría hablarlo en persona, no me fío mucho de estos aparatos. ¿Tendría disponibilidad para venir a Ámsterdam?

—Estoy en Londres, pero mañana mismo podría estar allí —le propuse, aplazando mi regreso a Barcelona.

—El martes y el miércoles es imposible, tengo reuniones para seleccionar las ilustraciones y fotografías de mi próximo libro y me tendrán todo el día ocupado. ¿Cómo le iría el jueves?

—Déjeme buscar vuelo y se lo confirmo en un rato.

—Vivo en el centro de la ciudad. Cuando lo tenga cerrado escríbame un mensaje con la hora a la que podríamos quedar y le responderé con la dirección. Si no encuentra avión, también podemos vernos el viernes o el fin de semana. Considérelo.

—Deme media hora y le escribo. Muchas gracias, señor De Vries.

—No me las dé, me alegra dar el paso por fin. Espero su mensaje, adiós.

Después de colgar me apresuré a abrir el buscador de internet del móvil con la intención de localizar el pasaje para el jueves 16 de junio entre Barcelona y Ámsterdam. Transcurridos veinte minutos tenía las tarjetas de embarque descargadas en mi aparato y la reserva de una noche de hotel confirmada. No quise arriesgar, la cita con el holandés

era suficientemente importante como para no hacerlo, así que compré la ida con KLM y la vuelta con una aerolínea *low cost.* El jueves aterrizaría en Schiphol a las 15.40, con lo que podría estar en la capital holandesa a las cinco. La vuelta la tenía para el viernes por la tarde, pero su horario ya no me importaba.

Le envié al holandés la información de mi viaje y le indiqué la hora de nuestra cita, si no había inconveniente por su parte, y él respondió a los pocos segundos con la dirección de su domicilio y la confirmación de la entrevista. A partir de las cuatro estaría en casa, por si me adelantaba. Antes de levantarme del banco recibí otro mensaje suyo: «No se lo he dicho antes: por favor, tenga cuidado. Hasta que nos veamos no comparta lo que sabe con nadie ni diga que viene a verme. Confíe en mí».

Yo no le había dicho a De Vries que les había contado buena parte de lo que sabía a Chris y a Violet, pero tampoco tenía por qué decírselo. En realidad, no lo conocía, sabía muy poco de él. Todo apuntaba a que iba a resolver mis dudas, pero ¿y si no era así? ¿Y si lo que quería era embaucarme? Quién sabe, hasta podía desvariar.

Tres cuartos de hora después, incluida una parada para adquirir víveres, llegué a la casa de Glebe Place. Mis piernas lo habían conseguido y me habían ahorrado un taxi, así que se merecían estar un buen rato en remojo. Me metí en la bañera y la llené hasta que el agua me cubrió las rodillas. Debí de quedarme dormida, porque el teléfono me despertó. Salí desnuda y mojada. Era Violet, que quería saber si había llegado bien a Londres, nada más. Fue prudente y no me preguntó por el holandés, y yo tampoco le dije nada. Ya era tarde y me sentía realmente cansada. Me sequé, dejé la cena para el desayuno y me acosté. Creo que nunca me había dormido tan rápido.

La mañana del martes 14 de junio amanecí a las seis. Mi vuelo no salía hasta la una, y no esperaba el taxi que debía llevarme al aeropuerto hasta las diez, con suficiente antelación para no estresarme.

Los huevos que deberían haberse convertido en una tortilla para cenar fueron pasados por agua para desayunar, y me los comí acompañados por dos tostadas cortadas a trocitos para poder mojarlos

en la yema y por un bol con piña, manzana y sandía ya preparadas.

Di cuenta del desayuno sentada junto al roble en una especie de ceremonia de despedida, como si Geoffrey estuviese a mi lado. Le conté detenidamente los últimos acontecimientos, le prometí que tendría cuidado, que después de todo aquel embrollo intentaría volver a escribir y que regresaría a aquella casa, de vez en cuando volvería, aunque solo fuese para sentarme junto al árbol y conversar. Terminé aquel encuentro olvidándome de todo, estábamos solos su recuerdo y yo. Volví a querer dejar de vivir por si existía la remota posibilidad de encontrarnos; seguía necesitándolo, no quería estar sin él. Qué frágil o tonta puede ser la vida. Nos empeñamos en planificarla, en darle contenido, construirle un camino, y en cualquier momento se diluye tan rápidamente como un azucarillo.

No sé si fui yo o lo provocó él, pero de pronto recordé el nombre de mi futuro nieto, Dover o Baiona, y cambié de actitud. Me sequé las lágrimas con las palmas de las manos, me levanté y entré en la casa para asearme y preparar la maleta.

A la una en punto del mediodía despegó desde Heathrow el avión que me devolvía al que yo seguía negándome a considerar mi hogar.

11

Relatos

Llegué a Barcelona a las cuatro de la tarde, hora española, y a mi casa cuarenta y cinco minutos después. El estruendo de la puerta principal del edificio al cerrarse volvió a causarme, como en otras ocasiones —y sin explicación aparente—, la misma inquietante sensación. Dejé el equipaje en el ascensor y pulsé el botón de la segunda planta. Yo preferí subir andando los cuarenta y dos escalones de mármol. En el primer piso me paré un instante delante de la puerta del violonchelista, recordé su música y seguí hasta mi apartamento.

Al entrar me recibió una desagradable masa de aire caliente, así que lo primero que hice fue abrir las ventanas y las puertas de la terraza para generar algo de corriente y aliviar el caluroso ambiente que llenaba mi piso. Inmediatamente después me dediqué a regar todas las plantas de la casa. Tal y como me imaginaba, a excepción de los dos jóvenes limoneros, el resto parecía suplicar agua para su tierra.

La alta sensación térmica que provocaba la humedad en mi cuerpo no me dejaba pensar en nada; es más, cortó de cuajo la angustia que me producía volver a mi nueva vida. Abrí el frigorífico, saqué una lata de cerveza y me la bebí directamente del envase, pero no fue suficiente. Me desvestí en el recorrido entre la cocina y el baño, me metí en la ducha, moví el termostato hacia el puntito azul que marca la temperatura más baja y, con las manos apoyadas en la pared, en una postura similar a la figura de un atleta griego, dejé que el agua me empapase. Al cabo de un rato mi cuerpo volvió a ser mío, me puse ropa cómoda y me tumbé en la cama. Mirando girar las aspas del ventilador blanco del techo recordé mis primeras noches en el apartamento, y cómo a las dos de la mañana el sonido opaco y mágico del violonchelo de mi vecino me rescataba del insomnio. El recuerdo de Leo y su música me llevó hasta su instrumento, lo tenía en el salón. Como en alguna otra ocasión, lo inspeccioné de arriba abajo buscando

algo más que la letra B que rasgó con su uña, seguramente justo antes de morir, pero seguí sin encontrar nada. Volví al dormitorio, saqué el portátil de su funda, levanté la pantalla y de encima del teclado cogí la carta que me había escrito el músico. Hice lo mismo que con el chelo, la releí varias veces por si había alguna cosa en la que no había caído, pero tampoco. Me quedé pensativa y de repente, como si hubiese bebido más cafés de la cuenta o me hubiese poseído una extraña energía, me levanté y fui corriendo a la cocina. Llené un cubo con agua y jabón y lo llevé, junto con un par de trapos, hasta la habitación de papel pintado.

Creo que me volví loca. Fue breve, pero lo más parecido a un momento de trastorno. Sin atender al desastre que estaba provocando, mojé con los paños los trozos de pared que no estaban cubiertos por estanterías. No los humedecí con cuidado, directamente los mojaba, creando chorretones que llegaban hasta el suelo. Cuando terminé, debido al descontrol que me dominaba, estuve a punto de caerme al resbalar con uno de los charcos que había originado. Una vez repuesta, fui a por la fregona y regresé con ella y con una fina espátula de las que se usan para hacer tortitas. Hacía años que no la utilizaba, pero era un recuerdo de cuando Jeff aún vivía con nosotros, y por eso había viajado con la mudanza.

Sequé el suelo para evitar accidentarme, busqué las juntas del papel en la pared, y con ayuda de la herramienta de cocina empecé a despegarlo —bueno, a intentarlo—. Al principio me costó, no encontraba la manera y no hacía más que despegar trozos desiguales, como cuando un niño intenta quitarle el envoltorio a un caramelo que ya tiene mucho tiempo. Pero gracias a que no soy muy habilidosa con el bricolaje —lo mío es la jardinería— y a que días atrás, cuando lo intenté encolar de nuevo, seguramente no lo había hecho como es debido, encontré la forma de quitar el papel sin destrozarlo.

Apareció de nuevo el mensaje de William Wright, aunque algo más emborronado que la primera vez que lo vi, ya que el agua lo había deteriorado. Pero nada más, ni una sola palabra, símbolo o letra, nada de nada. Menos mal que el episodio de locura había terminado, de lo contrario habría sido capaz de desmontar las estanterías y atacar el papel que se encontraba tras ellas.

Me quedé de pie mirando el resultado de mi enajenación y empecé a reírme a carcajadas recordando los divertidos comentarios

de Geoffrey. El cuarto de papel pintado con un dibujo penoso, tal y como lo conocimos la primera vez que visitamos el apartamento, se había convertido en otro aún peor. Si antes combinaba, como decía mi marido, el estampado del vestido de la hija pequeña de *La casa de la pradera* con otro de estilo discotequero, ahora, además, aparecían debajo de la desacertada mezcla unas florecillas blancas. Todo un despropósito de *patchwork*.

La risa me trajo al pensamiento el bloc que escribió Geoffrey imaginando cómo habría sido nuestro futuro si él no se hubiese ido. Después de escribirlo expresamente para mí se arrepintió, pensó que no me hacía ningún favor dejándomelo, que aquello podía suponer un lastre que me impidiese volar libre en mi nueva vida. Yo le hice caso, y cuando lo encontré leí su nota y lo guardé. Pero esta vez no pude resistirme. Saqué el cuaderno del escritorio de bambú y empecé a leer el primer relato.

Regreso a Tokio

Abril de 2040

Querida Berta, después de retirarme del cuerpo diplomático decidimos dar vueltas por el mundo de una manera bien distinta, como tú anhelabas. Planificamos visitar primero las ciudades en las que habíamos vivido juntos, querías que viésemos cómo se habían transformado y sentir de nuevo los buenos momentos que nos habían regalado.

Tras la India tocaba Japón, tu preferido. No hay día que pase sin un comentario tuyo sobre aquellos años. Puede que a veces creas que no te escucho, pero no es así, mi silencio es fruto del recuerdo: cuando hablas me gusta saborear tus palabras y convertirlas en imágenes.

No sé cómo será Tokio dentro de veinte años, pero quiero imaginar que llegamos a Narita con All Nippon Airways, esta vez viajando en turista, aunque sin echar de menos los asientos de *business class* a los que nos había acostumbrado el Gobierno británico. Es más, todo lo contrario: viajar así nos permitió pasar las dieciséis horas de vuelo apoyando nuestras cabezas la una contra la otra, como cuando dormitamos a mediodía.

Con sesenta y seis años sigues radiante, y yo continúo mirándote como el primer día, como todos los días. Tus afamadas y cada vez más inteligentes y sutiles crónicas continúan entreteniendo a mucha gente, y aunque la circunferencia de mi abdomen ha crecido algunos centímetros, no te voy a engañar, mis neuronas siguen estando en forma.

Nos hospedamos en el Cyashitsu, el *ryokan* de Asakusa que tanto te gusta, donde pasamos dos meses cuando llegamos por primera vez a la capital nipona. Lo han modernizado, pero sigue teniendo el mismo encanto que antes. Esta vez no estaba el pequeño Jeff ejerciendo de frontera en el futón, así que durante toda la semana pudimos dormir abrazados.

La primera mañana, tu temprano despertar nos llevó hasta el parque

> Yoyogi, pues querías repetir los paseos matinales de los fines de semana. Allí, tumbados sobre la hierba, volviste a compartir conmigo uno de tus sueños: subir a la cima del monte Fuji. Y como el futuro puedo imaginarlo como yo quiera y escribirlo a mi manera, decidí llevarte.
>
> En abril la cumbre sigue nevada, pero para nosotros aquello no fue un impedimento. No necesitamos ningún avance tecnológico para llegar hasta allí, ni vehículos eléctricos de baterías inagotables, ni drones supersónicos portapersonas, nos bastó con algo mucho más sencillo. Cerramos los ojos y en un instante recorrimos los cien kilómetros que separan Tokio del monte. Subimos sus 3.776 metros por un camino totalmente llano tapizado de flores de cerezo. Y aunque por su altitud no tiene vegetación alguna, o quizá no se haya regenerado desde su última erupción, aquel día, el de nuestra visita, apareció repleto de árboles en flor. En la cima, rodeados de una nieve que no mojaba, el sol empezó a caer y justo en aquel momento, a pesar de que nos encontrábamos en primavera, escuchamos el *hatsune*, el primer canto del ruiseñor que esperan los japoneses cada 1 de enero, ese que por su belleza no se parece a ningún otro.

Una enorme lágrima cayó sobre el papel, y, como si de una tormenta de verano se tratase, le siguieron unas cuantas más. Tuve que parar de leer, Geoffrey tenía razón, no debería haberlo hecho. Cerré el bloc con la idea de que fuera para siempre y llamé a mi hijo.

—¿Jeff? —pregunté cuando descolgó el teléfono.

—Sí, mamá. ¿Estás bien? —respondió. Desde que murió su padre solía hacerlo de esa manera, preguntándome por mi estado, preocupándose por mí.

—Sí, hijo, estoy en Barcelona, he vuelto.

—Pensaba llamarte mañana. Me dijiste que volverías hoy, pero no sabía a qué hora.

—Hace tres horas que he llegado a mi apartamento.

—He escuchado hace un rato que está haciendo mucho calor en España, ¿qué tal se está?

—Es horroroso, pero pasará. Ya sabes lo que te digo muchas veces: todo pasa.

—Aquí en Estocolmo la temperatura no sube de veinte grados, pero la humedad es insoportable.

—¿Cómo está Greta?

—Bien, la verdad es que bien; o al menos eso dice. Yo le he dejado caer que no hace falta que trabaje mañana y tarde, pero no me hace caso.

—Cuídala, Jeff. Antes de ayer le envié un mensaje y me respondió que se notaba cansada. Estate encima, hijo.

—No te preocupes, mamá, ya me conoces. Bueno, me alegro de

que hayas vuelto bien, te llamo...

—Perdona, te llamaba por otra cosa —lo interrumpí.

—Ah, pensaba...

—También por eso, para que supieses que ya estoy aquí, pero hay otro tema —dije, dejándolo de nuevo sin terminar la frase.

—Dime.

—Mañana voy a enviarte por correo postal un sobre con un bloc. Lo escribió tu padre para mí, pero al terminarlo creyó conveniente que lo tuvieras tú y, algún día, tus hijos.

—¿De qué va?

—Ya lo verás cuando lo leas, pero, por favor, no me lo cuentes.

—¿Y eso, mamá?

—Me haría daño. Cuando lo leas lo entenderás.

—Como quieras, pero ¿de verdad que estás bien?

—Sí, sí, tranquilo, Jeff. Volver me ha costado, pero seguro que en dos días se me pasará.

—No quiero ser pesado, pero si me necesitas, dímelo; sabes que puedo trabajar desde cualquier lugar.

—Ahora te toca estar con Greta, no te preocupes. La semana que viene te llamo. Te quiero.

—Yo también, mamá, adiós.

Antes de dejar el móvil sobre el escritorio empezó a sonar. Era Chris.

—Hola, Chris —lo saludé directamente al descolgar.

—Hola, Berta, ¿ya estás aquí?

—Sí, desde hace un rato. ¿Y tú?

—Llegué anoche. ¿Todo en orden?

—Sí, haciéndome a la idea —le dije, en referencia a cómo me afectaba anímicamente la vuelta.

—Me refería a nuestro asunto. ¿No tienes ninguna novedad? —me preguntó sin atender a mi estado emocional. No era la primera vez que el periodista mostraba la faceta egoísta de su carácter, que dejaba claro por qué no habían funcionado sus relaciones de pareja.

—No, nada —resolví, sin querer darle detalles.

—Entonces no te molesto. ¿Nos vemos mañana a las nueve y media en Villa Cecilia, como siempre?

—Allí estaré.

—*Okey*. *Boas noites*, gallega —se despidió de manera cariñosa y poco consciente de la falta de empatía que me había demostrado durante la llamada.

—Hasta mañana, Chris.

Pensaba quedarme en casa, aún me quedaba un poco de fiambre y había sacado del congelador guisantes finos para cenar, pero el bochorno de la tarde era insoportable dentro de mi apartamento, y aceptable en la calle, gracias a una timorata brisa, así que decidí salir a dar una vuelta. Eran ya las ocho y media cuando pisé la calle Monterols, el sol aún no se había puesto. Movida por los acontecimientos de los últimos días, y sobre todo por el recuerdo de sus rostros, las primeras etapas del paseo coincidieron con los lugares donde habían asesinado al sacerdote William Wright y a la hermana Anne-Sophie Chevalier. Después volví a entrar a la calle Trinquet, pero esta vez por el norte, giré en mi calle y la recorrí hasta el bar Los López, donde había trabajado el Cochinillo. Estaba tan lleno que era imposible conseguir mesa, y en la barra me bebí dos cortos de cerveza muy fría y me comí una de sus famosas empanadillas de tomate, pimiento y atún. Observando los detalles del mobiliario, que tenía toda la pinta de ser el original o una réplica, me imaginé lo que me había contado el segoviano: aquel bar, entre finales de los setenta y principios de los ochenta, repleto de extranjeros. Eran de distintas nacionalidades, porque dijo que hablaban en inglés, francés y puede que en alemán, aunque esto último no me lo confirmó. Clientes muy finos todos ellos —«finolis», creo que los llamó—, pero para él los más estirados eran sin duda los que vivían en mi edificio. Igual que me ocurría a mí, encontraban exquisitas las empanadillas, pero no podían con la bravura de las patatas, o mejor dicho, de su salsa. ¿Habría estado Maarten de Vries en aquel bar? Seguro que sí, pensé.

Le dejé mi trozo de barra a una pareja de jóvenes que parecían encontrarse en su primera cita y subí por la calle Major de Sarrià hasta la iglesia de San Vicente. Empezaba a anochecer, la brisa había perdido su vergüenza y el paseo era cada vez más agradable. Callejeando por las inmediaciones del templo di con la plaza del Consejo de la Villa, donde se encuentra el antiguo ayuntamiento de cuando mi barrio era un pueblo independiente de la ciudad. Había

mucha vida en las terrazas de los bares y restaurantes que rodean el edificio. Yo me senté en un banco y me quedé observando la escultura de bronce de la diosa romana Pomona, que parecía vigilar la puerta del antiguo consistorio.

—¡Señora! —me gritó una mujer que se acercaba a paso ligero hacía mí, pero la oscuridad no me dejaba reconocerla y me asusté—. Soy Rosita, de la pollería —volvió a decirme en alto cuando se percató de que me estaba levantando y empezaba a andar alejándome de ella.

—Uy, sí, perdone, no la reconocía —le respondí ya más tranquila.

—No sabe la alegría que le voy a dar a mi madre.

—¿Por...?

—Alguna cosa de lo que habló con usted. Mi madre es muy testaruda, y cuando algo se le mete en la cabeza no hay quien la pare. Hace tres días encontró unos papeles que andaba buscando, pero no sabía cómo localizarla. Yo le dije que cuando volviese al puesto la avisaría, y ahora estaba sentada en aquella mesa con unas amigas —me dijo señalándome la terraza de un bar— y la he visto.

—¿Cree que es muy tarde para ir a ver su madre? —le pregunté con una repentina sensación de inquietud.

—¿Las nueve y media? No, vaya. Yo la llamo por teléfono y la aviso de que usted va para allá, así no se asustará cuando oiga el timbre.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Con este calor no creo que se acueste antes de las doce, y ya le digo que es muy cabezota. Se quedará más tranquila cuando le cuente lo que ha encontrado.

—Muchas gracias, Rosita.

—Y si cuando termine le apetece unirse a nosotras —manifestó en referencia a su grupo de amigas—, aquí estaremos. Nos gusta conocer a la gente nueva del barrio.

—Otro día, se lo prometo, hoy estoy bastante cansada, pero gracias.

Anduve los escasos trescientos metros que me separaban de la casa de las buganvillas rojas, y, al llegar, Rosita, la madre, me esperaba apoyada en la puerta que daba acceso al patio delantero.

—Me acaba de avisar mi hija, por fin te encuentra —exclamó

nada más verme.

—Sí, ha sido una casualidad, me alegra verla.

—Pasa, pasa —me invitó tan pronto estuve en la entrada—. Si no te importa, yo seguiré tuteándote; tú puedes hacer lo que prefieras.

—Gracias, Rosita. Dígame, ¿qué ha encontrado?

—No podía quitármelo de la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Cómo se llamaba el hombre del arzobispado con el que hablé de las condiciones de la venta y todas esas cosas. Él no me dijo su nombre, pero, nada más irte el otro día, me quedé pensando y me puse a buscar, aunque no lo encontraba.

—¿Qué es lo que no encontraba?

—No pienses que tengo el síndrome de Diógenes, pero lo guardo todo; siempre muy ordenado, eso sí. Cuando el arzobispado me pagó la comisión por la venta de los pisos el dinero me lo trajo mi hermana Carmen. Me lo dio en billetes pequeños, siempre he pensado que aquello debía de venir de los cepillos, y también me dio un papel, como si fuese un albarán de entrega. Allí figuraba el importe que me entregaron, la fecha y el concepto del servicio que les hice. Parecía muy formal, pero aquel documento no servía de nada, eran otros tiempos en España.

—¿Y? —la interrumpí.

—Espera, no he terminado. Carmen me dijo que el dinero y el papel se los había dado el hombre con el que yo había hablado. Hace tres días encontré el documento, y debajo de la firma hay escrito un nombre; seguro que es el suyo, mira —anunció satisfecha sacando un papel del bolsillo derecho de la bata.

Debajo del garabato de la rúbrica aparecían un nombre y un apellido escritos en mayúsculas. Al verlos me quedé sin respiración, y poco a poco, mientras los releía, me fue invadiendo otra vez la misma rara sensación que me producía la puerta de hierro de mi edificio cuando se cerraba. Sin embargo, ahora ese desasosiego penetraba por cada uno de los poros de mi piel, porque ponía «PAU JUVÉ», aquel hombre era Pau Juvé.

De regreso a mi apartamento, después de despedirme de Rosita, pasé de nuevo por la plaza en la que por casualidad me había encontrado

con su hija. Ella seguía allí, en compañía de sus amigas. Pasé de largo con disimulo, pero a los pocos metros cambié de opinión, reculé y me uní al grupo. La soledad de mi piso no era nada esperanzadora, y menos aún con lo que me acababa de contar la madre de la vendedora de pollos. Sabía que me pasaría la noche dándole vueltas y que me resultaría imposible dormir, y esta vez no sonaría la música de un chelo para rescatarme.

El grupo de las cuatro mujeres resultó ser muy simpático, y cada una regentaba un puesto en el mercado de Sarrià. Bebían vino blanco, pero yo necesitaba algo un poco más fuerte, así que me recomendaron el martini *royale* del bar, ellas solían tomarlo los domingos.

El interrogatorio al que me sometieron fue cómico, no tenían ninguna maldad, todo lo contrario. Nada más saber que había enviudado hacía poco tiempo comenzaron a formular sus preguntas buscando la risa, e incluso alguna que otra carcajada, como respuesta.

Dos martinis después, casi a punto de dar las doce, nos retiramos. Ellas habían ganado una clienta, eso seguro, y yo pensé que había sido una buena manera de conocer gente nueva en mi nueva vida.

Volví a subir por las escaleras hasta mi piso, pasando por delante de la vivienda de Leo. Al entrar abrí las puertas correderas de la terraza para dejar que la brisa refrescara el ambiente, me desvestí, pasé por el aseo y ya en el dormitorio me dejé caer en la cama esperando que pasaran las horas. Recuerdo que la última vez que miré el reloj antes de despertarme a la mañana siguiente marcaba las tres.

12

Villa Cecilia

El miércoles día 15 amanecí un poco más tarde de lo habitual, eran las siete y media. Tampoco había dormido tanto, y mi cuerpo luchaba cada mañana con más ahínco contra los madrugones. Me aseé, abusé una vez más de la ducha y del agua fría e hice la cama antes de vestirme. Una de las peores cosas del insomnio son las arrugas de las sábanas. El constante rodar en busca del sueño las marca tanto que es casi imposible dejar la cama en condiciones. Pero fue precisamente comentándolo con Violet, cuando aún no me había mudado a Barcelona, como encontré la solución. Me aconsejó utilizar ropa de cama de punto de camiseta. Y se hizo el milagro. Ya podía girarme de un lado a otro y de arriba abajo tropecientas veces que al día siguiente con dos estironcitos la cama quedaba como si acabase de pasar por la plancha.

Me puse el vestido que había comprado días atrás, me calcé las sandalias bío de tira gris —no sé lo que sería de mí sin ellas—, metí el bloc de relatos de Geoffrey en el *tote bag* y salí de casa. Esta vez bajé en el ascensor, porque el bochorno de la mañana aconsejaba reservar las fuerzas, y me dirigí hacia la oficina de Correos. Llegué a las ocho y cuarto, compré allí mismo un sobre acolchado y le envié a mi hijo las historias de su padre. En ningún momento se me pasó por la cabeza echarme atrás, menos mal.

Llegué al bar de Villa Cecilia cuarenta y cinco minutos antes de mi cita con Chris —creo que era la primera vez que llegaba yo antes que él—. Me senté en una de las mesas junto a los ventanales y pedí un café en vaso de cristal, las tostadas las dejé para cuando llegase mi amigo.

El local se encontraba vacío, estábamos solo la dueña y yo, así que la invité a sentarse conmigo, y no se lo tuve que decir dos veces. Como buena camarera se había percatado de que llevaba unos días sin

ir, y al explicarle que había estado fuera me habló del insoportable calor que llevaba aguantando la ciudad los últimos días y de cómo eso estaba afectando negativamente al negocio. Su clientela principal eran personas de edad, y con esas temperaturas se atrincheraban en sus casas, o como mucho salían a subir y bajar las escaleras automáticas de los grandes almacenes, en busca del aire acondicionado.

Cuando faltaban diez minutos para las nueve y media, Chris entró por la puerta y se dirigió hacia mi mesa. Al verlo, la dueña del bar se levantó y, antes de los saludos pertinentes, aproveché para pedirle que nos trajese lo de siempre.

—¡Berta! Buenos días —exclamó alargando la pronunciación de las palabras. Un poco cursi, diría yo.

—Hola, Chris —respondí amablemente, aunque sin olvidar la falta de sensibilidad que había demostrado en la conversación del día anterior—. He pedido lo de siempre, ¿te parece bien?

—Sí, claro, ya sabes que vengo de una familia muy tradicional —contestó con una especie de sonrisa que no tuvo ninguna gracia.

—¿Estás mejor que ayer? —preguntó, haciéndome sentir bien. Parecía estar corrigiendo su error.

—No sé. Bueno, sí, supongo que algo mejor —le confesé—. ¿Qué tal tu viaje?

—Corto, Berta, demasiado corto. Cada vez echo más de menos mi país.

—No es la primera vez que oigo eso. ¿Por qué no vuelves definitivamente? No creo que te resultase difícil encontrar trabajo allí.

—El trabajo no es el problema.

—¿Entonces?

—Dejemos el tema o me pondré melancólico. Lo importante es que mi madre está mejor y que, si todo va bien, hoy le darán el alta y eso me tranquiliza. Y tú, ¿qué tal llevas lo de ser abuela? —cambió de conversación Chris.

—Como quieras —le dije, y continué contestando a su pregunta—. Lo de tener un nieto me hace feliz. Mi familia es muy pequeña, ya lo sabes, y un nacimiento en estos momentos creo que es lo mejor que nos podía pasar. Además, Jeff y Greta están felices. ¿Te dije cómo se llamará?

—No.

—Si es niña, Baiona, y si es niño, Dover.

—Muy original, pero en mi país eso serían nombres de mascota.

—¡Chris!

—Era una broma, Berta, ya me conoces. Son bonitos, y supongo que estarás orgullosa. Pero eso de ser abuela con cuarenta y ocho años..., yo no podría.

—La edad es un número, nada más. Aunque tienes razón, tú no podrías; primero tendrías que ser padre —le aclaré, devolviéndole la pulla.

Mientras conversábamos nos trajeron el desayuno: tostadas con aceite y café con leche para mí y un pincho de tortilla y un café doble para el periodista.

—Berta, vamos a lo nuestro. Pau Juvé se suicidó, me lo confirmaron ayer —me explicó el norteamericano mientras yo mordía el pan.

El hecho de que lo llamara «lo nuestro» me hizo suponer que Chris se encontraba del todo involucrado, que por fin lo había convencido.

—¿Quién?, ¿quién te lo ha dicho?

—Llevo muchos años aquí, tengo mis fuentes en algunas comisarías. Se suicidó.

—Pensaba que lo habían matado, son demasiadas coincidencias. Pero también resolvieron que Leo se había caído y estoy segura de que lo asesinaron.

—Tendremos que demostrarlo, es lo único que le daría sentido a la noticia, Berta.

—Además, anoche mismo me dijeron que el tal Juvé fue quien encargó la venta de los apartamentos del edificio cuando se quedó vacío.

—¿Quién te ha dicho eso? —exclamó sorprendido.

—La madre de Rosita, la de la pollería del mercado. Ya te hablé de ella, tiene un documento firmado por él. No me digas que no son coincidencias.

—Sí que lo son, pero ya te digo que tienen claro que se suicidó.

—Por cierto, te tengo que contar algunas cosas. Estuve en Ruan preguntando por Anne-Sophie Chevalier.

—¿Qué? ¿Y por qué no me lo dijiste? Me metes en esto y me cuentas lo que te interesa —replicó molesto Chris.

—No es eso. Fue el lunes, pensaba contártelo hoy, no te enojes.

—A ver, dime. No me enfado, pero con lo que me ha costado implicarme no me esperaba esto. Sabes que estaba en contra de este asunto, y ahora que me siento dentro parece que no confías en mí.

—Lo siento, Chris —me disculpé. En el fondo tenía razón.

Le resumí mi visita a Ruan con todo lujo de detalles para que no se sintiese ofendido. Él, como buen periodista, escuchó y al terminar respondió con un sinfín de preguntas para después hacerme una propuesta.

—¿Quieres que nos acerquemos al arzobispado? Es lo que dijimos, podríamos empezar por ahí.

—No creo que sea necesario, aún no te lo he contado todo. Mañana me voy a Ámsterdam.

—¿A Ámsterdam?

—Sí, he quedado con un antiguo diplomático holandés que aparece en la foto de la presentación del libro que se hizo en mi edificio en 1979. Creo que va a contarme lo que sucedió allí, eso me dijo.

—Berta, no seas ingenua —gritó alterado Chris.

—No me levantes la voz, por favor. Si tanto te molesta mi manera de actuar, no hace falta que me ayudes.

—Me necesitas, Berta, te estás metiendo donde no te llaman y estás quedando con gente que no conoces. Ahora me tranquilizo, perdóname. Empieza por el principio. ¿Quién es ese hombre? ¿Cómo has llegado hasta él?

—No sé si quiero contártelo, Chris.

—Lo hago por ti. ¿Sabes lo que te podría pasar? Déjame que te ayude.

—Está bien, pero no vuelvas a ser insolente conmigo, no necesito que me digan lo que puedo o no puedo hacer. Se llama Maarten de Vries. Está ya retirado y ahora se dedica a escribir. Estuvo en Barcelona en la época de los asesinatos de los religiosos y creo que conoce el motivo de aquellos hechos y quizá también quiénes fueron los responsables. Y si estoy en lo cierto, todo aquello estaría relacionado con Leo y podría demostrar su asesinato.

—¿Cómo has llegado hasta él?

—Con la ayuda de Violet. No te he hablado de ella. Fue la asistente de Geoffrey en el Foreign Office. Le enseñé la fotografía y dio con él.

—Berta, ¿a cuánta gente has metido en esto? ¿Qué le has contado a esa mujer? Te repito que esto empieza a parecer peligroso —me dijo Chris intentando controlar el tono de voz.

—No sabe nada, tú eres el único al que se lo cuento todo. No he querido meterla en esto.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Por supuesto. ¿Qué pasa, Chris? ¿A qué viene esa pregunta?

—Al peligro que corres, Berta, es solo eso, ¿no lo ves? Me dices que mañana te vas a ver a un holandés que sabe lo que ocurrió en tu casa y hablaréis tranquilamente de unos asesinatos y no lo conoces de nada. Ahora solo falta que me digas que has quedado en su casa.

—Así es, a las cinco.

—Berta, por favor, ¿qué estás haciendo? —me preguntó con un largo suspiro final, como de resignación—. ¿Sabes?, iré contigo, y me da igual lo que digas, pienso irme a Ámsterdam contigo.

—Ni se te ocurra.

—No me lo puedes impedir, tú me has metido en esto. Y si no me dejas, llamaré a tu hijo y se lo contaré todo, tal vez él pueda pararte.

—Chris, ¿de qué vas?

—No sé qué te pasa, de verdad, no lo entiendo. Estás ciega, no quieres ver el riesgo. Por favor, déjame acompañarte, no lo hagas por ti si no quieres, hazlo por tu familia. Jeff seguro que sigue necesitándote, y más ahora que va a ser padre.

—De acuerdo, pero a la cita iré sola, tú no vendrás.

—¿Y eso?

—El holandés me pidió que no le contase esta historia a nadie y que no dijese que iba a verlo. Yo tampoco le dije que tenía un amigo periodista que lo sabía todo y que iba a ayudarme. Así que, si vienes, puede acobardarse y no hablar.

—Está bien, pero me tendrás que dar su dirección por si desapareces.

—Te la daré —acepté casi exhausta.

Le saqué a Chris, con su tarjeta de crédito, un pasaje en los mismos vuelos de ida y vuelta que tenía yo, y después añadí otra habitación en la reserva de hotel.

Mi amigo me sugirió que hiciéramos algo juntos por la tarde, pero a mí aquella charla, mezcla de conversación y discusión, no me había sentado bien, de modo que me busqué una excusa creíble y

quedamos en vernos al día siguiente. Él pediría un taxi y pasaría a recogerme para irnos juntos al aeropuerto. Insistí en que fuera con bastante antelación por aquello del estrés que sufro con los horarios fijos. Nuestro avión salía a la una y cuarto.

Cuando nos despedimos nos miramos a los ojos. Los dos éramos conscientes de lo incómodo que había resultado aquel desayuno. Tal vez debería haber hecho lo mismo que con Violet, no mezclarlo en este asunto, ya que estaba corriendo el riesgo de perder el único amigo que tenía en la ciudad.

A pesar de los acontecimientos, conseguí pasar el resto del día tranquila, hasta tal punto que lo dediqué a escribir. No era una crónica, ni tampoco un dictado de la información que había conseguido durante la semana; era una declaración de mis sentimientos, de cómo, poco a poco, estaba aterrizando en mi nueva vida.

13

Brick & Mortar

Antes de abrir los ojos me giré y, como solía hacer cada mañana, dejé caer el brazo derecho buscando rodear su torso en silencio, para no despertarlo, pero en vez de su piel encontré el vacío del colchón. No me llevé ningún sobresalto y esta vez la angustia no se apoderó de mí. Muy lentamente me senté en la cama y en esa posición me di cuenta de lo bien que había dormido. El miedo, las dudas y la soledad me habían respetado. Cerré los ojos durante un instante, y aunque no tengo claro a quién le di las gracias, siempre he pensado que había sido obra de Geoffrey.

Empecé el jueves 16 de junio andando por la carretera de les Aigües a las siete y media de la mañana. Tenía tiempo, Chris no me recogería hasta las once. Durante la caminata disfruté de la misma placentera sensación que al despertar. Mi cabeza seguía pensando en futuro y mis neuronas tejían la estructura de lo que había estado escribiendo el día anterior, como si aquello pudiese llegar a convertirse en algo.

De regreso a casa por una nueva ruta, bajando por la calle principal del barrio, me encontré con la panadería Santa Eulàlia. Era la primera vez que la veía. Por el aspecto de la madera de su escaparate seguro que tenía algunos años más que yo. Efectivamente, lo comprobé al entrar: me ganaba por veinte. Me senté en una de sus tres mesas y pedí un café con leche y un panecillo de Viena. No pude resistirme al mostrador de mármol y a la atractiva manera de presentar el producto, que no tenía nada que envidiar a la de cualquiera de las joyerías de la parisina place Vendôme.

Al salir de la panadería me crucé en la puerta con una mujer que entraba y cuyo rostro me resultaba familiar, y mi imaginación me jugó una mala pasada. Pensé que la había visto en Folkestone y aquello

derivó en la paranoia de que me estaba siguiendo. Mi tranquilidad se pausó hasta que volví a entrar y le pregunté si la conocía. De nada. Bueno, de nada no, regentaba el comercio al que le habíamos encargado las cortinas de casa, de eso me sonaba.

Después de cinco minutos de agua fría corriendo por mi cuerpo me enfrenté a la típica indecisión que tenía olvidada: ¿qué debía ponerme para mi cita con Maarten de Vries? Esta vez no valía cualquier cosa, y la comodidad tampoco era una de las principales variables. El protocolo diplomático volvía a participar en mi vida.

Empecé por la maleta, era lo más fácil. Aunque al holandés lo iba a ver el mismo jueves, como nunca se sabe, para el viernes elegí una blusa blanca y un pantalón de pinzas beige de tiro alto. Aquella combinación funcionaba bien con mis bío y mantenía una cierta elegancia. Completé el equipaje, como hago siempre, con dos mudas de reserva que ocupasen muy poco: esta vez una camiseta blanca y una camisa tejana de manga corta muy fina, y con ropa interior suficiente.

En mis años por consulados y embajadas, empujada por una intensa vida social, había aprendido a solucionar el dilema de la vestimenta pensando en personajes conocidos. Me fijaba en ellas y, si algo me gustaba, buscaba una prenda similar sin necesidad de que llevase un sello o fuese de una marca concreta y cara. En la maleta llevaba a Mia Farrow, y en el armario, para el encuentro con De Vries, había descubierto un vestido provenzal como los que llevaba Carolina de Mónaco en su retiro de Saint-Rémy. Recuerdo haber repasado de adolescente las fotografías de las revistas y buscar en Baiona lo que más se pareciese, todo un imposible. Desde que me casé con Geoffrey, nunca había dejado de faltar uno en mi vestuario, siempre del mismo estilo: abotonado y estrecho, con cuello, escote discreto y justo por encima de la rodilla. Acompañado de un cinturón fino de piel y unos mocasines trenzados sin prácticamente suela, era el conjunto perfecto para un evento de día.

A las diez en punto, estando ya vestida y preparada, me llamó Chris.

—Buenos días, Berta.

—Buenos días, Chris.

—¿Cómo vas?

—Lista, por mí podemos irnos cuando quieras.

—Son las diez, ayer dijimos a las once, el vuelo no sale hasta la una y cuarto.

—Lo sé, lo sé, pero yo ya estoy, ya te conté lo de mi estrés con los horarios.

—Si quieres cambio la hora del taxi y paso a recogerte.

—¿En media hora te parece bien? —le propuse.

—*Okey*, pero no sé qué haremos tanto rato en el aeropuerto.

—Gracias, Chris —le agradecí el cambio sin dar respuesta a su comentario.

—Baja de casa a las diez y media, seré puntual. Te veo en un rato.

—Hasta luego.

Los treinta minutos hasta que llegó mi amigo con el taxi los pasé repasando los acontecimientos que habían desembocado en el viaje a Ámsterdam. Y como si de una actriz metida en el papel se tratase empecé a experimentar diferentes sensaciones. Por un lado, había algo de euforia, pues pensaba que De Vries tendría las respuestas que andaba buscando. Y por otro, un sutil miedo: ¿qué podía pasarme si el holandés me desvelaba el nombre del asesino de mi vecino?, ¿qué haría? Menos mal que no estaba sola, Chris viajaba conmigo; a pesar de mis reticencias, concluí que había sido una buena idea.

El norteamericano bajó del taxi, me abrió la puerta y me observó de arriba abajo mientras el taxista colocaba el equipaje en el maletero.

—Creo que es la primera vez que te veo así —me dijo con el vehículo ya en marcha.

—¿El vestido? —le pregunté sabiendo que se refería a eso.

—Sí, estás muy elegante.

—Recuerdos de mi vida anterior. He pensado que sería lo más adecuado para la cita, a los diplomáticos de cierta edad les sigue gustando respetar los protocolos —le respondí—. A ti también te veo más formal.

—Por el Pulitzer, Berta, todo sea por el Pulitzer. Si por cualquier motivo nos tienen que retratar, quiero salir bien en la foto —bromeó Chris entre risas.

A falta de dos horas para que saliese el vuelo, el periodista y yo nos encontramos delante de la que suponíamos sería nuestra puerta de embarque.

—Berta, imagino que no tendremos que pasarnos todo el tiempo hasta que embarquemos aquí. ¿Podemos tomarnos algo? —me preguntó en voz muy baja, como si fuera un niño, dudando de mi respuesta.

—Claro, claro —le confirmé con una silenciosa carcajada—. Mi estrés acaba cuando tengo identificada la puerta, a partir de ahí ya estoy tranquila. De vez en cuando tengo que localizar un panel informativo para confirmar que no hay cambios y va todo en orden, pero nada más. Vamos, te invito yo.

Nos sentamos en uno de los siempre anodinos bares de aeropuerto y nos tomamos dos americanos y un par de sándwiches con textura de chicle. Íbamos a volar al mediodía y mejor dejar resuelto el almuerzo.

—Está bueno, ¿verdad, Chris?

—Para ser de aeropuerto le doy un seis, pero fuera de aquí no pasaría del dos.

—Geoffrey tenía una buena idea. La pena es que cuando la contaba en reuniones informales con miembros de diferentes Gobiernos se la tomaban a broma en vez de hacerle caso.

—¿Qué era?

—¿Conoces *Charlie y la fábrica de chocolate*?

—Sí, de pequeño leí todas las obras de Roald Dahl.

—Exacto, pues eso. Deberían haberle encargado a él el diseño de los aeropuertos y hasta de los aviones, de todo, imaginando espacios divertidos, alegres y confortables, y comidas sencillas e irreverentes pero sabrosas. ¿Te lo imaginas?

—Sí que sería original. ¿Te importa esperarme cinco minutos? Voy enfrente a comprar la prensa, tenemos mucho tiempo por delante hasta llegar a Ámsterdam —me dijo señalándome un comercio.

—Ve, yo no me muevo de aquí. De paso, ¿puedes mirar si han confirmado ya la puerta?

—Lo miro.

Mi amigo regresó cargado de periódicos y revistas.

—Berta, confirmado: es la puerta que pensábamos y el embarque es a la una menos cuarto, aún tenemos una hora.

—Gracias. Si no te importa, nos quedamos veinte minutos más y vamos.

—Lo que tú digas. ¿Quieres tomar algo más?

—Estoy bien, gracias.

—Te he traído este libro, he pensado que podría interesarte.

—Muchas gracias, Chris, qué detalle —le respondí apretando los dientes y disimulando como podía mi verdadera opinión. Menuda estupidez de libro: *Cambia el rumbo de tu vida*, escrito por un biólogo marino convertido en *coach*, o lo que viene a ser lo mismo, un curandero mental.

—He leído el prólogo y tiene buena pinta. Además, el autor es de aquí y tiene consulta, por si te interesa —concluyó el norteamericano.

Lo que me faltaba por escuchar, no podía ser peor. Ponerme en manos de un trilero de nueva generación que seguramente confundiría las neuronas con algún tipo de fócido o crustáceo. Pero en fin, la intención de mi amigo no era mala; me quedé con eso.

El avión despegó a su hora. Chris y yo, al haber comprado los billetes en días diferentes, viajamos separados.

Durante el trayecto, con el fin de serenar las sensaciones contradictorias que me provocaba el encuentro con el holandés, y que le había ocultado a mi compañero de viaje, cerré los ojos y me imaginé sentada junto al roble de Geoffrey en Glebe Place.

Aterrizamos en Schiphol a las tres y media, diez minutos antes de lo previsto, y mi amigo y yo nos despedimos en la parada de taxis de la salida un poco más tarde.

—Berta, ten cuidado, por favor —me rogó Chris.

—Lo tendré, no te preocupes, sé lo que hago.

—Por si acaso, ten el móvil conectado en todo momento, y si notas algo extraño, llámame.

—Descuida, lo haré. Tienes la dirección del hotel, ¿verdad? Te la envié en un mensaje.

—Sí, aquí está, Sarphatistraat 47 —me dijo enseñándome la

pantalla de su teléfono.

—Si el taxista te pregunta, dile que está junto al río Amstel, es muy nuevo y podría no conocerlo.

—*Okey*, y aquí está la casa del holandés, ¿verdad? —me consultó Chris volviendo a enseñarme la pantalla—. Raamgracht 14, esquina con Groenburgwal, junto al puente 226.

—Te he reenviado el mensaje con la dirección que me envió él, eso pone.

—¿No la has buscado?

—Claro, está en el centro de la ciudad, y no muy lejos del hotel.

—¿A cuánto?

—¡Yo qué sé, Chris! Parece que cerca, pero no lo he buscado al detalle, míralo tú. Ahora me tengo que ir, no quiero llegar tarde. Te llamo cuando termine. Por favor, tú no me llames, espera mi llamada.

—Como quieras, adiós.

—Adiós, nos vemos en un rato.

El taxista me paró delante de la vivienda de Maarten de Vries, una típica y antigua casa de ladrillo pintado de negro que contrastaba con la madera blanca de sus ventanas.

Los veinte minutos que faltaban para dar las cinco los dediqué a recorrer los dos canales, el Raamgracht y el Groenburgwal, que escoltaban el edificio de tres plantas del holandés, con un altillo y lo que parecía un semisótano.

A la hora en punto del encuentro subí los cuatro peldaños que terminaban en la noble puerta principal y pulsé el timbre de latón reluciente que se encontraba a su derecha. Se abrió al instante, como si mi anfitrión estuviese esperándome detrás de ella.

—Buenas tardes. Me imagino que eres Berta —me recibió el holandés en perfecto inglés, pero deslizando la erre como si quisiera pronunciar mi nombre en español. Entendí que lo había hecho como gesto de amabilidad. Empezábamos bien.

—Sí. ¿Señor De Vries? —le pregunté mientras él me radiografiaba de arriba abajo durante algunos segundos.

—Por favor, Maarten, llámame Maarten —solicitó el holandés de ochenta y tres años, que aparentaba estar en perfecta forma y no pasar de los setenta.

Corroboré que había acertado con el código de vestimenta. Maarten, un hombre alto y esbelto, me recibió vestido con americana a pesar de la época del año y de encontrarse en su hogar.

—Una casa preciosa, Maarten —lo tuteé, correspondiendo, según el protocolo, a su solicitud.

—Gracias, era su mayor ilusión…, la de mi mujer, me refiero. Lástima que solo la pudo disfrutar un par de años.

—Debía de tener buen gusto, se ve enseguida.

—Sí, es cierto, pero tenía que ser en esta casa, en ninguna otra. Acompáñame.

Salimos juntos desde el recibidor a la calle, doblamos la esquina y a menos de diez metros de la entrada de su vivienda me hizo alzar la vista para observar una iglesia, la Zuiderkerk.

—¿De qué me suena? —le pregunté.

—Monet, su cuadro del paisaje del canal Groenburgwal con la Zuiderkerk al fondo. Mi mujer y yo estuvimos destinados en Filadelfia cuatro años, y todas las semanas acudía al museo a ver esa pintura, no falló ninguna. La casa no se ve desde el lugar en que se pintó la obra, porque la tapan unos árboles, pero forma parte de ella.

—La entiendo perfectamente.

—Ven, te enseñaré la casa.

Aún recuerdo el recorrido de aquella visita, cada centímetro, y las palabras del holandés, que, de alguna manera, me sorprendían. Ordenado, meticuloso y coleccionista de todo tipo de recuerdos, esa fue mi primera impresión de aquel hombre.

La estructura era la original del siglo XVII y muchos de los materiales habían sido rehabilitados para mantener su espíritu. El crujido de las tablas del suelo parecía hecho adrede, cada pisada marcaba un sonido que acompañaba musicalmente a la siguiente.

En cuanto a las plantas ornamentales, nunca había visto tantas dentro de una casa, estaba repleta.

—¿No se mueren? —quise saber ante lo inexplicable de aquel jardín de interior.

—Alguna vez, pero pocas.

—¿Cómo lo haces?

—No hago nada especial. No viven conmigo, y tampoco soy yo

quien las cuido. Es justo al revés: yo vivo con ellas y se encargan de mí. Quiero pensar que su propósito las mantiene así, igual que el mío es contar su vida escribiendo. Antes de irte te regalaré uno de mis libros —me ofreció el escritor de botánica y jardinería, cuya explicación de la relación que mantenía con las plantas no acabé de entender, y hasta por un momento me hizo dudar de su juicio. Su comentario era muy poético, aunque, hasta donde yo sé, una planta de interior no se riega sola.

Pasamos por todas las estancias y sus observaciones eran muy interesantes y me animaban a hacerle preguntas. Podría haber seguido, no me hubiese importado, sin embargo, dado el motivo de la cita, cuando él creyó oportuno que nos sentásemos para conversar accedí sin más.

Nos acomodamos ante un escritorio repleto de papeles perfectamente apilados que se encontraba nada más acceder a la diáfana primera planta de la vivienda. Rodeados de librerías en las que no cabía ni un solo folio metido de canto —y acompañados de un aromático café que le enviaba un amigo colombiano y que molía él mismo—, Maarten empezó a hablar.

—Te he estado observando —me dijo, y esa breve confesión alteró la tranquilidad a la que había llegado tras el *tour* por su casa.

—Perdón, ¿qué quieres decir? —respondí expectante.

—Puedo confiar en ti, necesitaba verte para estar seguro. Además hay algo que me recuerda a mi mujer y eso avala mi decisión. A ver cómo empiezo.

Maarten de Vries comenzó a disertar sobre las relaciones de mutua conveniencia entre la diplomacia y la Iglesia, algo que yo conocía pero sin la profundidad a la que llegó mi anfitrión.

—No quiero aburrirte, pero era necesario que supieses esto —se excusó Maarten.

—Lo que tú consideres, creo que entiendo por dónde vas.

—Ya te dije que nunca antes había hablado de este asunto. He estado tentado pero no lo he hecho, y sigue dándome miedo hacerlo.

Tras sus palabras se produjo un largo silencio. Me miró fijamente a los ojos y sentí inquietud. Con disimulo, saqué el móvil del bolso, que había dejado reposando sobre mis piernas, y cuando el holandés

movió su mano para coger el asa de la taza de café sufrí un sobresalto. Él se dio cuenta de inmediato y reaccionó.

—Berta, no voy a hacerte daño, tenlo por seguro, yo no soy como ellos.

—Maarten, lo siento, cuéntame lo que creas conveniente y, si no lo haces, lo entenderé. He venido a resolver el motivo de la muerte de un buen hombre, nada más, pero si me tengo que ir con las manos vacías, lo haré.

—Perdóname, tienes razón, déjame contártelo. Yo llegué a Barcelona en 1977, tenía treinta y ocho años. ¿Te suena de algo la doctrina de la seguridad nacional?

—Puede, pero no sé de qué.

—Fue un concepto utilizado para amparar la intervención y las acciones de las fuerzas militares durante la guerra fría con el fin de evitar la posible influencia o infiltración de las ideas procedentes de la Unión Soviética. Lo ideó el Gobierno norteamericano y lo puso en práctica principalmente en Latinoamérica.

—No, no la conocía. ¿En qué consistía?

—Digamos que era una solución al peligro que suponía el comunismo. El mundo estaba dividido en dos espacios opuestos e irreconciliables. Para los Estados Unidos, cualquier amenaza a su seguridad, viniera de donde viniera, era una oportunidad para la URSS, su principal enemigo y contrincante en el objetivo de conseguir la hegemonía mundial. El control de la población por medio de dictaduras militares en determinadas zonas geográficas facilitaba la labor a los americanos, que no escatimaron medios para ayudarlas. Y esas dictaduras no tenían límite en el uso de la violencia para conseguir lo que ellos consideraban seguridad interior.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo y con el edificio en el que vivo?

—Espera, Berta, espera y lo entenderás —respondió deslizando nuevamente la erre para complacerme y conseguir mi atención.

—Como te decía, era una doctrina militar, y por lo tanto no escrita. Y hasta donde se sabe, porque la CIA y algunos Gobiernos desclasificaron parte de los documentos de seguridad nacional, se puso en práctica en muchas dictaduras del continente americano. Veían el peligro del bloque soviético respaldando las ideas de los movimientos ciudadanos de un país y ayudaban con los medios necesarios a poner

un dictador al frente de su Gobierno para evitarlo. Mediante un golpe de Estado, por supuesto.

—¿Tiene esto algo que ver con el levantamiento de Franco? ¿Fue cosa de ellos?

—No, la doctrina es posterior a vuestra guerra civil, pero sí que tiene que ver con su muerte.

—¿Cómo?

—Mira, aquello era una herramienta militar, digámoslo así, de los norteamericanos, que veían el sur de Europa bien vigilado mientras vivió Franco. Pero al morir el dictador podía pasar cualquier cosa. Piensa que estamos hablando de Europa, y que eso preocupaba no solo a los Estados Unidos, sino a todos sus aliados aquí. Por eso también participó mi país.

—No te sigo, Maarten. Lo siento, pero me estoy perdiendo.

—Mira, para España se organizó algo similar a la doctrina, pero esta vez el ámbito de acción fue civil, no militar, y además de los Estados Unidos participamos, de manera conjunta, Holanda, Francia, Alemania y los ingleses —trató de explicarme el holandés.

—¿Para qué? —seguí preguntando para tratar de aclararme.

—¿No lo ves? El bloque soviético ocupaba el noreste de Europa, y si conseguían que España se les uniese, vigilarían el ambicionado sur, con su magnífica posición estratégica, con lo que mantendrían controlados a los países europeos aliados de los americanos y abiertas las puertas hacia una posible África comunista. ¿Te lo imaginas? Era el mayor peligro en nuestro continente después de Hitler. Teníamos que evitarlo, era necesario.

—Pero en España se hizo una buena transición y no suponía ningún peligro.

—No, Berta, eso no es así. Con Franco era impensable que el comunismo entrase en tu país, los mantenía a raya. Pero al morir él todo era posible y podía ocurrir lo peor. Al menos lo que nosotros considerábamos lo peor porque nos atañía y nos perjudicaba.

Nos quedamos pensativos y en silencio los dos, sin mirarnos. Transcurrieron varios minutos hasta que Maarten volvió a hablar.

—A mí ya me había mandado mi Gobierno a Barcelona cuando se celebraron las primeras elecciones para elegir a la cámara que debía acometer la tarea de elaborar una constitución, acababa de aterrizar. Otros colegas llevaban allí algunos meses más. Sabíamos que a pesar

de la voluntad democrática del Gobierno había individuos prosoviéticos infiltrados, complots antidemocráticos que incluían crímenes y matanzas, propaganda de partidos marxistas-leninistas y algunos movimientos civiles que apuntaban hacia ideas comunistas. Y todo se puso peor en 1982, con la mayoría absoluta de los socialistas.

—¿Qué dices, Maarten?, ¿los socialistas?

—Te lo vuelvo a repetir, Berta, nunca se sabe, créeme. El socialismo estaba bien definido en Europa como partido democrático, pero no sabíamos qué pasaría en tu país. En la España de aquella época era algo nuevo y, sobre todo, muy fácil de manipular.

—Pero no fue así.

—¡Menos mal! Por eso terminamos con todo esto en 1985, cuando se firmó el tratado de adhesión de tu país a la Comunidad Económica Europea. Se había acabado el peligro y los soviéticos se dieron por vencidos —acabó de explicarme con absoluta convicción.

—Por lo que dices, entre algunos países organizasteis una especie de conspiración para evitar que España fuese dirigida por un Gobierno comunista. ¿Es así?, ¿te he entendido bien?

—Exacto, y nos ubicamos en Barcelona. Trabajábamos desde tu edificio haciéndonos pasar disimuladamente por intelectuales y estudiantes extranjeros de paso por la ciudad.

—Ahora entiendo algo que me contaron. Una mujer que visitó el edificio cuando quedó vacío, imagino que cuando os marchasteis, me dijo que había más muebles de oficina y teléfonos que camas.

—No dormíamos allí, pero trabajábamos hasta tarde, y por eso había algunas camas.

—Oye, ¿y se puede saber cómo pretendíais derrocar ese posible Gobierno que nunca llegó a formarse? ¿Teníais al ejército con vosotros? —seguí preguntando, asombrada por lo increíble de la historia que me acababa de contar.

—Trabajábamos para evitar que se llegara a formar, esa era nuestra misión y nuestro objetivo, y lo conseguimos, pero también estábamos preparados para lo contrario. Lo teníamos todo muy bien atado. No solo contábamos con alguna facción del ejército, otros estamentos también estaban a nuestro lado. Ellos no sabían muy bien quiénes éramos, pero conseguimos que nos apoyasen.

—Entonces, ¿fuisteis vosotros los promotores del golpe de Estado

del 81?

—No, qué va, eso fue un error de vuestro Gobierno y de una pandilla de díscolos alocados y muy poco profesionales.

—Pero llegado el momento, vosotros también pretendíais dar un golpe de Estado, ¿no es así?

—Más o menos —dijo Maarten con semblante serio.

—Un golpe de Estado en Europa organizado por otros Estados, incluso alguno vecino. Me parece la mayor atrocidad contra la democracia que haya oído jamás —declaré desconcertada y fuera de mí después de tomar aire y lanzar un largo suspiro para no ahogarme. A continuación me levanté, dejé el bolso en el suelo y di vueltas por la sala rozando con los dedos los lomos de los libros de una de las estanterías.

—Puedes pensar lo que quieras, Berta —dijo el holandés de manera tajante.

—¿Acaso no lo ves así? —le pregunté sorprendida.

—En aquel momento no lo veía así, y seguramente si lo volviese a vivir, actuaría como lo hice.

—¿Entonces por qué me lo cuentas? —volví a increparle.

—Por los asesinatos. Como te he dicho, eso no debería haber ocurrido jamás. Y por lo que me cuentas, no ha acabado aún. Ya está bien —respondió Maarten, que había cambiado su semblante serio por otro más afligido.

—Perdona, Maarten, me he dejado llevar, y después de lo que he escuchado me he olvidado hasta del motivo de mi visita. Antes de llegar a los crímenes, ¿puedo preguntarte qué pintaba la Iglesia en todo este asunto? —le pedí más calmada.

—Por supuesto. Si recuerdas, he empezado hablándote de las provechosas relaciones entre la diplomacia y la Iglesia. Ellos tenían el mismo poco interés que nosotros en que el comunismo se implantase en Europa. ¿Te das cuenta? Eso hubiera supuesto asestar un golpe mortal al poder del Vaticano y de la Iglesia en general. Y por nuestra parte, los países que intervinimos en esa acción política no podíamos correr tanto riesgo abanderando lo que tú has llamado «una conspiración». Podíamos participar, teníamos que hacerlo, pero ni mucho menos liderarlo, así que fueron ellos quienes asumieron el papel de organizadores de todo este asunto. Eran, ¿cómo te diría?, la cabeza visible. Sabes que están presentes en todas partes y tienen

libertad de movimiento, además de una gran influencia social. Aunque, si se cometía algún fallo, ellos tenían mucho más que perder que nosotros. La diplomacia siempre encuentra alguna excusa para limpiar la fachada de su país.

—¿Conociste a la hermana Anne-Sophie Chevalier y al sacerdote William Wright? —le pregunté en voz baja, temiéndome la respuesta.

—Sí, los conocí, a ellos y a otros religiosos que trabajaban con nosotros —respondió con los ojos cerrados.

—¡Pero a ellos los mataron! —le recriminé con enfado ante la brevedad de su respuesta.

—Lo sé, y prácticamente me culpo cada día por haber participado en aquel complot y no haber intentado pararlo.

—¿Tuviste algo que ver con sus muertes? Dime la verdad, Maarten.

—No, por supuesto que no, puedes estar segura. Pero tampoco hice nada para evitarlo. Y no fueron los únicos —añadió con los ojos vidriosos.

—¿Quién fue? —grité—, ¿quiénes lo hicieron?

—Los que dirigían nuestras maniobras, pero fue culpa de todos —contestó con la aparición de las primeras lágrimas. Inmediatamente se tapó la cara con las manos y escuché un tímido llanto—. Actuaron como si fueran la Inquisición y nuestros países les dejaron hacerlo. Cualquier riesgo de que pudieran delatarnos lo resolvían con una muerte. Fue horrible —continuó hablando con el rostro tapado.

—¿Estaba involucrado el papa?, ¿él también?

—Los papas, querrás decir. Hubo tres en ese periodo, si no recuerdo mal, pero ellos no sabían nada. Tal vez Pablo VI, pero únicamente la idea, no la forma de ejecutarla. Siempre he creído que no lo habrían permitido. Fueron otros miembros de la curia romana.

—Maarten, todo esto es mucho más grave de lo que imaginaba, muchísimo más. No me cabe la menor duda de que lo sabes, y tampoco de que conoces las consecuencias que tendría si llegase a oídos de la opinión pública. Has pasado muchos años callado ignorando que siguen cometiendo crímenes, pero ahora hay que pararlos, debemos hacerlo. Por favor, dime quiénes son. Necesito saber quién ha matado a mi vecino.

En ese instante el holandés se levantó y se disculpó diciendo que necesitaba limpiarse la cara —de las lágrimas, supuse—, pero me

asusté, y durante su ausencia volví a sacar el móvil del bolso con la intención de llamar. No lo hice porque vi que regresaba con la misma tranquilidad con la que me había dejado y, acto seguido, empezó a contestar a mi ruego.

—Cuando todo terminó, acordamos que nadie hablaría jamás de aquella intriga ni de nada de lo ocurrido durante esos años. Los países involucrados clasificaron la información como si no hubiese pasado, y además un par de religiosos se encargarían de asegurar que nunca saliese a la luz. A lo largo de los años me he enterado del fallecimiento de algunas personas que conocí en Barcelona y siempre he tenido la misma duda: si había sido de muerte natural o no.

—¿Y mi vecino? —volví a preguntarle.

—No lo sé, pero me dijiste que su trabajo era informar si alguien preguntaba por lo que no debía.

—Sí, es eso, nada más.

—Seguramente los amenazara, o tal vez quiso delatarlos.

—Él no sabía nada.

—¿Estás segura?

—No, pero creo que no me equivoco.

—Entonces sería cualquier otro motivo. Hasta pudo incomodarlos que supiese quiénes eran.

—¿Vas a decirme quiénes son?

—Uno estuvo desde el inicio. Era joven, de Barcelona, y al principio parecía buena persona, pero poco a poco fue manifestando un carácter..., como te diría, malvado, sí, malvado. Él tenía la misión de conseguir todo lo que necesitábamos, porque le abrían muchas puertas con facilidad a pesar de su juventud. Y cuando todo acabó pasó a ocuparse de controlar la cuestión y asegurarse de que nadie hablase, aunque creo que de aquellos años solo debo de quedar yo. Siempre he pensado que él fue el responsable de los crímenes. Quizá no directamente, pero sí de encargarse de que se llevasen a cabo.

—¿Sabes su nombre?

—Es un sacerdote. Me llama cada tres o cuatro meses recordándome el compromiso, siempre lo mismo. Se llama Juvé, Pau Juvé. Su tío fue cardenal y arzobispo, así que supongo que él lo metió en este embrollo —declaró finalmente.

Mientras escuchaba el nombre del religioso noté como se transformaba mi rostro, no podía creérmelo.

—Maarten, puedes estar en peligro, debemos ir inmediatamente a la policía —reaccioné pasados unos segundos.

—Berta, ¿a qué viene eso?

—Pau Juvé murió hace ocho días. Dicen que se suicidó, pero no me lo creo. Todo concuerda. Creo que fue Juvé quien mató a mi vecino al advertirle que yo estaba haciendo preguntas sobre los antiguos ocupantes del edificio. Quería acabar con todo aquel que supiera alguna cosa relacionada con el asunto que me has contado. Y seguramente por la misma razón lo asesinaron... Y ahora puede tocarte a ti. Creo que están intentando quitaros de en medio a todos los que quedáis.

—¿Y tú? Por la misma razón habrían intentado matarte.

—Lo he pensado, pero hasta hoy yo no sabía nada, y sois pocos los que podíais contármelo.

—Pero ahora lo sabes.

—Y por primera vez siento miedo de verdad, Maarten.

—Tranquilízate. No digo que no pueda ser lo que piensas, pero déjame hablarte primero del otro religioso que sigue vivo, que siempre estuvo por encima de todos y era el que realmente mandaba. Hablo del cardenal Pierre Troubal, que fue hasta hace poco arzobispo de París. Verás, cuando se organizó el complot confiaron en el entonces arzobispo de París, monseñor Tarty.

—¿Has dicho Tarty? —le interrumpí.

—Sí, Antoine Tarty. ¿Te suena?

—Una religiosa me dijo en Ruan que Anne-Sophie Chevalier lo conocía bien.

—Seguramente, por eso la mandaron a Barcelona. Déjame terminar, Berta, esto puede calmar tu miedo. Tarty cumplía órdenes, pero era algo que no iba con él. Era un hombre bueno y muy comprometido con su cargo, por eso se desentendió y delegó en Troubal, que entonces dirigía un seminario. Aunque su ascenso fue rápido. Lo nombraron vicario general del arzobispado y actualmente es cardenal.

—¿Podría ser él quien está acabando con todos?

—Troubal, si no ha cumplido ya los ochenta años, está cerca de hacerlo, y a esa edad dudo mucho que pueda ser el autor.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por mí. Cuando llegas a esta edad lo único que buscas es

redimirte. Además lo conocí, su carácter era otro, no tenía la maldad de Juvé. Y todas las Navidades me manda una felicitación, nunca ha fallado. Estuviese destinado donde estuviese, conseguía mi dirección y me felicitaba, y sigue haciéndolo. Mira —me dijo mientras después de abrir uno de los cajones del escritorio me mostraba la última tarjeta—. ¿Ves lo que escribe? Siempre ha sido muy cordial.

—Entonces, ¿quién?

—Nadie de nosotros. ¿No has llegado a pensarlo? Igual Juvé sí que se suicidó. Mató a tu vecino por cualquier motivo, que incluso pudo ser ajeno a la conspiración, y terminó suicidándose. Motivos, seguramente, no le faltaban.

—Igual estás en lo cierto —respondí resignada después de un instante de silencio y reflexión.

—No puedo asegurarlo, como tampoco lo puedes hacer tú, Berta. Lo cierto es que tu vecino ya no está, lo mataron, en eso coincido contigo. Pero resulta extraño, además de injusto, por supuesto, porque ya ha pasado mucho tiempo de la confabulación que dirigimos desde Barcelona.

—Bueno, ¿y ahora qué? Ahora que sé lo que ocurrió, ¿cómo debería actuar?

—Si lo filtrases a la prensa, o incluso si te ayudase a hacerlo, crearíamos un cisma que no sería bueno para nadie. No es el momento de generar más desavenencias y rupturas entre países, más bien todo lo contrario. Y a la Iglesia le estaríamos poniendo una soga al cuello, con lo que ya tiene encima. Por otro lado, después de hablar contigo por teléfono el otro día le di vueltas a la siguiente idea. Pensaba que tal vez podrías escribirlo en clave de ficción. Sería tu objetivo, tu idea, y muchos lectores lo confundirían con la realidad. Sería otra manera de hacer justicia.

—Deja que le dé unas vueltas, pero no suena mal.

—Si necesitas que te ayude, dímelo.

—Gracias —le respondí, sin que la resignación me hubiese llegado aún—. Una última cosa, Maarten. ¿Crees que podría contactar con el cardenal Troubal para conocer su versión, igual que hice contigo?

—Yo no lo haría, al menos por ahora, pero es algo que debes decidir tú —contestó el holandés mientras sacaba una tarjeta de visita de dentro del sobre de la felicitación que me había enseñado y me la

entregaba—. Estos son sus datos personales, siempre me los envía. Sigue viviendo en París, y ahí tienes su teléfono y su mail. Si decides ponerte en contacto con él, igual es mejor llamarlo; quién sabe, quizá su correo lo lee otra persona, mejor no arriesgar. Pero ya te digo, yo esperaría un tiempo, al menos piénsalo antes de hacerlo.

—Muchas gracias, Maarten, me has devuelto algo de tranquilidad y me has regalado un proyecto.

—También yo me quedo más tranquilo habiéndolo contado por fin. Lo necesitaba. Pero sé prudente, Berta. No lo airees de cualquier manera, nunca se sabe. Y si tienes dudas de cómo actuar, llámame.

Nos despedimos en el vestíbulo de la entrada con un cariñoso abrazo y quedamos en volver a hablar muy pronto.

Salí de la casa del holandés con un ejemplar de su último libro bajo el brazo, y delante del puente 226 vi a Chris, que estaba justo al otro lado. Me apresuré a cruzar, cerciorándome primero de que Maarten ya había cerrado la puerta, y al acercarme a él le pregunté enojada:

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte, ¿sabes qué hora es? Estaba muy preocupado, a punto de llamar a la policía —respondió.

Yo comprobé la hora y entendí su actitud: eran las ocho de la tarde.

—Perdona, Chris, en ningún momento he mirado el reloj, y como ahora anochece tan tarde no me he percatado del tiempo que llevaba en casa de Maarten.

El periodista norteamericano y yo anduvimos por lo menos veinticinco minutos hasta un restaurante de moda en Reestraat. El miedo a que me acechase algún peligro no había desaparecido, y durante el trayecto me giré en varias ocasiones para confirmar que no me seguían.

Chris insistía en que le contase el contenido del encuentro con el holandés, pero no lo hice hasta que estuvimos sentados.

Desde que nos sirvieron las bebidas hasta que terminamos el segundo plato no dejé de hablar, se lo conté todo, hasta el más mínimo detalle. Él no me interrumpió en ningún momento, me

escuchaba y me miraba fijamente a los ojos con un semblante de asombro. Al terminar mi exposición, se mantuvo mudo y pensativo. Se tocaba la cara, agachaba la cabeza y miraba su plato vacío, la levantaba y me miraba a mí, hasta que de pronto me dijo:

—Pues vas a tener razón, con esto nos darían el Pulitzer. Si hay algo de verdad, claro.

—¿No te parece lo más espeluznante que has escuchado nunca?

—Seguramente —concluyó envuelto en un sinfín de gestos que no acerté a entender.

—Chris, tenemos que pensarlo. Maarten tiene razón, igual es un error hacerlo público.

—En eso estoy de acuerdo con el viejo —dijo despectivamente, o eso me pareció.

—No lo llames así, es un buen hombre; mayor pero un buen hombre —le recriminé.

—Perdóname, entre esta historia y el pánico que he sentido mientras te esperaba, no sé lo que digo —se excusó.

—¿Entonces?

—Si no lo contamos, nos quedamos sin el premio, y si lo hacemos, a saber qué puede pasar, pero lo veo muy arriesgado. Su idea me parece acertada, así matarías dos pájaros de un tiro. La historia quedaría escrita y tu dedicación a esa actividad te ayudaría a pasar página y mirar hacia delante.

—Pero ¿y tú?, ¿qué sacarías tú de esto?

—Olvídate de mí, con una invitación para conocer Baiona tengo suficiente.

—¿Seguro? ¿Como periodista no sentirás frustración por no poder contarlo?

—Seguro. No es la primera vez, terminas acostumbrándote —respondió moviendo los hombros—. Berta, si vas a escribirlo, aunque sea como ficción, deberías asegurarte de que es cierto.

—¿Lo crees necesario?

—Por supuesto. Imagínate que lo que escribas trasciende más allá de lo previsto y alguien empieza a investigar pensando que pueda haber algo de verdad, lo mismo que has hecho tú.

—Tienes razón, Chris.

—Llama al cardenal francés. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Pierre Troubal.

—Eso. Llámalo e intenta confirmar la versión del holandés.

—Maarten me lo desaconsejó, no cree que sea el momento. Él lo conoce.

—De Vries no va a hacer nada. Eres tú quien, si al final lo decides, vas a escribirlo. Intenta hablar con Troubal, Berta.

—Lo pensaré. Ahora que he conseguido las respuestas que buscaba tengo tiempo.

Al terminar la cena fuimos andando hasta nuestro hotel. Un paseo tranquilo y agradable y una conversación fácil sobre asuntos triviales, necesitaba despejar la mente. Como el vuelo de regreso a Barcelona salía a las seis de la tarde del día siguiente planeamos pasar la mañana visitando una nueva zona de la ciudad que nos recomendaron en el restaurante.

Cuando llegamos a Ámsterdam, Chris se había llevado mi maleta y la había dejado en la recepción. Así que al llegar me registré, recogí mi equipaje y me despedí de él en el ascensor, pues nuestras habitaciones se encontraban en plantas distintas.

Me desvestí nada más entrar y en el enorme receptáculo de cristal de la ducha dejé que el chorro de agua me cubriese durante algunos minutos. Después, cuando me sequé la piel, caí rendida en la cama, como si no hubiese dormido desde hacía mucho tiempo.

14

Frialdad

A la una de la madrugada, amparado por el silencio de la ciudad, un hombre, sentado en el banco de la Jodenbreestraat que se encuentra justo enfrente de la casa del siglo XVII en la que vivió y pintó Rembrandt, leía un viejo y diminuto libro encuadernado a la holandesa.

Aún no habían dado las dos cuando se levantó, se cubrió la cabeza con una gorra elástica negra y calzado con sus deportivas oscuras echó a andar.

Muy despacio, como si la ciudad fuese de su propiedad, cruzó primero el puente 287 y después el 230 hasta llegar por Raamgracht al 226.

De pie frente a la puerta principal de la vivienda de Maarten de Vries, emulando a un cirujano antes de una intervención, se enfundó unos guantes y manipuló la sencilla cerradura. Lo hizo con tanta calma y sigilo que se volvió prácticamente invisible. La abrió sin forzar el bombín, se descalzó antes de entrar y cruzó el umbral, cerrando la puerta tras de sí.

Subió las escaleras hasta el primer piso con pasos cortos y firmes para evitar que la madera del suelo crujiese. Al llegar, como si no fuese la primera vez que visitaba aquella casa, se dirigió al escritorio. El teléfono móvil del holandés, conectado al cable para cargar la batería, reposaba sobre la mesa. Lo desconectó y se lo guardó en un bolsillo del pantalón.

Demostrando una imposible frialdad y la ausencia de cualquier temor inspeccionó cuidadosamente el contenido de los cajones de la mesa del holandés y, al terminar, recorrió las estanterías ojeando algunos de los libros que allí descansaban. Su actitud era lo más parecido a una combinación de poder, dominio, control y una pizca de perturbación.

Cuando terminó con la biblioteca subió hasta la segunda planta con la misma serenidad con la que había accedido a la casa, giró a la izquierda seguro de su camino y anduvo por el pasillo hasta el dormitorio de Maarten. La puerta estaba entreabierta. Sacó con la mano derecha un pequeño revolver del interior de la chaqueta y entró. Localizó un taburete, lo acercó hasta un costado de la cama y se sentó. Después de contemplar durante algunos segundos al dormido De Vries, analizando hasta las arrugas de su rostro, lo apuntó con el silenciador del arma mientras con la mano izquierda le tapaba con fuerza la boca. El propietario de la vivienda se despertó sobresaltado y asustado.

—Si levantas la voz o haces cualquier movimiento extraño vaciaré el cargador en tu cerebro, no lo dudes.

—¿Quién es usted? —preguntó atemorizado Maarten.

—Eso es lo que menos te debería importar en este momento. Ahora trágate cuatro píldoras del frasco amarillo y enséñamelas antes de metértelas en la boca —respondió el acosador señalando el bote de un ansiolítico muy conocido que reposaba junto a un vaso de agua sobre la mesita de noche. De Vries debía de tener algún que otro problema con el sueño.

—¡Ni pensarlo! —se envalentonó el diplomático retirado.

—Si te las hago tragar yo, te dolerá. Hazlo y acompáñame —contestó el intruso apretando la punta del silenciador contra la sien izquierda de su víctima y dejándole ver los ojos, que se escondían bajo la visera de la gorra.

Maarten no lo dudó y se las tragó. Seguidamente se levantó y, con la pistola clavada en la espalda, salió del cuarto.

Durante el recorrido, el holandés siguió intentando averiguar algo de su atacante.

—¿Lo envía Troubal? —volvió a preguntar sin resultado—. Seguro, solo puede ser él, me ha tenido engañado todo este tiempo. No pienso decir nada, se lo juro. ¡Contésteme!

Cada vez que abría la boca en busca de alguna respuesta sentía como el revólver le presionaba las vértebras con más fuerza.

Llegaron hasta la escalera, y el holandés, que ya debía de imaginarse el final, habló por última vez intentando desesperadamente desvincular a Berta de todo aquel oscuro asunto.

—Ella no sabe nada, no le he contado nada. Déjenla en paz, se lo

ruego. No se equivoquen, cometerán un error, déjenla. Usted haga lo que quiera conmigo, pero a ella déjela, se lo suplico.

Al tiempo que De Vries articulaba la última palabra, el agresor, que se encontraba detrás de él, empujó con violencia su cabeza contra el remate ornamental de la barandilla mientras le susurraba al oído: «Es tu turno. Una lástima que tu próxima obra no vaya a ver la luz, me gusta lo que escribes». El fuerte impacto hizo que el propietario de la casa cayese inconsciente al suelo con el rostro envuelto en la sangre que manaba a borbotones de la parte superior de su frente.

El desconocido se agachó, examinó la herida y comprobó que su víctima seguía respirando. Dejó la pistola en el suelo, levantó a Maarten rodeándole el torso con los brazos y, cuando lo tuvo en pie, con la mano derecha volvió a estamparle la cabeza contra el remate. Tras confirmar que la brecha del primer golpe había incrementado su tamaño notablemente, lo empujó con violencia escaleras abajo. El cuerpo del holandés rodó hasta detenerse en el rellano de la escalera, entre el primer piso y el segundo.

Sin abandonar la indiferencia que había demostrado hasta el momento, el asesino se sentó en el peldaño más cercano a De Vries, sacó el diminuto y viejo libro de encuadernación holandesa y acompañó al diplomático retirado en sus últimos veinte minutos de vida, hasta que sufrió una convulsión y dejó de respirar.

El criminal bajó las escaleras con calma, procurando no mancharse los pies con el reguero de sangre. Salió de la casa como si fuese la suya, se calzó, y antes de desaparecer en la oscuridad de la noche de Ámsterdam arrojó el teléfono de su víctima al agua del Groenburgwal.

15

La postal

El que prometía ser un plácido viernes amanecí a las seis y media de la mañana. Me encontraba bien, descansada y tranquila. Antes de asearme le envié un mensaje a Maarten. Me pareció oportuno agradecerle de nuevo el encuentro en su casa y, por qué no, invitarlo a venir a Barcelona cuando él lo desease. No sabía si los recuerdos de mi edificio podrían pesarle, pero tal vez fuese todo lo contrario y le sirviesen para rememorar la juventud, los amigos y hasta algún episodio de la vida con su querida mujer.

Cuando estuve lista bajé a la calle. Con Chris había quedado a las nueve y aún me quedaba más de hora y media. Justo al lado del hotel, en un local de moda, me tomé un capuchino y una tostada con aguacate y salmón. Mientras desayunaba estuve pensando en la propuesta del holandés, ese libro en el que contar la conspiración vestida de ficción para no provocar más problemas de los que ya acuciaban al mundo. Cuantas más vueltas le daba, mi convencimiento era mayor.

Al terminar me acerqué hasta la orilla del Amstel, a dos manzanas de donde me encontraba, y anduve a ritmo de paseo y sin destino cruzando de un canal a otro, como si me encontrase dentro de un laberinto con múltiples salidas.

De vuelta en el hotel coincidí en la recepción con mi amigo, que se disponía a desayunar en la cafetería, así que aproveché para hacer el *check-out* y dejar la maleta en la consigna. Antes de marcharnos nos tomamos juntos un segundo café mañanero.

—Al verte lo he pensado, tienes cara de haber dormido bien —me dijo Chris tan pronto me senté en el taburete de la barra.

—Sí, me he despertado pronto, como siempre, pero me costó muy poco dormirme. Creo que las cosas se están empezando a poner en su sitio.

—Esa es una buena noticia, Berta. ¿Has pensado en lo que hablamos anoche?

—¿Te refieres a lo de escribir la historia?

—No, a llamar a Troubal. Antes de empezar a escribir deberías hacerlo, tienes que contrastar la información.

—No te preocupes, lo haré, no pulsaré una tecla sin haber hablado antes con él —respondí para complacerle. El periodista solía ser muy insistente, y la mejor forma de zanjar el tema era hacerle caso. Además, en este asunto su consejo contenía una buena dosis de sensatez—. Creo que no te lo he dicho aún, gracias por tu apoyo y por estar aquí conmigo, Chris.

—Ya me las darás cuando termines —resolvió mi amigo mientras pagaba la cuenta.

El norteamericano había comprobado en internet que la zona de la ciudad que nos habían recomendado tenía más vida nocturna que diurna y era más interesante de noche, de modo que decidimos cambiar de planes y optar por algo más tradicional, un paseo temático en barco por la ciudad. Después ya decidiríamos qué hacer.

Nos embarcamos muy cerca de la casa de Maarten de Vries y navegamos noventa minutos por los canales acompañados de una joven estudiante de arquitectura que nos descubrió las curiosidades de algunos edificios de la capital holandesa y cómo era la vida en ellos cuando se construyeron.

Durante la travesía consulté un mensaje de mi hijo, y pude comprobar que el teléfono de De Vries no había recibido el mío. Me resultó extraño que a las once de la mañana aún no lo hubiese puesto en marcha, pero no entiendo de tecnología, y vete a saber si podía ser un error o que se hubiese quedado en eso que llaman la nube. Sigo pensando que hoy en día mantenemos las mismas malas costumbres que cuando yo tenía veinte años. Entonces, si eras fumadora, te levantabas y con el café encendías el primer cigarrillo, no podías esperar. Actualmente es casi peor, antes de poner uno de los dos pies en el suelo necesitamos mirar la pantalla del minúsculo y algunas veces odioso aparato.

Desembarcamos a las once y media, y a pesar de que Chris se sentía algo mareado nos metimos en una tienda de recuerdos que se

encontraba en la salida del muelle como si fuésemos dos turistas más.

—Berta, ¿puede ser este el cuadro del que te habló De Vries? —me preguntó el norteamericano mostrándome una postal que había cogido de un expositor giratorio.

—Sí, es ese, el *Zuiderkerk* de Monet.

—Pero no parece que se vea su casa.

—No se ve, pero está justo detrás de esos árboles —le indiqué apuntando con el índice la parte central izquierda de la postal. Tampoco es que yo sea una experta en arte, ni una gran aficionada, pero esa obra la conocía.

—Está bien —concluyó el periodista, mostrando un hasta ahora desconocido interés por la pintura, al menos para mí.

—Voy a comprarla y la dejaré en casa de Maarten, estamos muy cerca —dije con decisión.

—¿Para qué?

—Esta mañana le he escrito para invitarlo a venir a Barcelona y darle las gracias por lo de ayer, pero no me ha contestado. Seguramente no le ha llegado mi mensaje. Se lo escribiré en la postal y se la dejaré. ¿Me acompañas? Son solo diez minutos, está aquí al lado. No te va a ver, la dejaré en el buzón.

—¿Te importa ir sola? Sigo un poco mareado. Te espero en aquella terraza, a ver si consigo que se me pase —me sugirió el periodista señalándome un bar.

—Claro, espérame, iré rápido —manifesté—. Por cierto, ¿tienes un bolígrafo? El mío lo he dejado en la maleta.

—Toma, te espero allí.

Rellené la postal en la tienda y después me dirigí al edificio del holandés. Aunque lo busqué a conciencia, me resultó imposible encontrar el buzón de correo, así que subí los escalones de la entrada y me agaché para deslizar la tarjeta por debajo de la puerta. Justo cuando la había dejado y me estaba levantando se abrió.

—*Wie ben jij?*

—¿Perdón? —le respondí a la mujer, que hablaba en un holandés que yo no entendía. Supuse que debía de ser la asistenta del antiguo diplomático.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar, esta vez en un más que

digno inglés.

—Una conocida del señor De Vries. Le estaba dejando una postal, le agradecería que se la entregase.

—Eso no va a ser posible, el señor ha muerto —contestó mientras agachaba la cabeza, apretaba los ojos y empezaba a llorar en silencio, o eso interpreté.

—¿Qué?

Le dejé caer la pregunta tan pesadamente como una losa mientras empezaba a sentir que me faltaba el aire. La mujer se debió de percatar de mi estado y me invitó a entrar, y las dos nos sentamos en el primer peldaño de la escalera interior.

—¿Se encuentra bien? —se interesó.

—No.

Le dije la verdad, en aquel momento me encontraba mal, muy mal.

—Le traigo agua, espere.

Se ausentó un instante y volvió con un vaso.

—Gracias —logré decir tras un largo sorbo—. Ayer por la tarde estuve con él. No puede ser, ¿qué le ha pasado?

—Un accidente. Anoche se despertó y debió de salir a oscuras del dormitorio. A veces lo hacía, cuando le costaba dormir se levantaba para escribir. Pero al parecer tropezó con la barandilla y se cayó por las escaleras. Ya era muy mayor para vivir solo, se lo llevaba diciendo desde hace meses. Yo me presté a quedarme por las noches, pero no quiso.

—Perdone, ¿cómo lo sabe? —pregunté con esfuerzo, tratando de recuperar el aliento y obviando el temor que se había apoderado de mí.

—¿A qué se refiere?

—Que tropezó y se cayó.

—Es lo que me ha explicado la policía.

—¿Le importaría contármelo?

—He llegado esta mañana a las siete en punto, como cada día menos los domingos. A esa hora el señor suele estar despierto y hay luz en la casa, pero hoy estaba toda a oscuras, como si siguiese durmiendo, así que he subido para ver si estaba bien. Lo siento... —Paró de hablar mientras sacaba un pañuelo del mandil y se secaba los ojos—. Me lo he encontrado en las escaleras envuelto en sangre. Le he

gritado pero no respondía.

»La policía ha venido enseguida, ellos y una ambulancia. Me han dicho que ha muerto por el golpe que se dio en la cabeza con el remate que decora la barandilla y que al desplomarse se cayó por las escaleras. Era tan buena persona, no sabe lo bueno que era.

—Me lo imagino. ¿Se han ido hace mucho? La policía y los médicos, quiero decir —seguí preguntándole como pude a pesar de mi malestar. Tenía que hacerlo, necesitaba saber qué le había pasado a mi confidente.

—Hace algo más de una hora. Vino el juez y se llevaron el cuerpo.

—¿Y no le han pedido nada a usted ni han revisado la casa?

—Me han hecho muchas preguntas, y la casa está bien, perfecta, como siempre. Les he dejado mi teléfono por si necesitan algo y les he dado el de un sobrino del señor; necesitarán hablar con alguien de la familia. Él no tenía hijos... Lo sabe, ¿verdad?

—Sí, lo sé. ¿Y qué ha hecho usted después?

—Quería irme, estoy muy afectada. ¿Se imagina? Llevo quince años viniendo casi cada día, cada día.

—¿Y por qué no se ha ido?

—Ahora me iré, pero no podía dejar la casa así. He limpiado las escaleras de sangre y he arreglado el dormitorio del señor, como a él le gustaba. Ahora repasaré la cocina y me iré.

—Disculpe, ya me lo ha dicho, pero ¿no hay nada, nada, ningún detalle que no sea habitual?

—No, nada. Bueno, algo, pero ya había pasado otras veces.

—¿Qué cosa?

—No encuentro el móvil del señor. Él lo deja todas las noches cargando en su escritorio, y yo, por las mañanas, lo desenchufo. Esta mañana solo he encontrado el cable, el teléfono no está. Incluso he llamado para ver si sonaba por la casa, pero me aparece como apagado.

—¿No lo encuentra extraño? Parecía una persona muy meticulosa.

—Sí, lo era, y mucho, pero no es la primera vez que lo pierde, ya le había pasado otras veces. También se lo he contado a la policía.

—Muchas gracias. ¿Le importaría darme su número de teléfono? Por si necesito localizar a algún familiar.

—Se lo apunto, y llámeme cuando quiera.

La mujer anotó el número, intercambiamos nuestros nombres y nos despedimos en la puerta.

Había pasado treinta minutos en aquella casa y ni siquiera me había dado cuenta de que Chris me había llamado un par de veces. Acudí a paso ligero hasta la terraza en la que me esperaba el periodista, me senté a su lado, le agarré fuertemente la muñeca izquierda y le pedí que nos marchásemos inmediatamente de allí.

Lo arrastré hasta llevarlo a un lugar junto al río, despejado pero a la vez concurrido —tenía miedo—, y nos sentamos en un banco, detrás del monumento a la resistencia judía.

—¿Qué sucede, Berta? Estás temblando —me preguntó preocupado.

—Está muerto. ¡Maarten está muerto! —Se lo revelé sin dejar de girar la cabeza de lado a lado como si me hubiese vuelto loca—. Y estoy convencida de que me están siguiendo. Anoche cuando fuimos a cenar tuve esa sensación, pero ahora estoy segura.

—Por favor, Berta, intenta calmarte y cuéntame qué ha pasado con el holandés.

Le conté a Chris lo ocurrido y le transmití el pánico que sentía. Lo de Maarten no podía ser una casualidad, y yo sería la siguiente. Y puede que ahora mi amigo también estuviese en la lista.

—Te creo y te entiendo. Son demasiadas coincidencias —intentó sosegarme el americano poniéndose en mi lugar—. Ahora procura pensar con claridad, a ver si hay algo que se te haya escapado y que nos pueda ayudar a acabar con esto.

—Ya lo hago, te juro que no he parado de hacerlo desde el principio. Lo que no termino de comprender es a qué están esperando, por qué no lo han intentado aún conmigo. Leo me delató y lo mataron. Cuando me marché a Londres se encargaron de Pau Juvé, y esta vez, después de verme con Maarten, acaban con él. Tiene que ser la misma persona la que está detrás de sus muertes.

—O personas. A no ser que lo digas por Troubal.

—El cardenal no ha podido hacerlo directamente, tiene casi ochenta años; él únicamente puede haber dado las órdenes.

—Tienes que llamarlo.

—¡No! Tengo que ir a la policía ahora mismo, es la única solución.

—Berta, no lo puedes hacer, ¿no te das cuenta? Ayer estuviste con él. ¿Qué les vas a contar?, ¿que pasaste la tarde en su casa y que hoy ha aparecido muerto? Y primero les expondrás una inverosímil historia en la que, entre otros, está Holanda, su país, como partícipe de una conspiración. ¿Quién te va a creer? ¿Cómo lo van a verificar? ¿Y si la policía española les cuenta que también estuviste muy cerca de la muerte de tu vecino? ¿No lo ves? Vas a parecer la principal sospechosa de unas muertes que para ellos son accidentales. Solo tú y yo sabemos que los han matado, y no nos creerán.

—Y el asesino, él también lo sabe.

—Por eso te digo que lo llames. Llama a Troubal.

—¿Para qué? Si de momento no podemos contar con la policía, hagámoslo con la prensa. Tú eres periodista, consíguelo, haz pública la historia —le supliqué a Chris.

—Berta, no es tan fácil y rápido como piensas. Me llevaría tiempo, y mientras podrían hacerte daño.

—¿Entonces?

—Te lo he dicho, perdona que insista. Llamemos al cardenal, enfréntate a él, es la única manera que veo de parar esto.

—¿Y qué le digo?

—Aún no lo tengo del todo claro, pero puedes amenazarlo. Él no debe de saber exactamente lo que sabes ni tampoco si tienes o no pruebas que puedan confirmarlo y comprometerlo.

—Hum... No sé si es lo acertado, pero hagámoslo. Vamos al hotel, allí estaremos más tranquilos y seguros —propuse tras recapacitar unos segundos sobre la sugerencia de Chris. Él tenía respuestas para todo y yo solo pavor, así que lo mejor era hacerle caso.

A la una del mediodía, sentados al fondo de una de las estancias exclusivas para huéspedes del hotel que en aquel momento se encontraba vacía, me dispuse a marcar el número de teléfono que aparecía en la tarjeta que me había entregado Maarten de Vries.

La llamada acabó con la respuesta en francés del buzón de voz: «Le atiende el contestador de monseñor Troubal. Por favor, deje su mensaje y le contactará tan pronto como le sea posible».

Lo volví a intentar con el mismo resultado, pero esta vez le dejé un mensaje: «Soy Berta Lennox, vivo en Monterols, 29 y sé todo lo que ocurrió allí en los años ochenta. Llámeme».

Chris y yo nos quedamos en silencio mirando mi teléfono como si estuviésemos seguros de que nos devolvería la llamada; y así fue, no pasaron ni cinco minutos y empezó a sonar.

—Dígame —respondí, enérgica y en inglés, aunque asustada porque el miedo seguía dentro de mí.

—¿Berta Lennox? —preguntó el cardenal en el mismo idioma anglosajón, con una voz fina y delicada que parecía hasta ridícula.

—Así es. Ya sabe por qué lo he llamado.

—Me lo imagino, pero ¿podría darme detalles? No querría estar confundido —pidió con el mismo tono absurdo y molesto, como si no terminase de comprender mi llamada.

—¿Detalles? ¡Cómo tiene la desfachatez! —le grité furiosa, tanto que Chris tuvo que pedirme con señas que bajase la voz.

—Eso es lo que le he pedido. Cálmese, será la única manera de entendernos —replicó cínicamente el cardenal.

—Mata u ordena matar, me da igual, a Sabaté, a Juvé y ahora a De Vries, ¿y me pide que me calme? ¿Qué clase de religioso es usted? —volví a levantar la voz indignada.

—Una verdadera lástima lo de Juvé, es lo único que le puedo decir, pero ¿De Vries...? —intentó preguntarme antes de que yo lo interrumpiera.

—¿Cómo se atreve?

—Mire, yo también siento lo de aquel hombre que manteníamos en Barcelona, imagino que se refiere a él, pero ¿De Vries...? —preguntó de nuevo con el mismo poco éxito que antes, pues lo corté antes de que acabara la frase.

—Es usted el mismísimo diablo, pienso denunciarlo y hacer pública toda su miseria. Lo sé todo y lo pienso destrozar —expresé con una rabia incontenida que iba creciendo cada vez que mi interlocutor hablaba.

—Entiendo su ira, pero así es difícil que podamos dialogar. Si usted habla hará mucho más daño del que todo este asunto ha generado. En cambio, si nos vemos, podríamos buscar juntos la manera de arreglarlo —concluyó Pierre Troubal, ofreciendo exactamente lo que pretendía Chris, algún acuerdo que evitase que yo

fuese la siguiente.

El periodista, que tenía la oreja pegada a mi teléfono, me hizo gestos y señales para que intentase cerrar un encuentro.

—¿Dónde y cuándo? —le pregunté.

—En mi domicilio de París cuando usted me diga. En otro lugar sería más complicado, ya no tengo tanta autonomía —propuso Troubal—. Y no se preocupe, no correrá peligro. Si nos citamos pronto, estaremos usted y yo solos, mis asistentes no llegan hasta las diez.

—Mañana a las ocho de la mañana —respondí consciente de lo que decía. No regresaría por la tarde a Barcelona y buscaría un tren para viajar ese mismo viernes a la capital francesa—. No iré sola, el periodista americano vendrá conmigo. Y no se le ocurra jugárnosla.

—¿Quién? —preguntó como si no supiese nada de Chris. Tampoco le di importancia, no tenía por qué saber que mi amigo estaba al tanto de todo.

—Él también conoce su trama.

—De acuerdo. Los espero a las ocho en el número 6 de la rue René Villermé. Está junto a la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Espero que mañana esté más tranquila y dialogante y podamos dar con una solución que nos satisfaga a los dos. Y por cierto, no se preocupe, no se la jugaré, como usted dice.

Terminó de hablar y colgó el teléfono sin pronunciar ni una palabra más.

Chris y yo, después de comprar por internet dos pasajes de tren a París y de reservar el hotel, pasamos la siguiente media hora intentando analizar la llamada y cada uno de los comentarios de Troubal, pero todo eran conjeturas y juicios subjetivos.

Al cardenal no le había sorprendido que pudiésemos quedar tan pronto en la capital francesa. Eso demostraba que nos estaban siguiendo y sabían que continuábamos en Ámsterdam, a solo tres horas en ferrocarril de la cita.

A mí su cinismo me había desconcertado. Parecía parco en palabras y distante, pero había controlado la situación perfectamente, aunque en algún momento me había dado la impresión de que no estaba bien informado de todo lo ocurrido. Chris lo entendió de otra

manera: con su hipócrita forma de indagar diciendo lo justo quería demostrarnos su poder, el que tenía o el que creía tener, pero muy superior al nuestro.

Un taxi nos llevó hasta la Estación Central sin que mi estrés por los horarios fijos hiciese acto de presencia, y a las tres y cuarto nuestro Thalys, el tren rápido, que por cierto fue carísimo, se puso en marcha en dirección a París.

No podíamos quitarnos de la cabeza, al menos yo, lo que había ocurrido. Tampoco la llamada y menos aún la cita que tendríamos al día siguiente.

—Berta, llegaremos a las seis y media, las tiendas aún estarán abiertas, lo digo por si necesitas comprarte alguna cosa para mañana —me comentó Chris intentando cambiar de tema para serenarnos.

—No te preocupes, siempre viajo con ropa de más, nunca se sabe. Pero te acompaño si tú necesitas algo.

—Soy tan precavido como tú, tampoco necesito comprar nada. —Precavido y presumido, pensé para mí—. No hemos comido y ya son las cuatro, ¿me acompañas al vagón bar?

—Tengo el estómago cerrado, pero vamos.

Apoyados en una estrecha barra junto a los ventanales, con un sándwich vegetal y dos botellas de agua ejerciendo de frontera entre nosotros, me resultó imposible hablar de otra cosa.

—He buscado en una aplicación el lugar en el que hemos quedado con Troubal —le comenté al norteamericano.

—¿Dónde está?

—Bastante céntrico, en el distrito once. Es una pequeña y antigua casa de dos plantas que parece un anexo de la basílica que hay justo detrás de ella. Hasta comparten la enredadera que cubre las paredes de ambas.

—¿Ha dicho que vivía allí?

—Sí. Según lo que he encontrado pertenece a la archidiócesis de París, no nos ha mentido —le confirmé—. He sido demasiado impulsiva al proponerle la hora, y también deberíamos haber quedado en otro lugar, ¿no crees?

—¿Te da miedo?

—Te engañaría si te dijese que no. ¿La mañana de un sábado y

tan pronto? No habrá nadie. Y la parroquia de al lado he visto que no abre hasta las diez. Los asesinos podrían esperarnos dentro de la vivienda y nadie se enteraría de nuestra desaparición.

—No ocurrirá, hazme caso.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Por lo mismo por lo que aún no te ha pasado nada y porque ha querido que os veáis, aunque yo también acuda. Él no tiene ni idea de lo que sabes ni de a quién se lo has contado, a excepción de a mí. De lo único que no tendrá duda es de que eres lista y valiente, porque has llegado hasta él. Durante vuestra conversación se notaba que estabas fuera de ti, pero, en realidad, no voy a decir que te tema, pero sí que te respeta, seguro. Tal vez por eso intentaba demostrarte lo que te decía antes, su preeminencia.

—Ojalá tengas razón, nuestra vida va a depender de tu intuición —le dije, dejándome convencer una vez más por su perspicacia.

—Ya verás. Me dijiste que el holandés te habló de las relaciones de interés entre la diplomacia y la Iglesia, ¿cierto? Todo empezó así y así debe terminar. Recuerda tu pasado y a tu marido, y mañana interpreta bien el papel.

16

17 de junio de 2022

A las 18.35 el tren se paró en un andén de la Gare du Nord. Salimos de la estación en busca de un taxi, y justo al pisar el suelo al aire libre de París sentí el deseo de caminar, necesitaba hacerlo para desahogarme y recuperar una pizca de libertad.

—Chris, si no te importa yo iré andando.

—Pero el hotel está lejos, ¿no? Si quieres te acompaño.

—Desde aquí, entre cuarenta minutos y una hora. No te preocupes, iré sola.

—¿Seguro? ¿Te sientes mejor?

—Por eso lo hago, es lo que mejor me puede venir en estos momentos.

—Como quieras. Yo me llevo tu maleta y así no tendrás que arrastrarla.

—Me haces un favor, te lo agradezco.

—Recuérdame la dirección —me pidió mi amigo.

—Está en el 15 de la rue de Penthièvre. Las habitaciones están a mi nombre. La 401 es la mía, supongo que ellos te lo dirán. Cuando llegue, si te apetece, podemos ir a cenar.

—Claro, te espero. Hasta luego.

—Adiós, Chris.

Había hecho la reserva en el hotel Les Livres de Margaux por dos motivos bien distintos. Cuando destinaron a Geoffrey a la embajada británica en Francia pasamos un par de meses, antes de mudarnos a un piso, alojados en aquel hotel, muy cerca de su trabajo. Después, cuando por ocio viajábamos a París, pasábamos las noches allí, y siempre en la habitación 401, la nuestra. Es un establecimiento pequeño y muy bien cuidado de doce habitaciones, tres en cada planta. No tiene servicio de restauración, pero en el vestíbulo, convertido en una confortable zona de estar, y en el patio interior,

Margaux, la propietaria, puede servirte un café y, si estás muy hambriento o tienes que madrugar, hasta algo de comer. El otro motivo era la seguridad. Les Livres de Margaux se encuentra a escasos metros del palacio del Elíseo, la residencia del presidente de la República, y día y noche, llueva o nieve, en el cruce de la calle del hotel con la rue Miromesnil hay una patrulla de la Policía Nacional francesa armada hasta los dientes, así que pensé que sería imposible que intentasen atacarme.

Podía escoger el recorrido más directo: bajar por la rue La Fayette hasta el boulevard des Italiens, y de allí por los grandes bulevares hasta la Madeleine, muy cerca de mi destino, pero yo era incapaz de andar en París en línea recta; a Geoffrey le ocurría lo mismo. Sus estrechas calles, sus elegantes edificios y sus escondidos parques y pasajes nos obligaban a encontrarlos.

A la altura de la rue Vignon llamé a mi hijo. No sé si fue el instinto maternal, pero algo me dijo que debía hacerlo.

—¡Mamá! —exclamó al descolgar la llamada.

—Jeff, hijo —respondí disimuladamente, con un nudo en la garganta. La combinación de angustia y cariño es amarga—. Estoy en París.

—No me habías dicho nada. ¿Va todo bien? —se interesó.

Jeff se había tenido que ir siendo muy joven a Londres a causa de sus estudios y había vivido solo mientras su padre y yo cambiábamos de destino con frecuencia. Así que en nuestras vidas era normal viajar de un lugar a otro sin la necesidad de que todos estuviésemos perfectamente informados.

—Sí, perfecto —no me quedó más remedio que engañarlo, esta vez las medias verdades no servían—. ¿Greta sigue bien?

—Con algo más de hambre, pero imagino que es lo normal. ¿Qué haces ahí? ¿Es por papá?

—Ya sabes que aquí me encuentro a gusto y los recuerdos de la ciudad me sientan bien —volví a mentirle—. Pasaré el fin de semana y el domingo volveré a Barcelona.

—¿Te quedas donde Margaux?

—Por supuesto, ya me conoces, en la 401, sigue siendo la habitación de la familia Lennox.

—Dale recuerdos.

—Lo haré. Hijo, sabes que te quiero, ¿verdad? —me sinceré como si de una despedida se tratara.

—¿A qué viene eso mamá?

—Creo que tu padre y yo no te lo dijimos lo suficiente, y me arrepiento de que hayamos vivido tan poco tiempo juntos.

—¿Y todo lo que hemos compartido, todo lo que me habéis enseñado? Cuando me mandasteis a Londres lo pasé mal, sí, es cierto. Sin embargo, ahora os estoy muy agradecido. Papá tenía razón cuando me decía que la mayoría de los niños nacían con piernas y brazos, pero que yo, además, tenía alas. También lo echo de menos, casi cada día —terminó confesándome sin disimular la emoción que sentía.

—Cuidaos mucho, Jeff.

—Tú también, mamá. Llámame cuando regreses a Barcelona, por favor. Un beso.

—Un beso —me despedí, con el temor de no volver a verlo.

Cinco minutos antes de llegar al hotel llamé a Chris para decirle que estaba cerca, y quedamos en vernos en la recepción a las ocho y cuarto para salir a cenar.

Mientras me registraba en Les Livres de Margaux y el conserje traía mi equipaje de la consigna, apareció la propietaria.

—¡Berta! —dijo, con la fonética francesa más bella de la ciudad, mientras se abalanzaba sobre mí y me abrazaba con fuerza.

—Cuánto tiempo, Margaux. Hacía más de un año que no nos veíamos —le dije, respondiendo a su abrazo. Geoffrey y yo estuvimos allí juntos por última vez tres meses después de que le diagnosticaran la enfermedad.

—No te imaginas lo mucho que lo he sentido. Mandaron a un funcionario de la embajada a decírmelo. ¿Recibiste mi nota?

—La recibí, gracias. No te contesté, tampoco lo hice con el resto, no me sentía con fuerza y estaba convencida de que nos volveríamos a ver.

—Me alegra que hayas vuelto. ¿Tendrás tiempo para que nos tomemos algo juntas y me cuentes novedades?

—En principio me quedaré hasta el domingo, he reservado dos noches, seguro que algún hueco encontramos.

—Me han comentado que tu compañero dijo al registrarse que veníais por trabajo. ¿Has vuelto a tus crónicas?

—Estoy planteándome un nuevo proyecto, ya te contaré. Por cierto, Margaux, ¿puedo pedirte un favor?

—Dime.

—Mañana tenemos que madrugar y saldremos del hotel sobre las siete y cuarto. ¿Crees que sería posible tomarnos un café un poco antes de las siete? Podrías dejarnos un termo preparado esta noche, con eso sería suficiente.

—¿Un termo? Berta, sabes que a las seis ya estoy en marcha. Os lo prepararé yo, a las siete menos cuarto lo tendréis listo. Os pondré también unas tostadas y algo de fruta.

—No quiero molestarte, Margaux.

—No lo haces, créeme.

—Muchas gracias, hasta mañana.

La 401 no había cambiado: el techo abuhardillado, sus dos enormes vigas de madera, las paredes forradas con *toile de jouy* estampada en granate, la enorme cama repleta de almohadas y la pequeña ventana que daba a una minúscula terraza, pero que siempre fue suficiente para las noches en las que Geoffrey y yo decidíamos salir y, acurrucados, observábamos el descanso de la ciudad.

Cuando bajé, Chris me estaba esperando. Se empeñó en que cenásemos en el clásico Café de la Paix, junto a la Ópera, en el restaurante y sin reserva. Le advertí de que sería casi imposible encontrar mesa y que yo me conformaba con cualquier *brasserie* que encontrásemos en los alrededores del hotel, pero él insistió y me dejé llevar. Efectivamente, mi advertencia no fue en vano; después de pasear hasta la plaza de la Ópera tuvimos que buscar una alternativa. Así que asumí el mando, le solicité al miedo que me acompañaba desde la mañana que me dejase pensar durante un instante y nos dirigimos a Le Grand Petit, en el 35 de Cité d'Antin, una calle sin salida a cinco minutos de donde nos encontrábamos. Una de las cosas que me siguen encantando de París son sus *brasseries.* En la mayoría de ellas es fácil comer a cualquier hora, las cartas son completas, su

calidad muy correcta y los precios honestos para tratarse de la ciudad que es.

El americano disfrutó de la comida y yo de los recuerdos de aquel lugar. Durante el camino de vuelta al hotel, a diferencia de otras veces, nos mantuvimos en silencio. Mi amigo, que tenía la habilidad de cortar el hielo, no lo hizo esta vez. Imaginé que detrás de su aparente tranquilidad debía de existir un foco de preocupación por el encuentro con el cardenal. Me sentí culpable, él estaba metido en todo aquel asunto por mí.

A las diez y media de la noche nos despedimos en la cabina del ascensor del hotel y quedamos en vernos en el hall a las siete menos cuarto. Desayunaríamos algo rápido y nos iríamos en taxi a nuestra cita. Queríamos llegar antes para dar una vuelta por los alrededores.

Mientras me aseaba no paré de repetirme lo mucho que iba a costarme dormir, y no sé si tuvo la culpa ese mantra o mi subconsciente, pero así fue. No paré de moverme en la cama, miraba el móvil cada dos por tres, salí un par de veces a la pequeña terraza para tomar el aire y al final terminé enviándole un mensaje a Chris, pensando que él estaría igual, por si quería bajar a la recepción a tomar algo: «Chris, ¿estás despierto? Yo no consigo dormir. Si quieres, el recepcionista nos puede poner una copa». El periodista contestó inmediatamente, eran ya las doce y media: «Berta, estaba dormido. Es tarde y tenemos que descansar, mañana es un día importante. Te aconsejo que te des un baño y luego intentes conciliar el sueño. Buenas noches».

Esta vez no le hice caso, me quedé mirando la pared y recordé mi primera noche con Geoffrey en aquel hotel, inventando juntos una divertida historia a partir de las escenas pastoriles que aparecían dibujadas en la tela. La felicidad que me trajo aquel recuerdo venció mi desasosiego y me dormí.

A pesar de que había programado la alarma del teléfono a las seis, mis ojos se abrieron a las cinco y media y mi cuerpo me ordenó levantarme. El pánico, más intenso que el día anterior, se despertó conmigo. Intenté dominarlo con el frío de la ducha, pero sirvió de poco.

Supuse que Margaux ya estaría trabajando y bajé para

acompañarla o ayudarla si hacía falta. Cualquier cosa menos quedarme sola y pensativa en la habitación.

En efecto, eran las seis y cuarto y la propietaria del hotel ya se movía atareada.

—Buenos días, Berta. No me digas que me he confundido, entendí a las siete menos cuarto.

—No, no, está bien, quedamos a esa hora, pero no podía dormir más.

—Lo que estoy haciendo lo puedo dejar para después, ¿nos sentamos? Tomas el café con leche, ¿verdad? —me invitó la francesa con su bonita pronunciación y leyéndome la mente.

—Sí, con leche.

Mantuvimos una conversación distraída y durante veinte minutos conseguí olvidarme de curas, vecinos y miedos.

Justo antes de que bajara Chris, y mientras Margaux nos preparaba el desayuno, los recepcionistas hicieron el cambio de turno. Antes de marcharse el de la noche, seguramente pensando que el periodista y yo éramos pareja, se acercó a mí y me preguntó con tono de preocupación:

—¿Su amigo ha regresado?

—¿Perdón? —pregunté desconcertada.

—Es que no lo he visto entrar, aunque es cierto que me he ausentado un par de veces, ya sabe.

—No se preocupe, está en la habitación —contesté, según me pareció, con reflejos y con la intención de indagar sobre la salida de mi amigo—. Yo estaba dormida. ¿Le dijo a dónde iba? ¿Recuerda a qué hora salió? —pregunté llena de desconfianza.

—Solo me saludó, serían poco más de las doce. Perdone —me respondió y se marchó.

El americano se unió a mí a la hora acordada, con los cafés, las tostadas y la fruta recién servidos. Mantenía un semblante menos serio que la noche anterior. Sentado y con la taza en la mano, justo antes de que diera el primer sorbo lo abordé.

—¿Dónde fuiste anoche? —lo interrogué con cara amenazante.

—¿Qué?

—¿Lo vas a negar? Me dijiste que te había despertado, pero el

recepcionista te vio salir del hotel pasadas las doce y no te ha visto volver.

—Ah, es eso. Me habías asustado, de verdad. Berta, no es el día para estos sobresaltos —dijo con expresión de sinceridad.

—¿Qué quieres decir?

—Me despertó tu mensaje, y como después no podía dormir salí a una farmacia de guardia para buscar algo que me relajara. Mira, para que te quedes tranquila —me explicó, sacando del bolsillo de su cazadora de lino un sobre de Donormyl, con las indicaciones en francés—. Y por cierto, yo de ti le diría a la tal Margaux que cambiase de recepcionista. Cuando volví estaba dormido en la silla.

Supuse que fue la combinación de mi antipática y poco acertada bienvenida con la inquietud de lo que estaba por llegar la causante del silencio durante el desayuno. Chris y yo nos dedicamos a comer y no nos dirigimos la palabra. Algunas miradas sí que intercambiamos, pero ni una sola palabra.

Margaux nos había pedido un taxi, y mientras el periodista subía a su habitación para terminar de pulir su fino aspecto me despedí de ella.

—Gracias por el desayuno y por la compañía.

—No hay de qué, Berta, lo hago encantada. Hay clientes con mayúsculas y otros con minúsculas, y tú eres de los primeros.

—Por cierto, no quiero meterme donde no me llaman, pero mi compañero me ha dicho que tengas cuidado con el recepcionista de la noche. Tuvo que salir y al volver se lo encontró dormido.

—Puede ser, igual había pasado un mal día, aunque me extraña. Lleva siete años conmigo y es la primera vez que alguien se queja de él. Pero gracias, lo tendré en cuenta. Hasta luego.

Le pedimos al taxista que nos dejase en el 63 del boulevard de Ménilmontant, un punto que quedaba entre la calle del domicilio de Troubal y el cementerio del Père Lachaise. Anduvimos por la zona hasta que quedaron cinco minutos para las ocho y entonces, vigilantes y con cautela, nos dirigimos hasta el número 6 de la rue René Villermé.

Yo me encargué de pulsar el timbre y Chris, adoptando una postura defensiva o al menos precavida, se quedó dos metros detrás de mí. Se escuchaba ruido dentro de la casa, pero la puerta no se movía. Así transcurrió prácticamente un minuto, sesenta segundos en los que un torbellino de espanto sacudió cada milímetro de mis entrañas. Cuando me disponía a llamar de nuevo, se abrió la puerta y vimos ante nosotros a monseñor Pierre Troubal.

—Qué puntual para ser española, ¿o ha adoptado los modales de los británicos? —me dijo irónicamente con su afilada e irritante voz el religioso, bajito y encorvado—. Y no se asuste, ya se lo dije, estamos solos —intentó tranquilizarme al no pasarle desapercibida la sacudida que sufrió mi cuerpo cuando apareció.

—Los modales empiezan con un «Buenos días», al menos en mi país —le respondí sarcástica sin que me replicase. Ya estaba allí y no iba a dar marcha atrás, así que la desconfianza tenía que quedarse fuera.

—Supongo que usted es el periodista americano —se dirigió a Chris mientras nos indicaba que entrásemos.

—Christopher Madison —se presentó mi amigo sin añadir nada más.

Aquella vivienda era tal y como me la esperaba: oscura, sin personalidad, recargada de imágenes religiosas, pero con algo que resultó ser una sorpresa, un olor tremendamente dulce y agradable.

—Es lo más parecido al aroma a santidad que he podido conseguir a lo largo de los años —exclamó el cardenal al descubrir que inspiraba repetidas veces—. Lo experimenté siendo joven y desde entonces intento que me rodee —nos aclaró con su recalcitrante manera de hablar.

Nos sentamos en un salón de la planta baja, cada uno en una recargada butaca. Yo ocupé la de en medio. Junto al religioso había una mesa auxiliar con una botella de agua, tres vasos y un crucifijo de mármol blanco.

—Siento no poder ofrecerles nada más, pero ya le dije que el servicio no vendrá hasta las diez —se excusó Troubal—. Bueno, usted dirá.

—Vengo en busca de explicaciones. Como le dije, conozco la confabulación internacional en la que intervinieron la Iglesia y la diplomacia occidental, y también algunas de las acciones infames que

llevaron a cabo en mi país, y pretendo hacerlo público de una manera o de otra —le expuse a monseñor sin titubear al tiempo que observaba como el americano se apoyaba en el respaldo del asiento y adoptaba el rol de espectador. «Chris es listo —pensé—, ya intervendrá cuando tengamos que rematar el encuentro.»

—¿Y por qué no lo ha hecho ya? ¿Qué es lo que le impide hacerlo? —me preguntó, desmoronando mi ímpetu—. ¿Acaso tiene miedo? —añadió como si leyese mi mente.

—¿Miedo?

—Eso he dicho. Mire, cuando uno pierde a un ser querido, hasta que no pasa el duelo se ve envuelto en un sinfín de sentimientos, entre ellos el miedo —expuso con un cinismo difícil de superar.

—Mi marido no tiene nada que ver en esto.

—Eso es lo que usted cree. Déjeme explicárselo —insistió en lo que parecía un intento de manipulación para que perdiese el control —. Su vacío la ha traído hasta aquí, no me convencerá de lo contrario. Su esposo, un buen hombre, seguramente, la ha dejado sola y usted responde con temor y recelo. El mismo que le impide denunciarme, porque en el fondo es consciente del peligro que conlleva. ¿No es así? Una cadena en la que podrían perder la vida más personas y que depende exclusivamente de usted.

—No voy a entrar en su juego. Siento desilusionarlo, pero no pienso hacerlo —le dejé claro tras escuchar su maquiavélico y alocado discurso, y, serena, seguí con el objetivo que nos había llevado hasta aquel hombre—: Me lo dijo por teléfono, lo recuerdo bien: «Espero que mañana podamos dar con una solución que nos satisfaga a los dos», para eso estamos aquí.

—¡Silencio! ¡Esa es la única solución, su silencio! —gritó como si le hubiese sacado de sus casillas con mi actitud de desdén.

—Ahora es usted, monseñor, quien necesita tranquilizarse. Empecemos de nuevo. Explíqueme primero por qué ha seguido eliminando a los últimos testigos de aquella miserable conjura y qué culpa han tenido ellos, las víctimas —intervine con la intención de tomar el control de la situación y me encontré con un gesto de aprobación de Chris, como queriéndome decir que siguiese por ese camino.

Pierre Troubal respiró hondo varias veces, bebió algo de agua y retomó la palabra.

—¿Llegó a conocer a Pau Juvé? —me preguntó mucho más tranquilo, tanto que consiguió desconcertarme: ¿acaso no sabía el cardenal que yo nunca había tenido contacto con él?

—No.

—Era un soldado de la Iglesia que quería aparentar algo más, pero no dejó nunca de ser un soldado, esa era su perdición. Por eso mismo hizo todo lo que le ordenamos sin pedir explicaciones ni mostrar objeciones.

—¿Por qué ordenó matarlo? —quise saber.

—Se equivoca, yo no lo hice.

—Ahora me dirá que tampoco a Leopoldo Sabaté. ¿Va a seguir así?

—Escúcheme. Juvé me informó, me dijo que había matado a su vecino, pero yo no se lo ordené.

«Lo sabía», me dije a mí misma al oír la confirmación del homicidio de Leo, y giré la cabeza para mirar al americano. Desde el principio supe que no había sido un accidente.

—¿Por qué lo mató? Leopoldo no iba a delatarlo, no sabía nada, ni tan siquiera el nombre de Juvé. Solo hizo su trabajo, lo informó de que yo estaba haciendo preguntas incómodas.

—Veo que no conoce todo lo sucedido, no es lo que me ha dicho al empezar la conversación. —Acompañó estas palabras con la sonrisa condescendiente y desafiante del que se vuelve a sentir dueño del combate—. No tuvo nada que ver con la conspiración. Fue algo entre ellos dos.

—Pues dígamelo usted, me ha pedido que lo escuche.

—El día que se encontraron, su vecino amenazó a Juvé y este tuvo que acabar con él. Su vecino quería dejar aquella casa y olvidarse de todo, pero exigía que se le siguiese pagando. ¿Lo entiende?

—Continúe.

—Juvé, ya se lo he dicho, era un soldado, y muy poco prudente —afirmó enfurecido el cardenal, subiendo el tono de su remilgada voz como si estuviese reprimiendo al sacerdote barcelonés—. Cuando reclutó a su vecino, abusó de él, como hizo con otros desgraciados. Sabaté, en su casa, lo desafió recordándole aquella agresión. Imagínese: a Juvé la Santa Sede lo acababa de proponer como canónigo de la catedral de Barcelona, y si empezaban a aparecer rumores sobre sus violaciones, acabarían con él y no conseguiría el

cargo.

—Lo intentaré de nuevo. ¿Y a Juvé por qué lo mataron?

—No me cree. Yo no tuve nada que ver. Míreme, tengo casi ochenta años, me cuesta moverme y no he podido hacerles ni un café. Es cierto que Juvé me pasó informes de usted, me dio detalles, y yo le exigí que estuviese atento. La conspiración no puede salir a la luz, pero no lo maté.

—Entonces, ¿cree que se suicidó?

—Vaya usted a saber, razones no le faltaban.

Tras su respuesta hubo un prolongado silencio. El cardenal llenó el vaso de agua y bebió lentamente mientras yo miraba a Chris buscando su ayuda. Troubal y mi amigo parecían coincidir en la causa de la muerte del sacerdote Juvé, y yo tenía la impresión de que me estaba equivocando de persona, algo que intenté aclarar con las siguientes preguntas.

—¿Sabe dónde nos encontrábamos ayer?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Lo sabe? —insistí, recuperando el ímpetu que había perdido.

—En Barcelona, supongo —respondió, confirmando mi corazonada y disipando cualquier recelo por completo. Monseñor Pierre Troubal no me iba a hacer daño, estaba casi segura, ni él ni los supuestos asesinos a los que nunca había mandado y que nunca me habían seguido.

—No, estábamos en Ámsterdam. Acababa de visitar a De Vries. Antes de que lo mataran.

—Una lástima. Tengo el teléfono de su casa y ayer, después de nuestra conversación, llamé, y la mujer que lo atendía me explicó lo que había ocurrido. Es lo que intenté preguntarle a usted por teléfono, pero no me dejó. Apreciaba al señor De Vries. Sabía hacer su trabajo y entendía el mío. Tengo todos sus libros dedicados, mire —me dijo, dirigiendo el dedo índice hacia una esquelética estantería.

—Nosotros no creemos —dije, haciendo referencia también a Chris— que su muerte fuese un accidente. Lo mataron el día que me confesó su participación y todo lo que sabía sobre la conjura. Sospechamos lo mismo de Juvé, lo tuvieron que matar, son demasiadas coincidencias. Suponíamos que las órdenes venían de usted, pero ya veo que hemos cometido un error.

—Espérenme un momento.

El cardenal se ausentó un par de minutos, era la hora de tomar una medicación y la había dejado olvidada en el dormitorio. Su retirada no me causó ningún sentimiento negativo ni alarma, y a su regreso, después de tomarse la píldora, continuamos con el diálogo.

—Ahora que sabe algo más, ¿sigue con la idea de hacerlo público? —me preguntó Troubal.

—Por supuesto —le confirmé.

—A ver cómo podemos llegar a un acuerdo —deslizó mientras se frotaba fuerte las manos entre sí—. Pero antes déjeme darle mi opinión.

—Soy toda oídos.

—Deduzco que ustedes, al pensar que yo había participado en esas muertes, consideraban que podría ordenar también su asesinato, el de los dos. ¿Me equivoco?

—Más bien el mío —le confesé—. No tenía por qué saber que Chris estaba al tanto.

—Claro, sí, tiene razón. Entonces ahora debe de estar más tranquila, ya no me teme. El viejo cardenal ya no le puede hacer nada malo. ¿Voy bien?

—¿A dónde quiere llegar? —de nuevo estaba desconcertada.

—Sea más perspicaz, señora Lennox, ¿los años acompañando al cuerpo diplomático inglés no le han enseñado nada? —me reprendió sin venir a cuento, como si yo fuese una de sus cautivas feligresas—. Puede que yo ya no sea peligroso, pero no se confíe, no voy a permitir que me chantajee. Este asunto debe quedarse donde está, sepultado. Sigo siendo un miembro importante de la Iglesia, y no permitiremos lo que usted pretende —volvió a reprenderme, y esta vez sonó a amenaza—. Sin embargo, antes tendríamos que averiguar quién más lo sabe, quién ha matado a Juvé y al honorable De Vries, quién podría matarla a usted ahora mismo y terminar extorsionándome a mí.

—¿Tiene alguna idea? —me mostré preocupada al hacerle la pregunta.

—Habiendo muerto Juvé, no. Si estuviese vivo, pensaría que es él.

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio? Intentaré contrastarlo con lo que sé y tal vez encontremos lo que buscamos.

Troubal se remontó a los años setenta del anterior siglo.

—Yo mantenía una relación… digamos que solo correcta con el entonces arzobispo Tarty.

—¿Antoine Tarty?

—Sí. ¿Tampoco sabe nada de él? —me preguntó sorprendido.

—Sí, sí, Maarten de Vries me habló de él. Pero disculpe, no lo volveré a interrumpir —tuve que añadir al ver su expresión de contrariedad.

—Mejor. Como les iba diciendo, a pesar de que Tarty me ordenó sacerdote a finales de los sesenta, teníamos nuestras diferencias. Yo dirigía un seminario y él no estaba del todo de acuerdo con mi criterio, pero me respetaba y sabía de mi fidelidad y férreo compromiso —se le hinchó la boca al decirlo—. En octubre de 1975, Tarty me pidió que asistiese con él a una reunión en Roma. Viajamos juntos. Yo pensé que sería un acto formal en la Santa Sede, pero no fue así. Nos reunimos a las afueras de la ciudad, en una especie de almacén preparado con mesas y sillas para la ocasión. Éramos dos representantes por cada una de las partes, doce personas en total. Tarty y yo por la Iglesia y un diplomático y un miembro de Inteligencia por parte de los franceses, los holandeses, los alemanes, los británicos y los norteamericanos.

—Tengo que interrumpirlo, perdóneme de nuevo. ¿Mandó Pablo VI a Tarty?

—No nos conoce bien. Su Santidad nunca supo nada, ni él ni sus sucesores. Mire, cómo se lo explico. Piense en nosotros como en un hormiguero. Cada uno tiene un papel y desempeña una función, y la hormiga reina no puede ni debe estar en todo.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No busque la respuesta, no la encontrará, y tampoco allí daría con los asesinos.

—Perdone otra vez.

—Lo orquestamos todo en aquella reunión de Roma cuando Franco se estaba muriendo, y al volver a París, Tarty delegó en mí toda la organización de la conspiración. Él sabía que podía confiar en mí, y su cometido era otro. Supongo que conoce lo que le acabo de contar.

—Así es —le confirmé—. Los motivos del complot, cómo lo dirigieron desde Barcelona y cómo terminó. Hasta su cruel manera de conseguir el silencio de los delatores con la muerte —no pude evitar soltar la última frase.

—¿No pensará que fui el único?

—Y Juvé, imagino.

—Me utilizaron, sí, es cierto, pero no me arrepiento, teníamos que hacerlo —exclamó alterado—. Pero los demás también utilizaron esos métodos, los otros miembros también mataron.

—Por eso mismo la gente tiene derecho a saberlo. ¿Acaso personas como William Wright o Anne-Sophie Chevalier, entre otros, merecían terminar así? Fue por su culpa.

—Lo hice por el bien de todos, señora Lennox, por el bien de todos. Usted no vivió aquella época y no se puede imaginar lo que podría haber pasado.

—¿Sabe lo que me imagino? Que consiguieron ser peores que aquellos a los que trataban de evitar.

—No se lo volveré a decir: ¡no lo publique! El daño sería mayor que lo que pueda reparar. La verdad puede convertirse en un veneno para mucha gente.

—No lo haré. Ya he llegado aquí con esa decisión, pero le aseguro que si por mí fuera fumigaría directamente su hormiguero —terminé confesándole. Me resultaba difícil controlarme.

El cardenal Troubal agachó la cabeza y se restregó su hinchada mano derecha por la frente como si intentase calmar algún dolor interno.

—Parece que hemos llegado a un acuerdo. ¿Puedo confiar en su palabra? —me preguntó al tiempo que enderezaba el cuello.

—Puede hacerlo —respondí con rabia y con un gran pesar en el corazón.

—¿Y usted? —se dirigió a Chris, quien asintió con la cabeza—. Entonces solo nos queda dar con los verdugos de De Vries y Juvé. ¿Se le ocurre algo?

—No puedo creer que esté colaborando con usted, pero ya que las circunstancias nos han traído hasta aquí, sigamos. ¿En todos esos años dudó alguna vez de alguien más, aparte de Juvé, de algún otro miembro de la organización? O, simplemente, ¿sucedió entonces, o ahora, alguna cosa que le resultase extraña? Intente recordar.

—¿A qué hora dijo que venían sus asistentes? ¿A las diez? —nos interrumpió Chris, quien hablaba por primera vez. Entendí que estaba controlando el orden de nuestro encuentro.

—No se preocupe. Sí, a las diez. Aún tenemos una hora, y podemos seguir esta tarde, ¿no? —le dijo a mi amigo antes de continuar—. Mire —se dirigió a mí—, cuando todo acabó y se deshizo aquella especie de sociedad internacional, en 1985, la Iglesia planificó, con Juvé y un par de hermanos que ya fallecieron, el procedimiento para mantenerlo todo en secreto. Pasaron unos años como si aquello nunca hubiese existido, créame, y jamás volví ni he vuelto a ordenar que le quiten la vida a nadie, el Señor lo sabe. Pero sí que sucedió algo de lo que siempre he sospechado. En 1994, debía de ser otoño, me llamó el cardenal Antoine Tarty, que estaba retirado y si no los tenía aún estaría a punto de cumplir los noventa años, pero seguía discurriendo bien. Yo ya era arzobispo en aquella época, y los dos éramos los únicos miembros vivos del alto clero que conocíamos lo que se había urdido en su país. Tarty, cuya manera de mostrar su disconformidad con el asunto fue delegar en mí, no podía negarse a colaborar, pero sí encomendárselo a un tercero, quería confesarlo ante Su Santidad y el Colegio Cardenalicio para que juzgasen nuestros actos y decidiesen sobre la necesidad o no de mantenerlo en secreto. No me costó quitarle la idea de la cabeza, pero nunca supe si llegó a compartir su intención con otras personas. Algunos de los hombres con los que nos reunimos en el almacén de Roma seguían vivos, y me consta que habían mantenido algún tipo de relación con él por otros asuntos. Lo cierto es que Antoine Tarty murió al poco tiempo en Cahors, donde vivía, y su muerte fue muy extraña: su coche quedó parado entre las barreras de un paso a nivel y el tren lo arrolló. Nunca leí ni escuché hablar del asunto, resolvieron que la causa fue un error humano debido a su avanzada edad, pero yo tuve mis dudas.

—¿Cuándo murió exactamente? —le pregunté angustiada.

—Se lo puedo decir porque fue un día después de mi cumpleaños, el 23 de febrero de 1995.

La respuesta me dejó paralizada y sin poder articular palabra. Mi mente dejó de estar en aquella casa de París y me proyectó un resumen esclarecedor y siniestro de lo sucedido.

El cardenal se dio cuenta de mi estado.

—¡Señora Lennox! ¿Está usted bien? ¿Qué le ocurre?

No respondí hasta pasados algunos segundos, cuando el religioso me cogió por la muñeca.

—¡No, no estoy bien! ¿Verdad, Chris? No puedo estarlo —exclamé forzando la voz, porque tenía la garganta seca, y dirigiéndome a mi amigo al tiempo que me quitaba de encima la mano de Troubal.

Monseñor y yo fijamos la vista en el periodista, quien, sin mediar palabra, y muy lentamente, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una gorra elástica negra, a juego con sus deportivas oscuras, y se la acomodó en la cabeza cubriendo la mirada. Una mirada de indiferencia que yo no reconocía.

—¡Fue usted! ¡Es eso! —afirmó el religioso con una actitud que mostraba la misma frialdad que la del desconocido Christopher Madison, como si pretendiese provocar un duelo.

Quien yo pensé que era mi amigo continuó en silencio, sin ni tan siquiera mover la cabeza, sin pestañear, como si fuese la única persona de la estancia, como si no existiésemos.

—Cuando nos conocimos me contó que su primer destino fue Cahors, que vivió en un apartamento horrible junto a un paso a nivel y que lo dejó en febrero de 1995 y se mudó a Barcelona —expuse indignada—. ¿Me dejo algo, Chris? Si es que ese es tu verdadero nombre.

—Americanos; siempre fueron los más díscolos de la organización —continuó Troubal con su intento de provocación.

Tras la intervención del cardenal, el mimo en el que se había transformado el norteamericano me miró fijamente, diría que con algo de resignación, pero sin abandonar su frialdad, y se levantó. Extrajo con tranquilidad del mismo bolsillo en el que había guardado el sobre de Donormyl una pequeña pistola y le enroscó un reducido cilindro que supuse que era un silenciador. Se volvió a sentar con la misma serenidad con la que se había puesto de pie y me apuntó con el arma. Monseñor y yo observamos la escena como si nuestros rostros se hubiesen congelado y nuestros pies estuviesen clavados al suelo.

—Chris, me llamo Chris, en eso no te he mentido, Berta, y también soy periodista.

—¿Los mataste? —le pregunté con un sentimiento que se

encontraba a caballo entre el miedo y la pena, algo muy difícil de explicar.

—Sí, lo hice, pero te juro que no quería llegar hasta aquí. Lo he intentado de mil maneras, pero no ha habido forma de disuadirte, te has empeñado en llegar hasta el final, eres muy terca.

—Desde el principio confié en ti, no entiendo cómo me has podido engañar. Nuestra amistad parecía sincera.

—Y lo era, por eso insistí en que lo dejaras estar. Nuestro primer encuentro fue fortuito, nunca te busqué; sin embargo, habría terminado dando contigo, ese es mi papel —confesó el asesino, abandonando temporalmente su displicencia.

—No sé cómo pretendes terminar esto, aunque puedo imaginármelo. Pero antes merezco una explicación, ¿no te parece? Al menos eso, me la debes.

—¿De verdad la quieres?

—Sí, la necesito —le supliqué al tiempo que él apoyaba el codo en uno de los brazos de la butaca y me acercaba aún más el arma.

—Todo empezó en mi familia —comenzó a decir el criminal—. Para mi padre no era suficiente con que fuese periodista, eso era poco, no llegaría a ser nunca como él. Al terminar la universidad me presentó a un buen amigo suyo que trabajaba para el Gobierno, y este me introdujo en la Oficina de Prensa, que dependía del Departamento de Estado. No estaba mal, me gustaba, confeccionaba un resumen diario de noticias internacionales para el secretario y me permitían plasmar mi estilo. Pero solo duró tres años. Poco tiempo después, el mismo hombre que me había conseguido el anterior trabajo me reclamó para otra labor. Seguía dependiendo de la Secretaría de Estado, pero estaba Inteligencia de por medio, por lo que debía mantener en secreto la actividad que llevaba a cabo allí. Desde entonces, mi único contacto, quien me daba y me sigue dando las órdenes, es el amigo de mi padre. Él fue uno de los dos norteamericanos que estuvieron en Roma contigo y con Tarty —reveló dirigiéndose a Troubal y haciendo una pausa. Sus modales eran otros, por primera vez dejó de hablarle de usted al cardenal—. Tus dudas iban bien encaminadas, monseñor. Antoine Tarty siguió manteniendo una buena relación con mi superior hasta que en 1994 le comunicó que quería confesarlo todo. En mi país aquella carpeta ya estaba cerrada y archivada como un secreto oficial, y ahora venía un viejo

cardenal europeo a generar problemas, así que teníamos que evitarlo. Por eso dejé de hacer el resumen diario de noticias y, después de un periodo de adiestramiento, me mandó a Cahors a liquidar a Tarty.

—Y así es como te convertiste en un asesino —concluí.

—Un funcionario, Berta, un funcionario al servicio de mi país. Lo mismo que hacía tu marido en el Foreign Office.

—¡Cómo te atreves! ¡Ni se te ocurra compararte con Geoffrey!, maldito hijo de... —le grité alterada ante la ofensa, pero no pude terminar la frase. El perturbado de Chris rozó con la punta de la pistola mi frente y me callé.

—Así no, Berta, así no. Te he aguantado mucho, pero no me conoces lo suficiente. No me irrites, mejor que no lo hagas.

—Está bien, está bien, pero tú no vuelvas a nombrar a mi marido. Yo sí que creo que me conoces, no te he escondido nada y sabes por lo que estoy pasando —le dije, intentando calmarme, mientras Troubal, en silencio, juntaba sus manos y parecía iniciar una conversación con su Dios—. Ya han pasado muchos años desde lo de Tarty. ¿Por qué te quedaste? Sigue, por favor —exclamé cuestionando el relato del desconocido Chris.

—Fue una orden. Después de lo de Tarty, no se fiaban de que la Iglesia se mantuviese en silencio. Tenía que vigilar que nadie se fuera de la lengua y, si ocurría, actuar —me respondió alejando el revolver de mi cabeza.

—¿Y el trabajo para las agencias de noticias? ¿También es mentira?

—No, es real. No podría haber pasado casi treinta años sin hacer nada. En algún momento hasta conseguí olvidar el motivo de mi estancia en Barcelona, pero llegaste tú removiendo el pasado y buscando explicaciones. Y yo quería regresar lo antes posible a mi país.

—Por eso empezaste a deshacerte de todos los que quedaban, ¿no? Porque así podrías acelerar tu regreso.

—Aunque no lo creas, a Juvé lo maté por ti. Pensaba que aún estaba a tiempo de alejarte del asunto y no quería que te pasase ninguna desgracia, créeme. El sacerdote, después de matar a tu vecino, empezó a seguirte, y sospeché que no tardaría mucho en intentar acabar contigo. Por uno u otro motivo suponías un riesgo para su ambición.

—Entonces, ¿lo del holandés? Él no entrañaba ningún peligro.

—No te lo conté todo sobre mi viaje a los Estados Unidos. Estuve con mis padres, pero también con mi superior. Le expliqué lo que estaba sucediendo y le solicité mi vuelta a casa. Aunque es algo más joven que mi padre, ya está mayor, y le interesa archivar definitivamente la carpeta, así que me hizo una propuesta: podría regresar si acababa con Troubal. Además, si cumplía, me darían la dirección de la Oficina de Prensa del Departamento de Estado. ¡Por fin mi padre se sentiría orgulloso! Espero que comprendas lo importante que es para mí —aclaró retomando su imperturbable indiferencia.

—¡Christopher, no me has respondido! —le dije enojada. Comenzaba a constatar la falta de seguridad en sí mismo y sus aires de superioridad empezaban a parecerme pura fachada—. ¿Maarten de Vries? —le pregunté alzando la voz y provocando que le temblase la mano que soportaba la pistola.

—Puso una condición más —confesó, esta vez sin reaccionar violentamente a mi enfado—. Si tú o cualquier otra persona terminabais averiguando lo ocurrido, tendría que mataros. Esperaba no tener que hacerlo, te lo juro, pero tú has ido a la tuya, demasiado rápido y sin hacerme caso. Cuando me dijiste que habías quedado en Ámsterdam con el holandés, me di por vencido, ya era tarde. Sabía que ocurriría, que te lo terminaría contando, y no me equivoqué. Por eso tuve que deshacerme de él. Había pasado todos estos años sin decir nada y al final lo fastidió. De alguna manera tú eres cómplice de su muerte. Si hubieses cejado en tu empeño, seguiría vivo.

—¿Cómo puede decir eso? —clamó Troubal.

—¿Y tú me lo dices? —le replicó al cardenal con una sarcástica sonrisa que me pareció tan monstruosa que me impulsó a atacarlo aunque solo fuese de palabra.

—Hasta esta mañana en el hotel no había dudado de ti, Christopher Madison, pero me has engañado desde el principio. ¿Sabes?, lo haces bien, deberías seguir, eres tan malvado como este pobre cardenal, deberías seguir. Y me temo que hasta me has utilizado para que te trajese hasta aquí, ¿me equivoco? —estaba hablando desbordada de odio hacia el americano—. Y, por cierto, no hables de amistad. Tú no sabes lo que es, y no creo que llegues a saberlo nunca. Los asesinos no tienen amigos. Están solos.

—Me lo pusiste muy fácil, Berta, picaste enseguida. Podría haber

venido solo, pero si lo hacía contigo, resolvía en el mismo trámite los dos últimos escollos que me impiden regresar a mi país —manifestó mientras volvía a esconder la mirada bajo la visera de la gorra, seguramente como gesto intimidatorio.

El casi octogenario cardenal Pierre Troubal aprovechó el último cruce de palabras entre el recién descubierto asesino y yo para coger el crucifijo de mármol de la mesa auxiliar que había a su lado, levantarse y abalanzarse sobre el norteamericano con la intención de golpearlo en la cabeza.

No supe con exactitud lo que había ocurrido hasta que Chris se levantó, quitándose de encima el cuerpo del religioso, y volvió a apuntarme con el arma. Estaba muerto, dos disparos del periodista habían acabado con él.

En aquel momento pasó por mi cabeza la imagen de Geoffrey, pronto estaría con él, pero de inmediato fue sustituida por la de Jeff y por la voz de mi marido susurrándome que debía seguir con vida.

—¡Levanta! —me ordenó el asesino.

—¿No lo vas a hacer aquí? Acaba ya.

—Lo de este ha sido un error, ya lo arreglaré más tarde, vámonos —me indicó apuntándome con el revólver. Estaba claro que su método era otro. Sus asesinatos terminaban pareciendo accidentes y no dejaba ninguna pista que demostrase lo contrario.

Al salir a la calle, sin soltarla de la mano, escondió la pistola en el bolsillo de su cazadora. Cuando me obligó a cerrar la puerta me di cuenta de que no había tocado nada desde que habíamos entrado, sus huellas no existían, lo tenía todo bien preparado.

—Si gritas o intentas correr, te dolerá más, te lo aseguro —me amenazó.

Aún no habían dado las nueve y media y la calle seguía con el escaso tráfico de un sábado. Me condujo hasta el boulevard de Ménilmontant, lo cruzamos y entramos en el cementerio del Père Lachaise por una puerta secundaria al norte del bulevar.

—¿Es aquí donde estuviste anoche? —le pregunté mientras seguía apuntándome.

—No es muy difícil de deducir.

—Tuviste que saltar el muro, cierran pronto.

—¿Acaso no me ves capaz? —respondió con un modo de hablar nuevo para mí. Chris el asesino era una persona nerviosa y provocadora. Nunca llegaré a saber cuál de sus dos caras era la verdadera.

Debió de colarse en el cementerio, pero seguro que no lo conocía tan bien como yo, de lo contrario no lo habría elegido para acabar conmigo. Mi devoción por Oscar Wilde me había llevado a visitar su tumba en varias ocasiones.

Anduvimos por las avenidas arboladas y desiertas del camposanto, evitando los estrechos caminos entre sepulturas.

Parecía que nos dirigíamos al crematorio, de manera que, a la altura del sepulcro de Balzac, frené repentinamente la marcha y dejé que mi agresor diese dos pasos por delante de mí. Entonces lo empujé con fuerza, provocando que se tambalease y diese un traspiés. Corrí entre los árboles perseguida por su rabia, y cuando estaba a punto de rendirme, preparada para sentir en mi cuerpo el impacto de una bala, giré la cabeza y vi como una sombra disparaba contra su frente y mi enemigo caía muerto sobre unos arbustos.

Continué la carrera hacia el sur, atravesando buena parte del camposanto e intentando encontrar una salida o una persona a la que pedirle ayuda, pero no lo conseguí, el terror bloqueaba mi mente. Hasta que no pude más y me escondí junto a la lápida de Édith Piaf. Agachada y muerta de miedo, esperé a que pasara el tiempo y recuperase las fuerzas.

Al darme cuenta de que una pareja de hombres se acercaba hacia el lugar en el que me ocultaba, pensé que podían estar buscándome y me arrastré hasta las ramas de un frondoso castaño que casi tocaban el suelo. Me quedé observándolos hasta confirmar, al verlos depositar un ramo de flores, que no eran más que unos admiradores de la desdichada artista. Y cuando me disponía a salir para pedirles auxilio, una voz me frenó.

—Yo de usted no lo haría.

—¿Va a matarme? —le pregunté con un hilo de voz y los ojos amedrentados al hombre alto y desconocido que estaba de pie ante mí y que sostenía un revólver. Por primera vez fui incapaz de determinar la procedencia de una pronunciación inglesa. Aquella podía ser de

cualquier lugar o de todas partes.

—No, si usted no quiere.

—Pero... —repliqué sin ser capaz de acabar la frase ni de levantarme mientras él se agachaba y se ponía a mi altura.

—Nada de lo que le han contado ocurrió nunca. Ese es el trato.

—No creo que sirva. Pueden relacionarme con la muerte de Madison y con la del cardenal Troubal.

—Por eso no debe preocuparse, yo me encargo de la limpieza. Según tengo entendido, han intentado robar en el domicilio de monseñor Troubal. El pobre hombre ha intentado impedirlo y se ha llevado la peor parte. En cuanto al señor Madison, lleva prácticamente un día desaparecido, se ha perdido su pista en Ámsterdam. Algún día encontrarán su cuerpo en el fondo de un canal. Cuando vuelva a su hotel limítese a pagar la cuenta de la habitación de Christopher en efectivo, recoja su equipaje y deshágase de él. ¿Está de acuerdo?

—Sí, jamás ocurrió.

—Espérese aquí y dentro de diez minutos salga y vuelva al hotel.

—Perdone —le dije cuando se levantó, justo antes de que desapareciera—, ¿cómo sabe que cumpliré con el trato?

—Yo no lo sé, pero quien me manda está seguro de que lo hará. Era un gran seguidor de sus crónicas, por eso sigue viva. Continúe escribiendo, adiós.

Al regresar al hotel hice exactamente lo que me había pedido el hombre debajo del castaño. Margaux no necesitó ningún tipo de explicación. Recogí la bolsa de viaje de Chris y al día siguiente, en el taxi de camino al aeropuerto, le pedí al conductor que parase y arrojé su contenido dentro de un depósito de basura.

Aterricé en Barcelona a las 22.55 del 19 de junio. Antes de que dieran las doce subí los cuarenta y dos escalones de mármol que me separaban de mi apartamento en el edificio de la calle Monterols, 29. Por primera vez no sentí nada cuando escuché el estruendo de la enorme puerta de hierro al cerrarse.

Dejé el equipaje en el suelo de la entrada y me dirigí a la cocina. Del armario en el que guardo los enseres de limpieza saqué un bote

pequeño de pintura, el que suelen dejar los pintores por si se necesita hacer algún retoque, y una brocha. Me los llevé a la habitación del papel pintado, lo arranqué de cualquier manera y borré para siempre la nota de William Wright, la que había despertado aquella locura.

Esa noche me dormí recordando las notas del violonchelo de Leo.

17

Dover

Los siguientes meses, mi vida transcurrió con tranquilidad. Empecé a ver el futuro con otra mirada y le di una oportunidad.

La última semana de julio la pasé con Violet. Me invitó a la casa de veraneo que había alquilado en Varengeville-sur-Mer, al sur de Dieppe. A mi amiga, muy británica ella, le encantaba la Alta Normandía. Desde sus acantilados, en los días claros se veía su país. El contraste del verde de los campos con el azul oscuro de las aguas del estrecho la hacía sentirse como en casa, y en verano no renunciaba a las tardes de llovizna, que propiciaban un buen paseo.

De aquellos días recuerdo, aparte de su agradable compañía, los deliciosos postres cocinados por ella y un lugar maravilloso, la Plage du Petit Ailly. Nos bañábamos por la mañana, muy pronto, cuando el mar no había sucumbido ni un solo milímetro a la marea baja y lo cubría todo menos las estrechas escaleras que nos permitían bajar y zambullirnos. Sterling, su fiel felino, que terminó aceptándome, se quedaba en el último peldaño dominando la escena y velando por nuestra seguridad, imagino.

A finales de agosto, Jeff y Greta pasaron cuatro días conmigo en Barcelona y por fin mi apartamento empezó a cobrar vida. El silencio de la soledad de su única habitante se convirtió en el ruido y la alegría de una pareja joven que esperaba su primer retoño.

Y a principios de noviembre, tal y como le prometí a mi hijo, fui yo la que viajó a Estocolmo para estar con ellos el día del nacimiento. No quise alojarme en su casa a pesar del empeño de la pareja, pensé que no era el momento de interferir en sus vidas. Un pequeño pero coqueto apartamento en la avenida Strandvägen fue mi residencia durante tres semanas. Si no fuera por el clima, no me importaría vivir en aquella interesante ciudad.

Mi nieto Dover nació el 10 de noviembre. Greta y Jeff, como

muchos padres hoy en día, no habían querido saber el sexo de su hijo hasta el nacimiento. Tampoco tenían una preferencia. En cambio a mí los últimos meses empezó a hacerme gracia que fuese niño, así llevaría el nombre de la ciudad de mi marido, y eso me haría recordar a Geoffrey cada vez que lo viese. Después de aquello regresé a Barcelona, y casi sin darme cuenta terminó el año.

El miércoles 11 de enero de 2023 llegué a Londres a las diez de la mañana, y el tren me dejó en Dover dos horas y media después. El taxista se marchó, no sin antes convenir con él en que me recogería a las tres.

—Lo he conseguido. Es la una de la tarde y estoy aquí, sola, acompañada por el viento y el frío. Anoche no podía dormir, no sabía por qué hasta que me di cuenta de la fecha. Hace justo un año que te dejé en estos acantilados. No me lo he pensado, he cogido el primer vuelo y he acudido a tu llamada, Geoffrey. Hacía mucho tiempo que no imaginaba que estaba contigo. La psicóloga que me ayuda dice que es normal, que este tipo de ilusiones se van diluyendo —le dije con los ojos cerrados a mi marido.

—Sabía que vendrías, cariño, me alegra mucho verte. ¿Cómo estás?

—Cada día un poco mejor, tenías razón. Pero sigo recordándote a menudo.

—Igual que yo, Berta, cada día. Cuéntame cómo es tu vida en Barcelona, qué haces, cómo te sientes.

Respondí a su pregunta explicándole todo lo ocurrido desde que llegué hasta mi regreso de París.

—Después de todo aquello mi vida es más normal —aclaré tras la explicación.

—Y ¿piensas escribirlo?

—No puedo, hice un trato.

—Pero lo que te propuso el holandés parecía sensato, y no creo que hacerlo supusiese romper el acuerdo, sería ficción. Además, el hombre del cementerio, el que te salvó, te dijo que siguieses escribiendo. Yo lo veo muy claro —observó Geoffrey, o, mejor dicho, mi subconsciente, que sabía que me moría de ganas de hacerlo.

—Entonces, ¿lo harías? —intentó ratificar una vez más mi

fantasía.

—Por supuesto.

Así terminó, tras una cariñosa y emotiva despedida, mi última conversación con Geoffrey. Nunca más volví a sentir sus caricias ni a escuchar su voz. Aquel miércoles en los acantilados de Dover se quedó grabado en mi corazón.

No lo volví a dudar, y al día siguiente, después de pasar la noche en la capital inglesa, regresé a Barcelona y empecé a levantar los andamios del relato.

En marzo visité en Folkestone a Lily, la hermana de William Wright. Una visita de cortesía para profundizar, si podía, en la vida de su hermano. Yo ya sabía que monseñor Hoover, el cardenal que lo había llevado a Londres y más tarde a Barcelona, tenía contacto directo con Troubal y era conocedor de la conspiración, y que ese había sido el verdadero motivo de la marcha a España del sacerdote. Pero obviamente no lo compartí con Lily, ni eso ni la razón de su muerte.

También intenté encontrarme de nuevo con la hermana Mectilde Rousseau, pero rechazó verme. Ni me devolvió las llamadas que hice al monasterio benedictino ni apareció el día que me presenté en Ruan preguntando por ella. No le di muchas vueltas, pensé que seguramente el peso de la confesión que me había hecho sobre la forma de ser de Anne-Sophie Chevalier le impedía enfrentarse a mí.

Rosita, la madre, sufrió un ictus después del verano y la pobre ya no ha vuelto a ser la misma. La fui a ver por última vez antes de Navidad. Al verme, no sé muy bien por qué, volvió a contarme con qué habilidad había vendido los apartamentos de mi edificio y las bondades de Carmen, su hermana, la que murió fortuitamente atropellada por un coche. Otra gran mentira. Pero no seré yo quien le descubra la verdad ni el nombre de su asesino.

Me llevó medio año terminar la historia. Empecé escribiendo por las mañanas y terminé haciéndolo por las noches, cuando descubrí que el sonido de las teclas me serenaba tanto como la música.

Después de algunos meses de repasos y correcciones, en enero de 2024 se presentó la novela en inglés, como la había escrito. Me atrevería a decir que Violet fue su primera lectora, o al menos la más rápida. Me telefoneó veinticuatro horas después de su lanzamiento.

—Berta, lo he terminado —me dijo en un susurro, como si fuese un secreto.

—¿Por qué hablas tan bajito? Casi no te escucho.

—Por el libro.

—¿Qué pasa?

—El personaje al que llamas el danés no será aquel holandés de quien te di el teléfono, ¿verdad?

—No, qué va.

—Es que me resulta familiar, me recuerda a aquello que me contaste hace año y medio. Yo no quise preguntarte qué pasó, pero...

—No tiene nada que ver, Violet —la interrumpí—. En algo me puedo haber inspirado, pero no conscientemente. Aquello terminó siendo una fantasía mía. Ya sabes, pasaba por un mal momento.

—Perdona, no te pregunto más —respondió, esta vez con un tono de voz normal—. El motivo de mi llamada es otro. Quiero que sepas que he disfrutado como nunca con tu novela, hacía tiempo que no percibía tan corto un día. Y me encanta esa frase que dice: «... la tarta de manzana de una buena amiga». Gracias por el guiño, Berta.

—Te mereces eso y mucho más, Violet. Acuérdate de que te espero en marzo en casa. No te demores en sacar el billete o subirá de precio, los lunes viaja mucha gente. Y mándame la hora de llegada cuando la tengas. Adiós.

—Voy a comprarlo ahora mismo. Adiós, amiga.

La tarde del domingo anterior a la visita de Violet salí a dar un paseo como de costumbre. Hice el mismo recorrido de siempre, anduve por los lugares en los que habían perdido la vida el sacerdote inglés y la hermana normanda y subí hasta la plaza del monasterio de Santa María de Pedralbes. Allí me senté en la larga escalinata y esperé hasta la caída del sol. Aún no había oscurecido cuando se acercó una mujer.

—¿Es usted Berta Lennox, la escritora? —me preguntó la elegante señora en un inglés que no era nativo.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —dije sorprendida.

—Por su novela. La he leído y aparece su foto —me contestó. Desde luego no esperaba encontrarme en Barcelona a una lectora de mi libro, y menos aún en aquel lugar—. ¿Le importa que me siente?

—Por favor —le dije invitándola a compartir el escalón.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —me pidió cuando estuvo a mi lado.

—Sí, dígame.

—¿Por qué eligió el Bois de Boulogne para la escena final?

—¿Y por qué no?

—Hubiese resultado más creíble en otro sitio. Por ejemplo, en el cementerio del Père Lachaise.

—¿Usted cree?

—Sí —afirmó con una mirada penetrante—. Pero, ¿sabe?, olvídese de lo que le he dicho, no vaya a ser que se le ocurra cambiar algo en una próxima edición, está bien así.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a I & P, las dos mujeres que cuando empecé a escribir, buscando conocer el final de aquel relato que no tenía guion, me repitieron durante semanas: «Sigue».

Estoy en deuda con mis padres, que me enseñaron desde niño a ver el mundo de cerca, de lejos, de antes, de ahora, de algunos y de todos, lo que sin duda ha determinado mi manera de pensar, de sentir y de contar historias.

No puedo olvidarme de Martina, a quien tengo que darle las gracias por encontrarme y proponerme este reto, y a Anna por dar el último empujón. Y por supuesto a todo el equipo de Destino, que ha participado en el estupendo trabajo que hay detrás de esta edición.

Y a vosotros, lectores, cada uno con vuestro nombre y apellidos, como un personaje más de esta novela: gracias.

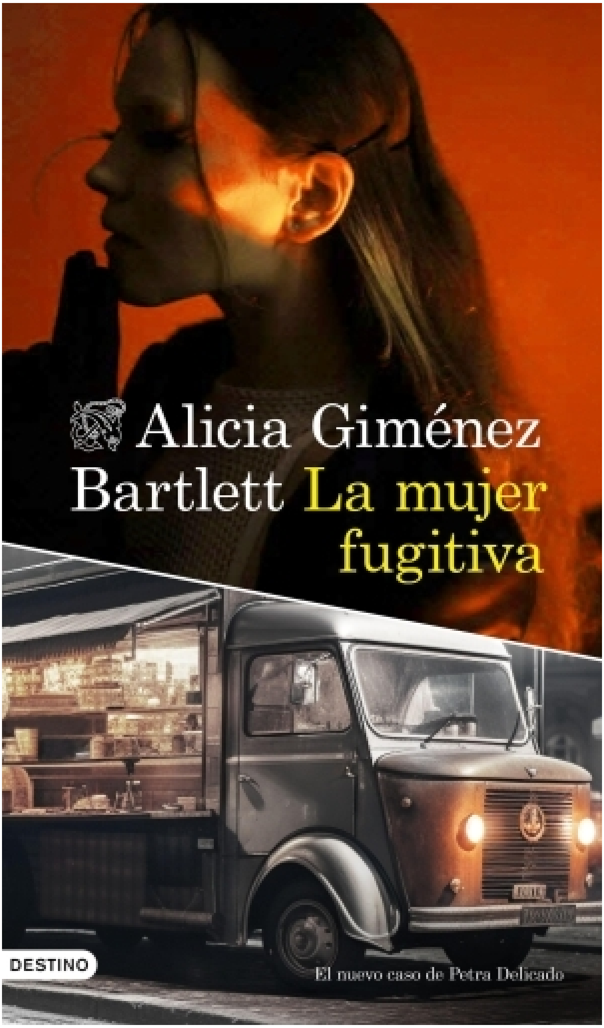
El grito oculto de Berta Lennox
J. L. Domínguez

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-233-6468-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Alicia Giménez
Bartlett La mujer
fugitiva
DESTINO
El nuevo caso de Petra Delicado

La mujer fugitiva

Giménez Bartlett, Alicia

9788423364701

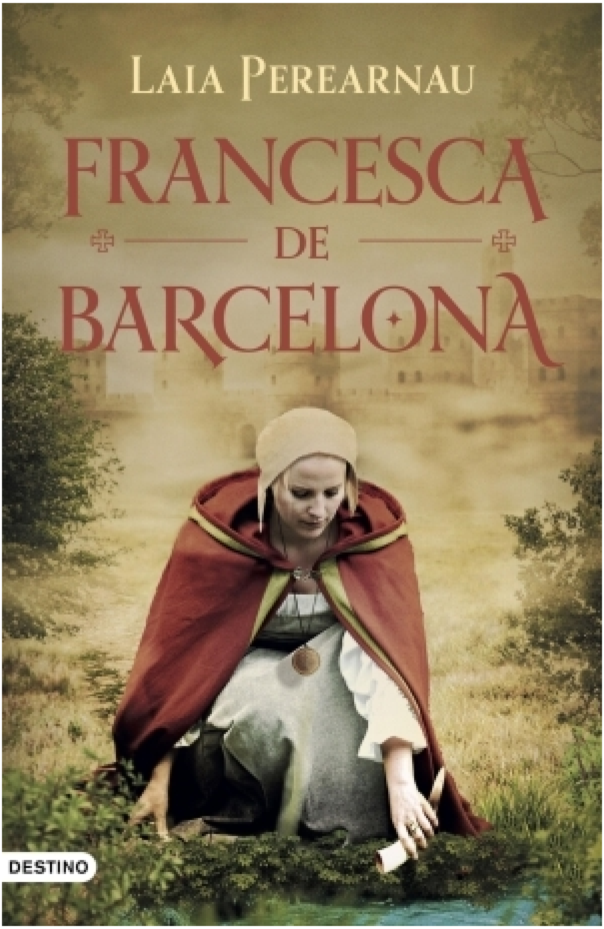
440 Páginas

VUELVE PETRA DELICADO CON UN NUEVO CASO La serie de novela negra más leída de los últimos 30 años 2.000.000 de lectores en todo el mundo

Una mañana, el propietario de una furgoneta gastronómica ambulante aparece apuñalado en su interior. El vehículo está aparcado en una céntrica plaza, junto a otros de las mismas características. Todos participan en unas jornadas festivas que organiza el Ayuntamiento de Barcelona. Ningún testigo ha oído o visto nada durante la noche.

Tras las primeras pesquisas, los encargados del caso, la inspectora Petra Delicado y el subinspector Fermín Garzón, sólo cuentan con una pista: los vecinos de las furgonetas cercanas a la del crimen aseguran que, la tarde anterior, una mujer hizo una gran compra en el negocio de la víctima. Poco después descubren quién es esa clienta, y tan importante es el descubrimiento que encontrarla se convierte desde ese momento en una prioridad. Sin embargo, parece que una mano misteriosa sigue a los detectives amenazando con violencia a cualquier persona a la que interroguen. Petra y Garzón se enfrentan a un criminal que intentará por todos los medios que el enigma no se resuelva.

El nuevo y esperado caso de la inspectora pionera de la novela negra española.


LAIA PEREARNAU
FRANCESCA
DE
BARCELONA
DESTINO

Francesca de Barcelona

Perearnau, Laia

9788423364923

162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

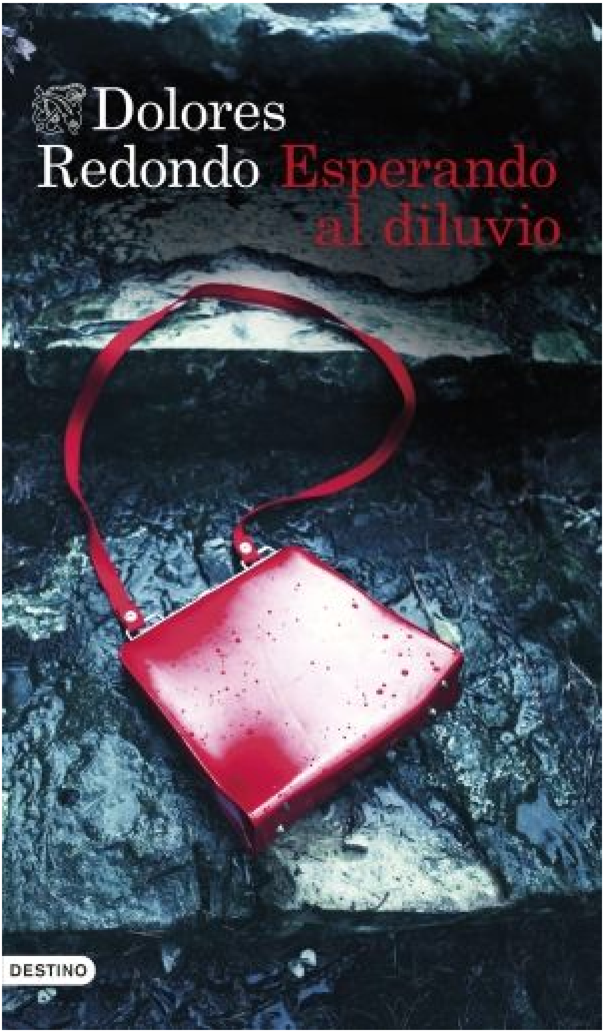
Una mujer extraordinaria que quiere ser cirujana, un amor imposible, una lucha insaciable. Un relato deslumbrante en la Barcelona del siglo XIV.

Barcelona, 1382. Francesca es una chica cristiana de quince años que ayuda a su abuela a hacer de comadrona. Ésta le enseña los secretos del oficio y la introduce en los saberes de las plantas medicinales, pero la joven no se conforma con esto, y a pesar de su humilde condición tiene la determinación de convertirse en médica y cirujana. Solo hay un problema: esta profesión está reservada a los hombres.

Gracias al oficio de comadrona, a menudo visita la judería. Allí conoce a Astruc, un chico judío descendiente de un linaje de médicos que quiere estudiar medicina. Comparten conocimientos: Francesca le enseña lo que sabe sobre plantas y él le permite acceder a sus libros. Pero la medicina no es la única pasión de la joven: está enamorada de Martí, y este amor supone la iniciación en la vida adulta, una vida llena de obstáculos, amor, traiciones y pasión.

Basada en una historia real y con una trama deslumbrante, Laia Perearnau nos guía de forma magistral por la Barcelona del siglo xiv un tiempo en el que las enfermedades causaban estragos, y nos hace vibrar con la vida de una mujer extraordinaria que luchó infatigablemente contra los límites que su época le impuso.

Cómpralo y empieza a leer


Dolores
Redondo
Esperando
al diluvio
DESTINO

Esperando al diluvio

Redondo, Dolores
9788423362592
576 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

EL LIBRO MÁS VENDIDO EN ESPAÑA EN LOS ÚLTIMOS DOCE MESES

Un salvaje asesino en serie. Una búsqueda hasta el último latido. Una ciudad amenazada por un diluvio.

4.ª edición

Entre los años 1968 y 1969, el asesino al que la prensa bautizaría como John Biblia mató a tres mujeres en Glasgow. Nunca fue identificado y el caso todavía sigue abierto hoy en día. En esta novela, a principios de los años ochenta, el investigador de policía escocés Noah Scott Sherrington logra llegar hasta John Biblia, pero un fallo en su corazón en el último momento le impide arrestarlo. A pesar de su frágil estado de salud, y contra los consejos médicos y la negativa de sus superiores para que continúe con la persecución del asesino en serie, Noah sigue una corazonada que lo llevará hasta el Bilbao de 1983. Justo unos días antes de que un verdadero diluvio arrase la ciudad.

Dolores Redondo se autodefine como «una escritora de tormentas» y con esta nueva novela, basada en hechos reales, nos conduce hasta el epicentro de una de las mayores tormentas del siglo pasado a la vez que retrata una época en plena ebullición política y social. Es un homenaje a la cultura del trabajo lleno de nostalgia por un tiempo en el que la radio era una de las pocas ventanas abiertas al mundo y, sobre todo, a la música. Y es también un canto a la camaradería de las

cuadrillas y a las historias de amor que nacen de un pálpito.

Una obra deslumbrante con unos personajes que nos llevan de la crueldad más espantosa a la esperanza en el ser humano.

«Dolores Redondo, la reina del *thriller* literario.» Carlos Ruiz Zafón


Karmele Jaio
Amor capital
DESTINO

Amor capital

Jaio, Karmele

9788423364930

240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué se esconde realmente bajo nuestra manera de amar? La nueva novela de la autora que ha conquistado a más de 60.000 lectores con sus historias.

Martín acaba de morir. En el funeral, Olga, su amante hasta un año antes, le habla desde un banco de la iglesia. Durante la ceremonia recuerda cómo su relación se convirtió para ella en algo obsesivo y cómo se derrumbó el día que Martín decidió no verla más. Olga empieza a reconocer su dependencia emocional hacia él a la vez que intenta descubrir las razones que han podido provocar su muerte.

Mientras trata de superar el impactante suceso, Laia, una de sus alumnas, está escribiendo su tesis doctoral: un análisis de la injusticia del amor y la manera en que se ha enseñado a las mujeres a convertirlo en el centro de sus vidas.

Alternando las experiencias vividas por los personajes con las distintas representaciones del amor en las obras artísticas y literarias en las que se basa la tesis de Laia, Karmele Jaio ha compuesto una ambiciosa novela sobre las aristas de nuestra educación sentimental y sobre cómo esta determina la manera de afrontar nuestras relaciones.

Una novela que se lee con voracidad, pero que deja una huella profunda y hace que nos cuestionemos nuestra forma de amar.

Cómpralo y empieza a leer


María
Oruña
Los inocentes
DESTINO
Los libros del Puerto Escondido

Los inocentes

Oruña, María

9788423364077

464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

EL NUEVO CASO DE «LOS LIBROS DEL PUERTO ESCONDIDO». MÁS DE 1.000.000 DE LECTORES

2.ª edición

Faltan dos semanas para la boda de la teniente Valentina Redondo y Oliver Gordon. En plenos preparativos, los sorprende la noticia de un atentado masivo en el Templo del Agua del famoso balneario cántabro de Puente Viesgo.

Las instalaciones del idílico paraíso de agua estaban ocupadas por un grupo de empresarios, y todo apunta a que la masacre ha sido perpetrada con una peligrosísima arma química. Valentina tendrá que cooperar con el ejército y con un equipo de la UCO para resolver el crimen.

Pronto descubrirán que un cerebro hábil y cruel ha puesto en marcha una maquinaria infalible, ejecutando cada uno de sus movimientos con extraordinaria frialdad, en un claro desafío a la inteligencia y a las habilidades deductivas de Valentina y del propio lector. La teniente Redondo llegará a dudar de los pasos que debe seguir, porque las sospechas no tardarán en recaer sobre alguien que jamás ha visto pero que, en el fondo, siente que conoce. El peligro es un latido que no se extingue nunca.

Cómpralo y empieza a leer